



UNIVERSIDAD DE MURCIA

DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA,
TEORÍA DE LA LITERATURA Y LITERATURA
COMPARADA

**EL DISCURSO AMOROSO EN LA NOVELA DE
LA RESTAURACIÓN: LAS NOVELAS DE
BENITO PÉREZ GALDÓS**

TESIS PROPUESTA PARA
LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE
DOCTORA EN FILOLOGÍA HISPÁNICA

Presentada por:

D^a Ana María Pérez López

Dirigida por:

D. Francisco Javier Díez de Revenga Torres

Murcia, Septiembre 2005

*A la memoria de mi padre,
Jesús López Nieto.*

*A mi familia: Antonia,
Josefina y Ana María.*

A mis profesores.

A mis amigos.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincera gratitud y afecto a D. Francisco Javier Díez de Revenga, quien, tras depositar su confianza en mí, –imprevisiblemente inmerecida-, siempre ha estado presente como un gran mentor y benefactor. Gracias también a D^a Ana Luisa Baquero, D^a Pilar Díez de Revenga, D. Mariano de Paco, D. José M^a Jiménez Cano, D. Vicente Cervera, D. Eloy Sánchez Rosillo, D. Ramón Almela... a quienes, por mi extrema timidez, nunca les he sabido expresar todo el aprecio y la admiración que les tengo.

De igual manera, este trabajo no habría sido concluido si no hubiese contado, a lo largo de todo el camino, con la ayuda, la comprensión y el apoyo inagotables de mi padre, Jesús López Nieto, y de mi madre, Antonia López Navarro. Ellos son la luz; principio y fin, alfa y omega de mi existencia. También quiero agradecer a mi hermana Josefina las palabras de ánimo que me ha transmitido en los momentos difíciles, y los numerosos conocimientos que ha compartido conmigo para que pudiera desenvolverme eficazmente en el complejo mundo de la informática. A mi abuela Ana María le agradezco especialmente su cariño incondicional, que ha estado presente durante todos estos años, junto al que me han prodigado las Hermanas del convento de Clarisas Capuchinas de Murcia.

Asimismo, sin el respaldo, el afecto y la generosidad de mis amigos, todas las dificultades y tropiezos hubieran resultado insalvables. Gracias, por tanto, a Juan Luis Albentosa, Blanca Aja, Merche y Finuchi. Gracias a Germán Morales y a Pepa. Gracias, también, a la familia Ikenstein, Antonio Lastra, Javier Alcoriza, Antonio García, Leticia Hernández, José Manuel, J.J., y un largo etcétera. Entre ellos se encuentran, a un tiempo, algunos de mis profesores más queridos, como M^a del Carmen Soler, M^a Teresa Gutiérrez, Ginés Abellán y la memoria entrañable de M^a Isabel Torregrosa. Sin olvidar a todos los profesores que he tenido a lo largo de las diferentes etapas académicas por las que he pasado, ya que todos ellos contribuyeron a mi formación académica y personal.

MUCHAS GRACIAS A TODOS.

ÍNDICE

<u>PREFACIO</u>	7
I. <u>INTRODUCCIÓN</u>	16
II. <u>CORPUS ANALIZADO</u>	36
II. 1. <i>Doña Perfecta</i>	36
II. 2. <i>Gloria</i>	59
II. 3. <i>La familia de León Roch</i>	83
II. 4. <i>Marianela</i>	107
II. 5. <i>La desheredada</i>	128
II. 6. <i>El amigo Manso</i>	167
II. 7. <i>El Doctor Centeno</i>	197
II. 8. <i>Lo prohibido</i>	227
II. 9. <i>Fortunata y Jacinta</i>	259
II. 10. <i>La incógnita</i>	284
II. 11. <i>Tristana</i>	302
III. <u>CONCLUSIONES: Una aproximación a la vivencia realista del amor galdosiano</u>	318
III. 1. Doña Emilia Pardo Bazán.....	321
III. 2. Don Juan Valera.....	362
IV. <u>BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA</u>	468

El que un hombre tenga preferencias y pueda comprender y hacer una cosa mejor que otra se deriva de sus inevitables limitaciones y de sus dones concretos; pero lo que marca el progreso en su vida es la pureza de su arte; quiero decir, el grado en que su arte se ha convertido en su vida, de modo que el resto de su naturaleza no impida ni corrompa su arte, sino que sólo lo alimente.

George Santayana, *Personas y lugares*

Las obras de arte viven en medio de una soledad infinita, y a nada son menos accesibles como a la crítica. Sólo el amor alcanza a comprenderlas y hacerlas suyas: sólo él puede ser justo para con ellas.

Rainer María Rilke, *Cartas a un joven poeta*

Aquellos que no conocen fuentes más puras de la verdad ni han remontado su corriente seguirán estando, y lo harán con sensatez, junto a la Biblia y la Constitución, de las que beberán con obediencia y humildad; pero quienes hayan visto cómo la verdad viene saltando hasta este lago o aquel estanque se aprestarán a la lucha una vez más y continuarán su peregrinación hasta el manantial.

Henry D. Thoreau

Así estoy seguro que hará el espíritu viajero –este siempre renovado testigo, víctima y juez de la existencia, divino pero nacido de mujer-. Obedientemente descubrirá otros afectos en otros lugares, unirá a otros amigos y separará a otras gentes; y el fracaso de esperanzas excesivamente concretas y ambiciones excesivamente supuestas no le impedirá al espíritu convertir continuamente las virtudes y las tristezas pasajeras de la naturaleza en vislumbres de la verdad eterna.

George Santayana

PREFACIO

Este libro hará de ti un viajero

De todos es conocida la metáfora que identifica el proceso de lectura y formación espiritual con el viaje. En el caso de este breve prefacio, la metáfora será doble, porque tomaré como punto de referencia el relato alegórico de un apasionante recorrido literario y vital: *El progreso del peregrino*, de John Bunyan, gran ascendente e inspirador dentro de la literatura decimonónica anglosajona.

La elección, por supuesto, no es del todo azarosa, porque, como también es sabido, en el planteamiento, el enfoque y los trabajos de los autores de la Restauración, se percibe el genio que conduce a la búsqueda incansable de la verdad, más allá de las persuasiones de la historia o de las distorsiones a las que solemos encontrar sometido el legado de lo escrito.

Desde esta perspectiva, se hace necesaria una revisión inagotable que apunte a desvelar el espíritu de la letra, impreso (y perpetuado) en los caracteres de la escritura. Así, el lector o peregrino para quien, como para John Bunyan, la verdad es esa virtud que “forma y rectifica el juicio, gusta al sentido y somete la voluntad”¹ está de enhorabuena: la lectura de las novelas que nos ocupan le hará sentirse dichoso y agradecido, al ver, además, que “la memoria se llena con lo que a la imaginación le agrada”.

¹ Cfr. *El progreso del peregrino*, edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Madrid, Cátedra, 2003, p. 59.

Desde las primeras páginas, el peregrino (entendido aquí como el lector de literatura “realista” decimonónica) es interpelado o persuadido a la vida activa, al tiempo que se atisba el evidente deseo de los autores de sumergir antiguos conceptos de la tradición de la escritura y de la experiencia, en el baño purificador cuyo fin debería haber sido, desde el comienzo de los tiempos, la conciliación última de antagonismos o supuestos antagonismos eternos, y la consecuente renovación de la vida literaria, entendida como vida del espíritu.

No en vano, la finalidad didáctica y el moralismo tendencioso estarán presentes en buena parte de estas novelas y, en muchas ocasiones, al igual que anuncia Bunyan, en la “Apología del autor por su libro”, encontraremos que las descripciones y las enseñanzas de los libros que analizaremos parecen referirse a un nuevo modo de ver y plasmar la realidad, a pesar de lo cual, de muchos de estos relatos se podrá extraer una misma conclusión: éste “parece nuevo, pero no contiene/ salvo sanos sonos del Evangelio”.

En el libro titulado *El progreso del peregrino*, arranca el sueño de Bunyan con una sobrecogedora visión del hombre, la que, con precisión inigualable, tan vívidamente, supo plasmar en sus grabados William Blake, otro visionario inmortal.

Según queda demostrado en la Introducción de los editores de *El progreso del peregrino*, no es casual que las gargantas de ambos, de Bunyan y Blake, prorrumpían en el grito desgarrado de la desesperación, la duda y el desaliento ante los miedos que laten tras las incertidumbres del triste mortal; grito que también logra romper con el atenazamiento al que lo reducía su prolongada estupefacción: “¿Qué haré?”; “¿Qué haré para salvarme?”.

Según afirmaba P. B. Shelley, en su *Defensa de la poesía*: “Pena, terror, angustia, hasta desesperación, son a menudo las expresiones de una aproximación al bien más alto”².

La obra maestra de Bunyan, como posteriormente harán los novelistas de la Restauración, traza, con acierto, al menos dos caminos para el lector, o para el hombre, que inicia, de nuevo, su peregrinación.

Esta apasionante aventura (que hasta cierto punto todos debemos realizar en solitario) se puede emprender de la mano del autor, de su imaginación literaria, pero hay otro sendero dispuesto a ser hollado por los pasos del peregrino, de forma paralela o sobrepuesta al entramado de las fantasías del soñador de Bedfordshire; fantasías que, según él reconoce, “se adhieren como espinas, y sirven de consuelo”³, nos atreveremos a decir, sin miedo a equivocarnos demasiado, para todo lector que realmente desee confiar en un maestro.

La ruta propuesta para adentrarse en la Palabra eternamente nueva de la Biblia (incluso si nos atenemos, con sencillez, a la máxima que definía lo nuevo como aquello que no envejece nunca) predispone el ánimo del lector, de manera incomparable, a la expectación, a los ensueños de la imaginación y a las promesas de la persuasión⁴.

² P. B. SHELLEY, *Defensa de la poesía*, Península, Barcelona, 1986, p. 55. “Thou wonder, thou beauty and thou terror” son las hermosas palabras que Shelley vinculó, de por vida, con la célebre y honda musicalidad de “Epipsychidion”.

³ Véase *El progreso del peregrino*, p. 60.

⁴ El carácter literario del puritanismo inglés, como demuestran Javier Alcoriza y Antonio Lastra (véase *El progreso del peregrino*, pp. 9-30), queda cifrado en la cita elegida para abrir la Introducción, que está tomada, de acuerdo con las convicciones y las lecturas de John Bunyan, de la Versión Autorizada de la Biblia de 1611, *Letter to the Hebrews*, 11:13:

*These all died in faith, not having received promises,
but having seen them afar off, and were persuaded of them,
and embraced them, and confessed that they were
strangers and pilgrims on the earth.*

Es imposible quedar indiferente. Autor e intérpretes (el espíritu común que los alienta y trasciende los caracteres de la escritura) nos llaman a la acción, entendida, en primer lugar, como el despertar de las conciencias, del “sentido de lo justo”, a través del “dialecto del alma”; por seguir empleando dos términos que, con la lucidez y la generosidad que caracterizaron al hombre y a la obra, nos legó R. L. Stevenson al formular su concepto de *Moral laica*⁵.

Con este propósito, en el libro de Bunyan, Cristiano emprende el camino de retorno hacia la pureza originaria de su Alma: “Busco una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible” (p. 67), vendrá a decirle a todo aquel que tenga a bien escucharle.

También si el lector atento llora a lágrima viva mientras sigue el curso de la trama y el mensaje literarios de estas novelas, será señal inequívoca de que se estaba acercando peligrosamente, a través de una ruta engañosa o desatinada, al borde del abismo. La experiencia de muchos personajes le ayudará, con toda probabilidad, a rectificar el rumbo.

Si, por el contrario, se entrega a la lectura con admiración y alegría, disfrutará de una excelente ocasión para constatar las bondades del camino elegido, y para robustecer las fuerzas de la semilla y de la fe que lo guían.

Pero el lector también puede sentir dolor en su corazón a causa de la semejanza o paralelismo que vincula su camino, su experiencia abrumadoramente humana, a las vivencias de Cristiano.

Encontrarse con la compañía y el dulce consuelo del maestro, en el momento adecuado, le llevará a anhelar, para sí, el cumplimiento de las bendiciones que Buena Voluntad le dirige al peregrino: “Una puerta se ha abierto ante ti y nadie puede cerrarla”.

⁵ Véase Introducción, p. 43.

Incluso es posible que una íntima y exultante alegría, que se derivaría de este convencimiento, le haga pensar jubiloso: “Ahora empiezo a recoger los frutos de mi osadía” (p. 80). Cristiano también llega a ser consciente de que la soledad de los páramos suele acarrear más peligros para el viajero que el enfrentamiento directo a enemigos verdaderamente terribles.

Es decir, que tanto John Bunyan como los autores de la Restauración, trazan surcos de vida abiertos, susceptibles de adaptarse a la experiencia vital y literaria y a la conciencia individual de sus lectores.

Tal vez la única condición que se exige para no desvirtuar el espíritu de la obra sea que cada uno de esos variopintos lectores se encuentre en disposición de despojarse, siquiera momentáneamente, de la máscara o las máscaras que lo mantienen al margen de la verdad, en la más admirable intimidad y sencillez de su expresión.

Vale la pena intentarlo, teniendo en cuenta que las promesas de felicidad son eternas, y que se nos concede la oportunidad, en todo caso, de morir abrazados a ellas.

Se puede considerar que una forma comprensible de leer estos libros coincidiría con la de aquellos extraños y peregrinos del mundo que se ven impelidos a alargar el viaje mientras atraviesan montañas, recorren jardines, surcan mares o dejan valles atrás hasta alcanzar su destino; haciendo realidad lo imposible, porque han vislumbrado, a lo lejos, el inexpugnable resplandor de la Tierra Prometida.

Aunque, como venimos apuntando, sea la propia lectura la que imponga a cada viajero el ritmo óptimo de la marcha.

Habrán caminantes que necesiten hacer pequeñas y numerosas pausas para recobrar el aliento y emprender, de nuevo, el camino de la manera más gratificante y provechosa, tanto para su ánimo como para sus sentidos.

Otros, los más osados y decididos, se dirigirán imparables hasta la meta, realizando grandes o discretas hazañas a cada paso, y sin dudar o desviarse del rumbo elegido ni por un momento.

Tomarse el tiempo que sea necesario para degustar los sabrosos frutos de la sabiduría y de la experiencia de los maestros “serios y sabios” siempre me ha parecido la actitud adecuada; aunque debamos procurar, en todo caso, no caer en la negligencia que les costara la vida, de forma tan deshonrosa, a Paso Lento, Soñoliento, Torpeza y Corto Aliento, entre otros.

Así, al final del viaje, y según las Promesas, el fiel compañero de Cristiano no encontrará una Ítaca pobre, que le haga desesperar de la fe que lo guiaba, sino que, por el contrario, la belleza del Reino al que consagrará, complacido, cuerpo y alma el curtido aventurero, casi le hará lamentar no haber podido acortar el tiempo que lo separaba del encuentro definitivo con su Amado Príncipe.

Por otro lado, creo que los autores de la Restauración también nos remiten al curso de lectura de la Biblia o de las grandes obras morales de la literatura universal, al concebir sus obras literarias o de imaginación; sin descuidar, por supuesto, el carácter lineal y ascendente del trayecto marcado; porque el verdadero maestro rara vez deja de pensar en los posibles progresos y en el bienestar que desea para sus seguidores y discípulos, a través de los vínculos y de las profundas convicciones que los unen.

Sentimientos como el miedo, la Piedad y el remordimiento, o prendas del Alma como la rectitud de carácter, la Buena Confianza y la Fidelidad inmarcesible, conviven en armonía y acompañan, a lo largo de todo el camino (ya sea éste pedregoso o florido), el aprendizaje y la generosa transmisión y expresión del ejemplo de Cristiano y de sus buenos amigos Fiel y Esperanzado.

No en vano el sueño de John Bunyan y “la plegaria sincera del autor” (p. 206) van construyendo una fervorosa alegoría en la que confluyen,

condensados, los obstáculos, “peligros, consuelos y placeres” (p. 191) que el hombre honesto y de fe viva irá encontrando, bajo aspectos diversos, únicos e irrepetibles, en el transcurso de su peregrinación por la vida.

Pero también Cristiana y sus hijos serán tocados por el don de la Gracia.

Cualquier intento de descripción ensombrecería la pasión y la ternura con las que Cristiana emprende, anhelante, el recorrido por la senda que aún guarda los pasos del Esposo (recogidas igualmente “bajo la apariencia de un sueño” en la Segunda Parte de *El progreso del peregrino*).

Porque, “todo cuanto Cristiano hizo o dijo delante de ella, mientras su carga le pesaba sobre la espalda, volvió sobre ella como el relámpago y le desgarró el pecho” (p. 210).

A medida que se acerquen a Cristiano y a su Rey, la alegría y el buen humor de la esposa, los hijos, Misericordia y Gran Corazón (el guía y protector de los peregrinos) serán crecientes, y contagiosos para el lector. Ni que decir tiene que este símil se puede hacer extensible a toda literatura moral de calidad, como lo fue la literatura española de la Restauración.

Se podrá no estar de acuerdo con todas las sentencias, actitudes y creencias defendidas en estos libros, pero difícilmente cabría dudar de la honda emoción que contienen múltiples pasajes. Según nos advierte Cristiana: “Conmoverse es propio de peregrinos” (p. 218).

En cuanto a las enseñanzas de los autores que elaboran alusiones o mensajes más marcadamente religiosos, como es el caso de José María de Pereda, los lectores laicos optarán, sin ningún tipo de menoscabo para su conciencia o para la eficacia de la imaginación literaria, por “oír las palabras de la vida” (p. 265).

Eso no tiene por qué ser un impedimento para que desarrollen y desempeñen, con la mayor dignidad, su condición de letra o carácter del “alfabeto de Dios”, lo que les permitiría participar, de forma libre, consciente y activa, en la gran “sinfonía del mundo”.

Recordemos que Stevenson y Bunyan rogaron por todos los hombres de espíritu honrado en sus plegarias. El primero amó e incluyó en ellas, de todo corazón, a los disidentes sinceros, y el segundo oró por los mismos, de este modo:

A Valiente por la Verdad no olvides,
Un hombre muy joven y de valor.
Recuerda la firmeza de su espíritu
Y que nadie pudo desafiarlo.
(p. 205)

(Qué duda cabe de que estas palabras conmoverían incluso el acusado escepticismo de Don Juan Valera).

Hace ya algún tiempo, me preguntaron qué letra era, o me gustaría ser a mí, en el gran alfabeto de Dios, a lo que, tras procurar sobreponerme a la perplejidad inicial, respondí: “Me gustaría ser silencio... El silencio de la reflexión, la complacencia, la ternura y la paz”.

Independientemente del acierto o desacierto de tales palabras, en el contexto anterior (o incluso en el actual), todo lector de Buena Voluntad hallará, antes o después, esos tesoros en los Valles Deleitosos y Amenos de la escritura de los autores propuestos.

Y, empleando las palabras del escritor inglés, concluyo este prefacio con mis mejores deseos al amable lector, ante la aventura de emprender el camino de la lectura de cada una de estas novelas:

Que sea este libro una bendición
Para quien ame el libro y al autor.

I. INTRODUCCIÓN

He considerado las pasiones humanas, como el amor, el odio, la ira, la envidia, la vanagloria, la misericordia y todos los demás sentimientos, no como vicios, sino como propiedad de la naturaleza humana, no menos pertinentes a ella que para la naturaleza de la atmósfera el frío, el calor, la tempestad, el trueno y similares, que, pese a ser desgracias, son sin embargo necesarios y son efectos de causas determinadas, por medio de las cuales tratamos de entender la naturaleza, mientras que nuestra alma goza de su pura contemplación no menos que de las cosas gratas a los sentidos.

Baruch de Spinoza

Independientemente de sus costumbres o prácticas de carácter privado, Pérez Galdós supo apreciar la importancia de la literatura en la formación del individuo y supo otorgar, también, un lugar eminente al discurso amoroso y al conocimiento y observación minuciosa de las pasiones dentro de su producción novelística.

Como nos recuerda Julián Marías, “los griegos entendían por *paideia* o educación el conocimiento de los poemas homéricos y de la tragedia, más que la ciencia o la filosofía. Era esta *paideia* el instrumento principal de interpretación, de proyección, de dar transparencia a la vida⁶”.

⁶ Véase Julián MARÍAS, *La educación sentimental*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, p. 36. Estas palabras evocan las célebres metáforas orteguianas; pues, como es sabido, en más de una ocasión, Ortega y Gasset definiría la vida como “el texto eterno”, mientras que la cultura sería “el comentario a la vida”. (Vid. ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones sobre el Quijote e ideas sobre la novela*, Revista de Occidente, Madrid, 1975).

En vista de la estrecha relación que se percibe entre ciertos pasajes de la biografía del autor canario y los temas, personajes y argumentos que aborda en sus novelas, durante unas fechas aproximadas⁷, se entiende que Pérez Galdós estableció los vínculos entre vida e imaginación literaria que Julián Marías describe al abordar su valoración sobre la importancia ética y la dimensión pedagógica de la literatura, es decir, sobre “la función de la literatura en el ámbito de la vida personal”:

La mayor parte de las relaciones entre personas se viven imaginativamente, se comprenden sin haberlas experimentado; son ellas las que dilatan increíblemente la vida, más allá de sus contenidos “reales”, forzosamente limitados. Estas vivencias virtuales son el ensayo de la vida compleja, rica, civilizada, y sobre todo el cultivo de la intimidad. (p. 37)

⁷ Un ejemplo especialmente significativo, entre otros muchos que podríamos aducir, es la relación epistolar que mantiene con Concha-Ruth Morell, de la que su novela *Tristana*, escrita por las mismas fechas, constituye un claro trasunto.

Cfr. LAMBERT, A.F., “Galdós and Concha-Ruth Morell”, en *Anales galdosianos*, Año VIII, Núm. 8, 1973. Este trabajo nos muestra, gráficamente, una equivalencia comparativa entre las epístolas reales y su traslación a la novela.

Véase, también, RICARD, Robert, “Tolosa Latour, el P. Lerchundi y *La loca de la casa*”; BLANQUAT, Josette, “Documentos galdosianos: 1912”; SCHMIDT, Ruth, “Manuel Tolosa Latour: prototype of Augusto Miquis”; PÉREZ GALDÓS, Benito, “Ciudades viejas: *El Toboso*” (todos ellos incluidos en *Anales galdosianos*, Año III, Núm. 3, 1968). De *Anales galdosianos*, Año VIII, Núm. 8, 1973, es interesante el estudio de SHOEMAKER, W.H., titulado “¿Cómo era Galdós?”.

Debido a la parquedad de las *Memorias de un desmemoriado*⁸ y a la escrupulosa preservación de la intimidad que practicó durante toda su vida, nunca sabremos, con cierta exactitud, qué grado de liberación de sus “fantasmas familiares” lograría el escritor canario a través de la creación novelística, o hasta qué punto pondría las relaciones personales al servicio de su producción literaria⁹.

No obstante, las referencias citadas hasta ahora, nos permiten sostener las anteriores afirmaciones respecto al carácter literario de las novelas de Pérez Galdós. De este modo estaría poniendo en práctica la opinión formulada por G. K. Chesterton en *La ficción como alimento*, cuando afirmaba: “Toda persona sana debe alimentarse tanto de ficción como de realidad en algún momento de su vida; porque la realidad es una cosa que el mundo le da, mientras que las ficción es algo que ella da mundo”¹⁰.

⁸ Apud. ORTIZ-ARMENGOL, Pedro, *Vida de Galdós*, Editorial Crítica “Biblioteca de bolsillo”, Barcelona, 2000, pássim.

⁹ Recordemos que la comunidad de judíos españoles acusó a don Benito de involucrarse en su cultura, a través de la relación que, por entonces, mantenía con Concha Ruth-Morell, para utilizar los datos obtenidos sobre las tradiciones, temperamentos, caracteres y costumbres de dicha comunidad en la composición de alguna de sus novelas. Cfr. SHOEMAKER, W.H., “¿Cómo era Galdós?”, *Anales galdosianos*, Año VIII, Núm. 8, 1973.

¹⁰ Vid. *Caracteres Literarios. Ensayos sobre la ética de la literatura*. Años IV, número 5, “Esbozos para una teoría de la autobiografía como crítica de la vida”, de Javier Alcoriza, Murcia, Otoño 2001, Editorial Leserwelt (Un mundo de lectores), p. 82.

A mi modo de ver, uno de los propósitos más filantrópicos de la novela de don Benito radica en su intento de conseguir la conciliación de los lectores con la realidad material que les es propia, sin renunciar, por supuesto, a su dimensión espiritual¹¹.

Después de ser testigos del miserable final de Isidora Rufete o de Alejandro Miquis –entre tantos otros-, el lector común experimentará un gran alivio al reencontrarse con la cotidianidad en la que transcurren, para la pequeña o mediana burguesía, gran parte de sus días, con el posible orden apacible de la paz doméstica.

Si, en primera instancia, este propósito se percibe como simplista o nocivo, por lo que tiene o puede implicar de sacrificio del ideal, también hemos de reconocer en él la tendencia natural del ser humano hacia la búsqueda de un refugio que lo preserve del caos, en los momentos de extenuación inherentes a las crisis e incertidumbres que se intercalan a lo largo de la vida personal o de la historia de los pueblos.

Por otro lado, esa conciliación entre el bienestar material y espiritual que es fruto del trabajo honrado¹² –entre los objetos, lo que somos y lo que nos

¹¹ Cfr. GOLDMAN, Peter B., “Galdós and the politics of conciliation”, *Anales galdosianos*, Año IV, Núm. 4, 1969.

¹² Pérez Galdós vuelve a adelantarse a “su tiempo”, pues ese amor a las cosas pequeñas, al orden universal de lo cotidiano, también sería ensalzado por Ortega y Gasset al referirse a la nueva “sensibilidad del siglo XX”, simbolizada en el amor por lo pequeño, por lo que nos concierne directamente, frente a la hipocresía de lo sublime y lo mayúsculo, de las grandes morales del inaprehensible Ideal.

pasa, en palabras de Ortega y Gasset- también será un atractivo señuelo para el buen burgués o para el buen obrero (quizá el futuro lector galdosiano, en un mundo más equitativo, incansablemente soñado por don Benito hasta el final de sus días¹³), quienes tal vez ahora se sientan atribulados por la angustia de unas circunstancias adversas concretas.

Pérez Galdós crea espacios en los que el lector contemporáneo de sus novelas, que necesite de la evasión de su propia existencia, desea instalarse. Espacios en los que nunca está del todo ausente el buen humor, el entusiasmo y una jovial alegría, introducida por el narrador galdosiano o por alguno de sus eternos personajes. Espacios de los que, mediante terapéutica comparación, logra salir ese contrariado lector mejor parado de lo que su previa conciencia o vivencia de los hechos personales o de los acontecimientos históricos le inducía a pensar.

En cierto modo, la muerte del héroe o la aparición del “héroe mediocre” galdosiano –como ha dado en llamarle la crítica-, del “héroe posible” o potencial, aunque susceptible de perpetua mejora (como a mí me gusta llamarlo cuando me refiero a sus manifestaciones más logradas), es, a la vez, fuente de inspiración y de consuelo para el lector que el escritor canario pretendía educar, regenerar o concienciar; aunque dicho logro debiera proyectarse hacia el futuro, como él mismo predijo¹⁴.

Estos intelectuales troncarían con la tradición de pensamiento que, partiendo de los sabios gentiles, heredarían y reformularían figuras tan emblemáticas como Luis Vives o Baruch de Spinoza.

¹³ De todos son conocidas las formidables empresas culturales que intelectuales como Ortega y Gasset o Giner de los Ríos llevaron a cabo, en un apasionado intento por acercar las nuevas tendencias de la educación y la cultura europeas a la sociedad española; fruto destacado de las cuales serían el nacimiento de la *Revista de Occidente* o la Residencia de Estudiantes.

La expansión de esa nueva semilla de conocimiento traería aparejado un nuevo proceder que tomaría aposento en la actitud y la actividad diarias del hombre, y que haría practicable la vida de ese “héroe posible”, sin la nefasta frustración social que es propia de las etapas de crisis y de la incompreensión endémica entre los seres humanos: titán que genera finales trágicos como los de Gloria y Daniel Morton o los de Pepe Rey y Rosarito.

Se trata, pues, de una búsqueda y un generoso deseo de transmisión de la armonía que surgirá de esa conciliación del hombre con su propia naturaleza, en una triple dimensión: material, moral y espiritual.

Pero dicha realidad posible está aún muy lejos de la reflejada por don Benito en sus novelas, pues la materia novelable de su experiencia se aviene, aún, en esta nueva minoría de edad de la humanidad (siguiendo el concepto kantiano)¹⁵, con los principios de la catarsis aristotélica.

Los personajes protagonistas de las mismas están sumidos en la miseria de la sociedad presente que el autor canario denunciara, además de verse impedidos por el lastre de su personal insuficiencia y por los desequilibrios a los que los somete su deficitaria formación; de lo que veremos, a lo largo del presente análisis, numerosos ejemplos.

¹⁴ PÉREZ GALDÓS, “Soñemos, alma, soñemos”, texto publicado en Madrid el 8 de noviembre de 1903. Disponible en World Wide Web: <http://www.filosofia.org>, dentro de la sección de Hemeroteca “Alma Española”, del Proyecto de Filosofía en Español, 1997.

¹⁵ Vid. KANT, IMMANUEL, *En defensa de la Ilustración*, tr. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 1999. pp. 63-93

Pero antes ahondaremos levemente en esa aproximación a las enriquecedoras relaciones que se establecen entre biografía y literatura (es decir en el carácter autobiográfico –y, por tanto, autodidacta y docente- de la literatura) dentro de la novelística decimonónica; ya que son de gran interés para un estudio que desea impregnarse de los beneficiosos efectos que son fruto de la emulación de los postulados de la nueva ética de la literatura¹⁶.

Y nos fijaremos, más adelante, en el retrato del “buen burgués”, arriba mencionado, pues ya había sido trazado por Pérez Galdós en los *Episodios Nacionales*.

De acuerdo con su condición de novelista decimonónico finisecular, el realismo de Pérez Galdós se encuentra estrechamente vinculado a la autobiografía y la experiencia personal (según queda demostrado en la última biografía del autor canario, publicada por don Pedro Ortiz-Armengol¹⁷).

No se encarama nuestro autor en los viciados presupuestos y teorías de carácter libresco –en lo que éstas puedan tener de desvinculación con la verdad o la realidad de las cosas-, o pretendidamente erudito que él tanto denostó; sobre todo, a través de la mostración de la insustancialidad, la crueldad y la hipocresía que caracteriza a numerosos personajes de sus novelas que son epígonos de dicha escuela: Juan Santa Cruz, Pablo Rubín, Joaquinito Pez...

¹⁶ Véase LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso, *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid, 1994, 2ª ed.

¹⁷ ORTIZ-ARMENGOL, Pedro, *Vida de Galdós*, Editorial Crítica “Biblioteca de bolsillo”, Barcelona, 2000.

En el ámbito filosófico, Friedrich Nietzsche (1844-1900) hablaría de la necesidad humana de enfrentarse a la tragedia, es decir, de afrontar la realidad de esta condición ineludible del ser humano.

Por otro lado, los grandes novelistas decimonónicos (Pérez Galdós, Dostoyevski, Flaubert o Henry James, por poner algunos disparejos ejemplos) tienen en común una conciencia viva de que la realidad, sentida y analizada en verdad, se revela mucho más intensa y terrible que la más osada de las ficciones.

En el Prefacio a *Las alas de la paloma*¹⁸, Henry James lo expresa con las palabras del maestro, entreverando este motivo con una hermosísima alegoría sobre su propio proceso de creación artística:

“Pero nuestro plan, desgraciadamente, es una cosa, y otra muy distinta, nuestros resultados; por lo que tal vez me acerque más a la verdad si describo esos resultados a la luz de los hermosos rasgos que *hubieran* –de acuerdo con mis primeras y más acariciadas ilusiones- contribuido a realizarlos. Los reencuentro ahora, al reanudar relaciones, y me consuelo de todos ellos mientras remonto la corriente, por los valores perdidos, los huecos palpables, los eslabones extraviados, las sombras burlonas, que reflejan en conjunto, la flor prematura de mi buena fe [...]

Se colocan, después de un minucioso examen, los pilares del puente; uno ha sondeado, al menos, lo bastante profundo, Dios lo sabe, como para que se apoyen en lugar seguro; pero luego el puente cruza sobre el río, al parecer con una total independencia de esas propiedades, sin la gracia del proyecto original. Eran sólo una ilusión, necesaria en su momento, pero la bóveda misma, de un solo arco o de muchos, parece, de la manera más extraña del mundo, ser una realidad; y el atribulado constructor, al pasar bajo ella, ve figuras y escucha ruidos más arriba: comprende entonces, con el corazón en la boca, que el puente resiste y que en verdad ya está *en servicio*”.

¹⁸ JAMES, Henry, *Las alas de la paloma*, tr. de Alberto Vanasco, Alcor, Barcelona, 1998, p. 13.

En relación paradójica con la ligereza de las críticas que situaron la ideología y la obra galdosianas en el más insulso de los materialismos, la finalidad docente de Galdós atendía, de forma considerable, a la importancia del fundamento esencial que constituían las potencias del espíritu, en las que debían concentrarse los objetivos de la educación.

No otra cosa que la proclamación de la necesaria dimensión y cultivo espiritual del hombre, caracteriza este amable retazo de la “buena burguesía galdosiana” que el autor canario personifica, por un momento, en la figura de don Benigno Cordero:

Hombre laborioso, de sentimientos dulces y prácticas sencillas, aborrecedor de las impresiones fuertes y de las mudanzas bruscas, don Benigno amaba la vida monótona y regular, que es la verdaderamente fecunda.

Compartiendo su espíritu entre los gratos afanes de su comercio y los puros goces de la familia, libre de ansiedad política, amante de la paz en la casa, en la ciudad y en el estado, respetuoso con las instituciones que protegían aquella paz, amigo de sus amigos, amparador de los menesterosos, implacable con los pillos, fuesen grandes o pequeños, sabiendo conciliar el decoro con la modestia, y conociendo el justo medio entre lo distinguido y lo popular, era acabado tipo del burgués español que se formaba del antiguo pechero fundido con el hijodalgo, y que más tarde había de tomar gran vuelo con las compras de bienes nacionales y la creación de las carreras facultativas, hasta llegar al punto culminante en que ahora se encuentra¹⁹.

¹⁹ PÉREZ GALDÓS, Benito, *Los Apostólicos*; Apud. LLORÉNS, Vicente, “Galdós y la burguesía”, *Anales galdosianos*, Año III, Núm. 3, 1968.

Con respecto al espíritu que mueve al buen burgués, Pérez Galdós habla por boca del narrador del *7 de Julio*, cuando hace la siguiente descripción del mismo personaje:

... Mas era un hombre de honradez pura, esclavo de su dignidad, ferviente devoto del deber hasta el martirio callado y frío, poseía convicciones profundas, creía en la Libertad y en su triunfo y excelencias como en Dios y sus atributos, era de los que preconizaban la absoluta necesidad de los grandes sacrificios personales para que triunfen las grandes ideas, y viendo llegar el momento de ofrecer víctimas, sentíase capaz de ofrecer su vida miserable.

Era un alma fervorosa dentro de un cuerpo cobarde, pero obediente²⁰.

Una constante contradicción con la que tiene que enfrentarse la crítica galdosiana²¹ consiste, pues, en la justificación de esa acusación de materialista impenitente, perpetuada hasta bien entrado el siglo XX, sobre todo por influyentes pensadores de la Generación del 98.

²⁰ PÉREZ GALDÓS, Benito, *7 de Julio*, Apud. LIDA, Clara E., “Galdos y los *Episodios nacionales*: una historia del liberalismo español”, *Anales galdosianos*, Año III, Núm. 3, 1968. Como veremos, esta irónica jocosidad al describir los miedos inherentes a la exigencia de los sacrificios personales en pos del ideal, será alternativamente acentuada o matizada a lo largo de la producción novelística de Pérez Galdós.

²¹ Véase RIBBANS, Geoffrey, “Los altibajos de la crítica galdosiana”. Publicación: Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed. : Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (2º. 1999. Barcelona), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Universitat, Promociones y Publicaciones Universitarias, 2002, pp. 355-362.

Mientras el autor de obras como *La desheredada* o *La de Bringas* advertía denodadamente de los peligros del materialismo, y tenía al buen talante natural en mayor estima que a la erudición o al intelecto en la conformación moral del individuo; como trataremos de demostrar en el presente estudio.

El aleccionamiento que Galdós persigue transmitir, desde sus primeras novelas, consiste en la necesaria y deseable conformación del espíritu a partir de la esencialidad de su naturaleza, antes que a través de un rígido adoctrinamiento, en el que confiaba bastante menos.

A este respecto, hay que tener en cuenta el estado del sistema educativo español en la década decimonónica de los sesenta, tan minuciosamente dibujado a través de las experiencias escolares de *El doctor Centeno*.

Este noble mozo tuvo el don y la gracia de conservar la rectitud de sus sentimientos, a pesar de la dureza y la malversación de los individuos que “trataron de educarle”.

Por tanto, teniendo en cuenta algunos de estos ejemplos dados por los personajes galdosianos, el lector debe convenir que es necesario disponer de un espíritu recto para poder reconciliarse con la materia y combatir la miseria que jalona y amenaza toda vida humana, en mayor o menor medida, en una u otra dimensión, ya sea ésta física, moral, espiritual o familiar²².

²² En este sentido resulta esclarecedora la Segunda Sección de la Segunda Parte del estudio de Remo Bodei, titulado *Una geometría de las pasiones*. A lo largo de epígrafes como los titulados “Dueños de sí mismos”, “La voluntad y la alegría”, “La llave de todas las virtudes”, “Medicina de las pasiones”,... el profesor Bodei trata de desentrañar los ocultos mecanismos que rigen los movimientos espirituales y psíquicos del ser humano.

Vid. BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, tr. de José Ramón Monreal, Muchnik Editores, Barcelona, 1995. pp. 347-415.

Galdós muestra la lucidez y pericia precisas para ver y plasmar (sobre todo a través de la descripción de las vivencias de los grandes personajes enamorados de sus novelas contemporáneas de juventud: Rosarito y Pepe Rey, Marianela...) que el amor, como la ideología embrionaria de la época en la que él estaba activamente imbuido, tiene una especie de facultad aglutinante que se sitúa por encima de las obsesivas escisiones esclerotizadas entre *Eros* y *Caritas*, pasión e intelecto, siervo y señor, cuerpo y alma...

Esta, irreconciliablemente escindida, naturaleza del amor intentan explicarla los autores clásicos a través de contraposiciones que se revelan, con frecuencia, más literarias que reales.

La crítica, por su parte, tiene, en ocasiones, la obligación subsiguiente de aplicar dicho criterio en sus análisis.

Fijémonos, por ejemplo, en la interpretación que nuestro admirado profesor, don Guillermo Serés, propone del conocido soneto de Diego Hurtado de Mendoza:

*Pero yo que en el alma tu figura
Tengo en humana forma abreviada,
Tal hice retratarte de pintura
Cual amor te dejó en ella estampada*²³.

²³ SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes (Imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro)*, Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, p. 160.

Su comentario es el que sigue: “La posible pureza neoplatónica también se trunca al final de este soneto con la intervención de los *ojos del deseo*, equiparados a los del alma: *mas por solo gozar de tanta gloria, / señora, con los ojos corporales / como con los del alma y el deseo*”.

También podríamos considerar, sin embargo, desde otra perspectiva, que Hurtado de Mendoza trata de expresar que el sentimiento amoroso provoca, ineludiblemente, que el alma inflame el deseo (un deseo integral y armónico) al mismo tiempo que ésta se ve inflamada por él.

De modo que la tan proclamada escisión converja en el todo donde anime el *amor intellectualis* spinoziano²⁴.

Pues, como afirma Remo Bodei en *Una geometría de las pasiones*, el núcleo de la ética sentimental del filósofo holandés descansa sobre estas dos afirmaciones de Spinoza (también aplicables, como veremos, a las tesis galdosianas):

1. “El esfuerzo por conservarse es el primero y el único fundamento de la virtud”.
2. [Referida al *amor intellectualis*] “El deseo que nace de la razón no puede tener exceso²⁵”.

²⁴ BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, tr. de José Ramón Monreal, Muchnik Editores, Barcelona, 1995, pássim.

²⁵ Op. cit., p. 464.

Al margen de la preponderancia de las distintas corrientes o interpretaciones filosófico-literarias que impregnan los textos clásicos de la literatura amorosa, se percibe en los autores y los textos tan oportunamente seleccionados por el profesor Serés, a lo largo de todo su estudio, un creciente afán por describir, de la forma más ajustada posible, la verdad, la naturaleza, las causas y los efectos del sentimiento amoroso.

Así, una de las máximas culminaciones de este proceso la llevan a cabo, como no podía ser de otro modo, los escritores realistas, naturalistas y espiritualistas de fin de siglo, entre los que Pérez Galdós ocupa un lugar muy destacado dentro de la literatura española.

Otro elemento de valor en el arte de Pérez Galdós radica en su misma idiosincrasia de autor hispano. Esto es algo que tendremos oportunidad de analizar al hilo de nuestros posteriores análisis.

Como recordaba el profesor Lissorges en las “Problemáticas y perspectivas” recogidas de la invitación al Congreso Internacional *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX*:

“Las investigaciones de las últimas décadas sobre el siglo XIX han venido destacando la originalidad de la producción literaria española respecto a las corrientes dominantes en los demás países europeos.

Hasta tal punto esto es así, que los mismos términos de *romanticismo*, *realismo*, *naturalismo*, *simbolismo*,... no definen realidades literarias rigurosamente homólogas.

El estudio de la especificidad literaria española no puede ceñirse a un mero traslado de etiquetas, sino que, teniendo presente los condicionamientos socioeconómicos (ya bien conocidos), ha de tratar de delimitar los contornos de *una cultura que, si orientada hacia las corrientes y valores de la modernidad, es aún tributaria de tradición definidora de identidad y siempre animada por tendencias idealistas y espiritualistas.*

Los movimientos foráneos (krausismo, positivismo, modernismo, etc.) percibidos como expresión del mundo moderno y aceptados como imperativos de progreso, conocen un reajuste acorde con postulados filosóficos y culturales propiamente hispánicos²⁶”.

De acuerdo con estas premisas, la pretensión del presente estudio es demostrar que la novelística galdosiana, como organismo vivo que crece y evoluciona a la par del autor, sigue un natural proceso de conformación en el que nunca dejan de estar presentes los cimientos originarios del espiritualismo galdosiano.

Para ello, nos centraremos en el análisis de aquellas novelas que, históricamente, han sido observadas por la crítica a la luz, casi exclusiva, de los postulados pretendidamente opuestos a las corrientes espiritualistas: pragmatismo, materialismo, positivismo, científicismo...

²⁶ LISSORGES, Yvan y SOBEJANO, Gonzalo, (coordinadores), *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, Positivismo, Espiritualismo*, preparación del texto a cargo de Sylvie Baulo, Presses Universitaires du Mirail, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998, pp. 9 y 10. (El subrayado es nuestro).

Pues numerosos estudiosos han abordado estos temas sin caer en la cuenta de que dichos eslabones venían constituidos por los movimientos históricos, culturales e intelectuales de la humanidad que eran inevitables hasta alcanzar el resurgimiento espiritual de fin de siglo.

Por otro lado, debemos observar que de este espiritualismo nunca llegaría a desentenderse, por completo, don Benito, ni siquiera en sus novelas más marcadamente materialistas. (Otra cosa son las técnicas narrativas empleadas en cada etapa de creación por el autor canario).

La concepción educativa que se nos presenta en la narrativa galdosiana nos ayuda a redescubrir las novelas realistas y naturalistas de Pérez Galdós desde una perspectiva que, en su mismo origen, ya se demandaba que fuese más conciliadora, comprensiva e integradora.

De lo contrario, estaríamos secundando el severo enjuiciamiento que sus personajes más intransigentes llevan a cabo con respecto a Pepe Rey o León Roch, con lo que nos estaríamos granjeando las subsiguientes antipatías que despiertan los antagonistas de las novelas correspondientes.

Tampoco debemos olvidar el persistente ejercicio de crítica y la ironía que realizó Pérez Galdós en toda su obra, cualesquiera que fueran las técnicas, los temas o los procedimientos empleados.

Galdós siempre estuvo atento a los gustos de los lectores, así como a las nuevas tendencias y procedimientos creativos, pero necesariamente tuvo que permanecer fiel a los puntos esenciales de una definida y rigurosa postura vital, así como a la concepción del individuo y del mundo que determinó y caracterizó su ecléctica ideología²⁷.

²⁷ Vid. LISSORGES, Yvan (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.

La obra de Galdós es testimonio de una búsqueda infatigable de la conciliación y la armonía últimas que auguraba y demandaba como componentes indispensables en el “reino de la felicidad” de las generaciones futuras. Reino que garantizaría al hombre la libertad y la independencia inexcusables para buscar, por sí mismo, la educación que le es propia, es decir, para buscar la salvación del ser, apelando a su íntimo “sentido de la justicia²⁸”.

Pero Galdós reconoce también, a través del trasunto de humanismo aplicado que emana de sus novelas, que no todos los hombres estarán bien dotados para asumir, digna y moralmente, tan excelsa responsabilidad. Por lo que será tarea del pensador tratar de guiarlos.

Afirma Henry Adams, en uno de los capítulos centrales de su *Educación*: “... jueces más indulgentes se inclinan a pensar que apenas uno de cada cien hombres posee una inteligencia capaz de reaccionar adecuadamente a las fuerzas que le rodean, y la mitad de ellos reaccionan mal. Para una inteligencia así, el objeto de la educación consistiría en aprender por sí misma a reaccionar con vigor y economía²⁹”.

En este estudio podemos encontrar numerosas apreciaciones que destacan los aspectos mencionados, aportando una gran sutileza analítica y una gran cantidad de datos de interés referentes a las anteriores afirmaciones.

²⁸ El concepto sobre el “sentido de la justicia” o “sentido de lo justo” fue magistralmente esbozado en los escritos sobre *Moral laica* de R. L. Stevenson, como deja de manifiesto Javier Alcoriza en varios de sus artículos, recogidos en *Caracteres Literarios. Ensayos sobre la ética de la literatura*. Años I, II, III, IV, V y VI, números 1-8, editorial Leserwelt (Un mundo de lectores).

²⁹ ADAMS, Henry, *La educación de Henry Adams*, tr. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 2001, p. 333.

En infinidad de ocasiones Galdós practica el racionalismo crítico popperiano³⁰ (Karl R. Popper, 1902-1994), si por tal se entiende la reflexión y crítica sistemáticas de todo lo concebible y asimilable por la experiencia humana; la supremacía última del individuo sobre los ideales³¹ (ya que ninguno merece, en la práctica, el sacrificio de los hombres); y la renuncia a lo Sublime, en la medida que supone la destrucción de lo bueno.

Es decir, que Galdós fue un hombre notoriamente adelantado a su tiempo, aunque deberíamos decir mejor, a sus circunstancias históricas. Su tiempo, en el sentido agustiniano de este concepto, fue aquel que le invitaba a ejercer un desarrollo lo más libre posible de su conciencia y de su espíritu.

Pero, por otro lado, fue incapaz de depurar la crítica –a veces ciertamente furibunda- de las aversiones que en su ser íntimo provocaban ciertas instituciones y tradiciones que perpetuaban crasos errores.

Aunque tal vez deberíamos decir que lo que don Benito consideraba realmente nefasto eran ciertos errores institucionalizados y perpetuados por los representantes más radicales e ineducados de un tradicionalismo exacerbado y decadente.

³⁰ Lo que no lo exime, en consecuencia, de las paradojas, ambigüedades y contradicciones que gravitan sobre el pensamiento del hombre moderno.

³¹ Aunque siempre censuró el egotismo endémico español, corruptor de las costumbres sociales y las virtudes morales. Galdós, como Ortega, no concibe la mejora integral del país si no se emprende el camino acuciante de la tolerancia y la filantropía.

También defendía Popper que el deber más apremiante del hombre no era tanto dilucidar la verdad como evitar el error. Y a ese fin estuvo siempre aplicada la imaginación y la creación literaria de Pérez Galdós.

A pesar de que, en el ámbito personal, sus propias pasiones se impusieran, de forma determinante, al racionalismo crítico que predicara: “No existe nada que se resigne a morir –se lamenta el narrador de *Fortunata y Jacinta*-, y el error es quizás lo que con más bravura se defiende de la muerte”. [441]

Como apuntábamos, la peculiar dimensión espiritualista galdosiana ha sido estudiada y reconocida por la crítica actual, cuando se centra, por ejemplo, en el análisis de *Ángel Guerra*, *Las novelas de Torquemada*, *Nazarín* o *Halma*, escritas entre 1891 y 1895; pero se ha olvidado, con demasiada frecuencia, de seguir su rastro a lo largo de toda la producción novelística del autor canario.

Este desajuste resulta especialmente notorio cuando se trata de las novelas impregnadas del “romanticismo tardío” o decadente de su primera y segunda etapa, o de aquellas que se han querido analizar o juzgar, con excesiva profusión, a la luz de los postulados del naturalismo más ortodoxo.

Por dichas razones, hemos querido prestar una mayor atención a estas dos últimas etapas citadas, a lo largo del presente estudio; para poner, una vez más, en entredicho la supuesta generación espontánea del espiritualismo galdosiano.

Lo haremos atendiendo al análisis de las siguientes novelas:

Doña Perfecta (1876), *Gloria* (1877), *La familia de León Roch* (1878), *Marianela* (1878), *La desheredada* (1881), *El amigo Manso* (1882), *El doctor Centeno* (1883), *Tormento* (1884), *La de Bringas* (1884), *Lo prohibido* (1885), *Fortunata y Jacinta* (1887), *La incógnita* (1890) y *Tristana* (1892).

Por tanto, reflexionaremos sobre buena parte del *corpus* mencionado³² tomando como punto último de referencia el espiritualismo magistralmente entreverado en la simbólica figura de Tristana, cuyo análisis cerrará estas aproximaciones al tema del discurso amoroso en la novela de la Restauración, centrándonos en torno a la figura y la obra de don Benito Pérez Galdós.

³² Los criterios de selección de las novelas se corresponden con el propósito de abarcar un amplio y variado número de temas candentes sobre la plasmación y la vivencia de la educación sentimental, con su correspondiente discurso amoroso, en la novelística galdosiana de dichos periodos creativos de su producción. Ni que decir tiene que el tema global queda sólo esbozado a través de la personal elección de las presentes calas. En ocasiones recurriremos, además, a las valiosísimas aportaciones de los estudios comparativos para enriquecer el análisis y la visión de las obras correspondientes.

II. CORPUS ANALIZADO

II. 1. *Doña Perfecta* (1876)

En *Doña Perfecta*, novela perteneciente a la serie de la primera época, se percibe la alegría vital de las obras de juventud³³ caracterizada, en el caso de don Benito Pérez Galdós, por un estilo desenvuelto, desenfadado, que trasciende el contenido y el desenlace trágicos de la obra.

A pesar de ello, el autor canario ha conseguido, a estas alturas de su carrera periodística y literaria, grandes logros en la pugna por desembarazarse de aquellos aspectos de la tradición literaria anterior, de los que surgiría, por oposición, la peculiar originalidad de su creación.

Una de las numerosas pruebas que podríamos aducir para demostrar lo dicho es que si bien José Rey, el espléndido protagonista de la novela en cuestión, no cumple las expectativas necesarias para ser considerado un héroe mítico, es decir, un héroe en el sentido clásico o romántico del término, sí que contiene en la configuración de su carácter muchos rasgos polivalentes que lo sitúan entre los héroes potenciales más adelantados y prometedores de su tiempo; aunque iremos matizando esta afirmación a lo largo del presente análisis.

Pepe Rey no lucha obstinadamente contra la dimensión natural de su ser ni contra sus pasiones (asume que es inútil hacerlo), aunque todavía esté muy

³³ Véase CHAMBERLIN, Vernon A., “Doña Perfecta: Galdós' reply to Pepita Jiménez”. *Anales galdosianos*, Año XV (1980), pp. 11-21.

lejos de conquistar la felicidad que sólo aporta la sabiduría y el equilibrio de las emociones.

En este sentido, la postura de don Benito nace impregnada de los principios de un “nuevo” espiritualismo perfectamente definido: “Como antes lo hiciera ya Séneca, también Spinoza rechaza la posición de corte cínico de los estoicos más rigurosos, según la cual el sabio no tiene necesidad de que existan condiciones exteriores para el logro de su felicidad, en cuanto debe reducir al mínimo las necesidades y soportar serenamente las privaciones³⁴”.

Por el momento oigamos a Pepe Rey, en una de sus primeras intervenciones dentro del primer capítulo de la novela, cuando acaba de llegar a Villahorrenda con la intención de conocer a su prometida: “-¡Pero hace aquí un frío de tres mil demonios! -dijo el viajero envolviéndose en su manta-. ¿No hay en el apeadero algún sitio dónde descansar y reponerse antes de emprender un viaje a caballo por este país de hielo?”. [4]

En realidad, este páramo en el que se ve envuelto por una atmósfera onírica (de pesadilla), habitado por el frío, los bandoleros y la soledad, se convertirá para el lector en macabro y conciso anuncio de muerte, es decir, en un símbolo vivo al más puro estilo y gusto galdosianos.

Otros elementos que vienen a apoyar estas primeras impresiones son las descripciones, de evocación machadiana, de esos hoscos y temibles labriegos castellanos de “sagaces ojos que bajo el ala de ancho sombrero de terciopelo viejo resplandecían... [6]”, como nos indica el expansivo narrador de *Doña Perfecta*.

³⁴ BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, tr. de José Ramón Monreal, Muchnik Editores, Barcelona, 1995, p. 456.

Envuelto en una manta, quejándose de frío y de cansancio, y guiado por este burdo labriego “de mano morena y acerada” que hace las veces de escudero, emprende José Rey su primer y último viaje iniciático en las lides del amor, en una decrepita caballería.

La sensación de torpeza y pesadez marca el inicio de las acciones de este personaje destinado o condenado a vivir sus aventuras y desventuras de amor en la España profunda, como ya hiciera, siglos atrás, don Alonso Quijano, y como también haría, años después, la inconfundible figura de don Antonio Machado.

En la descripción de la llegada de Pepe Rey, apunta el narrador que el desvencijado tren partirá de la estación, antes de que lo haga la caravana que acompaña a Villahorrenda al malhadado caballero.

Un poco más adelante, a través de la dicotomía perfectamente conformada por el protagonista con un ingenioso símil topográfico, propone Galdós lo que podría leerse como una definición metafórica de “novela”, que es aplicable a la situación y al sentimiento que subyace y caracteriza a buena parte de los novelistas de la Restauración:

"Palabras hermosas, realidad prosaica y miserable. Los ciegos serían felices en este país, que para la lengua es paraíso y para los ojos infierno [10]".

No en vano, el autor pone estas palabras en boca de don José de Rey, cuando él y su "escudero" Licurgo van al encuentro de Doña Perfecta. Entonces, esa sorprendente y "horrible ironía de los nombres" (que en nada concuerdan con "la desolada tristeza del negro paisaje"), se hará ostensible en las amargas experiencias que acabarán con las aspiraciones de un personaje que se atrevió a soñar con algo mejor:

-¡El cerrillo de los Lirios! -dijo el caballero, saliendo de su meditación-. ¡Cómo abundan los nombres poéticos en estos sitios tan feos! Desde que viajo por estas tierras, me sorprende la horrible ironía de los nombres.

Tal sitio que se distingue por su árido aspecto y la desolada tristeza del negro paisaje, se llama *Valle-ameno*.

Tal villorrio de adobes que miserablemente se extiende sobre un llano estéril y que de diversos modos pregona su pobreza, tiene la insolencia de nombrarse *Villa-rica*; y hay un barranco pedregoso y polvoriento, donde ni los cardos encuentran jugo, y que sin embargo se llama *Valdeflores*.

¿Eso que tenemos delante es el *Cerrillo de los Lirios*? ¿Pero dónde están esos lirios, hombre de Dios?

Yo no veo más que piedras y yerba descolorida. Llaman a eso el *Cerrillo de la Desolación*³⁵ y hablarán a derechas.

Exceptuando *Villahorrenda*, que parece ha recibido al mismo tiempo el nombre y la hechura, todo aquí es ironía. Palabras hermosas, realidad prosaica y miserable.

Los ciegos serían felices en este país, que para la lengua es paraíso y para los ojos infierno. [11]

No olvidemos que gran parte de la novela de la Restauración es la historia del desencanto personal y de la muerte de los infundados ideales de juventud a manos de la experiencia, la cual suele asumir formas verdaderamente terribles.

Esta experiencia la descubriría tempranamente Galdós, a raíz de su fracaso sentimental con Sisita. Aspecto de la silenciada vida del autor al que se refiere don Pedro Ortiz-Armengol, tan pormenorizadamente como es posible hasta el momento, en su *Vida de Galdós*³⁶.

³⁵ Las afinidades de este pasaje galdosiano con las aventuras descritas en *El progreso del peregrino*, de John Bunyan, nos invitan a pensar en una equivalencia entre los personajes que no es del todo casual. Hay que tener en cuenta que ambos relatos están trazando el amargo viaje iniciático de un ser que tiene por toda defensa a lo largo de su andadura, la rectitud de su carácter, las virtudes morales y el deseo continuo de arribar a la Tierra Prometida.

Y tampoco es casual que los personajes hasta ahora mencionados evoquen una libre recreación, actualizada por don Benito, de don Quijote y Sancho Panza.

El “héroe”, no obstante, se muestra, a un tiempo, prosaico, melancólico, irónico y soñador, y ya aparece así desde el comienzo de la narración de lo que será la experiencia más importante y enriquecedora de su vida.

Experiencia que pondrá fin trágicamente a la misma, a fuerza de confluir la dicha y la desgracia en un maridaje imposible. De forma aproximada lo anunciará poco después el héroe:

“-Rosario -exclamó el joven-. Desde que te vi, mi alma se sintió llena de una alegría muy viva... he sentido al mismo tiempo un pesar,... el pesar de no haber venido antes a Orbajosa [69]”.

Estas palabras son pronunciadas como si Pepe Rey fuera consciente de la irremediable pérdida y, a su vez, se viera impelido a seguir anhelando, y buscando, el paraíso perdido.

De todo esto es sintomático que exprese de manera recurrente sus impresiones íntimas: “-¡Qué triste camino! No se ve ni un solo árbol en todo lo que alcanza la vista. Aquí todo es al revés. La ironía no cesa. ¿Por qué, si no hay aquí álamos grandes ni chicos, se ha de llamar esto los *Alamillos*?” [11]

En buena medida, estas palabras reflejan el ideario vital que propone el autor canario por mediación de algunos de sus personajes más entrañables:

³⁶ ORTIZ-ARMENGOL, Pedro, *Vida de Galdós*, Editorial Crítica “Biblioteca de bolsillo”, Barcelona, 2000, p. 40 y ss.

Encajar la desdicha "riendo jovialmente"; como hace a lo largo de casi toda la novela el moderno caballero don José de Rey, ingeniero de obras públicas que aborrece “las falsedades y comedias de lo que llaman alta sociedad [44]”; a pesar de ser sobrino de Doña Perfecta.

La tendencia a dar rienda suelta a su espontaneidad, su inteligente y saludable buen humor y su sinceridad naturales (cualidades éstas de las que pronto se verá obligado a lamentarse ante Rosarito, debido a la voluntariosa incompreensión y el encono de quienes le rodean), le lleva a hacer manifiestas sus afectividades y opiniones, en lugar de expresarlas exclusivamente a aquellos bien dispuestos a entenderle, y en un tono íntimo, conforme su adversa situación le recomienda y, más adelante, le impone.

Veamos un ejemplo de la expresión de sus acertadas, aunque poco “convenientes”, críticas a la sociedad de Orbajosa, con el consiguiente agravio que suponen para los caciques del pueblo:

-Todavía no he podido formar idea de este pueblo -dijo Pepe-. Por lo poco que he visto, me parece que no le vendrían mal a Orbajosa media docena de grandes capitales dispuestos a emplearse aquí, un par de cabezas inteligentes que dirigieran la renovación de este país, y algunos miles de manos activas. Desde la entrada del pueblo hasta la puerta de esta casa he visto más de cien mendigos. La mayor parte son hombres sanos y aun robustos. Es un ejército lastimoso cuya vista oprime el corazón.

Pero la necesaria discreción es otra de las cosas que también *aprenderá* demasiado tarde, pues para Rosarito y José Rey, como para la inmensa mayoría de los personajes galdosianos, no habrá más educación sentimental que la que nazca a partir de la dolorosísima aprehensión de sus propios “errores”.

Este es el único modo de aprendizaje en un mundo que desprecia la inocencia, la verdad y la pureza del sentimiento amoroso, si este se opone (y se suele oponer) a los gustos, las monomanías y los intereses personales de seres

que perdieron, mucho tiempo atrás, esa inocencia, esa verdad y esa pureza (en el caso de que alguna vez las tuvieran):

Porque “tenía nuestro joven la desgracia, si desgracia puede llamarse, de manifestar sus impresiones con inusitada franqueza, y esto le atrajo algunas antipatías [109]”.

Aparece en esta larga, esquemática y organizada presentación de los personajes otro gran número de tópicos de la narrativa y la poética precedentes. Si bien es cierto que todos ellos se verán, en mayor o menor medida, remodelados, distorsionados o remozados por el ingenio del joven Galdós:

- la genealogía “burguesa” del héroe;
- la feliz aceptación del matrimonio pre-convenido;
- el “desprecio de aldea” y el singular “*locus amoenus*” (ya no de Teócrito) que se transforman en tétrico y vulgar espacio para la tragedia;
- el “*collige virgo rosas*”, que deja de ser el de Ausonio para convertirse en germen de locura y de muerte...

En lo que sí gana mucho la presentación del héroe es, a mi juicio, en la conformación de sus atributos, tanto la de los que constituyen su aspecto físico, como la de aquellos que configuran su personalidad.

Sin renunciar a las más altas perfecciones de la belleza clásica grecolatina, el narrador consigue imprimir en José de Rey un sello de atractiva actualidad que, no dudamos, haría las delicias de las “posibles” lectoras de la época:

Frisaba la edad de este excelente joven en los treinta y cuatro años. Era de complexión fuerte y un tanto hercúlea, con rara perfección formado, y tan arrogante, que si llevara uniforme militar ofrecería el más guerrero aspecto y talle que puede imaginarse.

Rubios el cabello y la barba, no tenía en su rostro la flemática imperturbabilidad de los sajones, sino por el contrario, una viveza tal que sus ojos parecían negros sin serlo.

Su persona bien podía pasar por un hermoso y acabado símbolo, y si fuera estatua, el escultor habría grabado en el pedestal estas palabras:

Inteligencia, fuerza.

Si no en caracteres visibles, llevábalas él expresadas vagamente en la luz de su mirar, en el poderoso atractivo que era don propio de su persona, y en las simpatías a que su trato cariñosamente convidaba. [34]

A pesar de contraponerse su retrato al de la fuerza bruta y salvaje de un héroe de guerra (como la que en la misma novela exhibe el señor Ramos, alias Caballuco), José Rey representa al intelectual destinado a enfrentarse con la desproporcionada fuerza del cacique.

Pues bien, si el objetivo es noble, los resultados difícilmente podrían ser más desastrosos, en esta primera y genuina versión de la novela galdosiana: En *Doña Perfecta*, la pretendida lección sobre el discurso amoroso de la época, contiene una apasionada actitud de denuncia antes que una soflama de ingenua esperanza que arengue a los jóvenes, contra todo, enamorados, a defender su amor.

En cambio, los previene contra las argucias de los malvados (quienes, tal vez, más sepan por viejos...), y les aconseja desconfiar de su inocente buena voluntad y de su inexperiencia.

Un error ante un adversario diabólicamente astuto se convertirá, contra toda justicia, en una trampa mortal. Pese a los logros éticos y morales alcanzados por este joven brillante, a la vez que alentadas por ellos, las fuerzas del mal se confabulan y su poder se revuelve implacable hasta destruir la pureza originaria de sus ideales y acabar con su propia vida.

Rescatemos, por un momento, la personalidad de la víctima propiciatoria masculina de estas oscuras fuerzas que presiden la luctuosa historia de Rosarito y José Rey:

No era de los más habladores: sólo los entendimientos de ideas inseguras y de movedizo criterio propenden a la verbosidad.

El profundo sentido moral de aquel insigne joven le hacía muy sobrio de palabras en las disputas que constantemente traban sobre diversos asuntos los hombres del día; pero en la conversación urbana sabía mostrar una elocuencia picante y discreta, emanada siempre del buen sentido y de la apreciación mesurada y justa de las cosas del mundo.

No admitía falsedades y mistificaciones, ni esos retruécanos del pensamiento con que se divierten algunas inteligencias impregnadas del gongorismo; y para volver por los fueros de la realidad, Pepe Rey solía emplear a veces, no siempre con comedimiento, las armas de la burla.

Esto casi era un defecto a los ojos de gran número de personas que le estimaban, porque aparecía un poco irrespetuoso en presencia de multitud de hechos comunes en el mundo y admitidos por todos.

Fuerza es decirlo, aunque se amengüe su prestigio: Rey no conocía la dulce tolerancia del condescendiente siglo que ha inventado singulares velos de lenguaje y de hechos para cubrir lo que a los vulgares ojos pudiera ser desagradable. [35]

Pero, junto al compacto y prometedor atractivo del enamorado, aparece la tímida belleza interior de la no menos desgraciada “heroína”, según la califica el propio narrador, de quien también afirma que “el vasto caudal de su espíritu” precisaba cauce.

Como veremos, ella no es menos digna de contemplación, a pesar del discreto segundo plano en que la sitúa inicialmente el autor:

... lo principal en Rosario era que tenía tal expresión de dulzura y modestia, que al verla no se echaban de menos las perfecciones de que carecía. [...]

La hermosura real de la niña de doña Perfecta consistía en una especie de transparencia, [...] por la cual todas las honduras de su alma se veían claramente; honduras no cavernosas y horribles como las del mar, sino como las de un manso y claro río.

Pero allí faltaba materia para que la persona fuese completa: faltaba cauce, faltaban orillas. El vasto caudal de su espíritu se desbordaba, amenazando devorar las estrechas riberas. Al ser saludada por su primo, se puso como la grana y sólo pronunció algunas palabras torpes. [38] (El subrayado es nuestro).

Mientras que el “héroe” constituye una perfecta unidad de fuerza, belleza, honestidad e inteligencia, la muchacha es un ser limitado y débil, por completo dependiente de la férrea mano de su progenitora (algo que no podrá remediar, para desdicha de todos los fieles lectores, ni siquiera el íntegro y amante caballero).

Una heroína que, por si esto fuera poco, corre el peligro de perecer a causa de un desbordamiento de su propio espíritu. De modo que la mayor virtud de Rosarito se constituye, inversamente, en la más acuciante amenaza de su vida. Amenaza que se irá confirmando y materializando en el decurso de los acontecimientos.

Como vemos, el autor, a sus treinta y tres años de edad, todavía se siente muy cerca de la concepción tradicional de las relaciones sentimentales (que, por otro lado, es fruto de su propia experiencia), y lo pone de manifiesto, sin ambages, a la hora de crear sus personajes.

También resulta significativo, en este sentido, que el narrador –del que no nos cansaremos de repetir que el autor es el responsable último- no focalice la actitud de la heroína, su opinión o sus sentimientos (siquiera por medio del discurrir de la conciencia, ya que su voz ha sido silenciada por los agentes del ambiente social), ante el mezquino comportamiento de las personas que dirigen su vida.

Habría que esperar un poco más para que Pérez Galdós se anticipe y ponga las técnicas narrativas, en todo su esplendor, al servicio de una visión y expresión más madura y completa del “alma del mundo” –según veremos en la terminología y acepción de William James-.

Aunque consideramos de justicia mencionar aquí que no suelen tener, en términos generales, las damas novelescas decimonónicas de fin de siglo mucha afinidad o familiaridad con la crítica constructiva de cara al público –dentro de la novelística española, si la comparamos, por ejemplo, con las genuinas heroínas inglesas y norteamericanas de Henry James-.

La insatisfacción existencial de las primeras se resuelve, en demasiados casos, con la toma de medidas pragmáticas desesperadas.

Tal vez fuera otro modo de demostrar estos autores realistas y naturalistas su denodado y constante esfuerzo por reflejar fielmente la realidad de su tiempo; pero también es verdad que no desplegaron en esta vertiente sus tendencias imaginativas de carácter aleccionador.

Sí se previene, en cambio, a las posibles lectoras³⁷ galdosianas, con abrumadora sobreabundancia y claridad, de los peligros del derroche, el amor por el lujo, el materialismo y la devastadora predisposición a vivir por encima de sus posibilidades... en novelas posteriores como *La desheredada* o *La de Bringas*, por mencionar dos destacados ejemplos.

Otra posible causa de la citada actitud (que coincide con la que este estudio trata de demostrar) sería que las deficiencias de la educación sentimental afectaban ampliamente, también por aquellas fechas, a propios y extraños de ambos sexos; de todas las clases sociales; residentes en distintos países del mundo, o afines a las ideas de prestigiosas corrientes de pensamiento promocionadas en los mismos.

Es decir, a pesar de encontrarse dichos intelectuales bajo el “positivo influjo” de la avanzada cultura occidental, de la que tanto se alardeaba en Europa o en países tales y tan dispares como Gran Bretaña y Estados Unidos.

³⁷ Vid. “LIBRO, LECTURA Y LECTORES: La alfabetización, la escolarización y la lectura”, por Xavier Agenjo, en SUÁREZ CORTINA, Manuel, *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999. pp. 83-103.

El profesor Xavier Agenjo nos advierte, no obstante, que “la alfabetización no buscaba necesariamente la creación de un público lector, y mucho menos, de una masa lectora, sino algo más sencillo: la capacitación profesional imprescindible para una gestión administrativa progresivamente compleja (las cuatro reglas) o para el aprendizaje del manejo de la nueva maquinaria, constantemente renovada, y que exigía la consulta de numerosos manuales”. pp. 100-101.

Esto es algo que se vería plasmado en las obras de algunas de las inteligencias hispánicas más preclaras y mejor formadas de entonces, como lo fueran las de don Benito Pérez Galdós, doña Emilia Pardo Bazán o don Juan Valera.

En cualquier caso, y volviendo a las consecuencias prácticas de este estado de cosas, las lectoras tendrían que estar en disposición de aguzar su buen sentido para extraer de las novelas en cuestión las enseñanzas más apropiadas en beneficio de su educación.

Y eso les exigía poner en práctica la virtud que menos habían procurado desarrollar en ellas sus tutores, o que incluso más habían tratado de aniquilar, a saber: la competencia para formular una valoración crítica de los hechos.

Sin duda, esta carencia eminentemente femenina hasta bien avanzada la obra galdosiana, este estado latente del verdadero sentido crítico, y expreso, en la mujer, constituye uno de los más perniciosos (y lógicos) efectos de su casi absoluta falta de una legítima educación, que las hubiera capacitado para tomar las riendas de su destino, en función de su propio carácter o, al menos, para tomar conciencia de su deber y su derecho a intentarlo³⁸.

³⁸ Vid. ARENAL, Concepción, *La mujer del porvenir*, 1ª ed., Madrid, 1869. Edición digital a partir de la 2ª ed. corr. y aum., Madrid, Ricardo Fe, 1848.

D^a Concepción Arenal nos ofrece en esta obra una lúcida reflexión sobre los problemas de la mujer de su tiempo, y se erige en un ejemplo de osada valentía y templanza para defender la causa de millones de mujeres oprimidas.

En el Primer Capítulo de su discurso afirmará: “En las relaciones de familia, en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor?, ¿cuál su puesto? Nadie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto, y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razón, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halléis en el caos que resulta del choque

Sí percibimos intentos, por parte de algunas de las protagonistas femeninas galdosianas, de elegir la que consideran menos mala entre sus opciones en la vida. Eso hace, por ejemplo, la amada de don Máximo Manso.

Ante la casi total ocultación que el profesor de filosofía procura de sus sentimientos, ella construye en silencio su relación con el brillante hijo de la carnicera, a cuyo lado puede alcanzar la categoría de respetable señora (aunque *su verdad* queda oculta bajo la mirada del narrador-protagonista, que es parte afectivamente implicada en los hechos).

También es sordo el proceso de desencanto que sufre Jacinta en su concepto del que, por muchos años, fuera su amado e indigno esposo.

No es otra cosa que un largo proceso de dolorosa reflexión y meditación ante las desgracias y errores que han marcado su vida, lo que lleva a Tristana a “decidir” el modo en que va a afrontar el final de sus días.

Tormento medita en su corazón el amor que siente por don Agustín, pese a ser incapaz de rebelarse contra la intolerable tiranía de la de Bringas...

Concluiremos, por tanto, que todas estas grandes mujeres ¿de ficción³⁹? elaboradas por la imaginación de don Benito a partir de elementos tomados de

continuo entre las preocupaciones y la ilustración, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia”.

³⁹ Según don Alfonso López Quintás, la obra literaria es una ficción en cuanto a su argumento, pero no en cuanto a su tema, y con objeto de descubrir las posibilidades formativas de todas las áreas culturales, elaboró un método de análisis literario que convierte cada obra literaria de calidad en una espléndida lección de ética. Véase LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso, *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid, 1994, 2ª ed.

Entre las numerosas obras que ha dedicado el filósofo a estos aspectos de la relación entre literatura y pedagogía también sobresalen por su valor analítico y estético las siguientes: *Estética de la creatividad* (Rialp, Madrid, 1998), *La formación por el arte y la literatura*

su realidad, están dotadas de un fuerte espíritu y de una magnífica intuición que las guía a la hora de tomar sus decisiones; además de llevar a cabo una intensa actividad reflexiva de carácter íntimo.

Pero, del mismo modo, casi todas ellas están sometidas, también, a los rigores de una impuesta mordaza.

En contadas ocasiones tendrán los personajes femeninos galdosianos el valor o el ingenio necesarios para formular en voz alta sus grandes verdades. (Veremos, sin embargo, el excepcional y relativo ejemplo que supone Eloísa Bueno a este respecto).

La mayoría de ellas morirán siendo víctimas de una arraigada ignorancia o rigidez moral, que les ha ocasionado deformaciones endémicas, y creado barreras insuperables e irreversibles: muestras de ello las encontramos en Fortunata, Isidora, Gloria, Pepa Fúcar, Jacinta...

(Rialp, Madrid 1993), *La experiencia estética y su poder formativo* (Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1990), *Literatura y formación humana* (San Pablo, Madrid 1997), *El libro de los valores* (Planeta-Testimonio, Barcelona, 2000).

Asimismo, desde 1987, Alfonso López Quintás promueve un proyecto formativo, denominado Escuela de Pensamiento y Creatividad, con vistas a enseñar a la juventud a pensar con rigor y vivir de forma creativa.

Para ello aplica los resultados de su investigación metodológica a las principales cuestiones relativas a la formación de los jóvenes.

Entre los materiales que ofrece esta Escuela, destacan los siguientes: *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, (PPC, Madrid 1993, con doce vídeos (obra refundida en Inteligencia creativa, BAC, Madrid, en prensa), *El secuestro del lenguaje*, (PPC, Madrid 1993), *La juventud actual: entre el vértigo y el éxtasis*, (Publicaciones Claretianas, Madrid, 1993), *El conocimiento de los valores*, (Verbo Divino, Estella, 1989), *El amor humano*, (Edibesa, Madrid, 1994), *El encuentro y la plenitud de vida espiritual*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990.

Siguiendo con el análisis de Rosarito, al narrador le interesa resaltar, en esta tierna muchacha, una generosidad y una bondad verdaderamente conmovedoras. Escuchemos, pues, lo que le responde a su amado José Rey cuando éste le comunica su malestar por no haber sabido conquistar el amor y el aprecio de doña Perfecta (a la que ya considera como futura suegra) y el de sus súbditos:

-Lo que yo creo -dijo Rosarito, clavando en él sus ojos llenos de expresión cariñosa- es que tú no eres para nosotros [...]

La tristeza que era normal en el semblante de Rosarito se mostró con tintas y rasgos tan notorios, que Pepe Rey sintió una emoción profunda. [60]

Como recuerda Ortiz-Armengol, “ya se ha dicho que ese primer amor obstaculizado [el que sintiera el autor por Sisita] contribuiría a la idealización que aparece en las primeras novelas de Galdós acerca de las muchachas bellas, jóvenes y desvalidas, que viven acosadas por enemigos o adversidades⁴⁰”.

Aunque añade también que “no hace falta una motivación personal para crear los tipos que se imponen en cada época”, como vendrían a demostrar las “muchachas bellas, jóvenes y desvalidas” de las novelas de Charles Dickens. Pero, sin duda, la palpable “motivación personal” siempre dotó de vigor a la novela galdosiana.

Una novedad radical en el tratamiento de las relaciones amorosas que introduce Galdós en sus novelas, es la predisposición de los personajes (sobre todo, los masculinos) para abordar de forma directa la expresión de sus sentimientos.

⁴⁰ Op. cit., p. 42.

Por ejemplo, no podríamos calificar de convencional la declaración que de su amor hace José a Rosarito, a pesar de que contiene toda la aridez de lo pre-convenido:

-Si me conocieras, como yo creo conocerte a ti, sabrías que jamás digo sino lo que siento. Pero dejémonos de sutilezas tontas y de argucias de amantes que no conducen sino a falsear los sentimientos.

Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad. ¿Eres acaso una señorita a quien he conocido en el paseo o en la tertulia y con la cual pienso pasar un rato divertido? No. Eres mi prima. Eres algo más... Rosario, pongamos de una vez las cosas en su verdadero lugar. Fuera rodeos. Yo he venido aquí a casarme contigo. [72]

Frente a esta sed de verdad que expone abiertamente a su amada José Rey, nos encontramos con la actitud del Penitenciario (resulta evidente que no es gratuito que se llame don Inocencio) quien, con su falaz y falseado argumento de fe, encubre una supina ignorancia y los más retorcidos propósitos:

-Es verdad que yo no sé lo que vale el arte, cuando se le disgrega de los sentimientos que expresa... pero en fin, hoy es costumbre adorar la forma, no la idea...

Libreme Dios de meterme a discutir este tema con el Sr. D. José, que sabe tanto, y argumentando con la primorosa sutileza de los modernos, confundiría al punto mi espíritu, en el cual no hay más que fe.

-El empeño de Vds. de considerarme como el hombre más sabio de la tierra, me mortifica bastante -dijo Pepe, recobrando la dureza de su acento-. Ténganme por tonto; que prefiero la fama de necio a poseer esa ciencia de Satanás que aquí me atribuyen. [85]

Y, en el extremo opuesto al lugar que ocupa Pepe Rey en la balanza de la sabiduría (no olvidemos que, por amor a la verdad, José es un filósofo en el sentido etimológico del término) se encuentra Jacinto, el sobrino del señor don Inocencio, a quien el narrador nos describe de la forma más precisa:

“Era uno de esos chiquillos precoces a quienes la indulgente Universidad lanza antes de tiempo a las arduas luchas del mundo, haciéndoles creer que son hombres porque son doctores [77]”.

Estas palabras ya nos sugieren que estamos ante el germen del futuro Juanito Santa Cruz. Pero, para que no quede la menor duda, puntualiza el narrador:

“A veces era travieso como un niño, a veces formal como un hombre. En verdad, en verdad que si a Jacintito no le gustaran un poco, y aun un mucho, las lindas muchachas, su buen tío le creería perfecto”.

En la novela de Pérez Galdós, las instituciones de instrucción pública quedan muy mal paradas como pretendida cuna de la Sabiduría.

Ya todos sabemos, gracias en buena medida al impagable estudio de don Pedro Ortiz-Armengol, de la tormentosa relación que mantuvo el joven Benito con la Universidad Central de Madrid.

También está presente en nuestra memoria el trágico final de don Máximo Manso, catedrático de Filosofía, hombre bueno y sabio como pocos, quien no supo hacer frente, sin embargo, al “problema” más decisivo de su vida: la declaración y defensa de su amor por la joven institutriz.

Esta incompetencia de la enseñanza académica para constituir personas armoniosamente educadas, dotadas de habilidades, valores y destrezas que les

ayuden en la búsqueda de su felicidad, en colaboración con los tutores y maestros personales, es lo que denuncia el narrador en el siguiente párrafo⁴¹:

En aquella tierna edad, en que el grado universitario sirve de soldadura entre la puericia y la virilidad, pocos jóvenes, mayormente si han sido mimados por sus maestros, están libres de una pedantería fastidiosa que, si les da gran prestigio junto al sillón de sus mamás, es muy risible entre hombres hechos y formales.

Jacintito tenía este defecto, disculpable no sólo por sus pocos años, sino porque su buen tío fomentaba aquella vanidad pueril con imprudentes aplausos. [78]

Muchas de dichas verdades esenciales fueron descubiertas, recogidas y perfectamente descritas por los sabios de la Grecia Clásica, y su legado se ha ido perpetuando a través de los siglos, al venir respaldado por la experiencia reiterada de los hombres.

⁴¹ Vid. “EL ESPÍRITU DEL SIGLO: el academicismo en el proceso de formación histórica de la cultura liberal española”, por Ignacio Peiró, pp. 61-83:

“En el mundo de los *Narcisos* de tinta del siglo XIX, donde el recurso a la tercera persona como efecto ilusorio de objetividad, permitía a los autores hablar de sí mismos con entusiasmo, ironizar sobre los escritos de “los otros” y opinar con el distanciamiento que proporciona la autosuficiencia de los premios no obtenidos a las instituciones, a las instituciones donde nunca habían sido recibidos...” [...] p. 61

“En nuestro país, el magisterio cultural, ejercido por las academias comenzó a ser cuestionado en el contexto de los cambios socio-políticos, transformaciones científicas y reestructuraciones institucionales surgidas en las primeras décadas del siglo XX”. p. 63

“CULTURA Y MOVILIZACIÓN EN EL MOVIMIENTO CATÓLICO DE LA RESTAURACIÓN: 1899-1913”, por Julio de la Cueva Merino, pp. 169-193.

Ambos estudios se pueden encontrar en SUÁREZ CORTINA, Manuel, *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999.

Que lleguen a las mismas conclusiones los pensadores más preclaros de cada época no hace sino reforzar y “enriquecer” la visión primigenia, por lo que el necesario esfuerzo de comprensión y rememoración no habrá sido en balde.

Pérez Galdós se adelanta a seguir el célebre consejo de Juan de Mairena: “A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído”.

Sólo que don Benito siempre se muestra muy selectivo, riguroso y exigente en el seguimiento y la crítica de sus maestros y guías intelectuales o espirituales, y trata de adaptar sus enseñanzas a las demandas de los tiempos.

Así, el presente narrador galdosiano aboga por la forzosa contención de los efectos de la pasión, teniendo en cuenta el estado en que se halla la realidad contemporánea de José Rey; pues sólo en casos de extremada pureza del alma (también de la de quienes nos rodean) ésta no es fuente de “grandes faltas y catástrofes”.

Si bien es cierto que la afinidad sentimental que vincula a dos espíritus nobles está por encima de cualquier semejanza de otro orden. (En esta misteriosamente bella manifestación del amor, se cimentó la profunda amistad de don Benito y don José María de Pereda, por encima de discrepancias de orden ideológico, ético, religioso o político).

El presente protagonista galdosiano persiguió en su vida la defensa de la verdad. Se enfrentó a las personas que mentían para granjearse una existencia más fácil, cómoda o llevadera.

José Rey considera que es imprescindible un espacio para la libertad personal, para el pensamiento individual que contenga la esencia de uno mismo, del propio ser, aunque nunca llegue a estar el hombre en posesión de la verdad absoluta.

Declara abiertamente que no le convence la imagen de un dios que crea las leyes de la naturaleza y después las condena por considerarlas pecaminosas o miserables.

En numerosas ocasiones, nuestro protagonista denunciará ante doña Perfecta y ante don Inocencio que no es honesto apelar a la naturaleza según el antojo o la necesidad del momento y, además, entreverar sus principios con los de la Providencia; convirtiéndose, así, en diabólicos profetas que acaban decretando lo mejor para satisfacer sus propios intereses, gustos y caprichos.

José Rey considera que la dignidad del hombre, y más aún la del hombre enamorado, no es una cuestión susceptible de relativismo.

Por otro lado, Rey es consciente de que la aceptación de cualquier ideología o forma de vida coherente con unos principios, supone una renuncia y una adecuación a las leyes o normas que la rigen⁴².

⁴² Vid. “EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO ESPAÑOL DE ENTRE SIGLOS: 1895-1914”, por Carlos Nieto Blanco, pp. 351-395: “En la segunda mitad del siglo XIX, el Positivismo reina sobre otras filosofías, como uno de los paradigmas fuertes, capaz de atraer el interés de los escritores y pensadores al situar a la razón humana bajo el modelo cientifista propio de la era de la ciencia”. [...]

“La crisis del Positivismo se puede identificar, en primer lugar como la quiebra de la idea de progreso, y, en segundo lugar, como el descrédito del cientificismo, o como la insuficiencia de la razón científica como modelo general de racionalidad”. pp. 358-359.

Vid. asimismo, “MENÉNDEZ PELAYO Y LA CULTURA CATÓLICA”, por Antonio Santoveña, pp. 395-417. el profesor Santoveña destaca que en la cultura hispánica de este periodo se fraguó una polémica que supuso el enfrentamiento entre quienes deseaban la pervivencia de un modelo científico-cultural de base católica y quines, por el contrario, propugnaban una separación completa entre ciencia y dogma”. p. 399.

Sobre las variedades filosóficas de los grandes movimientos intelectuales de la época, también resulta interesante el estudio del profesor Gonzalo Capellán de Miguel sobre “KRAUSISMO Y NEOTOMISMO EN LA CULTURA DE FIN DE SIGLO”. pp.417-451

Lo que hace digna dicha renuncia a la independencia y autonomía personales es el objeto de la misma; y Pepe Rey vio en el amor de su prima el motivo merecedor de su sacrificio. José se tiene que enfrentar a un insuperable cáncer doméstico.

Él mismo (joven de formación tradicional rigurosa y espíritu recto) confiesa epistolariamente a su venerable padre no haberse sentido nunca tan cuerdo y tan loco a un mismo tiempo.

El origen de este estado (además de la pasión amorosa que siente por Rosario) fue la evidencia de las conspiraciones y traiciones de su despótica tía.

El descubrimiento de la mentira como estrategia para dejar solo al “enemigo”, mientras se ganan adeptos deslealmente para la causa del interés personal: manejar las vidas ajenas, manipular y disponer destinos, inmiscuirse en la vida íntima, sagrada de su sobrino... aparentemente engalanada con todos los derechos de propiedad de la ascendencia...

A causa de todo ello, Pepe Rey descubrió la crueldad a la que se vería sometida su existencia, a la vez que experimentaba las dulzuras del primer amor correspondido. En consecuencia, el atribulado protagonista lloraba y reía al mismo tiempo. Era desgraciado al pensar en las continuas manipulaciones, los engaños, el tiempo perdido, las energías ahogadas en remordimientos imaginarios e injustificados por parte, fundamentalmente, de la influenciable Rosarito...

Todos estos estudios aparecen recogidos en SUÁREZ CORTINA, Manuel, *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999.

Pero se sentía, también, un poco más libre. El amargo sabor de la verdad lo hacía libre. En él se cumple, así, la implacable sentencia de Henry Adams: “La experiencia y el tiempo se encargan de cambiar todas las perspectivas⁴³”.

⁴³ ADAMS, Henry, *La educación de Henry Adams*, tr. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 2001, p. 67.

II. 2. *Gloria* (1877)

Silencio: ábrese una de las verdes persianas que dan al jardín por el lado de las montañas. Hermosa mano rápidamente la empuja; se mueve la cortina, dejando ver una cara de mujer.

Sus ojos negros como una pesadumbre. Durante un rato exploran todo el país, y si la luz va lejos, ellos van más. Su rostro indica con rasgos infalibles la ansiedad del que espera y las penosas inquietudes de un pensamiento ocupado por entero con la imagen de la persona que no quiere venir [...]

¡Oh! por aquí anda el amor. [10]

Este comienzo de la trama novelesca, a la mitad del primer capítulo de *Gloria*, evoca en nosotros muchos lances y romances de la novela amorosa del siglo XVII español, los cuales se inician también cuando una hermosa dama es vista a través de una ventana por el atrevido galán.

Pero Gloria no permanece con impertérrito semblante, en aras de su honor, mientras sus ojos "buscan y no hallan". El narrador describe, desde un jocosos distanciamiento, cómo esta heroína decimonónica: "No sólo está impaciente, sino enojada, y del enojo pasa a la cólera y de la cólera a la desesperación [11]⁴⁴".

⁴⁴ Estas afirmaciones parecen secundar las formuladas por B. Pascal en sus *Pensamientos*, cuando afirma:

Este estado anímico de Gloria será paralelo a los síntomas que, con posterioridad, precederán la misteriosa llegada de Daniel Morton.

La heroína galdosiana no siempre se caracterizará por la actitud contenidamente pasiva e ingenua que mantienen las damas de los siglos anteriores, al menos, en los primeros estadios de sus aventuras amorosas; pero su situación, como venimos apuntando, tampoco ha mejorado mucho con respecto a aquellas.

Este atrevimiento de las pasiones desatadas en el corazón de la heroína pronto chocará con la autoridad paterna o las conveniencias sociales⁴⁵, que, en la presente novela, están sólidamente representadas por la majestuosa personalidad de don Juan de Lantigua, la cual es dibujada simbólicamente por el narrador galdosiano al describir los rasgos de su faz:

“La razón actúa con lentitud, y con tantos miramientos, apoyada sobre tantos principios, que es preciso tener siempre presentes, que se embota o se pierde en todo instante, si no tiene siempre presentes todos sus principios. El sentimiento no actúa así: actúa instantáneamente, y está siempre presto a actuar. Hay que colocar, pues, nuestra fe en el sentimiento; de otro modo, será siempre vacilante”.

PASCAL, B., *Pensamientos*, Madrid, Espasa Calpe, 1997.

⁴⁵ La posterior situación desesperada de la heroína hará plantearse al lector algunas de las siguientes cuestiones: ¿Es preferible volverse loco, o vivir amenazado por el dogma y sometido por los que se erigen a sí mismos en sus preservadores y administran su justicia? ¿Es preferible, por el contrario descubrir que has aceptado ser desgraciado en aras de un absurdo error?...

“Lo dominante en todas las partes de su rostro era la expresión patente de una tenacidad acerada, como debió de ser aquella que hizo los héroes cuando había héroes y los mártires cuando había mártires [13]”.

Por su parte, Gloria es la encarnación del entusiasmo juvenil:

“Un espíritu de enérgica vitalidad que necesitaba emplearse constantemente. ¡Encantadora joven! A todo atendía, cual si nada ocurriese en la Creación que no fuese importantísimo [14]”.

Frente al estancamiento de las férreas tradiciones, la muchacha simboliza el esplendor y la novedad de las pasiones que despiertan, torrenciales, arrastrando lo que encuentran a su paso.

Y, sin embargo, la tesis de esta novela de juventud del autor canario no quitará, una vez más, la parte de razón que entrañan los sabios consejos de la tradición, a pesar de defender la necesidad de superar lo que, en el modo de vivir radicalmente conservador, pueda haber de obsoleto.

Estas son algunas de las premonitorias advertencias que don Juan de Lantigua le dirige a Gloria:

“...es preciso que aprendas a no ser tan vehemente, a no tomar tan a pechos cosas nimias y de escaso interés para el cuerpo y para el alma.

¡Cuándo te enseñaré la serenidad y el aplomo que debe tener la persona en presencia de los actos comunes de la vida!

Dime, si pones esa exaltación y ese ardor inusitado de la actividad y de la atención en negocios triviales, ¿qué piensas hacer cuando te encuentres en alguno de los mil graves lances y problemas que ofrece la vida?

Reflexiona en esto, hija mía, y modera tu arrebatado temperamento”. [19]

Gloria, a pesar de escuchar respetuosamente las palabras de su padre, insiste en la defensa de la bondad de su “genio vivo”, por formar parte, providencialmente, de la naturaleza de su carácter, y justifica su “impaciencia” por el “afán de llegar a mañana”; pues si podemos hablar de temas y motivos constantes a lo largo de toda la obra y la vida de Benito Pérez Galdós son aquellos que, bajo distintas formas, gestos y acciones, sugieren, anhelan y defienden el hecho de que en el mañana reside la esperanza de una vida mejor.

La búsqueda perpetua de la felicidad que define al hombre sabio desde la génesis de las civilizaciones occidentales, se sustenta en la fe y la confianza fundamentadas en una firme creencia: la capacidad de mejora del hombre.

Y este hombre perfeccionado que dará origen a la regeneración de las sociedades futuras será aquel capaz de aunar armoniosamente la pasión y el entusiasmo de la juventud, con la racional moderación que la sabiduría y la experiencia acumuladas han legado a los valores tradicionales de las culturas.

Pero esas nuevas generaciones aún están por venir. Es deber del escritor comprometido aleccionar y advertir de los peligros que subyacen al estancamiento ideológico-social, tanto como a la locura de las pasiones, y es deber del lector implicado, traducir y aplicar a su praxis cotidiana estas observaciones, así como transmitir los valores cívicos y educativos subyacentes a sus sucesores⁴⁶.

⁴⁶ A propósito de la sumisión, B. Pascal dilucidó el siguiente discurso (op. cit.):

“Hay que saber dudar donde es necesario, aseverar donde es necesario, sometiéndose donde es necesario. Quien no lo hace no escucha la fuerza de la razón. Los hay que pecan contra estos principios, o bien aseverándolo todo como demostrativo, por no entender de demostraciones; o bien dudando de todo, por no saber dónde hay que someterse; o bien sometiéndose a todo, por no saber dónde hay que juzgar”.

El poso de maldad que anida en la estirpe de los Lantigua, en su dimensión de representantes de lo corrupto de la tradición, se pone de manifiesto a través de la vacuidad y falsedad que revelan ciertos “discursillos” con los que don Juan alardea ante su hija y demás allegados; así como por la procedencia de sus riquezas y propiedades:

“La riqueza que desde 1860 poseía, así como la moderna casa y el bienestar tranquilo que disfrutaba, provenían de un tío suyo que volvió de Mazatlán (Méjico) con regular carga de pesos duros, la cual al poco tiempo soltó de sus hombros, juntamente con la de la vida, muriendo casi en el primer día de descanso”. [25]

En general, la del indiano es una figura mal vista en la novela galdosiana, en tanto en cuanto exprime las riquezas de allende los mares a la par que su salud, para traer los resultados de dicha filosofía de vida a Europa.

Durante todo este tiempo, su codicia le ciega y le impide degustar las delicias del mundo. Y, por si esto fuera poco, a su llegada contribuye a agudizar las desigualdades ya existentes en un régimen económico-social desfasado e injusto.

Pronto se manifestarán la personalidad, la ideología y las actividades de don Juan como las propias de un hombre esencialmente imparcial, si no injusto; de un apasionamiento rayano en lo fanático, mal dirigido, como el que marca (aunque en otro sentido) el destino de su hija Gloria.

A lo cual, cabría replicar lo siguiente: hay quien duda donde debe aseverar, persevera donde debe dudar y duda cuando debe someterse,... y, al final, acaba perdiendo el juicio y la confianza en su propia razón, renunciando a toda esperanza de felicidad.

Este será finalmente el trágico destino al que se ven sometidos Gloria y Daniel Morton.

Todos estos personajes son víctimas propiciatorias que anuncian la necesaria y fatal extinción de una casta empobrecida por hábitos de formación deformes, que han adquirido, con los siglos, carta de naturaleza en su espíritu.

La malformación de la vida del espíritu en el caso de los Lantigua es fruto, en buena medida, de su fanatismo religioso:

[A don Juan] Su inclinación contemplativa le llevó a considerar la fe religiosa, no sólo como gobernadora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamentado que debía dirigir *externamente* todas las cosas humanas. *Dio todo a la autoridad y nada o muy poco a la libertad*⁴⁷. [27] (El subrayado es nuestro)

El pensamiento del señor de Lantigua constituye el polo opuesto de las teorías del personalismo cristiano a las que nos atreveremos a decir, con las necesarias reservas, que se anticipó Pérez Galdós, en la línea de sus contemporáneos fundadores (aunque un poco más jóvenes) rusos y europeos.

⁴⁷ Dicha actitud, sin embargo, podría verse justificada si nos atenemos a los miedos e incertidumbres del triste mortal, que con inigualable precisión describiera B. Pascal, en sus *Pensamientos* (op. cit.):

“He pasado mucho tiempo de mi vida creyendo que había una justicia; y no me equivocaba; porque hay una, según Dios nos lo ha querido revelar. Pero yo no lo tomaba así, y me equivocaba en esto; porque creía que nuestra justicia era esencialmente justa, y que yo tenía con qué conocerla y juzgar de ella.

Pero me he encontrado tantas veces falto de juicio recto, que he llegado finalmente a desconfiar de mí, y después de los demás.

He visto que todos los países y hombres son mudables; y así, después de muchos cambios de juicio, concernientes a la verdadera justicia, he reconocido que nuestra naturaleza no era sino un continuo cambio, y desde entonces no he cambiado; y si cambiara, confirmaría mi opinión”.

Si por “personalismo cristiano” entendemos la siguiente definición, citada por Fernando José Vaquero Oroquieta en su artículo “El movimiento personalista en España”:

"Designamos con el término personalismo aquellas corrientes filosóficas que afirman la primacía de la persona sobre cualquier otra realidad, y la toman como eje de sus reflexiones.

No es tanto un sistema como una perspectiva desde la que se abordan los problemas. Pero una perspectiva filosófica en la que se atiende a la teoría y a la praxis, y en la que la persona es tomada en su singularidad y en su dimensión comunitaria, como seres libres y creadores.

En concreto, nos referimos al pensamiento de un conjunto de filósofos del siglo XX entre los que destaca Emmanuel Mounier y el grupo formado en torno a la revista *Esprit* y al que se pueden adscribir otros pensadores como Marcel, Scheler, Buber, Ebner, Landsberg, Nedoncelle, Weil, Levinas, Ricoer, Lacroix, etc.⁴⁸"

El contrapunto de este movimiento queda magníficamente descrito en el Capítulo V de *Gloria*, que trata de “Cómo educó a su hija”.

En el primer párrafo se nos explica que don Juan de Lantigua “creía que con encerrar a su hija en un colegio bastaba. Lo importante era que en el colegio reinasen buenos principios [27]”.

Después de esta crítica al concepto tradicional de educación dominante, entre la aristocracia española de su tiempo, el narrador nos refiere,

⁴⁸ *La revolución personalista y comunitaria en Mounier*, AA.VV., nota 1, p. 22, del apartado elaborado por X. M. Domínguez, Fundación Mounier, Madrid, 2002. Apud. Revista electrónica *Arbil*, nº 61, 1999.

pormenorizadamente, en qué consistían los conocimientos básicos de una educación femenina, aunque privilegiada para su época:

Gloria, después de residir algunos años en un colegio, a que daba nombre una de las advocaciones más piadosas de la Virgen María, volvió a su casa en completa posesión del catecismo, dueña de la historia sagrada y de parte de la profana, con muchas aunque confusas nociones de geografía, astronomía y física, mascullando el francés, sin saber el español, y con medianas conquistas en los dominios del arte de la aguja.

Se sabía de memoria sin omitir sílaba ni aun letra los *deberes del hombre*, y era regular maestra en tocar el piano, hallándose capaz de poner las manos en cualquiera de esas horribles *fantasías* que son encanto de las niñas tocadoras y terror de los oídos y baldón del arte musical. [30]

Como iremos viendo, la crítica que hace Galdós al sistema educativo es generalizada e integral.

(Recordemos las apreciaciones que los respectivos narradores hacían sobre la solidez intelectual de Juanito Santa Cruz o de Jacintito, el sobrino de don Inocencio).

Pero, en el caso de las alumnas, estas deficiencias se verían, si cabe, aún más devaluadas por el sexismo que impregna los aleccionamientos y por la imposición de un sistema de creencias externo, pero irreversiblemente incrustado en el alma de las educandas.

En la presente novela, así como en *Fortunata y Jacinta* y en *Lo prohibido*, se insiste en la idea de que los caballeros no estaban obligados, de hecho, a cumplir escrupulosamente con los deberes del culto.

También en *La familia de León Roch* se reservan las actividades de cariz eclesiástico a las beatas (ricas igualmente en este caso), mientras que los

hombres quedaban eximidos, al menos según la práctica generalizada, del cumplimiento de las mismas.

A este respecto es de destacar la crítica que hace Daniel Morton ante don Juan Lantigua:

... El país más piadoso ha venido a ser el más incrédulo.

El país más religioso, y que tuvo tiempos en que la piedad se asociaba a todas las grandezas de la vida, al heroísmo, a las artes, a la opulencia, a la guerra misma, ha concluido por formar de la piedad cosa aparte, separada de lo demás.

Un hombre devoto que se persigna al pasar por la iglesia, que confiesa y comulga semanalmente, es en la mayor parte de los círculos un hombre ridículo. [183]

En cuanto al sexismo como discriminación educativa resultan ilustrativos los siguientes episodios narrados, sobre los aleccionamientos que tratarán de conformar la madurez intelectual de Gloria a manos de su padre.

Dichos aleccionamientos tendrán por objeto apartar a Gloria de los peligros que supone el desarrollo personal del pensamiento, la conciencia reflexiva y la crítica, así como de los “perniciosos efectos” de la imaginación:

Un día, como Gloria, viéndole sumergido en hondos comentarios sobre la unidad religiosa impuesta a los Estados después de la unidad política, le dijese que en su sentir los reyes de España habían hecho mal en arrojar del país a los judíos y a los moros, Lantigua abrió mucho los ojos, y después de contemplarla en silencio mientras duró el breve paroxismo de su asombro, le dijo:

-Eso es saber más de la cuenta. ¿Qué entiendes tú de eso? Vete a tocar el piano. [31]

[...] Al poco tiempo D. Juan prohibió a su hija la lectura de novelas, porque aun siendo buenas, decía, enardecen la imaginación, encienden deseos y afanes en el limpio corazón de las muchachas, extravían su juicio y les hacen ver cosas y personas con falso y peligroso color poético. [33]

En otras ocasiones, como D. Juan no pusiese reparos a los libros clásicos españoles del gran siglo, Gloria se apoderó de varios tomos, y leyó la *Virtud al uso y mística a la moda*, de D. Fulgencio Afán de Ribera.

Casi, casi estuvo a punto de engolfarse en *La pícaro Justina*; pero Lantigua al fin puso mano en ello, permitiéndole sólo *Guzmán de Alfarache*.

Desgraciadamente en el mismo tomo estaba *La Celestina*. [35]

Pero comprobaremos que la contravenida prohibición de lecturas como la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* no exorciza los demonios de la gran tragedia amorosa que protagonizarán Gloria Lantigua y Daniel Morton; pues, por todo lo observado, se infiere que dicha tragedia vendría engendrada y sustentada por causas mucho más profundas, anidadas en el ancestral fanatismo de sus protagonistas.

El padre de Gloria, como máxima autoridad moral y educativa de su hija, consigue inculcarle los estrictos valores religiosos que darán sentido a su existencia.

Fuera de ellos la supervivencia de la muchacha se hará imposible. Toda la energía, la vitalidad y el amor de Gloria no serán bastantes para vencer (sí para combatir) el peso de la rígida tradición de la que nace su concepción del mundo y de la vida espiritual del individuo.

Si ella renunciara a estos principios estaría traicionando su propia moralidad, su concepto de dignidad personal y todas las nociones en que se amparan la fe y las creencias de la joven.

Es decir, estamos ante un caso claro de educación entitativa que ha arraigado de forma indeleble en el ser de Gloria.

La viva ambición de los propósitos de Lantigua y la amplitud de su proyecto educativo-religioso se ha cumplido en la persona de su hija.

A pesar de la muerte prematura de don Juan, acuciada por las vergüenzas y humillaciones a las que se ve sometido como consecuencia de las acciones de Gloria –de sus locuras de amor- se diría que don Juan Lantigua es, en este sentido, el gran triunfador de la novela; pues, recordemos:

“Su inclinación contemplativa le llevó a considerar la fe religiosa, no sólo como gobernadora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamentado que debía dirigir *externamente* todas las cosas humanas”.

En contra de lo que pudieran hacer pensar las opiniones “subversivas” de Gloria en materia de política o literatura, cuando ésta conoce a Daniel Morton, los principios que le han sido inculcados están tan arraigados en la vida de la joven que la pasión con que defiende sus posturas ético-religiosas sólo es equiparable a la pasión que le inspira su primer y único amante.

Esa lucha titánica de afectos (esas dos vidas contrapuestas de Gloria) sólo se puede resolver, simbólica y aun pragmáticamente, con la muerte de los dos miembros de este peculiar y múltiple Jano bicéfalo: Daniel Morton es demasiado semejante a ella (aunque de signo religioso opuesto) para que ambos logren resolver el conflicto. Son dos seres, en muchos aspectos, idénticos pero, por lo mismo, condenados a eterna confrontación.

Veamos ahora algunas de esas “subversivas” ideas de Gloria sobre la literatura picaresca española:

[...] Dijo también que al penetrar con ánimo valeroso en el laberinto de desvergüenzas, engaños, groserías y envilecimiento que con tanta gracia pinta la literatura picaresca, no podía menos de considerar a la sociedad del siglo XVII como una sociedad artista en la imaginación, pero caduca en la conciencia; y que *comprendía el decaimiento de la raza española, que a la sazón no conservaba más virtud que un heroísmo ciego, virtud no suficiente a suplir la falta de un sentido moral puro y de una religiosidad sencilla y desnuda de superstición.* [36] (El subrayado es nuestro)

Sin embargo, antes de que pudiera aplicar dichos principios al análisis de su propia vida, don Juan neutralizó estas incendiarias opiniones con unas persuasivas lecturas que devolverían a su hija, con éxito notorio, al redil de lo que él seguía considerando “políticamente correcto”, y a la inercia de las buenas costumbres:

Sucedió a la confusión [de don Juan] cierto terror ocasionado por la precocísima aptitud que mostraba Gloria para el sofisma y la paradoja; mas notando en ella un entendimiento de mucho brío aunque extraviado, consideró lo mejor llevarlo dulcemente por el buen camino.

Con tales ideas y propósitos, ordenó a su hija que se diese una buena hartada de comedias de Calderón, acompañándola con lecturas diarias de los místicos, poetas y prosadores religiosos, para que variasen sus ideas radicalmente respecto a la sociedad española del glorioso siglo. [37]

Tras las últimas lecturas Gloria “aseguró que en la sociedad de aquellos tiempos encontraba además de lo indicado antes, una inclinación demasiado

ardiente al idealismo, la cual si bien producía maravillosos efectos en la poesía y en las artes, era tal que sacaba a la sociedad fuera de su asiento [38]”.

Sin duda, el carácter y la inteligencia de la señorita Lantigua no fueron fáciles de domeñar.

Esto es algo que también contemplaría, con estupor, Daniel Morton; pues el firme y linajudo judío de ascendencia española pensó que Gloria renunciaría a los principios inculcados por su padre para someterse, por amor inmenso, a los suyos propios.

Pero se equivocó. La conversión de Gloria no hubiera supuesto un avance en el camino hacia su independencia moral, intelectual y espiritual. Se le exigía que abandonara una forma de intolerancia o confrontación religiosa para acogerse a otra, lejos aún de “una religiosidad sencilla y desnuda de superstición”, como ella anhelaba.

La paz y la armonía (también la sentimental), según Gloria, sólo podrían venir tras la reconciliación de lo material y lo ideal en la conciencia del pueblo español.

Incluso lo que afirma sobre la recreación de la sociedad que hace Miguel de Cervantes en el *Quijote* es predicable también de lo que sucede en la sociedad contemporánea en la que se circunscriben los Lantigua:

“Basta leer este libro para comprender que la sociedad que lo inspiró no podía llegar nunca a encontrar una base firme en que asentar su edificio moral y político. ¿Por qué? Porque Don Quijote y Sancho Panza no llegaron a reconciliarse nunca [41]”.

La reconciliación de estas dos grandes fuerzas vertebradoras de la Naturaleza (lo material y lo ideal), es el camino y el fin que debe perseguir la buena educación aplicada a lo que al discurso amoroso se refiere. De este modo, habría lugar para una fundamentada esperanza:

-Ustedes que son tan sabios [dice Gloria a los amigos de su padre] no habrán dejado de observar que si Don Quijote hubiera aprendido con Sancho a ver las cosas con su verdadera figura y color natural, quizás habría podido realizar parte de los pensamientos sublimes que llenaban su grande espíritu; así como si el escudero... [42]

Ante semejantes atrevimientos, don Juan no puede sino reprender a su hija “afablemente”:

“Afirmó que el entendimiento de una mujer era incapaz de apreciar asunto tan grande [...] Díjole también que cuanto se ha escrito por varones insignes sobre diversos puntos de religión, de política y de historia, forma como un código respetable ante el cual es preciso bajar la cabeza, y concluyó con una repetición burlesca de los disparates y abominaciones que Gloria había dicho, y que evidentemente la conducirían, no poniendo freno en ello, al extravío de la razón, a la herejía y tal vez a la inmoralidad [43]”.

Resulta obvio que, en cuanto a la educación sentimental o discurso amoroso concebido por este tipo de mentalidad –la cual no se presenta precisamente como un dechado de flexible ecuanimidad-, no hace falta decir que Gloria sólo tenía que aprender a profesar la debida obediencia a los deseos y consejos de su padre: Gloria debía casarse, amar y procurar la felicidad del hombre que don Juan de Lantigua considerase merecedor de las altas prendas de su hija.

No dudamos, por supuesto, de la buena intención del venerable señor Lantigua. Bien es cierto que ejercitar de forma libre y autónoma el arte de la reflexión y la crítica de cara a establecer una visión del mundo y a emprender unas –siempre inciertas- acciones, acordes con el ser y el carácter que a cada uno nos es propio (enmarcados, claro está, en los límites de unos valores morales y cívicos universalmente válidos)... resulta tarea extremadamente grave, ardua y arriesgada.

Pero tampoco dudamos –porque así lo ha demostrado- de la suficiente capacitación de nuestra malograda heroína para llevar a cabo dicha aventura personal, única e intransferible, que todo individuo debe emprender, hasta cierto punto, en solitario:

Acostándose discurrió que le iba a ser muy difícil dejar de pensar toda suerte de extrañas y endemoniadas cosas, porque *aquella facultad suya de discernir era como una monstruosidad fecunda que llevaba dentro de sí y que a todas horas estaba procreando ideas.*

Pronto pudo observar que si bien los libros estimulaban en ella aquel surgir constante de pensamientos varios y jamás ideados de otro alguno, el fenómeno no cesaba por completo renunciando a las lecturas. Esto la puso en cuidado. [44] (El subrayado es nuestro)

Gloria era fuerte y tenía una vigorosa facultad de raciocinio, pero a ningún ser plenamente humano le ha sido concedido el don de luchar, de manera simultánea, contra todos los frentes, invadido por fuerzas internas y externas, amigas y enemigas a un tiempo, sin morir en el intento.

Por si aún no habían quedado suficientemente claros los perniciosos efectos que una educación equivocada o excesivamente opresora alcanza a producir en un alma de gran pureza y en un *animus* de admirables posibilidades, el narrador va más allá en su descripción de los hechos, no sin cierta dosis de satírica amargura:

...y a solas meditó largo rato, llegando por fin *¡tal era el prestigio de su padre sobre ella!* a un convencimiento profundísimo de que había pensado mil tonterías, despropósitos y barbaridades abominables.

Pero deseosa de absolverse, echó toda la culpa a los libros, e hizo voto de no volver a leer cosa alguna escrita o impresa, como no fuera el libro de misa y

las cuentas de la casa y las cartas de sus tíos. Arrodillándose para orar, según su piadosa costumbre, dijo:

-¡Gracias, Dios mío, por haberme revelado a tiempo que soy tonta! [44]

Esta joven superdotada de dieciséis años necesita proyectar los excedentes de su activa vida intelectual, forzosamente interior, en algún objeto afín a sus deseos y necesidades íntimas, y, careciendo de él, su talento se desvía, se depaupera con respecto a la sublime llamada de las posibilidades y expectativas personales, a pesar de conservar siempre intacta su fe.

El trabajo como refugio seguro, acogedor y gratificante es un privilegio del que no gozan las mujeres, así como de independencia económica o de plena libertad de criterio.

Que las amen bien y las protejan sus esposos, hermanos o padres es la máxima aspiración posible en el transcurso anodino de sus días:

“Ella asistía al culto religioso con devoción minuciosa y con regocijo, y en lo demás mostraba afición a las cosas nimias de todos los órdenes, detallando hasta un extremo pueril todos los actos de la vida. Tenía cortadas las alas. Así la hemos hallado”. [45]

La terrible lucha que Gloria emprende frente a la subsiguiente autodestrucción impuesta o inducida desde el exterior no se reduce, como vemos, a su apasionado amor por Daniel (amor que fue anunciado por desatadas fuerzas de la naturaleza y en los premonitorios sueños del alma visionaria de nuestra heroína), sino que empieza a fraguarse mucho antes, en múltiples dimensiones de su azarosa e inquieta existencia.

Una vez más, el talento y las virtudes personales se convierten en maldición para los elegidos. No obstante, la pureza de espíritu de la joven consigue preservarla, durante mucho tiempo, de la degradación.

Su talante ante la vida permanece incólume, sintoniza con la belleza y la bondad que le aporta o hace propicia su privilegiada posición. Pero la mordaza no se puede sostener eternamente.

El narrador nos presenta al destino (materializado mediante ostentosas exhibiciones de poderes naturales e incontrolados) como responsable último del giro que tomarán los acontecimientos.

Pero un lector de preferencias o tendencias más racionalistas, llegará a la conclusión de que Gloria, por las mismas leyes de la discreta naturaleza íntima de su carácter, tenía que enfrentarse, tarde o temprano, a su ineludible proceso de maduración espiritual.

La crisis previa no hace sino anunciarse con alboroto en esta novela de juventud de don Benito, pero la ruptura se hubiera producido igualmente de un modo u otro, activa o pasivamente, apasionada o sosegadamente, con o sin Daniel Morton. Su apasionado amor por Daniel, sin duda, la agudiza y le da tintes de agonía trágica. La vocación de ser ella misma, la llamada a desplegar libremente sus espléndidas facultades era demasiado intensa, porque era absolutamente real.

Así, “en sus horas de soledad, en sus arrobamientos y en los crepúsculos que preceden o siguen al sueño y en los cuales la percepción interna suele ser más viva, Gloria sentía hondas voces dentro de sí, como si un demonio se metiese en su cerebro y gritase:

-Tu entendimiento es superior... los ojos de tu alma abarcan todo. Ábrelos y mira... levántate y piensa [45]”.

Prueba evidente de que Gloria seguía, pese a todo, pensando y sintiendo con pasión es la siguiente afirmación que hace el narrador al comienzo del capítulo titulado “Los amores de Gloria”:

“Pero si la juventud masculina que Gloria reconocía no despertaba en ella ni aun mediano interés, no por eso su corazón dormía [53]”.

(A lo largo de estos análisis de la novela galdosiana tendremos oportunidad de comprobar la calidad de la clase caballeresca que nos ofrece la visión de Pérez Galdós).

Gloria no apuesta por un amor fácil, acomodaticio (aunque también es verdad que, según transcurren los hechos de acuerdo con la propuesta de Galdós, no le queda más opción que amar desmesuradamente a Daniel, pues “así estaba escrito”).

Se fija en un ser de belleza y perfecciones, de espíritu y moral muy semejantes a los suyos, como ya hemos indicado. Se trata del encuentro de dos almas hermanas sin más diferencias que las impuestas histórica y externamente y que, si de algo pecan, es del desarrollado y elevadísimo concepto que tienen de la dignidad personal. Saben ambos que si renuncian a lo que fatalmente son, a aquello en que han quedado finalmente constituidos, no serán nada. Y se les ha incapacitado para encontrar la cuarta vía. (Daniel Morton lo intentará en los últimos días de su extenuada vida). Además, la tenacidad de sus caracteres se lo impide.

Si alguno de ellos cambiara dejaría de ser, asimismo, la persona de quien se enamoró el otro. Este es, por tanto, uno de los mejores ejemplos que construye Galdós para demostrar la capital importancia que la educación en

general, y la sentimental como parte integrante e ineludible de la misma, tiene a la hora de marcar los destinos de las personas y de las naciones.

Desde la más tierna infancia se manifestará en Gloria un exaltado fervor religioso, que tiene su punto de partida en el amor que siente por su padre y por su tío don Ángel Lantigua, que es obispo, y al que “consideraba como un santo bajado de los altares, o mejor dicho, del cielo, para departir con ella, darle buenos consejos y vivir bajo su mismo techo y comer de su mismo pan [48]”.

Pero no sólo eso: “Le amaba como a una representación de Dios en la tierra. Recordaba que en una grave enfermedad que ella padeciera en la niñez, su tío había venido de la diócesis para verla; recordaba haber sentido al verle alegría tan viva, que cuerpo y alma se reanimaron con ardor desconocido. Figurósele que una mano celestial la sacaba del negro abismo en que iba sumergiéndose”. [48]

La adoración que Gloria profesa hacia don Ángel y hacia sus creencias es fruto, también, de una experiencia personal que, si bien ha podido venir sugestionada por el hombre jovial, divertido y de una tierna dulzura infantil que era su tío, eso no la hace menos auténtica en el sentir de la niña, ni menos eficaz o determinante dentro de su bagaje vital y afectivo.

Todos estos aspectos constituirán un fortísimo anclaje de realidad en el universo personal de la futura mujer, y serán, en última instancia, los que le impidan convertirse, en conciencia, al judaísmo.

En la moral de Gloria siempre prevalecería un fondo decisivo de auténtico amor por la Verdad, la Belleza y la Bondad representadas en los puros afectos de su infancia.

Esa fue la gran conquista de Gloria sobre los malos influjos o la desgracia que pudo acarrearle una educación deficiente.

El purismo de su conciencia estaba muy por encima de los principios inculcados, porque era un atributo esencial de su espíritu (aunque también estuviera indisolublemente unido a ellos).

Un espíritu así no podía quedar indiferente ante la amorosa y compasiva humanidad de don Ángel Lantigua:

Su inteligencia era quizás inferior a la de su egregio hermano D. Juan; pero le ganaba en verdadera piedad y en dulzura de sentimientos; y aunque tocante a materias dogmáticas profesaba la doctrina de la intolerancia en el verdadero sentido teológico, no en el vulgar de esta manoseada palabra, la viva compasión que sentía hacia los errores y deslices de la humanidad contemporánea parecía atenuar el rigor de sus ideas.

Se ignora lo que D. Ángel habría hecho si hubiera tenido en el hueco de la mano la pecadora sociedad presente. En cuanto a D. Juan es seguro que la habría echado al fuego, quedándose después con la conciencia no sólo tranquila, sino satisfecha de haber realizado el bien. [65]

Sin duda fue mayor el ascendiente de don Ángel en la determinación final de su sobrina. Pero, no obstante, Gloria arriesgó su vida y su honor por amor a Daniel.

Son numerosos los casos que se nos describen, en la novela amorosa del XVII, de caballeros apasionados que han requerido vehementemente los favores de sus damas, para aborrecerlas u olvidarlas una vez cumplidos los deseos inmediatos.

En este sentido, apreciaremos como loables los consejos que le prodiga su padre:

“No confundas las arrebatadoras vehemencias de un día con el afecto tranquilo y que ha de durar toda la vida, reflejo del amor puro y reposado que tenemos a Dios [76]”.

Gloria, por su parte, sabe lo que debe encontrar, sabe lo que necesita su espíritu para conquistar la tan ansiada felicidad: un amor “apasionado sin impureza”... “y cariñoso con un respeto sagrado hacia mí [83]”.

Pero no sabía (lo supo después, y pagó la lección al precio de su vida) que eso no era bastante. Que, además, este hombre tendría que estar en disposición de ofrecerle un modo de vida que no atentara contra sus principios religiosos y morales básicos. Gloria no pudo dejar de apostar por el amor apasionado que le inspiraba Daniel Morton. Después pagó con su vida el desconocimiento de esa ley de la experiencia.

Así las cosas, tendríamos que secundar la intrínseca verdad que contienen las siguientes palabras de Gloria –dichas a sí misma antes de conocer a Daniel Morton, cuando él no era más que un sueño en medio de la bruma- :

“No sólo no existes, sino que no puedes existir, porque serías la perfección [...]

Te despido, porque mi padre me manda que quiera a ese D. Rafael, buena persona, excelente sujeto, apreciable joven, como él dice. Sin duda no puede haberlos mejores sobre la tierra, y el creer en ti, el pensar en ti es un disparate, como alzar la mano para coger una estrella [83]”.

Sin embargo, cabría preguntarse si el espléndido Daniel Morton hubiera alcanzado el estatus de compañero ideal, en el sentir y la concepción de Gloria, de no haber sido profundamente judío, de haber renunciado a su dimensión religiosa o de haber carecido de ella.

(El hecho de que le resulta imposible traicionar un ápice su profundo judaísmo es algo de lo que dejan cumplida constancia su propia muerte y el sacrificio de ella).

Es decir, cabría preguntarse si era el compañero ideal, independientemente de su culto religioso, o si era precisamente esa formación la que lo había convertido en buena parte del hombre que enamoró a Gloria.

La lección que podría deducirse del final elegido o propuesto por Galdós es que dos personas pueden estar conformadas, en espíritu, para amarse la una a la otra, a la vez que el peso de la educación recibida es suficientemente poderoso para destruir a esas personas condenadas (por dichos condicionamientos extrínsecos, pero de consecuencias intrínsecas) a vivir separadas.

Dicha y desdicha surgirían, de este modo, del tronco común del que se alimentaron sus conciencias: las estrictas convicciones éticas y religiosas. La educación recibida, la formación personal, es algo que viene impuesto desde el exterior, pero tiene una potencialidad inconmensurable para moldear interiormente al sujeto, de forma irreparable. De ahí la enorme fe que Pérez Galdós profesó siempre hacia la educación de las nuevas generaciones.

Pero tampoco debemos obviar que Gloria se enamoró de Daniel por ser precisamente como era (igual que ella): apasionado; tenaz; inteligente; de fuertes convicciones; enemigo, por naturaleza, de la falsedad y la mentira...

Todas éstas son virtudes que podría compartir con un considerable número de caballeros no necesariamente judíos (a pesar de la desoladora panorámica que nos muestra Galdós de la juventud masculina de la época). Sin embargo, había algo que lo hacía único con respecto a todos los demás: era su espíritu, que estaba imbuido de la esencia del judaísmo (aunque también su porte, que lo distinguía sobre todos).

Pero eso, insiste Galdós, no es bastante. El peso de lo externo tiene un poder ilimitado, desmedido, si es capaz de sobreponerse a las fuerzas del espíritu; precisamente por su capacidad de penetrar en él, y de actuar a su favor o en su contra. Cuerpo y alma, interior y exterior constituyen, en la concepción de Pérez Galdós, un maridaje solamente destruible a través de la muerte.

De hecho, no es otra cosa que la circunstancia de haberse encontrado en un tiempo y en un lugar determinados y “propicios” lo que hace posible el encuentro de los amantes. Esta toma de conciencia es la que posiblemente lleve a formular a Gloria los siguientes propósitos de enmienda, en relación con su engañoso ideal:

»Cada cosa en su lugar. El cielo tiene estrellas y soles, la tierra hombres y gusanos... Vivimos abajo y no arriba. Mi padre me ha dicho varias veces que si no corto las alas al pensamiento voy a ser muy desgraciada...

Vengan, pues, las tijeras. O se tiene voluntad o no se tiene... o se vive en la realidad o en el sueño.

Señor y padre querido, tienes razón en llevarme por este camino; guiada por tan fiel mano, entraré gozosa en él y me casaré con tu soldado de Cristo». [83]

Pero un viento tempestuoso sacude y pone patas arriba el mundo de Gloria. Es un viento purificador (antecede a la Noche de San Juan, a un tiempo sagrada y profana), que parece venir del más allá para facilitar el cumplimiento de lo que podría haber sido un hermoso destino. Hasta la llegada de Daniel Morton la sensibilidad femenina de Gloria nunca la había llevado a los extremos del llanto compasivo ante la desgracia ajena. Más bien al contrario, se había mostrado desprendida de la profusión de agradecimientos que le manifestaba Caifás la misma tarde que le augurara la llegada de un extraño de extremada belleza que se la llevaría lejos, para mayor desgracia de sus protegidos.

Pero, tras conocer a Daniel: “No vio nada más que un sol poderoso que había salido a tiempo en su alma y que subiendo por la inmensa bóveda de esta, había llegado ya al cenit y la inundaba de esplendorosa luz [205]”.

Daniel posee, a un tiempo, las dotes del héroe mítico, milenario, atávico... y de un perfecto y circunstancial héroe decimonónico⁴⁹, pero la supremacía de las segundas sobre las primeras decidirá, en esta ocasión, el aciago destino de los enamorados.

⁴⁹ Esto es algo reconocido por cada uno de los miembros de la familia Lantigua:

“En casa de Lantigua había ganado Morton las simpatías de los dos hermanos por su trato afabilísimo y la amenidad de su conversación.

Demostraba un entendimiento privilegiado sin pedantería, una sensibilidad exquisita sin afectación y el más acabado conocimiento de todas las reglas sociales”. [315]

II. 3. *La familia de León Roch* (1878)

“Cada cosa es aquí verdadera en parte y falsa en parte. La verdad esencial no es así: es toda pureza y toda verdad. Esta mezcla la deshonorra y la aniquila. Nada es puramente verdadero; y así, nada es verdadero”.

B. Pascal

León Roch no ama realmente a Pepa Fúcar. Esa parece ser la conclusión a la que desea inducirnos el narrador de esta novela.

Denah Lida⁵⁰ afirmaba, en un artículo titulado “Sobre el *krausismo* de Galdós”, que León es “demasiado honrado” para huir con ella, que se da en el caballero una exagerada primacía de la razón sobre la imaginación, tendencia que, según esta autora, comparte con la que caracteriza los preceptos pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza.

En mi opinión, lo que nos plantea el narrador es que León no se permite amar apasionadamente a la rendida amante, pero tampoco se produce en él una inconsolable desdicha por ello.

Su despedida de la mortificada Pepa Fúcar acaba de convertir a León Roch en un hombre plenamente satisfecho de sí mismo, digno y triunfante, según se nos presenta al final de la novela.

⁵⁰ Véase *Anales galdosianos*, Año II, Núm. 2, 1967.

El legítimo instinto de autoafirmación y conservación personal, que también está inscrito en la dimensión moral del ser humano, se impone sobre el libre fluir de los deseos en León.

Pero, por otro lado, no debemos perder de vista que (como le ocurriera a Pablo, el “amo y maestro ciego” de Marianela) León Roch sólo se ve encandilado y atrapado sin reservas por la gran belleza sensual de quien es depositaria de su verdadera pasión: María Egipcíaca, de la cual afirma el narrador que, a su vez, amaba a León con más pasión que ternura.

La belleza física supone para el protagonista masculino galdosiano un embrujo imposible de conjurar en las siguientes novelas. En verdad, ni siquiera lo intenta.

Así, aunque el amor que siente Pepe Rey por Rosarito –con toda probabilidad inspirado, como en su momento indicábamos, en el que el joven Galdós sintió por su prima Sisita⁵¹- suponga una temprana excepción, los desenvueltos caballeros galdosianos prodigarán rendido tributo a las perfecciones externas de sus “verdaderas” amadas y amantes:

Gloria; María Egipcíaca; Isidora Rufete (adorada por el doctor Miquis hasta poco antes de sus nupcias con la honesta, rica y discreta –también en lo que a belleza física se refiere- hija del notario); Fortunata; Irene (a pesar de los reparos que quiere ponerle Máximo Manso)...

En la misma línea, José María Bueno de Guzmán no descansará hasta conseguir los favores de la hermosísima Eloísa, cuya exuberante belleza nos recuerda bastante a la de Augusta Cisneros.

⁵¹ Véase Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, pp. 40 y ss.

En cambio, le costará mucho más tiempo y esfuerzo reconocer las grandes virtudes y principios morales que se esconden tras las desmañadas maneras de Camila, su “borriquita del cielo”.

No tendrán que pasar muchos años, por el contrario, para que Horacio Díaz se enamore de la chispeante Tristana, pero las inquietudes y los elevados ideales de ésta acaban siendo fuente de incompreensión y motivo de distanciamiento para su amante.

Paradójicamente, serán mayoritariamente las mujeres menos agraciadas en su aspecto físico las que se muestren susceptibles de inspirar la versión institucionalizada del “amor intelectual” (en la terminología y acepción que tan sutilmente reelabora y plantea Remo Bodei⁵², a partir de la tradición de pensamiento spinoziana), el cual, si bien puede ser definitivo y eterno, rara vez soliviantará, por su ímpetu, los cimientos del alma de nuestros caballeros.

En la imaginación de las protagonistas femeninas, también serán los galanes más apuestos quienes despertarán vehementes pasiones. Este es el caso de mujeres tan dispares como Marianela, Fortunata, Eloísa, Irene, Gloria...

Ya se trate de aventuras románticas o de amores imperecederos, que nacen junto con un firme deseo de ser bendecidos ante Dios y ante los hombres, todas ellas tienen en común el culto a los atributos externos de sus amados, los cuales no se verán acompañados, en todos los casos, de nobles principios éticos o de un amor verdadero, aunque las damas suelen ser sensibles a las delicadezas de cortesía que muestran tales caballeros.

⁵² *Una geometría de las pasiones*, pássim.

León Roch, José María Bueno, Pablo Penáguilas, Manolito Peña y Joaquín Pez son cinco buenos ejemplos de personajes masculinos que potencian considerablemente el éxito de sus conquistas, o la admiración y el aprecio que provocan –especialmente dentro del sexo femenino- a través de la aparente (aunque no siempre esencial, o no en las mismas proporciones) elevación de su espíritu.

La pulcritud y la elegancia del trato se valorará por parte de las damas (sobre todo en las primeras fases de sus relaciones, según tendremos ocasión de analizar cumplidamente a través de la figura de Juan Santa Cruz) como indicio inequívoco de la rectitud y honestidad con la que se conducirán también en sus acciones y sentimientos.

Por otro lado, esas mismas mujeres de discreta o relativa belleza, antes mencionadas, se muestran capaces de amar sin reservas a hombres de su misma condición.

(Recordemos, por ejemplo, el tierno amor que Camila Bueno siente por el desmesurado Constantino Miquis, quien se desvela igualmente constante en el inmenso amor que siente por su esposa).

Serán, por lo común, las mujeres de discreta belleza quienes contengan y expresen el mayor potencial y riqueza afectiva dentro de la novelística galdosiana: Rosarito, Marianela, Tristana... y Pepa Fúcar.

Ni que decir tiene que esta predisposición natural al *buen amor* en el sexo femenino aparece más generalizada que en el sexo masculino, dentro de toda la novelística galdosiana, pues qué duda cabe, por ejemplo, de la belleza y la inquebrantable fidelidad de mujeres como Fortunata o Jacinta, y, según veremos más adelante, de otras con más desprestigio.

Sin embargo, en la novela de Pérez Galdós todavía no puede reflejarse, en ningún caso⁵³, el culto a la excelencia intelectual de la mujer, ni siquiera como aspecto marginal en el normal desarrollo de las relaciones sentimentales.

Incluso el enamorado Augusto Miquis le dirige estas escandalosas palabras a Isidora, cuando ella le pregunta, en la Casa de las Fieras de Madrid, qué son “mamíferos”:

-Mamíferos son coles. Vidita, no te me hagas sabia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia. Dime que el sol es una tinaja de lumbre, dime que el Mundo es una plaza grande y te querré más.

Cada disparate te hará subir un grado más en el escalafón de la belleza. Sostén que tres y dos son ocho, y superarás a Venus. [76]

Como tendremos ocasión de comentar a propósito de los más que discutibles atractivos de algunas heroínas galdosianas, el amor a las posibilidades del intelecto de las mismas, por parte de sus conquistadores, suele brillar por su ausencia, ya sea por grado o por fuerza.

Sin embargo, la inteligencia o el distinguido barniz de sabiduría representarán algunas de las virtudes más apreciadas en casi todos los personajes masculinos, como Daniel Morton o, en sentido opuesto, Juan Santa Cruz. Pero estas cualidades tampoco resultarán, por sí mismas, fuente de inspiración o admiración suficiente sobre la que se alcen grandes pasiones. Verbi gracia, de poco le sirve su inteligencia suprema a Augusto Miquis en la conquista frustrada de Isidora Rufete, o a Máximo Manso para agasajar a Irene. Al primero le faltaba distinción y al segundo iniciativa, que constituyen dos de los atributos, todavía, más preciados en la figura del seductor decimonónico.

⁵³ María Juana, de *Lo prohibido*, constituirá, según observaremos, una sesgada e irónica excepción.

Joaquinito Pez exhibía una distinción aparente ante los ojos de la vanidosa Isidora, y a Manolito Peña le sobraba iniciativa social y política.

Según vemos, en el fondo, aún no nos hemos apartado demasiado de los cánones literarios (y vitales) tradicionales en lo que a las cualidades más llamativas de los enamorados se refiere.

En su valioso estudio sobre los *Usos amorosos del XVIII en España*, Carmen Martín Gaité llega a las siguientes conclusiones:

“La belleza despertaba amor; la virtud engendraba aprecio.

Los hombres ensalzaban a las mujeres hermosas [...]

El amor prendía en el galán a la mera visión de la hermosa, aun antes de haber cruzado con ella la palabra ni haber tenido, por consiguiente, ocasión de apreciar si era también virtuosa, es decir, si poseía el atributo generador de aprecio”⁵⁴.

Y al hilo de estas observaciones interpreta unos interesantes versos de *La defensa de la verdad*, de Lope de Vega:

No digan que es menester
Mucho tiempo para amar,
Que el amor que ha de matar
Del primer golpe ha de ser.

Amor que comienza ingrato
Y el trato le da valor
No puede llamarse amor,
Sino costumbre del trato.
(p. 199)

⁵⁴ Op. cit., p. 198-199.

Personalmente, prefiero interpretar los anteriores versos atendiendo a la encomiable dicotomía cervantina que tan oportunamente sabe apreciar Julián Marías, en *La educación sentimental*⁵⁵:

“Lo más parecido a una *teoría* del amor se encuentra formulado en las palabras que Periandro dirige a Auristela:

El amor nace y se engendra en nuestros pechos, o por elección, o por destino; el que por elección puede crecer o menguar, según pueden crecer o menguar las causas que nos obligan y mueven a querernos; siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que lo encierren, ni palabras que lo declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi madre te quise bien, y aquí pongo yo la razón del destino”.

Se podría hablar, por tanto, de un amor-elección y de un amor-destino.

El primero de ellos, al nacer ligado a las leyes de la circunstancialidad, siempre vendría determinado o condicionado por ellas, es decir, por sus fluctuaciones. Por el contrario, el amor-destino surgiría y se perpetuaría como “una fuerza incontenible a la que no se le pueden poner trabas⁵⁶”.

Pero dicha interpretación de los versos de Lope, a la luz de la visión cervantina, no invalidaría las fundamentadas afirmaciones de Martín Gaité, sobre la importancia que se le ha concedido al atractivo sensual en las relaciones amorosas a lo largo de la historia de la literatura; las cuales, además, se pueden seguir suscribiendo para el caso que nos ocupa, un siglo después.

Otro rasgo sintomático de este apego generalizado a los arquetipos tradicionales, es que buena parte de los críticos contemporáneos de la obra de Galdós consideraron que León Roch adolece de debilidad y cobardía –como en

⁵⁵ MARÍAS, Julián, op. cit., p. 130.

⁵⁶ *Ibíd.*

cierto modo se le pudiera reprochar a Pepe Rey su falta de decisión o de carácter para rescatar a tiempo a Rosarito-.

Así resume Denah Lida, en el artículo citado, las palabras publicadas por Giner de los Ríos en *El Pueblo Español*:

“Le encuentra un defecto que caracteriza asimismo, según él, a las anteriores novelas: la debilidad de los personajes masculinos, defecto que padece León en sumo grado. Esto, más su irresolución, inexperiencia y cobardía (!), son tachas «incompatibles con la idea de un hombre inteligente, bueno, animoso»”. [4]

En mi opinión, se podría pensar, ateniéndonos a las sugerencias y datos que va desgranando el narrador de las pasiones de *La familia de León Roch* (y en consonancia con la teoría que venimos defendiendo en lo que se refiere a la relevancia de unos determinados atractivos, sobre todo exigibles a los personajes femeninos), que la discutible belleza de Pepa Fúcar, unida a sus muchos desatinos juveniles, propios de una niña mal educada –su peculiar belleza y carácter se corresponderían, en la época, y en el mejor de los casos, con los de una estética y una ética anticanónicas, cuando no salvajes o indómitas-, no son atractivos suficientes para encender los ánimos y la imaginación del comedido León⁵⁷.

⁵⁷ En *La llama doble* se propone O. Paz "abordar el difícil problema del platonismo" y afirma lo siguiente:

"En la erótica árabe el amor más alto es el puro; todos los tratadistas exaltan la continencia y elogian los amores castos. Se trata de una idea de origen platónico, aunque modificada por la teología islámica". p. 81

Este poeta y ensayista mejicano y universal trata de demostrar la influencia de la cultura islámica en el surgimiento del "fin'amors" del Mediodía francés.

Lo que a estas alturas resulta indudable es la persistente influencia en la ideología peninsular.

Su joven amigo nunca llegó a amarla con verdadera pasión, y este hecho —es conveniente recordarlo— unido a las carencias educacionales de la rica heredera, provocó un mayor desequilibrio en el estado psíquico y anímico de su incondicional amante.

No obstante, además, la posibilidad de responder al delirio amoroso de Pepa con un complaciente amor-elección, tampoco se le presenta como una opción demasiado sugerente a este joven puritano, teniendo en cuenta los inconvenientes sociales que se vería abocado a asumir, y la compensación que podrían procurarle las cualidades y el inmenso amor de ésta.

De este modo, la virtud tardía y la infinita ternura de ella quedan relegadas a la *tristitia* de lo póstumo, porque, aunque por poco, se revelan impotentes para desatar en su amigo el coraje que sería necesario, si decidiera luchar por su incipiente y balbuceante amor.

El hastío en el que suelen acabar las “estéticas” pasiones de los caballeros más arriba mencionados sería, entonces, justo castigo para unos enamorados que desdeñan la belleza ideal de las almas fieles, que por siempre los adoran, en cuanto se presenta ante sus ojos la personificación de la concupiscencia sensual contra la que tan justamente nos previniera San Agustín⁵⁸.

⁵⁸ Vid. ARENDT, Hannah, *El concepto de amor en san Agustín*, pássim. También recogida y analizada ampliamente en el recorrido que, por la tradición de este motivo, lleva a cabo el profesor Serés en *La transformación de los amantes*.

San Agustín reconoce, sin embargo, una forma enteramente distinta de *caritas*, es decir, un amor que no guarda relación ninguna ni con el *appetitus* ni con la *cupiditas*, y que, por tanto es verdaderamente de origen divino y no de origen humano.

Este tipo enteramente distinto de amor es la *caritas* que se difunde *in cordibus nostris*, “el amor que ha sido derramado en nuestros corazones”.

No otra cosa le desea, al menos en primera instancia, el conmocionado lector al “homicida indirecto” de Marianela. Y un sentimiento semejante se apodera, instintivamente, del desconcertado lector que, por primera vez, se enfrenta al desenlace de *La familia de León Roch*. En cuanto a las abundantes aventuras y desventuras “amorosas” antes citadas, se puede afirmar que el balance de estas historias resulta realmente desolador.

No sabemos con qué grado de intención o la dirección exacta de la misma (tal vez esto sea algo que tampoco tuviera muy claro el propio autor); también desconocemos qué motivaciones personales o con qué autoridad moral (debido a la azarosa vida sentimental del escritor canario –al que no se le puede reprochar, en todo caso, que hable desde la inexperiencia-); pero es cierto que la novelística galdosiana está emitiendo un aviso de peligro acuciante a todos aquellos que depositan sus ilusiones en el libertinaje de carácter, más o menos, amoroso.

Como también nos advirtiera San Agustín, la naturaleza de quien “ama” determinará la naturaleza y la calidad de su amor. En este sentido, León Roch se presenta como un digno ejemplo de rectitud moral que (por lo visto y por el rumbo posterior que tomarán los argumentos y las peripecias en la novela de Galdós) no tendrá gran acogida entre el público ni la crítica⁵⁹.

¿Resultaba inverosímil o tal vez chocaba contra las reminiscencias románticas de la España de la Restauración? ¿Se trasluce demasiado el irónico desdén con el que, supuestamente, Galdós critica la rigidez de la disciplina krausista?

ARENDDT, Hannah, *El concepto de amor en san Agustín*, p. 40.

⁵⁹ Cfr. SCHRAIBMAN, José, “Alpha y Omega de la novela: Galdós”. En *Del Romanticismo al Realismo*, Barcelona, Universitat, 1998, pp. 537-547.

De cualquier modo, la pretendida autoinmolación de León Roch resulta poco convincente, a pesar del número y la valía de sus virtudes morales. No olvidemos que Pérez Galdós nunca cesa de incentivar a sus lectores, de obligarlos a plantearse, en la medida de sus posibilidades, cuál sería el comportamiento razonablemente adecuado en las difíciles disquisiciones que suelen plantearse en sus novelas.

Lo que resulta indudable es el descrédito que la relajación de las costumbres morales, en lo que afecta a las relaciones sentimentales, adquiere en las novelas de Pérez Galdós.

Si el matrimonio de los Bringas o de los Relimpio no se puede considerar, ni remotamente, arquetipo del ideal de felicidad conyugal, tampoco las espurias aventuras pasionales de José María Bueno, Juanito Santa Cruz o Joaquinito Pez constituyen la piedra filosofal de la felicidad personal y, mucho menos de la dignidad del hombre.

En este sentido, la figura de León Roch resulta, por oposición, un contrapunto tonificante; ya que, por otro lado, nadie puede culparlo de no haber sentido por Pepa Fúcar el amago de un “incontenible amor-destino-elección”, como respuesta-reflejo a la intensidad del amor de ella; que hubiera supuesto, con seguridad, grandes dosis de felicidad para ambos, de haber arraigado realmente en León.

Habría bastado la mínima parte del amor-elección, amor-erotismo que experimentó por María Egipcíaca, aunque sustentado en falsos presupuestos: León casi agradecía la endeble educación de María, ya que le permitiría formarla, según él, de acuerdo con el ideal adecuado de vida doméstica que él concebía. No se podía estar más desacertado. Así lo tuvo que reconocer ante Pepa Fúcar, cuando ambos confesaron el recíproco amor que se tenían.

Ante las acusaciones que sobre su esposa esgrimiera Pepa Fúcar, León Roch, en un momentáneo alarde de sinceridad, le respondió lo siguiente:

-En el extremo a que nuestra desunión ha llegado, ¿quién es más culpable? Ella es fanática, sí; pero tiene un fondo de rectitud que no puedo desconocer. María es incapaz de toda acción verdaderamente deshonrosa...

Es fanática, sí, y de pocas luces; pero es fiel. No me ama; pero no ama a otro. ¿Por ventura no soy más culpable yo, que amo fuera de casa?

Asimismo tenemos noticia del total desafecto que María Egipcíaca sentía hacia su esposo:

Respecto de su consorte, las ideas y sentimientos de la señora eran muy extraños.

Ya sabemos qué clase de amor le tenía, el único amor en ella posible.

¡Cuánto había trabajado en sus soledades de penitente para dominar aquel amor! ¡Cómo torturó su imaginación! [189] ¡Qué de monstruosidades inventó para representarse feo al que era hermoso, desabrido al que era galán y seductor, repugnante al que era pulcro y lleno de atractivos!

María Egipcíaca pensaba que mientras conservase en su mente la ilusión de aquel compañero de sus días y noches, no habría en ella verdadera santidad. Si tenía o no razón, ¿quién lo sabe? Sólo Dios, que con su vista infinita conocía la calidad de aquella ilusión.

Frente a la degradación de los sentimientos conyugales que se profesan León y María, la abierta declaración que, de su amor hace Pepa Fúcar, pone de manifiesto que los personajes más carismáticos de la novela de la Restauración ansían un amor real, alejado de los convencionalismos o de los sistemas de creencias abstractos.

Buscan el espacio adecuado para vivir su amor -legítimo en la medida de su sinceridad- en libertad.

Sin embargo, dice mucho sobre la frialdad de León hacia Pepa una de las numerosas escenas en las que ella mendiga el amor de su dulce amigo de la infancia:

“Dejó caer desplomada su cabeza sobre el hombro de León, y lo regó con abundantes lágrimas. Él no decía nada. Sentía el peso de aquella cabeza y el calor de aquel aliento y la humedad de aquellas lágrimas y callaba, torvo y reconcentrado en sí mismo. Parecía que la dama lloraba sobre una piedra [417]”.

Es conveniente, no obstante, señalar aquí algunas de las múltiples diferencias de la naturaleza del amor sensual que viven los seductores citados, poniéndolas en relación con la superioridad moral de León Roch –disparidad que, por supuesto, no lo exime del carácter claramente sensual de su amor por María-.

El primero de ellos, José María Bueno, se queja de la soledad y el vacío que imperan en su existencia y los declara instigadores en su búsqueda de un amor verdadero que le insuffle nueva vida.

No se le ocurre nada más a propósito que romper la felicidad conyugal de un matrimonio auténticamente feliz y perfectamente avenido, para ver si se encuentra ahí la solución a su crisis personal. Pues no debemos perder de vista que el ineluctable amor que sintió por Eloísa pronto degeneró en desencanto y desdén hacia ella.

Si fue con o sin razones justificadas, es algo que no lo exonera de su parte de responsabilidad en el curso de los acontecimientos, y en el carácter que en ésta se manifestó y se desarrolló a partir de sus relaciones. Lo que en un principio fue venerado y alimentado como resquicio por el que introducirse en el corazón de su prima (el vano capricho y el deseo insaciable de lujos), sería duramente censurado cuando adquirió dimensiones que sobrepasaban el

potencial económico y la paciencia “amorosa” de los que podía disponer el señor Bueno.

Por el contrario, León Roch ha adquirido y potenciado destrezas suficientes, a lo largo de su formación académica y personal, que le permiten proyectar inquietudes y deseos en sus dos grandes pasiones innatas: la mineralogía y la geología.

Es decir, ha desarrollado un incalculable amor por la ciencia y la sabiduría. A pesar de ello, todavía no ha conseguido ser el hombre al que deben aspirar las generaciones futuras, pues la falta de educación sentimental es tan grande, su adquisición tan compleja y sigue requiriendo tantas mejoras, que toda su preparación no es bastante a la hora de elegir esposa (pues él considera haberla elegido, a pesar de confesarle a Cimarra que se enamoró “como un bruto” nada más verla).

Si hay una conclusión general que se desprende de las novelas de Galdós es que las relaciones sentimentales resultan especialmente complicadas de cara a un intento de aprendizaje o comprensión a partir de la experiencia; porque el desmesurado número de variables, de agentes influyentes (internos y externos), de motivaciones íntimas y de evoluciones imprevisibles, tanto por parte de cónyuges como de agentes exteriores o ambientales... agota en sus comienzos la más mínima expectativa de relativo control.

Nos encontramos, no obstante, en la novela galdosiana con matrimonios que son fuente de afectos y que entrañan, de forma continuada, grandes dosis de pureza y armonía en la cotidianeidad de sus vidas y de sus sentimientos. Pero éstos son los menos.

El ya aludido de Camila Bueno y Constantino Miquis, así como el de Emilia, la mayor de las primas de Isidora Rufete, casada con José, un trabajador noble y hacendoso, representan dos buenos ejemplos.

Otro modelo de matrimonio enamorado y feliz, aunque con numerosos aspectos censurables en la evolución de sus temperamentos individuales –y, en consecuencia, de su vida en común-, es el constituido por don Baldomero Santa Cruz y doña Barbarita.

De todo lo dicho se desprende, una vez más y al hilo del “ideal de humanidad” galdosiano, que la validez moral de las relaciones sentimentales, como apuntábamos más arriba, vendría determinada y avalada por la altura moral de las personas que las establecen.

Este hecho poco o nada tiene que ver con el grupo social al que pertenezcan, el caudal de conocimientos eruditos que atesoren o incluso la modernidad, la austeridad o rectitud última de sus juicios o acciones (recordemos, ahora, las palabras citadas de Augusto Miquis); sino, fundamentalmente, con el buen natural de dichas personas.

En este punto, debemos reconocer que la importancia de la educación sentimental, como virtud externa o adquirida, aparecerá, en lo sucesivo, paulatina y considerablemente matizada; ya que su valor se verá relegado a un segundo plano con respecto a las cualidades y virtudes inherentes al ser humano como individuo espiritual; cuya esencialidad última, así como la dirección de su crecimiento, integran respectivamente un don y una responsabilidad personales e intransferibles.

De otro modo no se puede explicar que dos personas nacidas de un mismo matrimonio y que han recibido idéntica “educación” desarrollen sus personalidades por vías tan distintas como lo hacen Eloísa y Camila⁶⁰.

⁶⁰ En este punto nos parece apropiado rememorar una crítica realizada por María Zambrano al proceso de creación de los personajes femeninos galdosianos:

“Se siente su entusiasmo por la diversidad de sus personajes; se le siente enamorado de sus más mínimas particularidades, demorándose en ellas.

Con los personajes femeninos este enamoramiento lo lleva al extremo.

Bien es cierto que a esa individualidad esencial a la que hemos hecho referencia hay que sumarle las contingencias vitales que se presentan, como forma de experiencia, en cada una de sus vidas.

Pero, de igual manera, debemos tener en cuenta que la disparidad de sus actitudes ante los acontecimientos ha tenido parte, a su vez, en las relaciones y las experiencias vividas.

Si Eloísa es un intachable modelo en el arte de las convenciones sociales, Camila desprecia las buenas formas, pero eso no la incapacita para amar con rectitud y verdad.

La apariencia de mujer liviana que Camila se forja o que tal vez no pueda o no quiera anular por completo (por ser parte integrante, aunque susceptible de ser matizada, de su exuberante personalidad; pero que, en todo caso, va atenuando a lo largo de su proceso de crecimiento personal), encubre una inagotable fuente de cualidades y pasiones positivas (fidelidad, bondad, habilidad, alegría, entusiasmo...), que ella misma, con su talante liberal e independiente, se ocupa de descubrir y alentar a través de su afán de mejora.

Camila se manifiesta, contra todo pronóstico, ávida por aprender de sus errores. Es la gran esposa autodidacta galdosiana.

Este genio de la indiferencia se complace en la adoración de cada una de estas mujeres cuya historia implacablemente transcribe, cuyas desventuras, con crueldad de creador irresponsable cuenta.

Se lo debe al romanticismo.

Y así tenemos que Galdós, como heredero del romanticismo, va a escribir historias de mujeres que no son románticas, va a transcribir el mundo español, reacio, obstinadamente esquivo a todo lo romántico". p. 417. En MORENO SANZ, Jesús, *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, Siruela, Barcelona, 1993.

El espíritu de la educación se presenta, entonces, como una prenda individual, del alma, pues puede desarrollarse de forma autónoma, aunque siempre instigado por la pureza de las pasiones (el profundo amor que siente Camila por el afortunado y correspondiente esposo, en este caso); antes que como el resultado del sometimiento relativo y variable que sería fruto del sacrificio a una disciplina impuesta, desde el interior o el exterior del propio sujeto.

A pesar de esta posibilidad individual de erigirse en tutor de un permanente y autónomo espíritu educativo, una mala educación puede acarrear consecuencias nefastas que acabarán en la degeneración de los personajes de Galdós.

Tenemos ahora en mente los estragos, de efectos irreversibles, que ocasionó esta carencia en las vidas de Pepa Fúcar o Isidora Rufete “de Aransis”; hija la primera de un ser depravado, la segunda de un pobre loco.

Es un hecho probado la facilidad y rapidez con la que se extiende la hierba mala, frente al esfuerzo con que el labrador tiene que sacar adelante la buena semilla. En el caso de los personajes galdosianos, éstos se ven obligados a afrontar el agravante de establecerse ellos mismos como labrador y semilla.

Si en ellos no están, no encuentran, no acopian o no potencian las fuerzas necesarias para crecer y madurar en pos de una personalidad digna, no tendrán salvación posible; porque no hay tutor sensato y benevolente que los conduzca, a tiempo, por el camino de la bondad y el sentido común.

Augusto Miquis trató de hacer esto mismo con su muy amada Isidora, al comienzo de su juventud, pero, para entonces, ya había tomado en ella la locura de vanidad proporciones inabarcables, ni siquiera por el descomunal talento ni por el inmenso amor del doctor.

La verdadera herencia de esta desheredada de la tierra fue genética (la locura del padre muerto en Leganés) y moral (el veneno de la vanidad que, desde su tierna niñez, le habían inculcado).

Son, por tanto, escasos los ejemplos de sensatez, cordura y generosidad que se establecen como lazos idóneos entre los buenos amantes de la novelística galdosiana.

La mayoría han sido deglutidos por la vorágine de espejismos, mentiras y autoengaños que marcan el principio de la debacle de las relaciones sentimentales que se representan en la novela moderna. Buena muestra de ello estaría avalada por las declaraciones, impregnadas de sarcasmo, que Pepa Fúcar le dirige a León Roch:

-Dicen que no encontraré un hombre razonable que se case conmigo -exclamó, repitiendo el desentonado réfr que parecía una conmoción espasmódica-. Esto como que da a entender que hay hombres razonables...

Yo no soy de esas que se fingen santas y modestas para encontrar marido... Por mi parte, aseguro desde hoy que no me casaré con ningún sabio... Me repugnan los sabios. La suprema felicidad consiste en tener mucho dinero y casarse con un tonto. [53]

Si el pasado encubría el mal, el presente de Galdós no auguraba un futuro mejor, de no hacer algo para evitarlo: los mismos espejismos, mentiras y autoengaños, aunque ya no tan encubiertos. (Sólo hay que fijarse un poco en las costumbres de la familia de León Roch).

Pérez Galdós contribuyó, en buena medida, a destaparlos. Abrió la caja de los vientos de Pandora, pues la única esperanza era que su ímpetu conmoviera a los lectores que escucharan o se acogieran a sus avisos, proclamados en un ingente esfuerzo por dar a conocer la necesidad de una buena educación sentimental, y que contribuyeran esos mismos lectores, en la medida de sus posibilidades, a transmitir sus convicciones y lograrla para todos.

Esta parece ser, al menos, la intención del autor canario: aleccionar haciendo sentir el vértigo del abismo.

A propósito de *La familia de León Roch*, el lector puede deducir otro terrible mensaje:

Nada puede el amor frente a los condicionamientos y normas sociales, los cuales, por otra parte, hay que respetar mientras no seamos capaces de diseñar y construir un mundo mejor, a partir de ideas y acciones más justas. No se propugna abiertamente, en esta novela, la rebelión en favor de la propia felicidad a cualquier precio. No se muestra el autor, aparentemente aquí, como un transgresor convencido, en aras de la pasión amorosa. Pero sí sugiere esa legítima, aunque no cómoda posibilidad, a los lectores más vehementes o más “justicieros”.

Esta ambigüedad tan característica en las novelas de Galdós surge de su voluntad de encarar todas las perspectivas del problema que propone en cada caso, para ser analizado a luz del relativismo y de la brutalidad de la experiencia.

La vida suele poner a sus personajes en una encrucijada de caminos de la que rara vez saldrán airosos tras su elección. Su concepción trágica de la existencia radica en la lucidez con la que percibe lo ineludible del sacrificio⁶¹.

En resumen, el lector no puede menos que preguntarse si el penoso estado en que León deja a Pepa Fúcar sería motivo suficiente para justificar la posible huida de los “amantes”.

El lector se siente, por momentos, incapaz de decidir si León Roch está verdaderamente enamorado de su fiel y apasionada amiga o si pesan más en él valores positivos, como la propia tranquilidad, la honra o el prestigio sociales.

Cabría preguntarse si su decisión última hubiera sido la misma tratándose de María Egipcíaca, por la que sí llegó a sentir un amor apasionado, lejos del cariño fraternal y la gratitud, probablemente derivada del ego satisfecho, o la necesidad de amor complacidos que parecía inspirarle Pepa Fúcar, quien sí estaba, literalmente, loca de amor por él, y por cuya indiferencia (añadida a la deplorable educación de los Fúcar) había cometido todo tipo de insensateces.

⁶¹ En *La familia de León Roch* podemos encontrar una buena muestra de las continuas tensiones y concesiones mutuas que los cónyuges tratan de realizar, aunque sin éxito, en aras del triunfo de su relación conyugal:

“Pasado algún tiempo, León empezó a creer que se prolongaba más de lo regular la ternura apasionada, inquieta y quisquillosa de su mujer. Esto no hubiera sido alarmante si con ello no coincidiera una resistencia acerada a plegarse a ciertas ideas y sentimientos de su marido.

Grandísima tristeza tuvo León cuando vio que, sin dejar de amarle arrebatadamente, María no iba en camino de someterse a sus enseñanzas, que no eran ciertamente del orden religioso, pues en esto el discreto marido respetaba la conciencia de su mujer.

¡Estupendo chasco! No era un carácter embrionario, era un carácter formado y duro; no era barro flexible, pronto a tomar la forma que quieran darle las hábiles manos, sino bronce ya fundido y frío, que lastimaba los dedos, sin ceder jamás a su presión”. [88]

Entre se pueden contar, desde ridículos ataques histérico-caprichosos, hasta el inicio –por despecho y desprecio de sí misma- de su autodestrucción; la cual comenzó definitivamente al casarse con un hombre a quien detestaba por oponerse en todos los aspectos a León.

La ausencia de educación sentimental vuelve a aparecer como una lacra social que es, además, fuente de inconmensurables insatisfacciones personales. Pepa Fúcar se define como un ser absolutamente abandonado a sus pasiones, tanto de orden positivo como negativo. El mismo furor con el que dilapidaba la fortuna de su padre acumulando objetos preciosos, despliega Pepa Fúcar al depositar sus afectos en el compañero inseparable de la infancia.

Ese torrente de vitalidad mal encauzado (expresamente señalado, como vimos, en la personalidad enfermiza de Rosarito o en la insignificancia de las ocupaciones de Gloria), será motivo de reflexión y análisis a través de posteriores heroínas, como Isidora, Fortunata o Tristana.

La necesidad de dar rienda suelta al potencial de existencia femenino es rotunda; pero dicha realidad exige, con la misma rotundidad, un espacio vital y espiritual que facilite y dote del correspondiente prestigio y apoyo social la acuciante reivindicación del genio femenino.

Ya apuntábamos, al comienzo de este análisis, la perspicacia con la que Giner de los Ríos percibía esa denuncia galdosiana de la necesaria regeneración del carácter masculino.

Siglos de prerrogativas parecen haber sumido al sexo gobernante en un estado de atrofia del que no lo podría sacar –sino más bien al contrario- la tiranía de la *cupiditas*.

Mientras, el agobiado entusiasmo femenino es caldo de cultivo para una sofocada revolución, ciega y anárquica, que lleva a estas mujeres a la

autodestrucción⁶². De nuevo, la solución del conflicto pasa por la conciliatoria colaboración que devuelva al género humano el amor por los “grandes ideales *realistas*” perdidos o nunca hallados.

En su estudio sobre *Teoría de los sentimientos*, donde, comenzando por el título, procura evitar todo elemento de arbitrariedad, Carlos Castilla del Pino reconoce sin ambages (con la objetividad y la ausencia de juicios condenatorios o valoraciones morales sobre los casos clínicos que analiza, inherentes a su estilo profesional –que no autobiográfico o vital-) que, en la práctica, los sentimientos son algo diferente de lo que la teoría, por el momento, es capaz de formular.

Al menos, no son tan objetivables, tan axiológicos, tan controlables, aunque tampoco estén tan fuera de toda razón o “inteligencia sentiente o sentir intelectual” (en la terminología de Xavier Zubiri); como a través del arraigado maniqueísmo de las pasiones y las razones se nos ha hecho creer a lo largo de los siglos.

⁶² Vid. PEARL, Cora, *Confidencias de una cortesana*, disponible en <http://www.librodot.com>.

“Mi abuela era una mujer de gran corazón, piadosa, respetable y muy aburrida; para ella el colmo de la diversión era sentarse y jugar un solitario y que yo le leyera un libro de viajes.

Su ambición era que yo me colocara de aprendiz de sombrerera o de modista, pero, desgraciadamente para sus proyectos, vivía en un barrio del West End londinense, en una zona que, pese a sus mejores intenciones, yo estaba dispuesta a explorar.

Si por el día el barrio era todo negocios y movimiento, por la noche era lo bastante interesante para que una jovencita con mis inclinaciones se sintiera atraída, sobre todo una jovencita que había estado privada de diversiones y esparcimientos que no fueran los propios de un dormitorio de internado”. p. 8.

Aun aceptando estas premisas, el caso que presenta Galdós nos habla de un hombre, León Roch, que amó con pasión a su esposa, María Egipcíaca, y, tal vez, con ternura a su “amante” enamorada, Pepa Fúcar.

A la primera le entregó vida y fortuna, mientras que a la segunda la sumió en una amarga respetabilidad (al menos, así lo vivió ella) que la hizo desgraciada y la coronó de una gloria condenada a continuar siendo dudosa y puesta en entredicho por quienes prefirieran seguir pensando lo peor de ella, esto es, por la inmensa mayoría de la sociedad.

Sin duda, estas son las “conclusiones” a las que pretende inducirnos el autor de *La familia de León Roch*, pues el impertérrito protagonista de la presente novela se muestra más sensual que moralista (pese a sus confesadas intenciones) al elegir esposa, y más moralista que sensual a la hora de rechazar a la que se convertiría en ilegítima amante.

Quizá por la íntima inconformidad con los afectos, los cálculos, las preferencias y la fría actitud de este personaje (o para resarcirse de la previsible desaprobación de buena parte de los lectores y de la crítica), pone Galdós las siguientes palabras en boca de uno de sus narradores autobiográficos, José María Bueno, en el capítulo IV de la Segunda Parte de *Lo prohibido*:

... vi a Cimarra, que se había reconciliado con su suegro, el marqués de Fúcar, y resignándose a que su mujer viviera maritalmente en Pau con León Roch...
[205]

Podemos concluir diciendo que algunos de los personajes galdosianos aparentemente más seguros de sí mismos, resultan ser los más equivocados. Qué equivocado nos parece, por momentos, que está León Roch en la forma de llevar su relación con Pepa Fúcar. Se diría que no la ama, porque todo resulta sobreponerse e interponerse entre los dos. El aliento vital de su espíritu no se emplea a fondo en la conquista de la felicidad de ambos.

Su amor está supeditado a toda posible interferencia: impedimentos familiares, envidias, intrigas, hipocresías y cinismos; el honor imperante en una sociedad de deshonor e ignorancia supremas... en fin, queda supeditado a toda forma de corrupción y decadencia.

Un narrador tan confuso como seguro de la virtud moral de León Roch lo encomia y lo enjuicia al mismo tiempo. Por otro lado, al lector le resulta imposible no entrar a juzgar el loco comportamiento juvenil de Pepa Fúcar, que vendría a justificar el precio que debe pagar por su conducta.

En ningún momento debemos olvidar que el matrimonio con el que materializa su despecho y el desprecio que siente por sí misma al verse desdeñada por León (fruto de su falta de formación moral e intelectual -en los suntuosos palacios de los Fúcar no podía encontrarse un sólo libro-, y el descuido caprichoso en que ha pasado la mayor parte de sus días), es también la causa de su entrañable amor por Monina, nacida de esta unión con su deplorable esposo.

Por tanto, las contrapartidas de cada una de nuestras decisiones y el lado bueno de toda acción, por desacertada que nos pueda parecer, están siempre presentes en la construcción de las tramas novelescas galdosianas.

El amor se ve sometido a todas las injusticias en las que se ve inmersa la verdad y la virtud en tiempos hipócritas y perversos, en los que la infamia es amparada por la ley, pues queda en manos de los sectores y personajes más depravados de la sociedad. Pero este tema será abordado más adelante con motivo del análisis de *Lo prohibido*.

II. 4. *Marianela* (1878)

“Recordemos que la *belleza* es la expresión del carácter, o, dicho de otro modo, de los hábitos morales y que, por consiguiente, está exenta de toda pasión.

Ahora bien, lo que nos hace falta es la *pasión*; la belleza sólo puede darnos *probabilidades* respecto a una mujer, y aun estas probabilidades sólo en cuanto a lo que ella es considerada en frío; y las miradas de una amante picada de viruela son una realidad seductora que anula todas las probabilidades posibles”⁶³.

El lector cómplice de *Marianela* se ve obligado a asumir, no sin cierto horror, que la concepción o el sentimiento del amor en Pablo es, hasta cierto punto, de signo opuesto a las tiernas (y mundanamente ambiguas) afirmaciones de Stendhal.

La intensa pasión con la que Pablo y Marianela vivieron los días idílicos de la juventud entregada a los efectos de los más variados sentimientos amorosos, se verá truncada por la luz cegadora del sentido estético de Pablo. Con Marianela experimentó la alegría íntima y exaltada de una pasión rebotante de libertad, ilusiones (en su caso, también de tipo óptico, incluso en el aspecto más literal del término, según iremos observando), ternezas, proyectos... júbilo, en definitiva, que se revelará, al final de la novela, como un ensueño pasajero en la vida del mancebo enamorado.

⁶³ STENDHAL, Henri Beyle, *Del amor*, traducción, prólogo y notas de Consuelo Berges, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 128.

Pablo fue feliz junto a Marianela mientras, gracias a su ceguera física, fabuló un idilio junto a una joven de extraordinaria belleza, a pesar del limitado concepto que podía tener de lo bello en su dimensión material.

El hecho de que desee apreciar una excelsa belleza en la figura de Nela (con el natural propósito de que adorne sus grandes virtudes espirituales) no es algo censurable; siempre que no exceda los límites de la fidelidad que le debe y le ha prometido al alma entregada de su compañera⁶⁴.

Pero que el amor puede mostrarse huraño o caprichoso y que no siempre resulta o nos parece justo, son realidades con las que, tarde o temprano, tendrá que enfrentarse la joven lazarillo. No obstante, trataremos de reflexionar sobre los motivos que se encuentran tras la tragedia amorosa de Marianela.

Según el proceso evolutivo de Pablo Penáguilas a lo largo de su vivencia del amor, tendríamos que concluir que el sentido de la belleza se encuentra estrechamente vinculado a dos cualidades esenciales de la naturaleza humana: la emulación y el sentido de semejanza.

⁶⁴ “Los negros ojuelos de la Nela brillaban de contento, y su cara deavecilla graciosa y vivaracha multiplicaba sus medios de expresión, moviéndose sin cesar.

Mirándola se creía ver un relampagueo de reflejos temblorosos, como los que produce la luz sobre la superficie del agua agitada.

Aquella débil criatura, en la cual parecía que el alma estaba como prensada y constreñida dentro de un cuerpo miserable, se ensanchaba y crecía maravillosamente al hallarse sola con su amo y amigo.

Junto a él tenía espontaneidad, agudeza, sensibilidad, gracia, donosura, fantasía.

Al separarse, parece que se cerraban sobre ella las negras puertas de una prisión.” [73]

Pablo apreciaba su propia belleza, de forma clara y distinta, en las facciones perfectas de su prima Florentina. Sin embargo, no podía dejar de experimentar extrañamiento ante las hechuras deformes del rostro y el cuerpo de la dulce Marianela.

El ser humano trata de emular aquello que le es grato, y le suele parecer grato aquello con lo que establece cierta afinidad o considera esencial para completar la belleza del propio ser o de la propia existencia. En cambio, se verá repelido, generalmente, por lo que perciba como rotunda antítesis de sus virtudes y, potencialmente, esté en disposición de disminuir sus cualidades intrínsecas o el valor de la proyección de su imagen ante el mundo. Marianela, desde luego, no estaba llamada a potenciar (ni siquiera a acompañar dignamente) las armoniosas proporciones de la belleza física, adónica, de Pablo:

Su cara parecía de marfil, contorneada con exquisita finura; mas teniendo su tez la suavidad de la de una doncella, era varonil en gran manera, y no había en sus facciones parte alguna ni rasgo que no tuviese aquella perfección soberana con que fue expresado hace miles de años el pensamiento helénico.

Aun sus ojos, puramente escultóricos porque carecían de vista, eran hermosísimos, grandes y rasgados. Desvirtuábalos su fijeza y la idea de que tras aquella fijeza estaba la noche. [66]

Frente a este dechado de perfecciones estéticas, emerge la tímida figura de Marianela:

Teodoro se inclinó para mirarle el rostro. Este era delgado, muy pecoso, todo salpicado de menudas manchitas parduzcas. Tenía pequeña la frente, picudilla y no falta de gracia la nariz, negros y vividores los ojos; pero comúnmente brillaba en ellos una luz de tristeza.

Su cabello dorado-oscuro había perdido el hermoso color nativo por la incuria y su continua exposición al aire, al sol y al polvo.

Sus labios apenas se veían de puro chicos, y siempre estaban sonriendo; pero aquella sonrisa era semejante a la imperceptible de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo.

La boca de la Nela, estéticamente hablando, era desabrida, fea; pero quizás podía merecer elogios, aplicándole el verso de Polo de Medina: «*es tan linda su boca que no pide*».

En efecto; ni hablando, ni mirando, ni sonriendo revelaba aquella miserable el hábito degradante de la mendicidad callejera. [32]

En la novela de Pérez Galdós siempre se manifestó una ferviente admiración por la *aristocracia del espíritu*, esa “que no podía ser fruto de la educación”. Esta es una inapelable virtud de Marianela, de quien el narrador se complace en contarnos:

“Sus palabras [...] sorprendieron a Golfín por lo recatadas y humildes, dando indicios de un carácter formal y reflexivo.

Resonaba su voz con simpático acento de cortesía, que no podía ser hijo de la educación, y sus miradas eran fugaces y momentáneas, como no fueran dirigidas al suelo o al cielo [32]”.

Pero Marianela es, además, un ser sin memoria, sin conciencia del tiempo ni de la maldad, y de apariencia, ideas y costumbres "salvajes", es decir, no muy ortodoxas: “Vestía una falda sencilla y no muy larga, denotando en su rudimentario atavío, así como en la libertad de sus cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, cierta independencia más propia del salvaje que del mendigo [33]”.

A lo largo de los siglos, de siglos y siglos de literatura, se nos ha encarecido la fuerza con que la semejanza genera y potencia las afecciones amorosas. Un trivial parecido, una afinidad de gustos e intereses, una visión del mundo o una ideología comunes... son bastante, en muchos casos, para sugerir en el amante la pertinencia de la esperanza, que suele ser, a su vez, la antesala de toda pasión amorosa. Estos rasgos comunes de pensamiento, fenomenológicos o de carácter se erigen en pilares sobre los que reposará o emergerá el amor en sus estadios iniciales.

De todos es conocido, sin embargo, el elevado componente imaginativo y creativo que lleva implícita la génesis del enamoramiento. Tras la etapa inicial de fascinación amorosa, el amante puede ratificar los supuestos parecidos de su cara mitad o bien comprobará, con asombro aterrado o dolorido (según el carácter o la naturaleza del enamorado; el estado, cualidad o virtud de sus sentimientos...), que dichas afinidades nunca llegaron a ser más que meras conjeturas.

Para entonces, el amante tal vez ha llegado a amar al otro con honda pasión y no valorará las diferencias sino como nuevas bendiciones que coronarán la felicidad alcanzada con las riquezas de lo bello y distinto. O, tal vez, el fuego de su amor se haya visto reducido, o entrañe ya la propensión a consumirme, animado, además, por el desalentador descubrimiento.

Cuando se desvelen las diferencias irreconciliables antes de que el amor haya hecho pleno asiento en el alma del enamorado, el dudoso amante podrá convenir, con su conciencia, poner fin a los anhelos, por el riesgo que comporta su cumplimiento.

Incluso los más ardientes enamorados recreados por la imaginación literaria de todos los tiempos, se ven obligados a plantearse, en algún momento de su peregrinación amorosa, la magnitud de los peligros que corren, y a valorar, o bien la posible compensación que se derivaría de asumirlos, o bien las fuerzas de que disponen para renunciar a un amor que, indefectiblemente,

nació condenado a ser causa última de la autodestrucción o el aniquilamiento de los amantes.

Pero puede ocurrir, también, como es el caso de Pablo, que el amor se desvanezca, sin trauma de consideración, al caerse la seductora venda de la ceguera de los ojos del enamorado. Entonces cabría preguntarse si realmente lo estuvo alguna vez o fabuló su espíritu una pasión que lo ayudara a sobrellevar la persistente desdicha de su existencia.

Al comienzo de la narración, Pablo es descrito como un ser de deslumbradora claridad interior. El narrador pretende sugerirnos que, quien físicamente no ve, puede traer con él la luz y el orden al "caos primitivo" – aunque ya no tan prehistórico- de la civilización. Su limitada o imaginaria "visión" espacial de las cosas (obtenida a través de los ojos de Marianela) no disminuye, aparentemente, en un punto la dimensión metafísica de su conocimiento y de su sentimiento. Es más, incluso podríamos decir que la ceguera potencia el vuelo de su espíritu (tal vez, a causa de esos mismos ojos que gustosamente le presta la Nela⁶⁵).

Progresivamente se nos revelará Nela como la verdadera iluminada; pero, en el comienzo, es Pablo quien siempre multiplica la pronunciación del nombre de la desvalida, con inusitada emoción⁶⁶.

⁶⁵ Una vez más, Galdós invierte el código de cortesías amorosas: es Nela, una heroína muy especial, quien cuida de su caballero ciego. Llevar a la novela este trocito de humanidad, con sus luces y sus sombras, este trocito de experiencia vital, hasta cierto punto trágica, que hace que percibamos como reales las vivencias, es uno de los grandes logros de la narrativa decimonónica.

⁶⁶ -¿Qué haces, Nela? -dijo el muchacho después de una pausa, no sintiendo ni los pasos, ni la voz, ni la respiración de su compañera-. ¿Qué haces? ¿Dónde estás?

-Aquí -replicó la Nela, tocándole el hombro-. Estaba mirando el mar.

-¡Ah! ¿Está muy lejos?

-Allá se ve por los cerros de Ficóbriga.

Los pensamientos y actitudes de Pablo son los propios de un hombre eminentemente espiritual, en quien la tendencia natural más destacada es compartir con liberalidad lo que tiene de más valía: el amor hacia lo que le rodea, el conocimiento metafísico y espacial (aunque no visual) del mundo, la tierna nostalgia que impregna su patético positivismo... En consecuencia, tiende a expresar continuamente el ferviente y candoroso amor que siente por Nela.

Juntos reúnen la fuerza y las raras facultades que les permiten llevar a cabo lo que para otros resultaría impensable: pisar alegremente los bordes del abismo, tanto geográfico, como sentimental:

Algunas personas tienen miedo de acercarse; pero la Nela y yo nos sentamos allí muy a menudo a oír cómo resuena la voz del abismo. [23]

Y de este intrépido arrojo de ambos surgen dos hermosísimas imágenes con las que se podrían definir o establecer los límites de la peculiaridad de su amor:

-¡Oh! ¡cuán lamentable cosa es no haber visto nunca la bóveda azul del cielo en pleno día! -exclamó el doctor con espontaneidad suma- [...]

-Grande, grandísimo, tan grande, que se estará mirando todo un día sin acabarlo de ver, ¿no es eso?

-No se ve sino un pedazo como el que coges dentro de la boca cuando le pegas una mordida a un pan.

-Ya, ya comprendo. Todos dicen que ninguna hermosura iguala a la del mar, por causa de la sencillez que hay en él... Oye, Nela, lo que voy a decirte... ¿Pero qué haces? [85]

-¿Dice usted que la bóveda del cielo...? ¡Ah! Ya me figuro que será *una concavidad armoniosa, a la cual parece que podremos alcanzar con las manos, sin poder hacerlo realmente.* [25] (El subrayado es nuestro)

El amor, en Marianela, es el eterno ideal inalcanzable, y es la imposibilidad de realización lo que puede llevar a exclamar a Pablo –quien todavía no lo ha conocido en plenitud-:

“Para el que posee ese reino desconocido de la luz, estas galerías deben de ser tristes; pero yo, que vivo en tinieblas, hallo aquí cierta conformidad de la tierra con mi propio ser [42]”.

Estas palabras ilustrarían el tipo de amor que Pablo Penáguilas sentía por Marianela, pero, para ser honestos con la experiencia de Nela, lo que mejor vendrían a ilustrar dichas palabras es la tragedia de la renuncia de la niña; pues la renuncia continuada fue, a costa de su vida, la gran pasión que pudo permitirse esta irreprochable enamorada para expresar, en toda su inmensidad, el gran amor que sentía por Pablo.

Como muestra de la concepción que tenía de su propio valor, reproduciremos un breve diálogo mantenido con el Dr. Golfín, a la llegada de éste:

-No, señor -repitió la Nela con tanto énfasis como si se elogiara-; si yo no sirvo más que de estorbo.

-¿De modo que eres una vagabunda?

-No, señor, porque acompaño a Pablo. [37]

Marianela casi se enorgullece de no servir más que para serle fiel y útil a quien considera su amo. Pues, curiosamente, esta tarea de lazarillo a tiempo

completo le otorga el don de llevar a cabo la expresión continuada de su amor, mientras desempeña una elevada misión, la más grande que jamás se hubiera atrevido a soñar:

-Sí, señor; yo le digo todo. Él me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo hablando, que para él es lo mismito que si la viera.

Yo le explico todo, cómo son las yerbas, las nubes, el cielo, el agua y los relámpagos, las veletas, las mariposas, el humo, los caracoles, el cuerpo y la cara de las personas y de los animales.

Yo le digo lo que es feo y lo que es bonito, y así se va enterando de todo. [37]
(El subrayado es nuestro)

Destinada a la vida contemplativa, Marianela se convierte en la más dichosa esteta, porque su amado ve a través de sus ojos. Para él distingue "lo bonito de lo feo". Pero el tiempo de la dicha será breve.

La extremada humildad de Marianela, la rigurosa conciencia de sí misma, de la miseria de su devenir socio-familiar y de sus atractivos externos, la sumirán en una densa *tristitia* que la llevará hasta la muerte, cuando tenga que enfrentarse al fin con la desoladora mirada de Pablo.

Marianela no puede reprocharle a Pablo su abandono. Los rasgos de carácter citados la mueven a pensar que el hecho de que Pablo no la ame no lo hace inferior, sino que lo confirma en una superioridad sin límites (a los ojos de la verdadera enamorada).

La sencillez y nobleza de su espíritu la llaman a considerar que lo justo es que amemos y, por tanto, aspiremos a aquello que está por encima de nosotros, que alcanza a dignificarnos como seres humanos, y a consolarnos en nuestras desdichas.

De todas maneras, no puede dejar de lamentar profundamente que no la ame, y lo hace con todas las fuerzas que habrían podido mantenerla alegre dentro de su miserable vida, mientras Pablo la hubiera necesitado.

La entrega, por tanto, es total, reconcentrada, inapelable. Su ánimo se consume, negativamente, en el abismo de un inmenso dolor, al no poder proyectarlo positivamente en el extinguido amor de antaño. En realidad Marianela no vivía en sí misma, y mucho menos para sí, sino que alentaba en el amor de Pablo.

Hasta que tuvo que asumir la irremediable pérdida de la única causa de su existencia, Marianela no había sabido (¡no había descubierto, a pesar de las múltiples miserias que arrojó a lo largo de su vida!), como le ocurriera a Clive Staples Lewis tras la muerte de su esposa⁶⁷, que la pena se siente como miedo, como si una angustia atenazante te oprimiera en el corazón.

Afortunadamente, como también le ocurriera a él, le deja momentos de reposo, pero su perseverante insistencia se parece a la de los *ritornellos* barrocos. Vuelve una y otra vez introduciendo variantes al mismo motivo. A veces parece ausentarse durante un tiempo, pero el paciente siente su estado latente, su implacable presencia entre las sombras, su desarrollo lento o rápido, pero eficaz y contundente.

Los efectos que produce son similares a los síntomas. Tras experimentar dicha angustia, el amante abandonado posiblemente ya nunca sea igual a sí mismo, pero durante buena parte de su vida, tal vez mientras dure su vida, seguirá siendo, en potencia, el mismo ente sufriente.

⁶⁷ LEWIS, Clive Staples, *Una pena en observación*, tr. de Carmen Martín Gaité, Anagrama, Barcelona, 1998, 7ª ed., p. 9:

“Nadie me había dicho nunca que la pena se viviese como miedo. Yo no es que esté asustado, pero la sensación es la misma que cuando lo estoy. El mismo mariposeo en el estómago, la misma inquietud, los bostezos. Aguanto y trago saliva”.

El mismo extravío, la misma pena se perpetuará fatalmente en algún rincón de su existencia. ¿Ya nunca será igual al ser que fue mientras era amado por el amante? ¿Cómo seguir siendo el mismo?...

Las fuerzas de Marianela no estaban en disposición de soportar tan trágica metamorfosis moral y espiritual. Para ella no había otro desenlace esperable que la correspondiente muerte física.

Pero a pesar de su “debilidad” congénita, de los impedimentos ambientales y socio-familiares y de la nula formación externa que ha recibido⁶⁸, Marianela, gracias a la sutileza de su espíritu, ha tenido ocasión de aprender ciertas lecciones básicas de supervivencia sentimental, que contribuirían a dotarla de la dignidad innata que la investía; aunque no fueran bastantes para salvar a la niña de los abismos de la destrucción pasional.

⁶⁸ Es conveniente recordar ahora algunos datos sobre la “educación sentimental” a la que fue sometida Marianela:

“Nunca se le dio a entender que tenía un alma pronta a dar ricos frutos si se la cultivaba con esmero, ni que llevaba en sí, como los demás mortales, ese destello del eterno saber que se nombra inteligencia humana, y que de aquel destello podían salir infinitas luces y lumbre bienhechora.

Nunca se le dio a entender que en su pequeñez fenomenal llevaba en sí el germen de todos los sentimientos nobles y delicados, y que aquellos menudos brotes podían ser flores hermosísimas y lozanas, sin más cultivo que una simple mirada de vez en cuando.

Nunca se le dio a entender que tenía derecho, por el mismo rigor de la Naturaleza al criarla, a ciertas atenciones de que pueden estar exentos los robustos, los sanos, los que tienen padres y casa propia; pero que corresponden *por jurisprudencia cristiana* al inválido, al pobre, al huérfano y al desheredado”. [68] (El subrayado es nuestro)

Su parcial apartamiento del mundo (aquel que es fruto de la elevación o supremacía moral) no era tal que no llegara a impulsarla su intuitiva conciencia de las leyes que rigen al mismo a hacer denodados esfuerzos por no mostrarse – bajo ningún concepto o circunstancia- débil, sensiblera, descontrolada o irracional ante el imposible amante –ni siquiera en los agónicos estertores de su muerte-.

Bien es cierto que la índole sincera de su talante tampoco le permitía mostrarse como no era, pero cualquier exceso de flaqueza por su parte (incluso justificada teniendo en cuenta la gravedad de las circunstancias), hubiera dado lugar a reproches que no habrían hecho sino acrecentar la injusticia del estado al que la habían llevado sus desdichas.

En definitiva, exponer las emociones más primitivas y acuciantes ante Pablo hubiera sido, para Nela, como renunciar a los últimos restos de dignidad que podían enaltecerla a los ojos de su amo o, al menos, preservar parte de la estima que éste tuviera hacia ella.

“La Nela” no llegó a estar espiritualmente tan rendida como para fomentar en el amado, ni aun involuntariamente, la conciencia de la “necesaria” inferioridad moral del ser a quien creyó amar con sublimidad durante el tiempo que duró la vida de su lazarillo, esto es, durante el tiempo de la ceguera. O, mejor dicho, Marinela empleó las últimas fuerzas de su amor en retirarse con honor antes de ser humillantemente expulsada por el desprecio o el íntimo desdén de Pablo⁶⁹.

⁶⁹ “La insigne joven parecía colérica en fuerza de ser caritativa.

-¡Nela! -repitió Pablo, traspasado de dolor y no repuesto del asombro que le había producido la vista de su lazarillo-. Parece que me tienes miedo. ¿Qué te he hecho yo?...

Marianela llega a expresar su deseo de no ser vista por el amo, de no avergonzarse más avergonzándolo con lo que, a la luz del ideal amoroso del mancebo, constituiría una repulsiva presencia.

Ni que decir tiene que el amor de éste no tenía el suficiente grado de pureza o de “observancia neoplatónica” como para permitirle vivir ajeno a los deleites sensuales que deseaba le procurara su amada, y Marianela se tuvo que llevar consigo la amarga certeza de ello, aunque nunca dejara de tenerlo presente⁷⁰.

La enferma alargó entonces sus manos, tomó la de Florentina y la puso sobre su pecho; tomó después la de Pablo y la puso también sobre su pecho. Después las apretó allí desarrollando un poco de fuerza.

Sus ojos hundidos les miraban; pero su mirada era lejana, venía de allá abajo, de algún hoyo profundo y oscuro. Hay que decir como antes que miraba desde el lóbrego hueco de un pozo que a cada instante era más hondo.

Su respiración fue de pronto muy fatigosa. Suspiró varias veces, oprimiendo sobre su pecho con más fuerza las manos de los dos jóvenes”. [275]

⁷⁰ Qué lejos se encuentra su trágico final de la arcadia feliz en la que transcurrían los días pasados junto a Pablo, y éste le declaraba su amor eterno:

“-¡Serás mi esposa querida... serás la vida de mi vida, el recreo y el orgullo de mi alma! ¿No dices nada a esto?

La Nela oprimió contra sí la hermosa cabeza del joven. Quiso hablar, pero su emoción no se lo permitía”.

Por todo esto, además del admirable “orgullo femenino” –en la terminología de Henri Beyle Stendhal- que muestra Marianela al final de su vida, tampoco podemos decir que no cambie, en absoluto, el concepto que Nela tuviera de Pablo y de su amor, mientras crecía el tormento.

La sombra del fatalismo se pintaba en el semblante de la niña cada vez que el amo se deleitaba haciendo la descripción ideal de la idílica compañera; imagen ilusoria de la huérfana que éste había imprimido en su alma y no hacía sino incrementar los efectos de su rotunda ceguera. Ni siquiera Nela fue capaz de disminuir, en ese aspecto, la expresa voluntad de ceguera de Pablo.

Marinela era, por tanto, consciente del próximo final, pero un amor desinteresado en grado sumo le impedía lamentar, ni siquiera un instante, las fatales consecuencias que, a su vida, traería aparejada la dicha que supondría para Pablo disfrutar del don de la vista.

No obstante, el dolor de Nela se acrecentó necesariamente cuando tuvo que enfrentarse, en su agonía, a la abrumadora conciencia de cuánto mejor hubiera sido para ella el hecho de quedarse en la fantasía de Pablo como una sombra, tras la sanación ocular del hermosísimo mancebo. Incluso el olvido de su amo hubiera resultado menos doloroso si no hubiese estado precedido por la indiferencia y el desagrado experimentado hacia la niña.

En realidad, Marianela confió y puso todas sus esperanzas, a pesar suyo y durante demasiado tiempo, en el supuesto amor místico y las supuestas místicas facultades del inspirado joven. Y trágicamente tuvo conciencia, asimismo, de que pocas veces una pareja ha podido resultar tan dispar y ridícula en la opinión general de la sociedad acomodada y, a un tiempo, tan rápidamente secundada por la “evolución” sentimental del “enamorado”.

Estas son las rotundas conclusiones del joven Pablo Penáguilas: “Mi padre, a quien he confesado mis errores, me ha dicho que yo amaba a un monstruo... Ahora puedo decir que idolatro a un ángel [refiriéndose, por supuesto, a su prima Florentina]”. [270]

Así, mediante el ejemplo de Pablo, la novela realista de temática amorosa (y, en concreto, el realismo espiritualista galdosiano, personificado en la dualidad de los caracteres de Pablo y Marianela) nos vuelve a demostrar que el hecho de que el amor suela llevar aparejada una admiración profunda hacia el ser amado, no quiere decir que una gran admiración por alguien sea señal inequívoca de amor verdadero.

Pablo admiraba y, sobre todo, necesitaba de las excelsas cualidades de carácter de Nela; pero sólo hasta cierto punto: aquel que delimita el antes y el después de su dependencia del inconmensurable amor de la niña. A mayores o distintas posibilidades corresponden, en su caso, mayores o distintas exigencias o expectativas con respecto al ser amado.

Pablo reclama los placeres de la belleza formal nada más recuperar el don de la vista. Y lo curioso es que ni siquiera precisa de un tiempo de transición para desechar el supuesto amor que sentía por Marianela.

No necesita asumir que ha dejado de amar a un ser que le dio su vida. La certeza del amor que siente por su prima es tan inmediata como su adaptación al sentido del que siempre se vio privado. Lo que deja cumplida constancia de las fantasías y los engaños con los que se recubre el vacío y la soledad, bajo la fingida máscara del amor⁷¹.

⁷¹ No es necesario repetir que se han elaborado casi tantas definiciones de amor como historias de este sentimiento en el mundo han sido.

Tampoco podemos dudar de que los sentimientos tienen la capacidad de destruir al ser humano tanto en ausencia como en presencia.

En esta obra de expresión del juvenil idealismo crítico galdosiano, el autor-narrador se declara ácidamente consciente de vivir en un mundo muy peligroso, donde el bien y la vida son dones pasajeros, siempre sometidos al horror, a la pena, a la incertidumbre y al error; al miedo atroz del que se desespera ante la certeza de que antes o después perderá su bien máspreciado...

El espíritu juvenil se ve invadido por el pavor que le suscita la visión del abismo donde se despliega la inmensidad del poder de las tinieblas o de las fuerzas oscuras del misterio (como le ocurriera a Pepe Rey, el malogrado sobrino de Doña Perfecta, asesinado por orden imperiosa de su tía). Frente a él poco pueden hacer las tristes almas de los mortales. Sus afanes eternos se resolverán después de la muerte, o jamás se resolverán:

No comprendemos ¡ay!, el secreto de estas horrendas incorrecciones. Si lo comprendiéramos, se abrirían para nosotros las puertas que ocultan primordiales misterios del orden moral y del orden físico; comprenderíamos el inmenso misterio de la desgracia, del mal, de la muerte, y podríamos medir la perpetua sombra que sin cesar sigue al bien y a la vida. [67]

Aunque en un tono formalmente comedido, desenfadado a la vez que contenido, y en un marco idílico (fundamentado en la asombrosa belleza de la naturaleza y el dulce carácter de Marianela), el narrador de esta novela quiere

Si no se ama no se ha vivido. Pero la pena siempre sigue a la dicha.

Hay mucho sufrimiento detrás de cada parcela de felicidad (no digamos tras la felicidad ideal en grado sumo), tanto propio como ajeno.

Esta es otra de las grandes lecciones que va desgranando Pérez Galdós a lo largo de su novelística, y que trataremos de ir desentrañando en los presentes análisis sobre la experiencia literaria y la transmisión del discurso amoroso en las novelas del autor canario.

transmitirnos la angustia del hombre que no sabe de los destinos y las leyes que rigen (que no guían) al mundo, sino a través de su injusticia.

El corazón, la razón o la "inteligencia sentiente" zubiriana (la "intuición", siguiendo la terminología empleada por Erich Fromm⁷², esa sabia combinación de conocimiento teórico y de práctica, que es la esencia del dominio de cualquier arte, como el arte de amar o el arte de vivir), la intuición – en definitiva- de grandes héroes míticos, se ha rebelado, a lo largo de la historia de la literatura, ante la iniquidad del destino o de la caprichosa fortuna.

En esta ocasión, la heroína es una muchacha frágil, enfermiza y deforme⁷³, pero también los héroes prototípicos, acosados por lo que perciben como una injusta desdicha, sienten que las ansias de vivir se angostan, la vitalidad y el optimismo se fatigan y el ser humano no puede dejar de experimentar el escalofrío que provoca el hálito angustioso de la muerte.

⁷² FROMM, Erich, *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*, tr. de Noemí Rosenblatt, Paidós, Barcelona, 2001, p. 17.

⁷³ Sin embargo, en ella se cumple la premonición de R. W. Emerson, al describir la naturaleza incomparable de una vida entregada genuinamente al amor:

“Cuando ese inmerso amor que puede sufrirlo todo, prescindir de todo, inspirarlo todo. Cuando ese amor que a sí mismo se ha jurado que preferiría ser a los ojos del mundo un miserable y un loco antes que manchar sus manos con la condescendencia. Cuando semejante sentimiento recorra nuestras calles y penetre en nuestras casas, sólo quienes son puros y ambiciosos podrán contemplar su rostro, y el único homenaje que se le puede rendir es, simplemente, reconocerlo”. p. 351. EMERSON, Ralph Waldo, *Ensayos*, tr. de Ricardo Miguel Alfonso, Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 2001.

Mientras la esperanza, tenaz, lucha por abrirse paso, el sentimiento de inutilidad y abandono invade el espacio de lo que fuera pasión por la vida y búsqueda desafortunada del amor⁷⁴.

La insaciable búsqueda de Amor, Eros o Ágape⁷⁵ se trueca en el intento desesperado de combatir el deseo íntimo, llama que da pábulo a las grandes

⁷⁴ Tal y como analiza Remo Bodei, en *Una geometría de las pasiones*, “la esperanza no está, filosóficamente, como en Cicerón o Santo Tomás, dirigida de forma necesaria a un bien futuro, ni se contrapone a la *acedia*, que es una *species tristiae*.”

Es imposible moderarla siguiendo los preceptos de Plutarco, con maniobras, “como si nuestras inclinaciones con respecto a nuestras posibilidades fueran velas”, o adecuando nuestras expectativas a la situación y despreciando la realidad, como la zorra de la fábula, que dice no estar maduras las uvas que no puede alcanzar.

Si, en lenguaje medieval, la esperanza es una *extensio animi ad magna*, puede decirse que, por el contrario, para Spinoza es, más bien, una *contractio animi ad parva*.

A la alegría y a la beatitud se llega mediante la victoria simultánea sobre el miedo a la muerte y su supuesto remedio, la esperanza”. p. 114.

En BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, tr. de José Ramón Monreal, Muchnik Editores, Barcelona, 1995.

⁷⁵ Pérez Galdós nunca cesa en la tentativa de dar forma literaria a las múltiples formas de amor fundamentadamente imaginables. Resulta estremecedor el siguiente pasaje de *Marianela*:

“Y Señana amaba a sus hijos; ¡pero hay tantas maneras de amar!

Ella les ponía por encima de todas las cosas, siempre que se avinieran a trabajar perpetuamente en las minas, a amasar en una sola artesa todos sus jornales, a obedecerla ciegamente y a no tener aspiraciones locas, ni afán de lucir galas, ni de casarse antes de tiempo, ni de aprender diabluras, ni de meterse en sabidurías, porque los pobres -decía- siempre habían de ser pobres y como pobres portarse, y no querer parlanchinear como los ricos y gente de la ciudad, que estaba toda comida de vicios y podrida de pecados”. [55]

penas con las que estraga el ánimo el ideal amoroso, rara vez, y provisionalmente, satisfecho.

Como hemos visto, a Marianela le acecha de continuo el desamor de Pablo (la tristeza que produce descubrir la fealdad de quien amabas).

De la misma manera que le acechan, sin tregua, la enfermedad; el abandono; el vacío terrible al que deja paso la muerte; la nostalgia de lo no dicho y de la ausencia; la melancolía de una vida llena de detalles que se ha visto truncada por las absurdas e inapelables leyes de lo contingente y de lo efímero –aquello que, en la concepción del hombre corriente o vencido, da consistencia, predominantemente, a la realidad-... El ser humano teme, en estos casos, el sinsentido de que todo sea, al fin y al cabo, vanidad⁷⁶.

¿Qué razón de ser tiene entonces la irreprimible ansia de eternidad que alienta en todo amante, que quema el corazón de todo amado? Con semejante perspectiva, la dependencia del amado condena a la desdicha: la entrega amorosa se convierte en autoinmolación.

⁷⁶ “-¡Vanidad de vanidades! –dice Cohelet-, “¡Vanidad de vanidades todo vanidad! ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?

Una generación va, otra generación viene; pero la tierra para siempre permanece.

Sale el sol, y el sol se pone; corre hacia su hogar y allí vuelve a salir. Sopla hacia el sur el viento y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve el viento a girar.

Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van, allá vuelven a fluir.

Todas las cosas dan fastidio. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír.

Lo que fue, eso será,

Lo que se hizo, eso se hará,

Nada nuevo hay bajo el sol”.

Eclesiastés, I, 2-10

La vivencia del amor de Marianela nos invita a plantearnos una serie de preguntas de muy difícil respuesta:

¿Por qué se guardan, aunque inútilmente, de esa autoinmolación los soñadores solitarios, como Máximo Manso⁷⁷?

⁷⁷ El eremita opta por vivir en paz en el desierto, mientras que el amante opta por poblar el desierto de vida, a través de una lucha, en mayor o menor medida, elegida o irremediable, fruto de una toma de posición consciente, o impuesta por la pasión.

Dos poemas de Quevedo pueden ilustrar muy a propósito ambas opciones.

El Salmo “Amor me tuvo alegre el pensamiento”^{*} y aquel que incluye la, quizá discutible, afirmación:

“No hay hombre cobarde al que el amor no haga el más valiente”.

^{*}Salmo XXXVIII: “Amor me tuvo alegre el pensamiento”

*Amor me tuvo alegre el pensamiento,
Y, en el tormento, lleno de esperanza,
Cargándome con vana confianza
Los ojos claros del entendimiento.*

*Ya del error pasado me arrepiento;
Pues cuando llegue al puerto con bonanza,
De cuanta gloria y bienaventuranza
El mundo puede darme, toda es viento.*

*Corrido estoy de los pasados años,
Que reducir pudiera a mejor uso
Buscando paz, y no siguiendo engaños.*

*Y así, mi Dios, a Ti vuelvo confuso,
Cierto que has de librarme deseos daños;
Pues conozco mi culpa y no la escuso”.*

En QUEVEDO, Francisco, *Poemas escogidos*, ed. de José Manuel Blecua, Clásicos Castalia, Madrid, 1989. p. 75

¿Se trata de amor por la vida tranquila, de razonado y razonable instinto de supervivencia o de repugnancia hacia la versión decadente y degradada de lo que, con un descorazonador índice de probabilidad, nunca podrá ser: la vivencia plena y eterna del Amor Absoluto?

¿Pueden o deben coartar estos peligros el derecho de toda persona a forjarse la mejor de las vidas posibles; el deseo de combatir la viudedad, la orfandad y la desolación de quien sobrevive a una gran pérdida o de quien nunca ha poseído nada; siendo su precio, entonces, la soledad y la infecundidad de una vida errática y desierta?

Marianela no pudo ni quiso adoptar esa actitud ante la vida. Marianela nunca tuvo nada que perder, salvo el amor de Pablo. Cuando lo perdió, por las leyes más elementales y aleatorias de la naturaleza (aquellas que son más fácilmente refrendadas por la enérgica fauna social), entregó el espíritu a su amada Virgen María: el Ser Supremo bien predispuesto a amarla, a quien Marianela entendió que debía aspirar todo ser enamorado.

Porque un amor desmedido en un alma enferma o cansada puede dar lugar al más pavoroso de los terrores y al inevitable marasmo de quien está dispuesto a renunciar al amor por no alejarse más del ser amado. Aunque en el amor, como en la vida, no deben pronunciarse sentencias absolutas.

II. 5. *La desheredada* (1881)

Hipócritas.

Os atrevéis a escrutar el cielo y la tierra

Y olvidáis hablar de vuestro

Propio tiempo.

Immanuel Kant

Como quedaba demostrado a través de la cita de la Introducción, Henry James intenta (y logra) dotar a su literatura del poder creador que hace posible sentir el abismo de la realidad. Pero, a su vez, otro de sus grandes logros consiste en cómo y en qué medida se propone plasmar, en la ficción, la consagración de los sueños de sus personajes. James demuestra esta magistral y magnánima genialidad suya en muchos de sus seductores relatos⁷⁸:

En la jaula (1898), *El altar de los muertos* (1895), *El banco de la desolación* (1910) *Los amigos de los amigos* (1896) –donde les concede a los amantes la unión después de la muerte-...

Aunque centraremos gran parte de nuestro presente análisis comparativo sobre esta discrepancia radical que lo sitúa en las antípodas del procedimiento galdosiano, en el primero de dichos relatos, poniéndolo en relación con las desventuras de *La desheredada*.

⁷⁸ JAMES, Henry, *Relatos*, Selección y prólogo de Luis Magrinyà, Debate, Madrid, 2001.

Es sabido que Henry James (o el narrador jamesiano) selecciona, alternativamente, en sus narraciones un punto de vista fundamental, respetando la limitación inherente a la parcialidad perspectivística que jalona cualquier experiencia o visión del mundo.

Así, su plasmación de la realidad no es sólo de carácter representativo, sino que el autor acepta el reto de inmortalizar artísticamente la experiencia, en último término humana, de sus personajes.

Pero, partiendo de esta premisa, se permite, además, penetrar lo que la protagonista de *En la jaula* siente “en algún lugar más hondo de lo que ella había llegado jamás a explorar⁷⁹”, y que constituye, por obra de la imaginación literaria de Henry James, la parte más bella del destino de su amado personaje.

James hace posible el milagro para “nuestra joven telegrafista”, quien, influenciada por las novelas que alquilaba “a medio penique por día”, y limitada por su *status* social, “se veía reducida a imaginarse un encuentro milagroso para el que tendrían que concurrir un centenar de imposibles. Pero no por imposible este hecho, era menos vívido su sueño⁸⁰”.

Resulta visible que el autor se apiada y siente una infinita ternura por este personaje, al que adorna con bellísimas cualidades, y le concede, asimismo, el don de no abandonarse, destructivamente, a sus sentimientos:

⁷⁹ Op. cit., p. 160.

⁸⁰ Op. cit., p. 161.

No podemos por menos que moralizar: ¿qué no producirá la percepción embotada de una muchacha con cierto tipo de alma al ser estimulada?

Toda la distinción natural de nuestra joven amiga, el refinamiento de su carácter, de su herencia y de su orgullo, se refugiaban en aquel pequeño punto palpitante, pues cuanto más consciente era de la abyección de su vanidad y del patetismo de sus pequeñas especulaciones y maniobras, más probable era que el consuelo y la redención brillaran ante ella por medio de un signo apenas discernible. ¡Era cierto! ¡Ella le gustaba! (p. 161)

Sin embargo, a pesar de la advertencia del narrador (que no podía “por menos que moralizar”), resultó ser cierta la anhelada intuición de la heroína jamesiana.

Aunque los compromisos “ético-sociales” adquiridos por el capitán Everard ante su amante no permitían la feliz culminación del sueño de “nuestra joven amiga” (como la denomina y la trata, en todo momento, el narrador jamesiano), ésta pudo tomar plena posesión de la conciencia de su propio valor y de las expectativas que, por derecho y facultades naturales, podría haber realizado en el mundo.

A pesar de que los compromisos previos de los “amantes” coartan su felicidad, ambos llegan a comprender que sus anhelos los empujaban hacia el otro que garantizara la completa “utilidad” y satisfacción de sus facultades personales, como fin óptimo en el que proyectar y emplear los esfuerzos y las alegrías de sus vidas.

Los impedimentos sociales y económicos, que están truncando el destino anhelado de estos prudentes amantes, dejan, sin embargo, lugar para que el lector pueda creer en la autenticidad y la lúcida bondad del sentimiento amoroso que experimentan recíprocamente.

La abismal diferencia de clase (aunque sólo en la forma, en la exterioridad de sus manifestaciones vitales), que tan bien describe la empleada de telégrafos a través de su visión del capitán Everard, no hace sino ensalzar la moderación y la reflexiva prudencia de ésta, frente a las aventuras amorosas que han cercenado la libertad del galán:

[...] Había momentos en los que tenía la vívida impresión de que él estaba de su parte, haciendo lo posible por ayudarla, por apoyarla, por salvarla.

Pero el carácter singular de nuestra joven amiga la llevaba a recordar con cierta rabia que, cuando la gente tenía unos modales primorosos, gente de esa clase social, no se podía estar seguro.

Esos modales eran para todo el mundo, y debía de ser aburrido e inútil para cualquier pobre individuo esforzarse en ser original. (p. 136)

En el polo opuesto de la novelística galdosiana, dichos personajes jamesianos son capaces de revestirse, con éxito (no como le ocurriera al amigo Manso), de la indolencia que, en ocasiones, es precisa para no morir estrangulados a manos de los propios sueños.

La telegrafista hace acopio de toda la fortaleza de que dispone (al igual que hiciera la excepcional Marianela) cuando se ve obligada a renunciar al imposible amado y aceptar a su prometido, el no menos “arquetípico” (en el ámbito de la literatura norteamericana) e interesantísimo señor Mudge.

Pero sólo *in extremis*, al experimentar “el frío aliento de los desheredados” (p.143), ante la desinhibida imagen del “alegre” despilfarro de la libidinosa aristocracia:

Sabía, además, que sus sentimientos eran bien visibles, pues la experiencia de la pobreza había comenzado en su caso demasiado pronto, y su ignorancia sobre las necesidades de las casas elegantes había desarrollado, como otros de sus conocimientos adquiridos, un alto grado de simplificación. (p. 143)

La heroína tiene, no obstante, el valor de no renunciar a “su momento”, el más real de toda su existencia, por serle el más propio según su sensibilidad y la independencia, imparcialidad y delicadeza de su imaginación (ya que Henry James parece haber legado en ella las virtudes de su característica imaginación literaria⁸¹). Nunca pierde de vista el eje dominante que encauza su destino:

“La realidad, para los pobres seres que eran ellas dos, sólo podía ser fealdad y oscuridad, jamás huida ni encumbramiento”. (p. 214)

Sin embargo, conservó su talante vitalista mientras permitía que las promesas de las bellezas que apelaban a sus sentidos y a su imaginación removieran las aguas estancadas de ese mismo destino:

⁸¹ Cfr. *La imaginación literaria de Henry James*, selección, introducción y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 2000.

El aroma llegaba a la nariz de esta observadora; sin embargo, no podía arrancar jamás siquiera una margarita.

Lo único que conservaba la frescura en su penosa rutina diaria era la inmensa disparidad, la diferencia y el contraste entre clases, entre instantes y movimientos. (p. 137)

Y la valentía de nuestra heroína se puede ponderar a la luz de un hecho muchas veces constatado por la experiencia: todo aquello que se mueve por sí mismo nos aterra, en la medida en que se escapa a nuestro control, si no nos imponemos a través de la fuerza o de la violencia.

A la joven le bastó con la aplicación de la primera de estas potencias, para seguir sustentando, tras el vendaval de las pasiones, su existir desamparado, pero no rendido. La decisión de casarse, finalmente, con el señor Mudge supuso un triunfo de la razón práctica contra los espejismos de la ensoñación.

Este flemático comerciante le ofrecía un amor sólido y sereno, y espacio para dar rienda suelta a sus aspiraciones, aunque previsiblemente reducidas al plano de lo espiritual o imaginario.

Para escapar, en última instancia, al destino que viene impuesto por la azarosa pertenencia a una clase social baja, son necesarios otros atributos de la personalidad, de los que nuestra heroína carece, -aunque éstos tampoco resulten siempre efectivos-.

Por ejemplo, los desplegados por la señora Headway en otro de los relatos jamesianos, *El cerco de Londres* (1883), donde se asiste a las vicisitudes del intento desesperado de una dama americana de intenso pasado por entrar a formar parte de lo más selecto de la alta sociedad puritana de Londres⁸².

Sin dejar lugar a dudas, el narrador presenta los rasgos distintivos de la señora Headway: el desparpajo, la pasión, la desfachatez, la ambición, casi la desvergüenza, nos atreveríamos a decir (mucho más discreta en el caso de la análoga protagonista femenina de *Los europeos*⁸³).

Pero se precisa también algo no menos importante para tener éxito en la lucha por semejante tipo de ascenso social: la ingenuidad de su inmaduro y ferviente enamorado, Sir Arthur Demesne.

Sólo la interposición del agudísimo e impertérrito señor Littlemore (se acusa con claridad la pertinencia de todos los nombres escogidos por James), antiguo amante y “ferviente admirador” de la señora Headway, pudo evitar un

⁸² “La señora Headway hacía alusiones personales, familiares, íntimas; siempre estaba suplicando o acusando, pidiendo explicaciones y promesas, diciendo cosas a las que uno tenía que contestar. Todo ello acompañado de mil sonrisas y atenciones y otras gracias naturales, pero el efecto general era algo fatigoso.

Tenía, sin duda, un gran encanto, un deseo inmenso de complacer y una maravillosa colección de vestidos y chucherías [...]

Pero estaba impaciente y preocupada, y era imposible que otras personas compartieran su impacencias.

No cabía duda de que era varias mujeres en una, incluso en sus agitados intentos de autoeducarse, se había convertido en una gran crítica, y manejaba muchas de las maneras de la época con un toque libre y atrevido, de modo que constituían una vaga invocación, una petición de avenencia que, naturalmente, resultaba incómoda para un hombre a quien disgustaba la molestia de revisar viejas decisiones, consagradas por cierta cantidad de reminiscencias que se podrían calificar como tiernas.

Ella tenía, sin embargo, un encanto evidente; era una caja llana de sorpresas”. pp. 60-61.

JAMES, Henry, *Relatos*, Selección y prólogo de Luis Magrinyà, Debate, Madrid, 2001.

⁸³ JAMES, Henry, *Los europeos*, tr. de José Luis López Muñoz, Bruguera, Barcelona, 1981.

matrimonio inminente, contra el que fracasó la intervención de la influyente y austera suegra, quien, de otro modo, se hubiera convertido en una subsidiaria y mucho menos deslumbrante señora Demesne.

Nuestra joven telegrafista, en cambio, no puede renunciar al aprendizaje moral que la intensa fatalidad de sus vivencias había inculcado en su alma recta y bien dotada:

Lo que reconcomía a nuestra amiga era el modo en que los ricos disolutos esparcían a su alrededor, entre chácharas extravagantes sobre placeres y pecados extravagantes, una cantidad de dinero con la que hubiera mantenido el destrozado hogar de su atemorizada infancia, a su pobre y necesitada madre, a su atormentado padre, al hermano perdido y a la hermana muerta de hambre por el resto de sus días. (p. 138)

Aunque, precisamente, su continuada desgracia la pusiera en la tesitura de anhelar, con gran fervor, la degustación del sabor de la felicidad.

El sufrimiento se convirtió para la joven en una fuente de perspicacia y conocimiento: “Su perspicacia para los tipos, no obstante, era la de un genio; los había que le gustaban y otros a los que detestaba, sentimiento este último que acabó convirtiéndose en una auténtica obsesión, en un instinto para observar y descubrir”. (p. 138)

Por otro lado, su sensibilidad no llegó a entumecerse hasta el punto de que la invulnerabilidad le impidiera reconocer a sus semejantes y sentir ternura por ellos:

“Reconocía de igual forma a aquellas personas de su mismo sexo a las que le hubiera gustado ayudar, advertir, rescatar, ver más.

También esta alternativa actuaba únicamente por el azar de una simpatía personal, de su capacidad para ver los hilos de plata y los rayos de luna, y de su talento para retener las pistas y desenredar la madeja”. (p. 139)

A continuación, nos describe el narrador jamesiano “el [necesariamente] pobre concepto de felicidad” de nuestra heroína, sin eludir los tintes patéticos que son consecuencia natural de la doliente melancolía que siente, a la par de su protagonista:

Los rayos de luna y los hilos de plata ofrecían en algunos momentos la clara imagen del pobre concepto que debía de tener ella de la felicidad.

Por confuso y borroso que, inevitable o afortunadamente, resultara a menudo todo aquello, gracias a ciertos resquicios y grietas aún le quedaba capacidad de asombro, especialmente por lo que, a pesar de haberse acostumbrado, le dolía en lo más vivo: la revelación de la lluvia dorada que caía a su alrededor sin que un solo destello de ese oro fuese para ella. (p. 139)

Para Isidora Rufete, situada –como decíamos- en las antípodas del lirismo jamesiano, ese rayo de luna se desprendía de los iluminados y surtidos escaparates, cuyos objetos la fascinaban e interferían, de continuo, en el curso de sus paseos solitarios.

Como observa Iris M. Zabala, uno de los grandes legados estéticos de Galdós “es la singular aura mágica de la ciudad –de día o de noche- cuando ésta comienza a vivir y a ponerse en movimiento, cuando se apagan las farolas y salen de sus buhardillas las clases trabajadoras⁸⁴”.

⁸⁴ “El legado del siglo XIX”, en *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, Positivismo, Espiritualismo*, LISSORGES, Yvan y SOBEJANO, Gonzalo, (coordinadores), Presses Universitaires du Mirail, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998, p. 355.

Pero ni toda la magia de estos paseos de las clases trabajadoras, tan bien descritos, asimismo, por Leopoldo Alas en *La Regenta*, podrán disuadir al lector del comprensible deseo de Isidora de desmarcarse del *modus vivendi* que le ofrecía su nacimiento, según se verá a través de numerosos personajes y escenas de la novela.

Tal y como le vaticinó el loco de Leganés, con el que departió cortésmente mientras esperaba la llegada de su padre, al inicio de la novela, Isidora sentía que sólo en la juventud puede haber un resquicio de esperanza, más allá del consuelo de la muerte, para escapar de las garras de su anodino destino⁸⁵.

No es de extrañar que Isidora quiera salir de una suerte de vida donde la amenaza de la locura, la escasez, la rutina monomaniaca de la esterilidad y la violencia⁸⁶, la incapacidad de mejora (personificadas en la vida y obra de los miembros de su familia: padre, tíos, hermano...) están a la orden del día.

Una vía, quizá, más racional y deseable para ella que introducirse, a golpe de pleito y desbocadas fantasías, en la aristocracia, podría haber sido el acceso a una educación que le permitiera enriquecerse –pero en sentido distinto al de sus pretensiones–; convertirse en una persona más cultivada y satisfecha, capacitada para desempeñar una labor con la que “justificar” o dar sentido a la dimensión material de su existencia. (Recordemos el apasionado fervor que ponía la “joven telegrafista” en lograr la excelencia de su trabajo).

⁸⁵ Sobre el concepto de esperanza, vid. cita nº 74.

⁸⁶ Vid. *Amor, odio y violencia en la literatura norteamericana*, VI Jornadas de Literatura Norteamericana, Alcalá de Henares, 1993. Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 1994. José Antonio Gurpegui (Ed.)

Una existencia que tenía grandes expectativas, es decir, que tenía grandes esperanzas, pero carecía en absoluto del apoyo de los medios, tanto sociales como personales. Este camino, no es preciso recordarlo, le estaba vedado a la mujer de la época (no hay sino que volver los ojos a la tragedia de Tristana).

A Isidora sólo la podía haber salvado, entonces, una buena educación sentimental, una adecuada concepción de la vida amorosa –junto con la consecuente rectitud de carácter que muestra “nuestra joven telegrafista”–; pero Pérez Galdós tendería a elegir una vía de aleccionamiento mucho más pesimista y radical (tal vez más realista o conforme a sus observaciones) que la del benevolente y magnánimo Henry James⁸⁷.

El narrador galdosiano suele mostrarse comprensivo, no obstante, con los errores que son fruto de una pasión desmedida y cegadora. Su propuesta para tratar de evitarlos es la educación, la conformación vital e intelectual de los individuos. Para ellos trató de conformar en sus novelas un discurso que dotara, finalmente, a sus lectores de las herramientas de pensamiento que dieran forma a su identidad sentimental, apelando a las virtudes de la moral y de la dignidad humanas. Pero también nos recuerda continuamente que sofocar drásticamente los instintos y las pasiones tampoco es lo aconsejable.

(Buenos ejemplos de ello serían la triste historia del amigo Manso; la desgraciada infructuosidad del ardiente amor de Pepa Fúcar; la tragedia desencadenada por la férrea disciplina de moral convencional que doña Perfecta impone a su hija...)

Por otro lado, también queda demostrado en esta novela que Pérez Galdós hace ostensible, en sus creaciones, la confianza que deposita en "la

⁸⁷ Vid. LUZURIAGA, Lorenzo, *Sobre educación: Kant, Pestalozzi y Goethe*, composición y traducción de Lorenzo Luzuriaga. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital basada en la edición de Madrid, Daniel Jorro, 1911.

dorada medianía" amorosa, como *modus vivendi* más adecuado y deseable para el común de los mortales.

Queda patente en sus historias que, tanto una desmedida e infundada imaginación, como una sequía absoluta en la vivencia o expresión del sentimiento⁸⁸, así como la anarquía de las pasiones... serán siempre fuente de innumerables sufrimientos.

⁸⁸ Un buen ejemplo de esta asepsia pasional y de la injusticia de los sentimientos, lo constituye el doctor Sloper, personaje recreado por Henry James en su novela titulada *Washington Square*:

“Era un hombre de unos cincuenta años, y su popularidad había llegado a su apogeo. Era muy ingenioso, y en la mejor sociedad de Nueva York se le consideraba como un hombre de mundo, cosa que realmente era”.

“Me apresuro a añadir, para evitar cualquier malentendido, que no era un embaucador. Era un hombre completamente honrado -honrado hasta un grado que no había tenido ocasión de demostrar- y, dejando a un lado la buena voluntad del grupo donde ejercía, que se jactaba de poseer el "mejor médico" del país, diariamente justificaba los talentos que le atribuía la voz popular”.

“Era un observador, incluso un filósofo, y el ser brillante le resultaba tan fácil y natural, que nunca pretendía hacer efecto, ni usaba ninguna de las argucias de los que tienen una fama menos merecida”. [...]

“Tras la muerte de su esposa y de su hijo, se dijo que también las familias de los médicos tenían que sufrir las más insidiosas formas de la enfermedad, [...]”

“La niña, sin embargo, vivió; y aunque no era lo que el doctor deseaba, su padre se propuso sacar el mayor partido posible de ella”.

“Era natural que fuese linda, graciosa, inteligente y distinguida -pues su madre había sido la mujer más encantadora de su breve tiempo-, y en cuanto al padre, el doctor conocía su propio valor”.

“Tenía momentos de irritación, de haber producido una criatura vulgar, en los cuales llegaba a alegrarse de que su esposa no hubiera vivido lo bastante para enterarse de ello”.

La educación debe aspirar a preservar algo de la pureza innata de la infancia, debe combatir el embrutecimiento y cultivar la razón, incentivar el desarrollo de la inteligencia ilustrada... sin que esto degenera en la proliferación de escuadrones humanos insensibles a la compasión, al entusiasmo, a la esperanza, o al calor de cualquier otro sentimiento.

Así que el narrador galdosiano tiene que reprender amablemente a su personaje (aunque sin abandonar su actitud comprensiva), en el capítulo II de la Segunda Parte de *La desheredada*, con unos esclarecedores consejos que contienen, en síntesis, el ideario sentimental que se aconseja en la novelística de Galdós:

“Se contentaba diciendo que él no había esperado nada. "No espero nada -se decía-; de modo que si me da una sorpresa, todo marchará bien. Y si no me la da, no habrá pérdida.”

Pero, al ver que la hija discrepaba de cumplir su voluntad, éste le manifestó los sentimientos de desdén y de desprecio que siempre había sentido hacia ella:

“-Tú pones a prueba mi paciencia -prosiguió su padre-, y debías saber quién soy. No soy bueno. Aunque soy exteriormente tranquilo, en mi interior soy apasionado; y te aseguro que sé ser muy severo.

Catherine no comprendía por qué le decía aquellas cosas. ¿La habría traído allí a propósito? ¿Sería aquél su plan?, se preguntó Catherine. ¿Lo haría para asustarla y sacar partido de su miedo? ¿Miedo de qué?

El lugar era imponente y solitario, pero no podía causarle daño. En las palabras de su padre había una fría intensidad que daba miedo, pero aún así no hizo pensar a Catherine que quizás formase parte de su plan, poner su mano –la mano fina y ágil de un médico famoso- en la garganta de su hija.

«Isidorita Rufete, ¿conoces tú el equilibrio de sentimientos, el ritmo suave de un vivir templado, deslizándose entre las realidades comunes de la vida, las ocupaciones y los intereses? ¿Conoces este ritmo que es como el pulso del hombre sano?

No; tu espíritu está siempre en estado de fiebre. Las exaltaciones fuertes no cesan en ti sino resolviéndose en depresiones terribles, y tu alegría loca no cede sino ahogándose en tristezas amargas [...]

Sostienes que ese vicio, aberración o como quiera llamarle Miquis, es una fuente de consuelos para ti. Ya, ya se conoce tu sistema. Después de un día de penas, apuros, celos y disputas, llega la noche, y para consolarte... das un baile.

¡Qué gracioso! Satisfaces tu orgullo y tus apetitos determinando en ti una gran excitación cerebral, de la cual irradian sensaciones y goces. Sabes vestir con tal arte la mentira, que tú misma llegas a tenerla por verdad. Te engañas con tus propias farsas, desgraciada». [13]

Si atendemos a la mordaz definición de amor que elabora Stendhal para referirse a las características del enamoramiento experimentado generalmente por la alta sociedad cortesana de su tiempo, concluiríamos que Isidora Rufete pertenece de lleno, y por méritos propios, a dicho rango social.

Según Henri Beyle, el amor o su “Cristalización” se identificaría, en tales ambientes, como sigue:

“Una especie de fiebre de la imaginación que hace irreconocible un objeto generalmente bastante vulgar y lo convierte en ser aparte.

En las almas que no conocen más camino que la vanidad para llegar a la felicidad, es necesario que el hombre que procura provocar esta fiebre se coloque muy bien la corbata y esté constantemente atento a mil detalles que excluyen todo dejarse llevar.

Las mujeres de la alta sociedad, sin dejar de negar o sin ver la causa, confiesan el efecto⁸⁹”.

Las causas y los efectos de esta cristalización cortesana del amor quedan perfectamente definidos en el soliloquio, entre paternal y satírico, que el mismo narrador le dirige a Isidora Rufete:

»Mira, Isidorita; tu vida social está bastante desarreglada; pero tu vida moral lo está más aún.

El principal de tus desórdenes es el amor desaforado que sientes por Joaquín Pez. Le amas con lealtad y constancia, prendada más bien de la gracia y nobleza de su facha que de lo que en él constituye y forma el ser moral.

Bien dices tú que ya el amor no es ciego, sino tonto. Tienes razón: ya se le conoce el largo trato que ha tenido con los malos poetas. ¿Por qué no haces un esfuerzito para desprenderte del cariño que tienes a Pez? Por ahí debe empezar tu reforma. Tú le adoras y no le estimas. Él te ama y tampoco te estima gran cosa.

Considera cuánto perjudican a tus planes de engrandecimiento tus relaciones con el hombre que ha manchado tu porvenir y deshonorado tu vida. Isidora de Aransis..., pues según tú, no hay más remedio que darte este nombre... Isidora de Aransis, mírate bien en ese espejo social que se llama opinión, y considera si con tu actual trazo puedes presentarte a reclamar el nombre y la fortuna de una familia ilustre.

Tonta, ¿has creído alguna vez en la promesa de que Joaquín se casara contigo? Advierte que siempre te dice eso cuando está mal de fondos, y quiere que le ayudes a salir de sus apuros... Casada o no con él, esperas rehabilitarte; dices que el mundo olvida.

⁸⁹ STENDHAL, Henri Beyle, *Del amor*, p. 124.

No te fíes, no te fíes, pues tal puede ser la ignominia que al mundo se le acabe la indulgencia. Se dan casos de estos». [21]

Benito Pérez Galdós suele ir incluso mucho más allá cuando se trata de transmitir al lector la idea de que la vida se complace, con frecuencia, en resultar enormemente irónica, o humorística y sarcástica hasta extremos insospechados.

Para demostrarlo, nos presenta a un comunista convencido, enamorado de una dilapidadora de fortunas con ínfulas de aristócrata... Y a una aristócrata convencida que cae, progresiva o simultáneamente, en brazos de: Un don Juan sin mal corazón y de inexistente conciencia; un millonario tan pobre en atractivo o simpatía como en escrúpulos (estas son dos de sus relaciones simultáneas); un estafador de poca monta y con poca gracia... y el susodicho comunista convencido.

El desmoronamiento del ideal amoroso no se puede hacer más a propósito que por medio del mencionado sujeto, don Juan Bou:

Una de las deferencias más expresivas que Bou tenía con Isidora y su padrino, era ofrecerles participación en los billetes de Lotería que jugaba; pero como había tanta falta de dinero en la casa, rara vez se realizaba la operación.

El oso quería ceder gratuitamente la parte de billete, pero Isidora no lo consentía.

Las demás atenciones eran acompañarlos a paseo por el Retiro, y comprar dulces y juguetes a *Riquín* y darles de noche larga y cariñosa tertulia.

¡Era blandamente obsequioso con Isidora y la miraba con manifiesta intención de decirle algo delicado y difícil...!

A veces, en los largos paseos que daban, iba Juan Bou callado y suspirante. Parecía que su misma fiereza nutría su timidez. En cambio, en la tertulia de la noche desatábase a charlar de cosas diversas, ponderaba con inmodestia su

amor al trabajo, sus ganancias, y hacía planes de vida regalada y espléndidamente metódica.

Además tenía noticias de la muerte de un pariente suyo, muy rico, y esperaba una bonita herencia. Se conceptuaba afortunadísimo, aunque algo le faltaba, sí, algo le faltaba para ser completamente feliz. [110]

La figura de este burdo aprendiz de galanteador nos recuerda que no se salva nadie de la acerba crítica e ironía galdosiana.

Pero el fracaso amoroso (al igual que le ocurriera a León Roch o a José María Bueno) no lleva a este atípico galán a una depreciación de sí mismo, sino que, por el contrario, se desarrolla en él un instinto más fuerte de autocomplacencia y elevada ponderación de sus atractivos personales; al menos esa será la reacción inicial común de los tres “enamorados” masculinos.

Esta es una actitud que rara vez se verá en una heroína galdosiana: Fortunata, Marianela, incluso la propia Isidora... tienen una dolorosa conciencia de inferioridad con respecto a los hombres que aman, aunque en esta última se camufle entre sus incorregibles fantasías.

Sería impensable que nos pudiéramos imaginar escuchando semejantes finezas en boca de alguna de ellas, poco después de haber sido abandonadas o desdeñadas por sus amados. Así asumió su derrota, en primera instancia, Juan Bou:

«¡Ingrata!, no conocer el valor del hombre que se le ha ofrecido... ¿Soy acaso un chisgarabís, un danzante, uno de esos vampiros del pueblo?...

Yo tan tremendo; yo tan formal; yo tan útil a la humanidad; yo que tengo estas ideas tan elevadas...

Y yo pregunto: ¿Por qué es tan guapa?... El demonio le hizo a ella la hermosura y a mí los ojos... ¡Despreciarme a mí!... La mujer es una

traba social, una forma del obscurantismo, y si el hombre no tuviera que nacer de ella, debería ser suprimida». [123]

El triste final de Isidora cumple los deseos del airado Juan Bou.

Es bien sabido que Pérez Galdós trastoca considerablemente los finales propios de folletín, pero, como tendremos ocasión de ir comprobando, concede el consuelo supremo a sus personajes más queridos:

Mueren Marianela, Fortunata, Pepe Rey y el amigo Manso, -posiblemente más libres de responsabilidad o de culpa, a los ojos del autor, que Pepa Fúcar, León Roch y Daniel Morton-; o dota de una sublime conformidad a otros menos afortunados, como Tristana, Maximo Rubín o don José Relimpio, el enamorado padriño de Isidora.

En don José Relimpio, el amor crepuscular y apasionado que llegó a sentir por Isidora, al final de su vida, sería susceptible de equipararse, metafóricamente hablando, con el encuentro de un tesoro inesperado; sin esfuerzos, sin empecinamientos. Fue surgiendo sosegadamente en un espacio deshabitado (o habitado por el hueco que horadó, en su alma, la rutina del matrimonio y su propia abulia). En su pobreza, se encontró con el perseverante amor hacia su ahijada como si se tratara de un paisaje descubierto a la vuelta de un recodo, en el que la vida idílica transcurriera envuelta en un agradable susurro. Pero su dicha pronto se vería transfigurada en una agónica pasión en la que se fue hundiendo de la mano de Isidora -quien aparece así como una nueva distorsión de la empírea figura de la Beatriz de Dante-.

El infierno particular de Isidora ha sido poblado, por su propio deseo, de señoras de San Salomó y Onésimos, lo que establece un universo de referencias que dirige el pensamiento y el imaginario del lector hacia *La familia de León Roch*.

Pero la presente novela saca al lector actual del ambiente claustrofóbico de la aristocracia y la burguesía decadentes (por no decir en pleno estado de descomposición en fase aguda), y amplía su visión hasta ofrecer una panorámica de las calamidades y el ambiente de "cesantía" (o, lo que es lo mismo, de abrumadora miseria) en el que vive sumida *la desheredada*.

Si el triste estado de miseria y degradación en que se halla el antiguo negocio de su tía no fuera repulsivo suficiente para justificar la desesperada huida de la de Rufete, a las puertas de los Pez se aglomera una enloquecida jauría de cesantes, con no mejores expectativas que las de los granujillas y pícaros que lidera Mariano en Leganés.

Si a esto sumamos el ansia de lujoso bienestar y el prurito aristocrático de Isidora, se puede entender el permanente estado de zozobra en el que transcurre la vida de la joven. A Isidora no la escarmientan estos ejemplos de ruina y desmoronamiento, sino que la empujan con fuerza irresistible hacia la completa autodestrucción. Y se erige así en nuevo arquetipo de la paulatina deformación del espíritu humano, a lo largo de la insatisfactoria e imparable persecución de un espejismo que la conduce a la locura⁹⁰.

⁹⁰ “El delirio, en su forma reconstructiva, no es sólo falsedad, carencia de razón o error de juicio. Por el contrario, paradójicamente, es una verdad hipercompensada que, por llevar mucho tiempo reprimida, combatida, desconocida, se dispara como un muelle comprimido, expandiéndose con tanta prepotencia y exceso que invade aquellas zonas de sentido que el sujeto considera contiguas.

Contra lo que sugieren las etimologías de algunos términos, en el delirio, ni nos vaciamos ni nos hinhamos de vacío. Como en parte ya sabemos, más que un defecto o una crítica, lo que hallamos en el delirio es una plenitud excesiva, un desbordamiento.

El sujeto vaga o se convierte en extravagante porque no se ha reconocido una verdad, que, a su modo, acaba por abrirse camino”. p. 48

Isidora, como le ocurriera a Fortunata, no está dispuesta a reconocer la dimensión de la desgracia que para su vida ha supuesto conocer a su eterno e indigno galán. Por regla general, el ser humano que ha sido injuriado o maltratado tiene en cuenta el origen de las pasiones de las que es víctima.

Si se trata, a su vez, de pasiones positivas (como pueda ser para una joven de las carencias morales de Isidora el atractivo erótico o la embriaguez del sentimiento) "la puñalada asestada contra la honra" tiene más fácil disculpa.

“Tómese el caso de una persona que recibe una ofensa espantosa y no puede ni vengarse ni aceptarla.

La parálisis de la acción, la enervante oscilación de una posibilidad a otra (entre la admisión resignada de la propia impotencia y el acuciador deseo de rebelión), le envenenan el alma, avivando las tensiones hasta el espasmo y preparando el terreno a la posible irrupción de la psicosis. La ética social del honor induce, entonces, al más manso de los hombres al derramamiento de sangre, o la doctrina cristiana convence al más violento para que persone a su enemigo”. p. 87.

“La búsqueda de la coherencia tiene varios niveles: lo sueños, las fantasías, los delirios, las explicaciones de los analistas, la filosofía y la ciencia.

“En los grados más bajos, la coherencia se obtiene mediante una especie de bricolage, elaborando el material disponible, según un interés que desea expresarse. Lo que da coherencia a aquello que de por sí es accidental y confuso es la intensidad del revestimiento simbólico”.

Por eso, respecto a los correspondientes recuerdos de infancia, los sueños y las fantasías tienen “más o menos la misma relación que ciertos palacios romanos con las ruinas antiguas, cuyas piedras y columnas han proporcionado el material para el edificio más reciente”. p. 59

BODEI, Remo, *Las lógicas del delirio. Razón, afectos, locura*, tr. de Pepa Linares, colección Teorema, Cátedra, Madrid, 2002.

En cambio, si la pasión es negativa (ya se trate de despecho o desprecio, o desprecio ocasionado por el despecho, o aburrimiento⁹¹, por ejemplo), entonces, "el rasguño hecho al amor propio" es mucho más difícil de perdonar⁹². Así, esta reacción de Isidora, que el narrador galdosiano atribuye a las contradicciones propias de "la condición humana", tendría una causa razonable o natural atendiendo a la intuición que de la teoría de los sentimientos suele poseer un alma femenina de "naturaleza no gastada":

⁹¹ El motivo de las heroínas que caen rendidas de amor a causa de puro aburrimiento fue analizado espléndidamente por Gonzalo Soberano, en un artículo titulado "Aburrimiento y erotismo en algunas novelas de Galdós"; en *Anales galdosianos*, Año IV, Núm. 4, 1969.

Tendremos ocasión de volver a hablar de tan peculiar aburrimiento en el presente estudio. Por el momento, habría que observar la sutileza de matices con la que Galdós aborda el tema; ya que se pone de manifiesto, en esta ocasión, a través de las siguientes palabras, con las que el narrador insinúa el juego de seducción, empleado por Joaquinito Pez para conquistar a Isidora:

"De aquí vino aquella retirada hábil que desconcertó, como antes se dijo, a la joven, no vencida por el ataque, sino por el aburrimiento de no verse atacada. ¡Cuán cierto es que el ocio enerva y rinde al más aguerrido ejército antes que el fuego y las balas!".

A continuación, el narrador especifica el tipo de estrategia utilizada mediante otro símil de guerra:

"Las dotes militares de Joaquín, más que de general de tropas regladas, eran de guerrillero hábil en golpes de mano. Viene esto de la índole de los tiempos, que repugnan la epopeya. No pueden substraerse los amores a esta ley general del siglo prosaico...

El atrevido capitán de partidas, desde que habló con su padre, ideó, pues, la emboscada más hábil que concertaron guerrilleros en el mundo. No pondría sitio. Enviaría un parlamentario al enemigo para hacerle salir de la plaza. Si el enemigo caía en el lazo, si pasaba el río de la Prudencia y se ponía bajo los fuegos del desfiladero de la Audacia..." [175]

⁹² Isidora, al igual que Fortunata, legitima el amor que siente por Joaquín en función de la fidelidad e intensidad de sus propios sentimientos.

Rápidamente conoció Isidora la proximidad de su mal, y tuvo una de esas inspiraciones de dignidad y honor que son propias en las naturalezas no gastadas.

Su debilidad tuvo por defensor y escudo al sentimiento que, por otra parte, era causa de todos sus males: el orgullo. Se salvó por su defecto, así como otros se salvan por su mérito. [217]

Se analiza, aquí, un progresivo autoengaño, porque Isidora no quiere atender, en realidad, al desvelamiento de "la proximidad de su mal". Tras la lucidez inicial que le viene aparejada a la primera impresión, deja paso libre al encantamiento. Lamentablemente, pueden aplicársele las demoledoras palabras que Gérard de Nerval pone en boca del narrador de *Silvie*:

"¿Sentirán verdaderamente las mujeres que tal o cual palabra pasa por los labios sin salir del corazón?"

No lo creería uno, al verlas tan fácilmente engañadas, al darse cuenta de las elecciones que suelen hacer: ¡hay hombres que interpretan tan bien la comedia del amor!

Nunca he podido acostumbrarme a eso, aun sabiendo que algunas aceptan a sabiendas el ser engañadas⁹³".

Al igual que este incisivo narrador, el narrador galdosiano no desaprovecha la ocasión de censurar, de nuevo, el decadentismo moral de la figura del galán *fin-de-siècle*.

⁹³ NERVAL, Gérard de, *Las hijas del fuego*, Cátedra, Madrid, 1990, edición de Fátima Gutiérrez, pp. 201-202.

A diferencia del don Juan clásico, el conquistador decimonónico cuenta con la aprobación y la admiración de cuantos le rodean, lo que es índice del estado de degeneración al que ha llegado la opinión pública de su tiempo.

La supremacía de la apariencia sobre la esencia ha alcanzado un nivel de perfeccionamiento y se ha visto depurada de tal modo por sus beneficiarios, que resulta imposible reconocer la verdad y la mentira, sin el cultivo de una voluntad férrea para ello.

Incluso el trato será insuficiente para dar con la verdad de los hechos si el sujeto afectado por el hechizo no realiza un considerable esfuerzo y recurre, con denuedo, a las amargas enseñanzas de su experiencia (y conjura los sutiles fantasmas que pugnan por penetrar en su fantasía, y evoca, sin descanso, la bondad y la excelsitud de las virtudes frente a las fantasmagorías...) para tratar de desprender la venda de seducción de sus ojos⁹⁴:

Joaquín Pez, el mayor de los Pececillos, tenía treinta y cuatro años. Se había casado por amor con la hija única de la marquesa de Saldeoro. Quedose viudo a los ocho años de matrimonio, no exento de alborotos, y cuando las cosas de esta relación ocurren estaba asombrosamente consolado de su soledad.

⁹⁴ “La verdad en el discurso analítico no consiste siempre en encajar todos los elementos del rompecabezas, sino en saber detenerse en lo fragmentario, en reconocer opacidades y lagunas, en sacrificar la armonía, la coherencia y la evidencia perfectas a cambio de adquirir un conocimiento parcial y provisorio.

Todo el que trabaja con pretensiones científicas renuncia a explicaciones exhaustivas. A diferencia del delirante, siempre hay para él un punto, un “ombligo”, en el que acaban las explicaciones y las hipótesis chocan con datos que ya no pueden interpretarse”. p 58.

En BODEI, Remo, *Las lógicas del delirio. Razón, afectos, locura*, tr. de Pepa Linares, colección Teorema, Cátedra, Madrid, 2002.

Por dos calidades, de mucho valer ambas, se distinguía; física la una, moral la otra. Era su corazón bueno y cariñoso. Era su figura y rostro de lo más apuesto, hermoso y noble que se pudiera imaginar.

Tenía toda la belleza que es compatible con la dignidad del hombre, y a tales perfecciones se añadían un aire de franqueza, una agraciada despreocupación, o si se quiere más claro, una languidez moral muy simpática a ciertas personas, una cháchara frívola, pero llena de seducciones, y por último, maneras distinguidísimas, humor festivo, vestir correcto y con marcado sello personal, y todo lo que corresponde a un tipo de galán del siglo XIX, que es un siglo muy particular en este ramo de los galanes. [201]

Pero hay que hablar aquí de otra innovación introducida por el novelista canario: la equiparación que, a este respecto, establece entre los personajes masculinos y femeninos.

Si Joaquinito Pez es capaz de despistar, con sus encantos, al más concienzudo moralista, Isidora tampoco se queda atrás en el arte de la apariencia, y del engañoso empleo de sus dotes de seducción:

Uno de sus mayores encantos era la gracia con que compartía y derramaba su abundante cabello castaño alrededor de la frente, detrás de las orejas y sobre el cuello. Aquella diadema de sombra daba a su rostro matices de poesía crepuscular, como si todo él estuviese formado con tintas y rasgos tomados de la melancolía y sosiego de la tarde.

Sus ojos eran pardos y de un mirar cariñoso con somnolencias de siesta o fiebre de insomnio, según los casos; un mirar que lo expresaba todo, ya la generosidad, ya el entusiasmo y siempre la nobleza.

Rara vez se le conocía el orgullo en su mirada afable y honesta.

Miquis decía que había en aquellos ojos mil elocuencias de amor y propaganda de ilusiones. También decía que eran un mar hondo y luminoso, en cuyo seno

cristalino nadaban como nereidas la imaginación soñadora, la indolencia, la ignorancia del cálculo positivo y el desconocimiento de la realidad. [250]

Pero, si estos rasgos físicos y de carácter no entrañaran suficiente peligro para la integridad de la joven, una de las declaraciones más explícitas de las lecciones que, sobre la educación sentimental había recibido Isidora, la encontramos al final del último capítulo de la Parte I de la novela, titulado “Últimos consejos de mi tío el Canónigo”.

En él, don Santiago Quijano Quijada le recuerda, mediante comunicación epistolar, sus enseñanzas sobre el papel que debe desempeñar la mujer honrada dentro del matrimonio:

»De un punto sumamente grave te quiero hablar ahora, y es de la vida conyugal, cosa que, según oigo decir, anda ahora muy por los suelos.

Yo quisiera que la tuya fuera ejemplar y que nadie pudiese en ningún punto poner en duda la limpieza de tu honor ni la firmeza de tu fe matrimonial.

Es muy posible que tu esposo, llevado de la corriente y de los perversos usos del día, se hastíe un poco de ti, y busque entretenimiento y variedad en otras mujeres. ¡Atroz desaire que te producirá no pocos sofocones y te pondrá a dos dedos del mayor peligro en que jamás se han visto tu dignidad y virtud!... Pues si te dejas llevar del despecho y rabia de los celos, si te impacientas demasiado por la soledad en que tu esposo te tiene, te faltará poco para caer en pecado igual al suyo.

Cuidado, hija mía, mucho cuidado. A su poligamia contesta con tu castidad, a su lascivia con tu abstinencia. Aguanta, resiste, y no degrades tu corazón dándolo a algún mequetrefe que lo tome por vanidad, y por hacer gala de tu conquista entre los tontos y desocupados.

Consérvate digna, recatada, siempre señora inexpugnable; que al fin y al cabo tu marido, por la fuerza de sus vicios, reventará, y entonces podrás volverte a

casar eligiendo con todo cuidado otro marido que te considere más y te atienda mejor que el primero». [280]

La cara opuesta de esta visión de la vivencia matrimonial está representada por el doctor Augusto Miquis, incondicional enamorado platónico de Isidora. Augusto se casa con la rica heredera del notario porque, como él mismo le confiesa a Isidora, “no es muy guapa, pero es un ángel”.

Para el doctor Miquis, el matrimonio con esta bondadosa criatura es, paradójicamente, una salvaguarda contra las tentaciones que le provoca su trato amistoso con Isidora.

La pasión exaltada del primer amor no llega a morir en Augusto. En la porción de nobleza de su alma los buenos sentimientos nunca mueren, permanecen intactos hasta el final de sus relaciones con la desheredada.

Ver a su antigua novia supone que retoñen en su corazón las emociones que le suscitó desde la adolescencia. A pesar del tierno amor que le inspira su futura esposa, cada vez que mira a Isidora su corazón comienza, renovado, a latir fuertemente ante la hechicera presencia. Pero su evidente azoramiento sólo consigue producir una desprendida gratitud afectiva en la amada eterna.

Este es uno de los pocos ejemplos galdosianos de la presente etapa de su creación, en los que el fracaso amoroso no está unido a insalvables defectos morales o crasos errores por parte de ambos cónyuges.

Augusto con frecuencia se muestra dispuesto a complacer a Isidora, a aceptarla y apoyarla en amplia medida; su ayuda incondicional no llega a faltarle hasta que le pide que atente contra los principios y votos esenciales de su matrimonio. Pero Isidora no puede amar la externa rudeza de su compañero.

De nuevo, aunque desde otro ángulo (siempre para desgracia del entusiasmado amante), la forma y la sustancia del sujeto amado no van de la mano. Y Augusto vacila:

«Fuera ciencia, fuera gravedad... Juventud, no te me vayas sin dárteme a conocer... Tiempo hay de encerrarse en esa armadura de cartón que se llama severidad de principios [137]».

Es, precisamente, una oportuna inversión del imperativo del *carpe diem*, lo que hace a Augusto caer en la cuenta de que, en la fugacidad de los placeres de la vida, debe hallarse también el incentivo para animarnos a ser más comedidos, más respetuosos con nuestras limitaciones y más cuidadosos en el respeto hacia las personas que verdaderamente nos aman.

Esta idea se trasluce con diáfana claridad en una escena protagonizada por los antiguos “amantes platónicos” -días antes de la boda de Augusto- en la que comienza hablando Isidora:

-Vaya que tienes un bonito cuarto. Pero, hombre, ya podías haber puesto ese esqueleto en otra parte. ¡Qué horror! [139]

-Quiero estar contemplando a todas horas la miseria humana.

-¿De quién serían esos pobres huesos?...

-Son de mujer. Quizás una tan hermosa como tú... Mírate en ese espejo.

La actitud estoica de Miquis no lo exonera, sin embargo, del agudo sentimiento de pérdida de su juventud. Y entona uno de los más amargos, bellos y sentidos cantos de la narrativa galdosiana a la melancolía y la nostalgia de lo

no vivido, en su estado más puro; por supuesto sin perder de vista el espiritualismo naturalista que impregna toda la obra del autor canario.

Lo pone don Benito en boca de un respetable hombre de ciencia, ya que por todos es conocida la excelente relación afectiva que lo unía a los buenos profesionales de la medicina⁹⁵.

La desgarrada confesión se desencadena cuando Isidora le reprocha:

“-Tanto libro para no saber nada. Porque tú no sabes nada, Miquis; eres un ignorante, un tonto”.

A lo que Augusto le contesta:

-Quizás estás diciendo la más profunda verdad que ha salido de esos labios, de esas envenenadas rosas. Sí, soy un mentecato. Desprecia a Miquis, que habiendo descubierto un tesoro, permitió que ese tesoro fuera para todos menos para él.

El simple y desventurado Miquis ha sido un libertino del estudio; sus calaveradas han sido las calaveras. A su lado pasó, coronada de rosas y con la copa en la mano, la imagen de la vida, y Miquis volvió los ojos para contemplar embebecido, ¡ay!, la rugosa faz de los catedráticos.

La ocasión de vivir, de gozar, de ver cara a cara el ideal, de tocar el cielo, se le ha presentado varias veces; pero Miquis, este memo de los memos, en vez de poner la mano en toda ocasión hermosa, se iba a descuartizar cadáveres...

⁹⁵ Véase SCHMIDT, Ruth, “Manuel Tolosa Latour: prototype of Augusto Miquis” y RICARD, Robert, “Tolosa Latour, el P. Lerchundi y *La loca de la casa*”. En *Anales galdosianos*, Año III, Núm. 3, 1968.

¡Y este Miquis se casa el lunes, es decir, que el lunes cierra la puerta a la juventud y entra en la madurez de la vida, en el régimen, en la rutina y método!

Para él se acabó lo imprevisto; se acabarán los deliciosos disparates. ¡Desgraciada la boca tapiada a la risa! Ahora, ciencia, trabajo, suegro, amas de cría.

Terrible cosa es recibir el adiós a la libertad, y ver la espalda a la juventud fugitiva. ¡Bienaventurados los chiquillos, porque de ellos es la vida! [140]

Sólo el perseverante culto que se imponía a su próximo matrimonio le impidió ir, a destiempo, a la busca del tiempo perdido.

Un matrimonio que se prometía feliz por los elementos que tratarían de aportarle los futuros esposos: sencillez, honestidad, abundancia en bienestar económico y espiritual, fidelidad...

Miquis entendía que el verdadero amor supone una fidelidad a toda prueba, que va más allá de la que los lazos de sangre o la más pura amistad puedan exigir (como también lo entendió don José Relimpio y lo profesó hacia su ahijada).

He aquí el compendio del ideario de felicidad conyugal del buen burgués, tan insistentemente esbozado por Pérez Galdós, con sus luces y sus sombras: las luces de la esperanza, de lo que está por llegar o por construir; y las sombras de la fragilidad, de los innumerables peligros que lo acechan, dentro de los cuales el deseo humano más elemental ocupa un lugar de no poca importancia.

En contraposición a estos valores positivos de crecimiento personal dentro de las posibilidades e incentivos que ofrece la institución familiar, la lección que encierra la ajetreada vida de Isidora sigue resultando de lo más desolador para las "mujeres noveleras"⁹⁶.

Miquis acaba estando en lo cierto porque la mujer de la época carecía de soluciones alternativas mucho más fructíferas para su desarrollo personal, al menos en los estadios iniciales de su propio crecimiento.

⁹⁶ A estas mujeres noveleras (que suelen ser mucho más comedidas que Isidora) les dedica Carmen Martín Gaité un merecido capítulo en *El cuento de nunca acabar*, (pp. 71-80) donde analiza, desde su original y genuina perspectiva, las concomitancias entre vida y literatura.

Véase, asimismo, MARTÍN GAITE, Carmen, *Desde la ventana. Enfoque femenino de la literatura española*, Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1993, 2ª ed. En la páginas 35 encontramos las siguientes afirmaciones de la escritora:

“Repasando los *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*, de Manuel Serrano Sanz, que abarca de 1404 a 1833, llaman la atención dos particularidades comunes a la gran mayoría de estas mujeres, que podrían ayudar como punto de partida para el examen de su labor.

En primer lugar se constata que, casi sin excepción, todas fueron autodidactas, y la satisfacción de leer tuvieron que procurársela a hurtadillas, como un lujo casi pecaminoso.

No es de extrañar, si tenemos en cuenta que, hasta llegar al padre Feijoo, primer paladín bienintencionado en defensa del sexo femenino, son incontables los tratados y sermonarios donde se tenía por peligroso y nocivo cualquier tipo de instrucción que las mujeres no percibieran a través de los libros de devoción o de las enseñanzas de carácter doméstico recibidas por vías materna.

En otros libros solamente podrían aprender, según frase de Pedro Malón de Chaide, “desenvolturas y bachillerías”.

Aun teniendo en cuenta el carácter tendente a la exageración del doctor Miquis, sus peroratas sobre las funciones que debe desempeñar "la buena esposa" recogidas al comienzo de la novela, son un claro manifiesto sobre el comprensible y justificado manantial de insatisfacciones femeninas que venimos recogiendo.

En el caso de Isidora, no obstante, sus insatisfacciones tienen origen en la insalvable distancia que la separa de lo que ella considera unos derechos externos, primordialmente de carácter social y familiar. Y es que, para Isidora, la ética es la estética, pero en el sentido más laxo de ambos términos:

Isidora encontraba mundos de poesía en aquella reproducción de sí misma. ¡Qué diría la sociedad si pudiera gozar de tal imagen! ¡Cómo la admirarían, y con qué entusiasmo habrían de celebrarla las lenguas de la fama! ¡Qué hombros, qué cuello, qué... todo!

¿Y tantos hechizos habrían de permanecer en la obscuridad, como las perlas no sacadas del mar? No, ¡absurdo de los absurdos! Ella era noble por su nacimiento, y si no lo fuera, bastaría a darle la ejecutoria su gran belleza, su figura, sus gustos delicados, sus simpatías por toda cosa elegante y superior.

[...] Su mentirosa fantasía, excitándose con enfermiza violencia, remedaba lo auténtico hasta el punto de engañarse a sí misma. [161]

En Isidora se da el póstumo vacío del drama impostado y la ramplona imitación, que vienen a desmentir lo que ella considera la esencia del alma de las cosas.

Pero la hipotética superioridad de clase en la que animan los sueños de Isidora (en contraposición a los de la “joven telegrafista” jamesiana) es tan solo estética y física, sin que dichas cualidades entronquen con un fundamento moral, sentimental o intelectual.

Sus pretensiones se desvelan, entonces, absolutamente desproporcionadas, ridículas; y así lo debe percibir el lector, sin que la situación concreta que se presenta obstruya la reflexión sobre la injusticia que subyace a toda desigualdad realmente injustificada.

Al despabilado doctor Miquis tampoco se le escapan las gigantescas carencias de la joven, a pesar de lo cual, la tragicomedia que representa ante su amiga contiene un hondo sentimiento de melancolía, de pasión y de deseo frustrados, continuamente redivivos, aun en estado más o menos latente.

Por otro lado, el *carpe diem* que entona Miquis es, más bien, de corte positivista, tal vez por eso anima a Juan Bou a casarse con Isidora, empleando la elocuencia y la sinceridad que le caracteriza:

“Aprobó Miquis cumplidamente estas ideas y con toda energía excitó a su amigo a probar las escasas dulzuras de esta corta vida, ya que sin quererlo tenemos siempre entre los labios sus amarguras, y pues la ocasión de ser dichoso no se presenta siempre, aprovéchese cuando viene, que tiempo hay de sobra para privaciones, disgustos y penas [161]”.

Incluso la acidez de Miquis se atreve a ir más allá, como queda reflejado en una patética escena en la que don José pide una satisfacción a Bou en nombre de la dignidad ofendida de su ahijada, y el doctor increpa al primero con una burla amargamente satírica.

Ciertos comportamientos del doctor, junto con las peculiares opiniones que tiene sobre la función del genio femenino dentro del matrimonio, nos muestran también otra cara intrigante de este hombre ambiguo, versátil y polivalente⁹⁷.

Recordemos que fue el doctor quien puso al tanto a Botín de las necesidades pecuniarias de Isidora. También se empeña en casarla con Juan Bou. Dice querer su bien, y la respeta hasta donde su idiosincrasia y el apasionado afecto que siente por ella se lo permiten. Pero su otro gran objetivo es buscarle un compañero (puesto que Botín ya estaba convenientemente casado cuando la conoció) que pueda mantener su nivel de vida.

Ante la dificultad de conseguir esto, el doctor Miquis idea otro plan para protegerse de los perturbadores efectos que la hermosa joven causa en él: contraer matrimonio con "un ángel" que le ayude a luchar contra el insano hechizo.

Así se lo confesaría a su amiga, cuando ésta minusvalorara los atractivos de la novia, según apuntábamos más arriba. Y esa puede ser otra interpretación relativamente válida que desvele alguna de las razones de su matrimonio, a pesar de nacer y mantenerse con fuertes pretensiones de legitimidad.

⁹⁷ A propósito de algunos personajes galdosiano podríamos aplicar la famosa cita de Lord Chesterfield: "A menudo te encontrarás con personajes de carácter tan extravagante que un poeta consciente no se atrevería a ponerlos en escena". p. 109.

Por todos estos motivos, por el resentido y cobarde egoísmo con el que también se conduce este imperfecto héroe amoroso galdosiano⁹⁸, las palabras que citaremos a continuación pierden parte de su autoridad moral, aunque se ajusten, con bastante acierto, a la verdad de los hechos:

«Nuestra pobre amiga -dijo Augusto-, llevada de su miserable destino, o si se quiere más claro, de su imperfectísima condición moral, ha descendido mucho, y no es eso lo peor, sino que ha de descender más todavía.

Su hermano y ella han corrido a la perdición: él ha llegado, ella llegará. Distintos medios ha empleado cada uno: él ha ido con trote de bestia, ella con vuelo de pájaro; pero de todos modos y por todas partes se puede ir a la perdición, lo mismo por el suelo polvoroso que por el firmamento azul».

En otros tantos monólogos de Joaquín Pez, pronunciados por dicho galán en presencia de Isidora, el narrador galdosiano compendia copiosas

⁹⁸ Como apuntaba C. S. Lewis, en su autobiografía: “La hipocresía puede hacer bien al hombre. Avergonzarte de lo que ibas a decir, pretender que algo que habías querido decir con seriedad sólo era una broma es algo innoble. Pero es mejor que no avergonzarte.

La diferencia entre fingir que eres mejor de lo que eres y empezar a ser mejor de verdad es, en realidad, más sutil de lo que los sabuesos morales puedan imaginar”. p. 153

“Como Johnson apunta, cuando falta el valor no puede sobrevivir ninguna otra virtud si no es por casualidad”. p. 130

En LEWIS, Clive Staples, *Cautivado por la alegría*, tr. de M^a Mercedes Lucini, Madrid, Ediciones Encuentro, 2002.

lecciones de amargo desencanto y relativismo en toda regla, así como una peculiar teoría de la vivencia del sentimiento amoroso⁹⁹.

Tenemos así que, en la mayoría de los casos, lo que invitaría a ser considerado, en la novelística de Pérez Galdós, como la reacción natural o lógica de personajes absolutamente desesperados o agobiados por todo género de desgracias, se convierte, en boca de Joaquín Pez –y de tantos otros: Santa Cruz, Pablo Rubín, el propio Miquis...-, en un discurso absurdo y chabacano, sobre todo atendiendo a la descarada forma en que lo desmienten sus acciones y actitudes.

Las escenas “amorosas” protagonizadas por ambos contribuyen a que el lector caiga en la cuenta de que Isidora y Joaquín están hechos el uno para el otro; pero, mientras que Isidora es capaz de hacer cualquier cosa por él (y sólo por él –ni su hijo consigue inspirarle tanta pasión, un hijo de ambos-), Joaquín no adora sino a su venerable persona. Se trata de un claro ejemplo de narcisismo llevado a sus últimos extremos¹⁰⁰.

⁹⁹ Sobre la imposible connivencia entre el amor y la pobreza, afirma lo que sigue:

“Ni el amor es posible en la pobreza. Mete a los amantes más finos y más exaltados, a Romeo y Julieta, por ejemplo, en un cuchitril, donde no tengan más que el consabido *pan y cebolla*, y a los dos días se arañan la cara.

La miseria es enemiga del alma humana. Con ella no es posible el talento, ni los afectos, ni la amistad, ni el arte, ni la dignidad, ni nada. Es la forma sintética del mal”. [205]

¹⁰⁰ De él se podría decir lo que del joven Narciso:

“Muchos jóvenes y muchas muchachas lo desearon, pero era tan dura la soberbia que había en su tierna belleza, que ningún joven, ninguna muchacha lo pudo tocar nunca”. p. 149

El no poco narcisismo que también corre por las venas de Isidora (narcisismo que brilla por su ausencia en “la joven telegrafista”) tiene, asimismo, buena parte de su caldo de cultivo en el interesado agasajo que incesantemente le prodigan cuantos hombres se cruzan en su camino.

La belleza de Isidora hace que muchos de ellos enloquezcan por la hermosísima muchacha, o, lo que es lo mismo, renuncien a su porción de inteligencia racional (ya sea grande o pequeña) para quedarse a merced de una maltrecha (don José Relimpio, Juan Bou, Augusto Miquis) o una vituperable inteligencia emocional (Botín, *Gaitica...*), en la que priman, o sobreviven exclusivamente, la pericia en la doblez, y las estrategias encaminadas a la obtención de bajos propósitos.

Esto nos hace pensar en la naturaleza del amor frecuentemente recreado por Galdós, en su esencia, en su "normal caos"¹⁰¹.

¹⁰¹ Passim, BECK, Ulrik y Elisabeth, *El normal caos del amor*, tr. de Dorothee Schmitz, El Roure, Barcelona, 1998.

Declaración de los derechos de la mujer, escrita por Mary Wollstonecraft en el año 1792:

Es vano esperar virtud de las mujeres mientras no sean, en algún grado, independientes de los hombres; es vano esperar esta fuerza de un afecto natural que les haga buenas esposas y madres.

Mientras sean absolutamente dependientes de sus maridos serán astutas, mezquinas y egoístas, y los hombres a los que satisface el afecto de un perro faldero no tienen mucha delicadez; el amor no se puede comprar...

Si los hombres, generosamente, cortaran nuestras cadenas y se alegraran con nuestra compañía racional, en vez de una obediencia esclava, entonces encontrarían en nosotras unas hijas más observantes, unas hermanas más afectuosas, unas esposas más fieles...

Se trata de hombres de las más diversas condiciones en cuanto a ideología, potencial intelectual, intereses, características psico-sociales... Sólo tienen una cosa en común: estar, hasta donde su humanidad o su espíritu se lo permiten, enamorados de Isidora; o, al menos, tanto como les autoriza la naturaleza de su carácter.

A pesar de las locuras y los iniciales desplantes de ella, a ninguno de estos “caballeros” se les despierta, en principio, su cara más cruel o su probado potencial de odio, al contacto con la deseada amante (exceptuando al desalmado *Gaitica*). Todos tratan de "ayudarla" en uno u otro sentido. Si el objetivo último es poseerla, no es menos cierto que están dispuestos a compartir con ella lo mejor que tienen –por miserable que llegue a ser su origen o su dignidad última-: ya sea fortuna (Botín), fidelidad a ultranza (don José), trabajo y abundantísima hacienda (Juan Bou), apoyo profesional y moral (es lo que le ofrece el doctor Miquis)...

Todos procuran agasajarla en la medida de sus posibilidades, aunque algunos de ellos se encuentren fuertemente condicionados por la bajeza de su carácter y de sus pasiones.

Les amaremos con un afecto verdadero porque habremos aprendido a respetarnos a nosotras mismas.

(pp. 103-104)

Tal vez la respuesta a este misterio radique en el canto a la juventud perdida, entonado por Augusto Miquis¹⁰², cinco días antes de su boda, y que con anterioridad nos hemos atrevido a reproducir íntegramente a causa de su enjundiosa belleza.

Como sugiere el narrador a lo largo de las mencionadas escenas amorosas que protagonizan cada uno de ellos, para Isidora el tormento de la realidad no era menos cruel que el de sus disparatados sueños.

Los citados amantes, sin embargo, suelen recuperarse con cierta facilidad del término de sus relaciones con la de Rufete. Juan Bou, sin ir más lejos, la visitaba tras su ruptura en contadas ocasiones “porque la franqueza con que la ingrata demostraba su antipatía, era lento antídoto del veneno de la pasión de él, y así, o por dignidad o por enfriamiento, el buen hombre se retraía y apartaba de aquel gran peligro de su vida [253]”. Isidora pudo percatarse, desde la crudeza de la propia experiencia, de que para la mayoría de los hombres –como decía Lord Byron- el amor es un episodio, mientras que para las mujeres supone toda la vida. Y, cuando Miquis la encuentra sumida en la más absoluta de las miserias, así se lo espeta su amiga, desde el horror vivo de sus vivencias:

“En fin, los hombres sois todos unos. Hay que vengarse, perdiéndoos a todos y arrastrándoos a la ignominia. Nosotras nos vengamos con nosotras mismas”. [299]

¹⁰² Esta misma ilusión llevará a Juan Bou a propiciar, gustoso, lo que más detesta. A saber: que “las sanguijuelas” (este es el apelativo que les da a quienes no trabajan en cualquier género de industria) consuman lo que él ha ganado trabajando sin descanso durante toda su vida.

Miquis se había adelantado, como de costumbre, y nada más ver a Isidora le dirigió estas palabras: “Te encuentro muy variada; tú no eres Isidora”.

Pero Isidora es, siquiera por una vez, más consciente de su propia realidad que el mismo Miquis, cuando le explica a éste que ella no había sido hasta ese momento, y así seguiría siendo en lo sucesivo, sino la idea que tenía de sí misma. Al morir la Isidora “ideal” que, con tan profusa ilusión, había concebido, murió también el resto de dignidad que pugnaba por sobrevivir en la mujer de carne y hueso.

«Isidora, Isidora -le dijo Augusto con profunda pena-: valdría mil veces más que te murieras». [265]

Esto es algo que jamás podría haber salido de la imaginación siquiera de don José Relimpio, único “amador caballeresco” de Isidora, cuyos afectos permanecen inalterables, ocurra lo que ocurra en la vida de la joven, tanto en el fondo como en la forma de su expresión.

Por esta razón, le concedemos el merecido privilegio de cerrar este análisis con el resumen que pronuncia sobre su innata vivencia amorosa, en el lecho de muerte:

«La amé y la serví... Fui su paladín... Mas ved aquí que la ingrata abandona la real morada y se arroja a las calles.

Vasallos, esclavos, recogedla, respetad sus nobles hechizos. Tan celestial criatura es para reyes, no para vosotros. Ha caído en vuestro cieno por la temeridad de querer remontarse a las alturas con alas postizas». [281]

II. 6. *El amigo Manso* (1882)

El dolor me dijo que yo era un hombre.

En esta novela de tono intimista, Pérez Galdós traza el retrato de un puritano español ateniéndose, pormenorizadamente, a las leyes del realismo decimonónico hispánico.

Sin más dilaciones, trataremos de demostrar la anterior afirmación, tomando como punto de referencia la vida y la obra de quien se convertiría, años más tarde, en “el último puritano español¹⁰³”: George Santayana; cosmopolita, abulense, americano, escéptico, materialista, y católico romano... es decir, ciudadano del mundo.

Como es sabido, el puritano tiende a sacrificar su felicidad antes que correr el riesgo de verse abrasado por el fuego de las pasiones. De él se puede afirmar el contenido de los hermosos versos de Lionel Johnson:

Ningún corazón extraño puede conocer esa magia, que informa tu corazón con pasión espléndida, inmenso ardor de sueños...

¹⁰³ SANTAYANA, George, *El último puritano*, Tomos I y II, tr. de Ricardo Baeza, Edhasa, Barcelona, 1981.

Véase, también, CERVERA, Vicente y LASTRA, Antonio (eds.), *Los Reinos de Santayana*, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Universitat de València, 2002.

La escala de valores del puritano, altamente jerarquizada, está presidida por el amor propio (no necesariamente ególatra, aunque, en ocasiones, llegue a estar muy cerca de parecerlo); la defensa de la dignidad personal y el horror a las miserias morales y materiales.

Para combatir los estragos que estarían en disposición de ocasionar dichas pasiones (no debemos dejar de rememorar la tragedia que supusieron en la vida de los protagonistas de *Cumbres borrascosas*, por referirnos a un ejemplo canónico del tema), se muestra preparado o se siente obligado a renunciar a todo aquello que le provoca incertidumbre, a todo lo que no es un valor absolutamente seguro de cara al futuro; aun siendo consciente de que, con ello, puede estar renunciando, también irreversiblemente, a la felicidad personal, o a una parcela muy importante de la misma.

Pero, ¿cómo se puede emitir un juicio sobre la supuesta anormalidad o bondad de un hecho, acción o postura ante la vida del que se desconocen sus causas? Penetremos en el pensamiento del puritano por excelencia, Oliver Alden, de la mano de George Santayana:

Con igual precisión se destacaban ante los ojos de su espíritu otras fotografías representando las colinas boscosas que circundaban Williamstown, en Massachussets, o los senderos blanqueados por la nieve del campamento escolar, ¡todo ello tan frío y quebradizo, tan amorfo!

No obstante, ¡qué tranquilizador aquel paisaje americano! *Podría carecer de profundidad, de contenido, ser tan sólo una vida mecánica, presurosa y casera; pero esta rutina convencional era lo que su corazón necesitaba: una especie de protección contra sí mismo, un medio de resguardar los fuegos y vivir tranquilamente en medio de cosas indiferentes.*

¡Qué descanso el estar ocupado de continuo en cosas inocentes y tontas! Sí, no había más remedio que volver al hogar, que volver a la patria.

(*El último puritano*, Tomo II, p. 145. El subrayado es nuestro)

Por tanto, la ataraxia, la paralización, la muerte por asfixia... son las enfermedades que, por voluntad propia o tal vez por fatalidad innata, acaban aquejando la vida sentimental del puritano exacerbado¹⁰⁴.

En la novela de George Santayana, se aprecia una incisiva indagación de la dicotomía básica que, a grandes rasgos, suele establecerse entre los caracteres y las ideologías elementales de los individuos, las comunidades o las naciones: el talante liberal frente al conservador (o a la inversa). Ambos, por supuesto, están dotados de aspectos positivos, a la vez que se ven amenazados por carencias y peligros.

En términos generales, se suele decir que, si el espíritu conservador se caracteriza por la búsqueda continuada del orden de las cosas, de la estabilidad que procura una moralidad perfectamente establecida y jerarquizada... el liberal prefiere enfrentarse (o incluso tratar de reconciliarse) con los aspectos caóticos de la existencia: estaría dispuesto a afrontar el riesgo en aras de la preservación de su creativa libertad.

¹⁰⁴ “Cuando el amor íntimo, secretísimo se siente en lo más profundo de nuestro ser, nos recluye y arroja en las cuevas más sombrías de nuestra esfera interior.

En este sentido, el amor nos aísla y separa de los otros hombres. El espíritu es el egoísmo supremo del alma, y este amor nos encierra en nuestra morada íntima” [...] p. 48

“La existencia sin amor encierra y asfixia.

Hallarse solo es descubrir el propio yo lleno de dudas, vacilaciones y tormentos. El infierno no son los otros, es el yo, que vive ansioso de deseos, agonizando hora a hora, día a día. Esta tensión interior que nos constituye, nos dispara a la búsqueda del amor.

Los seres que sencillamente se aman, se entienden sin exigir al amor más que amor”. p. 52

GURMÉNDEZ, Carlos, *Estudios sobre el amor*, prefacio de José Bergamín, Anthropos, Barcelona, 1994.

Estas dos posturas definen, al menos, a Oliver Alden y Mario von Weyer¹⁰⁵.

El primero está sometido a prejuicios que emanan del cumplimiento de las normas y convenciones sociales. Es consciente de su necesaria sumisión inicial de las ideas y preceptos (con frecuencia, arbitrarios) de su estereotipada (y excéntrica) madre. Y, aunque una férrea voluntad siempre le empujará, a lo largo de su corta vida, a tomar, en conciencia, sus propias decisiones, de continuo se verá implícitamente sometido a los impedimentos que emanan de su radical puritanismo¹⁰⁶.

Mario, en cambio, simboliza el espíritu de la tolerancia, la libertad, la flexibilidad; pero su rebeldía está más cerca de la egolatría que la firme voluntad de pureza de su amigo.

¹⁰⁵ No olvidemos, sin embargo, las sabias advertencias de George Santayana:

“Entre el filósofo risueño y el lloroso no existe oposición: los mismos hechos que hacen reír a uno hacen llorar al otro.

Ningún hombre cabal, ningún arte prudente puede limitarse a uno de esos dos estados de ánimo. En mí esta combinación parece estar más dispuesta y presente que en la mayoría de las personas.

Me dicen mis amigos que me río mucho, que me río demasiado; y los que no me entienden creen que esta alegría contradice mi desilusionada filosofía”. p. 190

SANTAYANA, George, *Personas y lugares*, tr. de Pedro García Martín, Editorial Trotta, Madrid, 2002.

¹⁰⁶ Vid. SANTAYANA, George, *Personas y lugares*, tr. de Pedro García Martín, Editorial Trotta, Madrid, 2002.

Mientras que Oliver es la primera víctima de una asfixiante disciplina moral, Mario está dispuesto a sacrificar cualquier principio en aras del placer y la distensión.

Oliver se erige en fiel representante del ascetismo sentimental de los ideales del amor cortés¹⁰⁷. La escrupulosidad de su conciencia, de sus dogmas morales, lo llevan a la autoinmolación en nombre del deber. Su figura se podría equiparar a la del caballero que moría en las Cruzadas, poniendo su “Humanidad incivilizada” al servicio de un sublime ideal.

Mario carece de ideales. Su donjuanismo se deriva de la “Civilización deshumanizada” que distingue a los tiempos modernos. Es maestro de la compostura y las buenas maneras, agradable en el trato, sencillo y sincero con los amigos generosos, y está al servicio de todo aquel que pueda contribuir a que su vida continúe siendo feliz en la abundancia¹⁰⁸. (¿Será que no es tan libre como él pretende?)

Pero en ambos se percibe, también, un anhelante deseo de neutralidad. Esa inquietud de conciencia que abomina de la lucha, por parecerles (a cada uno en su estilo) dolorosa, desagradable e inútil, además de fatalmente injusta.

¹⁰⁷ “Cortés es el amor imposible, por una mujer inalcanzable, en el que hay una continencia forzada que causa sufrimiento”.

PARKER, Alexander, *La filosofía del amor en la literatura española (1480-1680)*, p. 30.

¹⁰⁸ Escuchemos, una vez más, la opinión al respecto de George Santayana:

“¿Qué es un caballero? Un caballero es un hombre que tiene criado; originalmente también tenía una espada, pero en mi época eso no lo usaban más que los oficiales vestidos de uniforme.

Su lugar podía ocuparlo una cuenta bancaria. Pero tener muchos sirvientes, aunque haga al hombre amo, no lo hace caballero”. p. 215. Capítulo XIII, “El Harvard Yard”.

SANTAYANA, George, *Personas y lugares*, tr. de Pedro García Martín, Editorial Trotta, Madrid, 2002.

El miedo también es común a ambos. En última instancia, lo que los dos temen es llegar a ser desesperadamente desgraciados (según el dispar concepto que los dos amigos tienen de la desgracia).

Oliver Alden asume que una persona libre y, por tanto, responsable de sus acciones, tiene que cargar, en contrapartida, con el peso de su responsabilidad; pero, además, considera que debe tratar de paliar los efectos de la negligencia ajena (la que practican quienes comparten su vida), y lo tiene que hacer en una doble vertiente: protegiéndose y desprendiéndose, en la medida de lo posible, de los despropósitos y las injusticias a las que lo someten o lo enfrentan los otros, y combatiendo el mal causado por sus negligencias, para evitar los remordimientos y los cargos de conciencia que, de lo contrario, se derivarían de su pasividad.

Oliver trata, así, de resguardarse del desvarío y del caos del mundo, pero esta ambiciosa tentativa acaba resultando demasiado pesada, y la extremosidad y el rigorismo de su conciencia lo condenan a la destrucción.

Del siguiente modo le sugiere Mario a Rose la causa última de la muerte de Oliver:

“Por muchas que sean las culpas de los alemanes, en todo caso no llevan sobre sí la sangre de Oliver. No fueron ellos los que mataron a Oliver [...] El accidente ocurrió varios días después del armisticio.

El fuego había cesado, pero las tropas continuaban su avance. Un individuo que montaba una bicicleta y que creía no había ya peligro en ello, tomó una curva a toda velocidad, sin tocar la bocina, y por el lado opuesto al que le correspondía. Oliver, tratando de evitar el choque, fue a dar con una piedra miliar”. (Tomo II, p. 555)

Un aspecto positivo de la postura que adopta Mario ante la dimensión necesariamente material de la existencia se desvela en su reconciliación con la alegría de estar vivo. Según su opinión, el hombre estaba en perfecta armonía con la Naturaleza, dentro de su cuerpo sensual, hasta que aparecieron las disquisiciones morales sobre el bien y el mal, que sembraron la cizaña, la duda y la malicia en lo que podría ser una vida inocente y pura, si estuviera libre de tales disquisiciones.

Lo malo o lo inmoral (lo pecaminoso, para quienes se acogen a los preceptos de la religión) no sería, entonces, la sensualidad en sí misma, sino la forma que se ha impuesto o tiene el hombre de vivirla y juzgarla.

La solución o la postura puritana podría cifrarse en la siguiente reflexión de Santayana:

“¿Qué hay más grande que la Belleza y más hermoso que el valor de vivir y morir libremente de la manera que uno elija?

Indudablemente, si uno renuncia a todo, es dueño de todo en un sentido ideal, pues nada puede perturbarle.

[...] Y fue más bien el héroe griego quien renunció a la mitad de lo que podría haber tenido para que la otra mitad fuera perfecta¹⁰⁹”.

Mario, en un sentido opuesto, se abandona a la pureza de las sensaciones, esto es, a las sensaciones en estado puro. Y consigue liberarse de los miedos y de las ataduras de lo convencional. De este modo se hace simpático a todos, frente al carácter hosco que muestra su amigo, quien, muy a su pesar, no consigue entablar lazos puramente afectivos, ni siquiera con las mujeres a las que amó a lo largo de su vida.

¹⁰⁹ Op. cit., 289.

La postura opuesta, es decir, la representada por su primo Oliver, es resumida, también, por Alexander Parker a través de un comentario esclarecedor, que seguimos al hilo de su interpretación del neoplatonismo de Gil Polo:

“[Gil Polo] Pretende demostrar que los amantes, al rendirse ante la pasión, son los responsables de su propio sufrimiento. El amor no podrá detentar ninguna influencia sobre los amantes salvo en la medida en que, por su propia voluntad, se pongan en sus manos.

El amor impuro de la sensualidad puede pretender ser espiritual y casto, pero siempre se le podrá conocer por el sufrimiento que produce. El amor realmente espiritual no provoca, sin embargo, ningún sufrimiento, sino que conlleva alegría; es un amor en el que la voluntad permanece libre y la razón retiene el timón¹¹⁰”.

En este sentido, tanto Oliver Alden como el amigo Manso son incapaces de rendirse a la pasión, pero tampoco de consumir “el amor realmente espiritual” que aconsejaban los neoplatónicos (por los que Oliver Alden sentía un gran interés –sobre ellos versaba su tesis de graduación¹¹¹- y a los que

¹¹⁰ Op. cit., p. 130.

Vid., asimismo, FICINO, Marsilio, *De Amore*, tr. de Rocío de la Villa Ardura, Editorial Tecnos, Madrid, 1986. p. 219. Capítulo XII, sobre “Cuán nocivo es el amor vulgar”:

“La inquietud ansiosa por la que son atormentados los amantes vulgares día y noche, es una especie de locura. Estos, mientras dura el amor, afligidos primero por el incendio de la bilis, después por la quemadura de la bilis negra, se lanzan en el furor y en el fuego y, como ciegos, ignoran a dónde se precipitan”.

¹¹¹ Las afinidades electivas de Oliver Alden y George Santayana quedan continuamente de manifiesto en la autobiografía de este último:

Máximo Manso también estudió con asiduidad, aunque sus afinidades filosóficas se fueran transformando como consecuencia necesaria de la reflexiva asimilación y los efectos espirituales de sus experiencias).

En los dos personajes “la voluntad permanece libre y la razón retiene el timón”, pero de forma tan radical que les impide experimentar la alegría que conlleva todo tipo de amor conyugal felizmente consumado. Cuando se deciden a dar el gran paso que para ellos supone la confesión o la sugerencia de su amor, es demasiado tarde. Sus amadas no se sienten verdaderamente amadas y los rechazan.

Las siguientes palabras del profesor Parker también se pueden aplicar, en parte, (en el sentido que acabamos de matizar), a los dos puritanos:

“La cura de la sensualidad es, metafóricamente, la cura del desequilibrio al recuperar la salud, y, puesto que *sólo una vida disciplinada y activa* podrá evitar que la pasión campe por sus respetos [...] para que la razón controle la vida de un hombre *éste deberá someterse tanto a una disciplina moral, como a una educación que entrene y amplíe su mente*¹¹²”. (El subrayado es nuestro).

En lo que a la “disciplina moral” y a la educación académica se refiere, Máximo Manso y Oliver Alden son dos hombres ampliamente formados. El primero es catedrático de filosofía en un Instituto madrileño, ha escrito

“Es la prosperidad o, como los teólogos luteranos dicen, la unión con Dios a nuestro nivel, no al nivel de Dios, propia del ascetismo, el misticismo, el platonismo, y la pura inteligencia que insiste en ver las cosas bajo la forma de la verdad y la eternidad”. p. 234.

SANTAYANA, George, *Personas y lugares*, tr. de Pedro García Martín, Editorial Trotta, Madrid, 2002.

¹¹² Op. cit., p. 70.

numerosos libros y, en más de una ocasión, es presentado como un reflexivo y solitario autodidacta al que le cuesta horrores hablar en público¹¹³.

De Oliver Alden, también inclinado hacia la filosofía, se nos describen jugosos lances sobre sus aventuras y desventuras como aprendiz en las Universidades de Harvard y Oxford.

Ambos han adquirido el hábito de practicar regularmente actividades físicas, aunque en el caso de Máximo no se trate de deportes de alta competición, sino de largos “paseos higiénicos”, como él los llama. Los dos comen productos sencillos y poco elaborados, con parquedad y moderación (incluso podríamos hablar de una excesiva parquedad, más acerada en el caso de Oliver).

Asimismo, han cultivado una admirable tenacidad para soportar considerables dosis de sufrimiento sin proferir una sola queja, y para sacrificar su comodidad, si un amigo o un familiar requiere o solicita su ayuda.

En lo que presentan, aparentemente, una diferencia sustancial es en la vivencia del sentimiento amoroso.

¹¹³ Así se describe, en el primer capítulo de su autobiografía, titulado “Yo soy Máximo Manso”:

“He consagrado mi poca inteligencia y mi tiempo todo a los estudios filosóficos, encontrando en ellos los más puros deleites de mi vida.

Para mí es incomprensible la aridez que la mayoría de las personas asegura encontrar en esa deliciosa ciencia, siempre vieja y siempre nueva, maestra de todas las sabidurías y gobernadora visible o invisible de la humana existencia.

Será porque han querido penetrar en ella sin método, que es la guía de sus tortuosos senos, o porque estudiándola superficialmente, han visto sus asperezas exteriores, antes de gustar la extraordinaria dulzura y suavidad de lo que dentro guarda”. [2]

Oliver Alden, tras la negativa de Rose a ser su esposa, decide refugiarse en el estudio y en un modesto trabajo de profesor en su antiguo colegio, pese a la inmensidad de la fortuna que ha heredado poco tiempo atrás.

Para entonces, su salud se ha visto considerablemente quebrantada, debido al desprecio o la indiferencia con los que ha sometido su cuerpo a duras pruebas y ascéticas abstinencias. El deporte, los alimentos, la moderación... constituyen para él un medio estrictamente utilitario con el que poder cumplir los deberes y tareas impuestos.

Máximo Manso, en cambio, disfruta gustosamente con dichos aspectos de sus hábitos de vida. Lo vemos, por ejemplo, como fiel y rendido apologista de las propiedades del cocido madrileño, y manifiesta su consternación al poder comerlo con fruición aun en los momentos de mayor tristeza, es decir, aquellos vividos como consecuencia de los celos que le provoca el noviazgo de Irene y Manolito Peña, su aventajado discípulo. Las demandas fisiológicas se imponen, para vergüenza del sentimental trasnochado.

Más de un poeta ha declarado que una de las cosas más terribles de la muerte es la facilidad con la que se olvida a los que se han ido para siempre (y, tal vez, han sido amados). Tras su ausencia, el amante no sabe si la vida debería seguir su curso para él, pero el caso es que, con frecuencia, lo sigue, y no siempre se siente orgulloso de ello, por más patológico que puedan declarar "los higienistas de la psicología o del espíritu" el patético final de *Romeo y Julieta*¹¹⁴.

¹¹⁴ “- Julieta, ¿Por qué estás aún tan hermosa? ¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te requiere para su dama? Para impedirlo dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos que son hoy tus únicas doncellas. Este será mi descanso.

Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios, puertas de la vida que vienen a sellar mi eterno contrato con la muerte. Ven, áspero y

Garcilaso se lamentó (de forma magistral, en sus *Églogas*, de la indiferencia que mostraba la naturaleza ante su lacerante dolor, de la deslealtad que suponía su permanencia (tan hermosa, a sus ojos) después del desastre.

Luis Cernuda expresó esta misma idea (dedicándolo "A un poeta muerto. F.G.L.") del siguiente modo:

Aquí la primavera luce ahora.
 Mira los radiantes mancebos
 Que vivo tanto amaste
 Efímeros pasar junto al fulgor del mar [...]
 Igual todo prosigue, como entonces, tan mágico,
 Que parece imposible la sombra en que has caído.
 Mas un inmenso afán oculto advierte
 Que su ignoto agujijón tan sólo puede
 Aplacarse en nosotros con la muerte [...]¹¹⁵

Lo mismo podría aplicarse a los enamorados que no pueden librarse del agujijón del hambre o de la sed, en los momentos más críticos de sus relaciones amorosas. El cuerpo espolea cruelmente al espíritu y se ríe a la cara de su ideal ilusorio.

vencedor piloto; mi nave, harta de combatir con las olas, quiere quebrarse en los peñascos. ¡Brindemos por mi alma...! Así con este beso... muero”.

SHAKESPEARE, W., *Romeo y Julieta*, versión de son Marcelino Menéndez Pelayo.

¹¹⁵ *La realidad y el deseo*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1998, p.136-137.

El enamorado se encuentra en una irreductible cárcel de amor. La tragedia radica en que salir de ella supone renunciar a las promesas de vida, y quedarse en ella supone secundar la sentencia de muerte que los rigores de la naturaleza (ya no madre, sino odiosa madrastra) aplica al ideal. La realidad se impone. Ya sólo falta que el soñador la acepte como necesaria o que, al menos, la asuma.

Por ejemplo, el amigo Manso parece no presentar grandes dificultades para ello. La salud de Irene puede estar corriendo un serio peligro, en un momento dado, sin que él pueda evitar deleitarse ante un buen plato de garbanzos madrileños.

En otras ocasiones, las preocupaciones le han aplacado el apetito, pero, en otra ocasión, no se priva de celebrar su triunfo frente a los propósitos deshonestos de su hermano. Pero, a pesar de todo, ¿seríamos justos al dudar de la sinceridad de su amor por Irene?

Quizá deberíamos atribuir esta "ligereza" del disciplinado filósofo al pragmatismo (casi estoicismo) que determina todas las acciones de su vida (frente a los idearios y abstracciones que configuran sus elaborados sistemas filosóficos); al prosaísmo que suele predominar en "la pícara realidad", y a la vulgaridad que caracteriza buena parte de los actos y conductas del género humano, en general, y del filósofo, en particular.

El novelista de la Restauración se enfrenta con estos "despropósitos", admite el caos y las contradicciones que subyacen en buena parte de los sentimientos y las vidas de los hombres. Pero el hecho de presentarlos en toda su crudeza, vividos y sufridos por aquellos que tienen más elevadas aspiraciones, ya puede ser considerado como una forma de denuncia o como una queja tan frustrada como desalentada, debido a la apabullante vitalidad con la que ejercen su potestad las debilidades y miserias de los que no son héroes míticos, es decir, de la mayoría de los hombres. Tal vez la heroicidad de este protagonista

novelesco radique en tratar de afrontar la verdad mientras se ama un mundo de ensueño.

También la honda tristeza de la lírica amorosa de Garcilaso no podía provenir sino del grito desgarrado de un alma atormentada, aunque estoicamente contenida. Y este hecho sólo se da cuando aún alientan los grandes ideales:

Ves aquí un prado lleno de verdura,
 ves aquí un espesura,
 ves aquí un agua clara,
 en otro tiempo cara,
 a quien de ti con lágrimas me quejo;
 quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
 al que todo mi bien quietarme puede:
 que pues el bien le dejo,
 no es mucho que el lugar también le quede¹¹⁶.

El motivo de la “cárcel de amor” se puede apreciar en la página 83 (op. cit.):

El cielo en mis dolores
 cargó la mano tanto,
 que a sempiterno llanto
 y a triste soledad me ha condenado;
 y lo que siento más es verme atado
 a la pesada vida y enojosa,

¹¹⁶ Égloga Primera, Salicio, vv. 216-224, p. 81. BLECUA, José Manuel (ed.), Poesía de la Edad de Oro. Renacimiento, Clásicos Castalia, Madrid, 1984.

solo, desamparado,
ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa.

En el caso del amigo Manso, el predominio del epicureísmo español sobre el estoicismo puritano es, sin duda, la causa de que el filósofo se atreva a confesarse a sí mismo el motivo de la enfermedad que lo lleva a la muerte.

Máximo reconoce que ha llegado a amar hasta tal punto a su “ahijada” que, con cada defecto que le descubre, se acrecienta el amor que le inspira, porque el reconocimiento de esas imperfecciones la hacen cada vez más real ante sus ojos, y más cercana a su corazón.

En cambio, para Oliver, Rose siempre será la rosa inmaculada que se encuentra en la urna sellada en medio del jardín de las delicias. Escuchemos el impagable testimonio que nos lega el final del último (en realidad el único) canto de amor a Rose, entonado por Oliver Alden:

¿No tienes ninguna palabra más tierna que decir
A quien fue tan fiel a su juramento?

El deber valló a uno y otro lado su camino
Y una dulce presciencia os unió a ambos
Fuerte y silenciosa, hace largos años.

¿Es tu juventud lo que te asusta
O su vuelta al hogar lo que temes
Como si hubiese arrancado esta rosa blanquísima sólo
Por depositar una rosa blanca en su féretro?

Si en tu corazón, antes de que él parta,
Su corazón pudiera derramar una gota de sangre,
Tus pétalos, trémulos, al cerrarse,
Podrían florecer en un capullo carmesí.

Al fin habló ella: “Nuestros espíritus se mueven
Como algas serpentinadas que se retuercen en la corriente.

Los hombres se casan como quiere su hado.
Los tiempos han dejado sobre nuestros dos corazones
La compasión, no la alegría, del amor”.

Ella cruzó sus manos, y él desapareció¹¹⁷.

Mario (quien fuera su amigo más cercano) reconoce, tras la lectura de este poema, que desconocía la faceta de poeta del filósofo. En realidad, este hondo sentimiento contenido, que desvelan los versos del ascético puritano, se podía intuir, pero con mucha dificultad y con poca fuerza de persuasión, en la petición de mano que Oliver hace a Rose:

“¿No me consideran todos ustedes como un miembro de la familia? Y usted sabe, además, que usted y yo habíamos convenido casarnos.

Ya sé que en un principio fue todo un juego de niños, pero fue profético, destinado a ser verdad un día. ¿No cree usted que ha llegado el momento?

Sería (sic) [Era] para mí un gran descanso tener la seguridad de que, si no volvía, nadie tendría que sufrir las consecuencias, ni se encontraría por ello en peor situación.

Por el contrario, si todo iba bien, ¡qué alegría saber que tenía algo hacia lo cual volver, que usted estaba aguardándome aquí, que todo nuestro futuro estaba ya irrevocablemente sellado, que lo habríamos de vivir, bueno o malo, juntos, que usted no me abandonaría ya nunca, que nunca volvería ya a estar solo!¹¹⁸”.

¹¹⁷ Op. cit., p. 563-564.

¹¹⁸ Ibidem, p. 527-528.

Una lectura sosegada de “sus razones” podría descubrir un tipo de amor muy especial (que va incluso más allá de lo místico), en el que se da un claro predominio de la capacidad de renuncia sobre la vehemente voluntad de lucha entusiasta del héroe contra los hados, o del santo contra las fuerzas del mal, por conquistar o hacerse merecedores del amor que guía sus vidas.

Es decir, se trata, en el caso de Oliver, de un amor en el que la lucha se dirige hacia el autocontrol emocional en pos de la calma de las pasiones. Los sentimientos de desgarró, de tragedia, de ausencia... que suelen ir aparejados a las grandes pasiones son causantes de una probable muerte prematura que el joven “combatiente” quiere evitarle a Rose a toda costa, y que quiere evitarse también a sí mismo –para acabar logrando el efecto contrario a sus pretensiones-.

Pero el resultado de tan concienzuda racionalización del amor no satisface las expectativas de una joven de apariencia fría y, sin embargo, deseosa de sentir los efectos de la pasión.

A lo largo de uno de sus parlamentos se escucha el siguiente diálogo entre los novios:

- | | |
|----------|---|
| [Oliver] | -“Es usted una asceta sin fe”. |
| [Rose] | -“¿No es <i>usted</i> más bien el que lo es?” |
| [Oliver] | -“¿No le parece que haríamos una buena pareja?” |
| [Rose] | -“Como dos gotas de agua fría” ¹¹⁹ . |

¹¹⁹ Op. cit., Tomo II, p. 533.

Tanto Oliver como Máximo cometen el error que reconoce Fernando de Herrera en su famoso soneto:

Pensé, mas fue engañoso pensamiento
 Armar de duro ielo el pecho mío;
 Porqu`el fuego d`Amor al grave frío
 No desatase en nuevo encendido.

Procuré no rendir m`al mal, que siento;
 I fue todo mi esfuerzo desvarío.
 Perdí mi libertad, perdí mi brío;
 Cobré un perpetuo mal, cobré un tormento¹²⁰.

Y también Fernando de Herrera llega a la conclusión, al final de este *Soneto 3*, de que morir abrasado de amor supone morir lleno de vida, de un “eterno afán” que sustituye, en verdad, a la muerte o al no menos destructivo *taedium vitae*.

Como les ocurrirá a numerosas protagonistas galdosianas, Irene se enamora de un joven alegre, emprendedor, que se muestra seguro de su pasión por ella... Consideró que un amor eminentemente racional no bastaría para cumplir las expectativas de ambos de por vida.

Irene tenía, además, otro aspecto en común con Rose: su infancia y primera juventud no habían transcurrido en el dulce reino de la inocencia; conocía bien las miserias, y el despego afectivo era para ella algo demasiado familiar. Por tanto, juzgó que esa sublimidad potencial del amor de Manso (ese amor que se estima *sub specie aeternitatis*) pronto daría lugar a la *tristitia*, pues iba unido a la carencia de e-moción, de movimiento; tal vez inherente a lo

¹²⁰ PARKER, A., Op. cit., p. 77.

inmutable y eterno, pero, en todo caso, insuficiente para llenar, en plenitud, su alma y su vida.

No dejan de resultar llamativos los "encantos" que el amigo Manso descubre en Irene: su permanente laboriosidad (empleada en el arreglo y el aseo de sus vestidos, en su labor de "frivolité", con la que compensa la precariedad de su sueldo...); la excelente salud de la institutriz (que le permitirá cuidar personalmente a sus hijos, sin necesidad de una nodriza)...

Pero tampoco la sensibilidad, la sensatez y la tristeza que envuelven la personalidad de Irene, y que tan bien conoce y describe Manso, son bastantes para despertar en el concienzudo filósofo el arrebató pasional que le determine a mostrarle sus sentimientos.

Las etapas de acercamiento a la joven obedecen a un plan perfectamente trazado y, por tanto, no exento de cálculo: conocerla bien, ir sobre seguro, no "perder la cabeza" sin antes desentrañar el carácter y la conciencia de la que tiene por amada...

Podríamos afirmar que su enamoramiento otoñal obedece a un análisis progresivo sobre los efectos benéficos que la vida junto a ella puede reportarle. Hombre maduro y tendente a los achaques sicosomáticos, encuentra en la ternura de la joven institutriz un bálsamo reconstituyente nada despreciable¹²¹.

¹²¹ A Máximo Manso podría atribuírsele el desdén que proyecta Werther hacia aquellos que viven un amor "a la carta":

“¡Oh, hombres juiciosos! –exclamé sonriendo-. ¡Pasión! ¡Embriague! ¡Demencia!
¡Todo eso es letra muerta para vosotros, impasibles moralistas!

Condenáis al borracho y detestáis al loco con la frialdad del sacerdote que sacrifica , y dais gracias a Dios, como el fariseo, porque no sois ni locos ni borrachos.

Más de una vez he estado ebrio, más de una vez me han puesto mis pasiones al borde de la locura, y no lo siento; porque he aprendido que siempre se ha dado el nombre de beodo o

Tiempo atrás, la inmensa compasión que le produce la pequeña Irene, en sus días de miseria, no llega a sacudir los cimientos de la tan adorada costumbre que reina en la vida del filósofo. Pasan años sin que vaya a verla. Cuando, casualmente, la encuentra en el mercado y ella, tímida y avergonzada, no se decide a saludarlo, sigue el amigo Manso, casi sin inmutarse, su camino hacia la facultad, mientras vuelve rápidamente el pensamiento a ocuparse de la próxima lección, como si tal cosa.

No olvidemos que Máximo Manso está “relatando”, es decir, está describiendo y analizando, desde la perspectiva de las oportunidades que pasaron, de lo que ya no será. Quizá esté entonando el póstumo, triste y contrito, *mea culpa*.

Nos encontramos, no obstante, ante un galán bastante dispar. Declara, con algún sonrojo, haber buscado y encontrado, *ex profeso*, los defectos de una amada incipiente, al sentirse amordazado y torpe, a causa de los sentimientos que ella le inspiraba.

O, tal vez, esta fue la venganza de una personalidad metódica y disciplinada que se ve impelida (por un ser más débil, de menor potencia intelectual y destinado, por tanto, a inferiores propósitos o a propósitos de carácter subalterno) a atentar contra unos férreos principios de orden, tan trabajosamente conquistados. Don Máximo se justifica de la forma siguiente: “Mi entusiasmo no embotaba en mí el don de análisis”. [175]

insensato a todos los hombres extraordinarios que han hecho algo grande, algo que parecía imposible...

¡Vergüenza para vosotros los sobrios, vergüenza para vosotros los sabios!”

GOETHE, J. W. Von, *Werther*, tr. de Manuel José González, Cátedra, Madrid, 1997.

Por otro lado, pocas cosas pueden resultar menos idílicas para una mujer (incluso para una mujer de "educación" y cultura decimonónicas de fin de siglo) que está despertando a la vida, que el trato paternalista y condescendiente del varón aspirante a convertirse en el caballero y señor de sus sueños¹²².

¹²² Por ejemplo, esta es la discutible opinión que le merece a Máximo Manso el hecho de que Irene tenga la oportunidad de asistir a fiestas, cosa que toda joven puede desear, independientemente de su clase social:

“-¡Oh!, es justo -dije pensando en lo mucho que luciría Irene si penetrara en los círculos de la sociedad elegante, y en el valor que sus grandes atractivos tomarían realzados por el lujo-.

Pero es cuestión de carácter; ni a usted ni a mí nos agrada esto. Por fortuna, estamos conformados de manera que no echamos de menos estos ruidosos y brillantes placeres, y preferimos los goces tranquilos de la vida doméstica, el modesto pan de cada día con su natural mixtura de pena y felicidad, siempre dentro del inalterable círculo del orden”.

(Obsérvese, asimismo, el cinismo del que hace alarde el filósofo, atendiendo a sus propios intereses y cálculos con respecto a Irene).

Por otro lado, Irene no duda en expresarle a Manso la desilusión que para ella supuso la desconfianza y la minusvaloración que, su pretendido amigo, llegó a manifestarle en más de una ocasión, a pesar del amor que, al final, le profesó:

“Entonces me miró muy atenta. Sus ojos penetraban en mi alma como una espada luminosa. Nunca me había parecido tan guapa, ni se me había revelado en ella, como entonces, aquella hermosura inteligente que los más excelsos artistas han sabido remedar en esas pinturas alegóricas que representan la Teología o la Astronomía. Yo me sentí inferior a ella, tan inferior que casi temblaba cuando le oí decir:

«Usted ha dudado de mí... Luego no es usted digno de que yo le consulte nada»”.

La aristocracia -intelectual y espiritual- femenina de toda época siempre ha contado con un arma infalible: las certezas o corazonadas que le son dictadas por la intuición o el instinto; a pesar de las aberraciones que han tratado de inculcarles a través de la educación oficial del momento.

Si Henry Adams se quejaba de los crasos errores en los que se había fundamentado su desarrollo moral e intelectual, qué quejas no podría dar al respecto una mujer española de fin de siglo, que además no estaba respaldada por una tradición familiar de grandes hombres y destacados eruditos.

La mujer sentía que su dignidad sólo podía salvarse por el amor. Henry Adams homenajeó en sus dos novelas (*Democracia* y *Esther*) a aquellas mujeres que anteponían su conciencia a su amor.

En la realidad española de la época, estas heroicidades no pudieron ser realizadas en su totalidad por mujeres como Tristana. (Pero, ¿quién la acogería después de sus relaciones ilícitas con don Lope? ¿Dónde podía buscar su verdadera dignidad? ¿Cómo zafarse del anatema de una sociedad no menos puritana que la estadounidense?)

Para tratar de entender la experiencia puritana del amor, detengámonos en algunos razonamientos recogidos en la tesis de graduación de Oliver Alden, que versa sobre los *Diálogos* de Platón:

“Platón fue quizás un gran filósofo, pero no sabía nada del amor. No habla sino del deseo. Es cierto que a veces puede sentirse amor y deseo por la misma persona; un hombre puede desear de cuando en cuando a su mujer, y también quererla desinteresadamente.

Pero puede desear a otra mujer particularmente tentadora, al menos para él, sin por eso quererla; y puede también sentir amor sin deseo por sus hijos y sus amigos” [...]

“El amor es, por consiguiente, absolutamente distinto del deseo, y desprovisto de todo egoísmo. Puede llevar a un hombre a dar su vida por los demás, bien sea viviendo para ellos, o muriendo por ellos. Puede resignarse a permanecer ignorado del objeto de su amor y contentarse con saber que aquél es noble y feliz¹²³”.

Paradójicamente, nuestras heroínas sienten la constancia inalterable y razonada de Oliver y Máximo como una forma peligrosa de amar. No les seduce, en tanto que puede convertirse en fuente potencial e inagotable de aburrimiento. Ellas buscan un amor que pueda definirse como fuerza viva, en lugar de placidez segura e impasible.

La singular radicalidad de las presentes amadas estriba en su búsqueda ilusionada de la pasión, frente al temeroso recatamiento y la reservada cautela de sus silenciosos amantes.

El amor, por tanto, entendido como “anhelo”, según la tradición platónica y agustiniana, vendrá determinado, en la novela de finales del siglo XIX y principios del XX, en función de la personalidad, el carácter, la conciencia... –es decir, por los atributos del espíritu-, pero también por las circunstancias, las vivencias personales de sus protagonistas, la reacción concreta que se genere a partir de sus relaciones con el otro...

¹²³ Op. cit., p. 320-322.

Ya no estaría generado el amor, exclusivamente, por fuerzas ajenas y por completo independientes del individuo (por ese divino *furor* platónico), lo que invalidaría su causalidad. El factor de la experiencia, de la autoformación del ser a través de la circunstancialidad, del pensamiento, de las necesidades concretas de la persona, y los caminos elegidos a lo largo de la peregrinación o el éxodo de la vida... jugarán un papel fundamental en el modo de sentir el amor de sus protagonistas¹²⁴. Pero, al mismo tiempo, se aprecia una profunda y generalizada melancolía ocasionada por la íntima percepción de la ausencia del ímpetu sentimental del romanticismo.

Los autores realistas y naturalistas no se limitan a denunciar la ridiculez a que pueden llevar los excesos de las generaciones anteriores, sino que añoran, también, la presencia y la figura de una vitalidad emocional por la que ya sólo parecen estar dispuestos a luchar (a través de renunciaciones o de fragorosas

¹²⁴ Sobre esta nueva visión del problema actual de la idealidad del ser o “del otro” amado, también tiene algo que decir Oliver:

“En cuanto a la Idea Absoluta de la Belleza, si ello significa la perfección de cada criatura según su propia naturaleza, se me ocurre que el deseo o la apetencia de ella sería realmente idéntico al amor. No sería ya un deseo egoísta acabando en un delirio de placer.

Mal podríamos sentir en nuestra propia persona el júbilo extático de ser una perfecta marsopa o un águila perfecta. Pero la razón puede corregir nuestros prejuicios humanos, y convencernos de que las otras formas de vida son tan deseables para los seres a ellas correspondientes como lo es para nosotros nuestra propia forma de vida.

Si es esto lo que debemos entender por el amor platónico, se me antoja una concepción profunda; pero me gustaría que Platón hubiese puesto bien en claro que el amor desinteresado puede ahuyentar el deseo en todas las fases y niveles de la vida y no solamente en las cimas de la filosofía”. (Op. cit., p. 322)

Se puede apreciar, por tanto, una tímida tentativa de acercamiento a los postulados de la peculiar filosofía de la conciliación que impregnaría el pensamiento de Benito Pérez Galdós.

contendientes) los personajes femeninos. Ellas son quienes siguen preguntándose: ¿Ama realmente quien duda de su amor y se pronuncia reticente a entregarse al generoso desequilibrio que supone toda gran pasión¹²⁵?

Frente (o junto) al predominio del instinto de autoconservación y del consecuente culto al racionalismo, que alcanza cotas muy elevadas sobre todo en la figura del puritano finisecular, late la necesidad de dar un respiro a las pasiones auténticas.

La felicidad no habita en esa renuncia y sufrimiento continuados que debilitan el carácter¹²⁶, sino que requiere una sana y equilibrada confluencia

¹²⁵ De todos es conocida la inolvidable e irreplicable escena que sucede a la muerte de Catalina Earnshaw, cuando Heathcliff, “un ser amoroso, fuerte, que traduce en sus músculos y en su pelo fosco y rizado la fortaleza de su alma”, prorrumpe con desgarradora pasión:

–“¡Ojalá que despierte entre tormentos! –gritó con una estremecedora vehemencia, golpeando el suelo con el pie, y gruñendo en medio de un repentino paroxismo de pasión incontenible-.

¡Sí, ella ha mentido hasta el final! –continuó-. ¿Dónde está? Allí no; no en el cielo, no muerta. ¿Dónde entonces?

Me dijiste que mis sentimientos no te importaban nada. Y yo ahora rezo una plagaría y la repito ahasta que mi lengua se entumezca: Catalina Earnshaw: ¡Que mientras yo viva, tú no descanses! Dijiste que yo te di muerte. Acósame entonces. Me parece que los muertos acosan a sus asesinos. Creo, pienso, que los fantasmas vagan por la tierra.

Quédate siempre conmigo; toma cualquier forma, ¡vuélveme loco! Sólo te ruego que no me abandones en este abismo en el que no puedo encontrarte.

¡Oh, Dios! ¡No sé cómo expresarlo! No puedo vivir sin mi vida. No puedo vivir sin mi alma”.

BRONTË, Emily, *Cumbres borrascosas*, tr. de Rosa Castillo, Cátedra, Madrid, 2000, 6ªed.

¹²⁶ Oliver Alden lleva al extremo la depuración de todo sentimiento, como hiciera Manso en las primeras etapas de su amor por Irene. Pero se constata, una vez más, el predominio del

entre el amor pasional y el amor racional, cuya tradición en la historia del pensamiento tan bien nos legara Baruch de Spinoza.

Así, el hombre todavía tendría pendiente la plasmación del *amor Dei intellectualis*, el divino amor agustiniano, en el correspondiente amor humano, esto es, en el *amor intellectualis*.

La pregunta anterior también llevaría a plantearse si hay una esencia o un germen de irrenunciable pasionalidad, de sagrada locura, en el verdadero sentimiento amoroso y, en consecuencia, si toda persona estaría habilitada para amar.

¿Sería el amor un sentimiento definible desde la perspectiva de unos principios inmutables, o cada ser humano puede experimentar el tipo de amor que le es propio, como hijo legítimo de todo lo que constituye su personalidad esencial: cualidades, espiritualidad, virtudes, inteligibilidad, experiencias, nacimiento, gustos, formación...?

Si la vivencia del amor es parte integrante o condición *sine qua non* de la felicidad humana, y a todos los hombres no nos hacen felices las mismas cosas, deberíamos concluir que no hay un solo tipo de amor válido para todos, es decir, no se podría hablar de unas características universales con las que reconocer a los verdaderos o genuinos amantes.

Pero, en todo caso, sí es necesario establecer unas pautas con las que identificar lo moralmente bello y deseable para la educación sentimental que deberá verse plasmada en el discurso amoroso de cada época. Esa sería una de

estoicismo puritano de Nueva Inglaterra sobre el epicureísmo hispánico al que se ve impelido Máximo.

Según Oliver, “el sufrimiento que puede acarrear el amor es también desinteresado y sin egoísmo; no un prurito de placer ni de compañía, sino un desasosiego moral al ver que los seres a quienes más quiere en el mundo sufren desgracias inmerecidas o se tornan indignos”. (Op. cit., p. 322)

las tareas ineludibles de la ética de la literatura aplicada al estudio de las pasiones.

Al hilo de la experiencia sentimental de nuestros personajes, se podría argumentar, por ejemplo, que, para que un amor no se malogre ni sea causa y origen de la destrucción de quien lo experimenta, tendrá que ser correspondido; pues sólo entonces gozará de la “concepción griega que identifica el ser [como plenitud existencial] con el ser siempre, con el perdurar¹²⁷”.

Si a esta petición de principio (felizmente resuelta, como veremos, en el ejemplar matrimonio de *Lo prohibido*) le añadimos la amenaza potencial que supone el desgaste de las relaciones o la falta de intensidad en las mismas –tan temidas por nuestras heroínas-, acabarán siendo muy pocos los elegidos para vivir y disfrutar (*frui*) el amor puro y verdadero en sí mismo, y no como medio (*uti*) para alcanzar un fin; aunque ese fin sea tan legítimo como el de la propia supervivencia (factual y espiritual).

Irene y Rose optan por no tener en cuenta las siguientes palabras del cortesano universal –aunque debemos reconocer que, después de todo lo dicho, no sabríamos decir si encajan mejor a la hora de explicar las dificultades con las que topa el amigo Manso, o al tratar de delimitar la “premeditada” forma de conducirse de Oliver-:

“Desde el momento en que están en juego los intereses más vivos de su pasión, un alma sensible y orgullosa no puede ser elocuente cerca del ser amado: la idea de fracasar le hace sufrir demasiado.

El alma vulgar, por el contrario, calcula exactamente las probabilidades de éxito, no se detiene a sentir de antemano el dolor de la derrota y, orgullosa de lo que constituye su vulgaridad, se burla del alma sensible, que, con toda su

¹²⁷ ARENDT, *El concepto de amor en San Agustín*, p. 85.

inteligencia, no tiene nunca la soltura necesaria para decir ni las cosas más sencillas y de más seguro éxito.

El alma sensible, lejos de poder arrancar algo por la fuerza, ha de resignarse a no conseguir sino lo que quiera concederle la *caridad* de la persona amada”¹²⁸.

Máximo Manso considera que, ante la imposibilidad de cumplir satisfactoriamente las expectativas amorosas, lo único que le queda al ser humano es la preservación de su dignidad.

El hombre no puede luchar contra su propia naturaleza, pero, como fruto de un gran ejercicio de voluntad, de un titánico esfuerzo de disciplina, puede labrarse o recuperar el honor.

Sin duda, esta actitud no traerá consigo el *sumum* de la felicidad, pero a algunos personajes les basta con la paz conseguida, al acabar con las horrendas pesadumbres que trae consigo el ridículo el que se somete el enamorado no correspondido¹²⁹.

¹²⁸ STENDHAL, Henri Beyle, *Del amor*, traducción, prólogo y notas de Consuelo Berges, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 140.

¹²⁹ “Porque si un hombre, con el objeto de enriquecerse o de obtener un empleo o de crearse cualquier otra posición de este género, se atreviera a tener por alguno la menor de las complacencias que tiene un amante para con la persona que ama; si emplease las súplicas, si se valiese de las lágrimas y los ruegos, si hiciese juramento, si durmiese en el umbral de su puerta, si se rebajase a bajezas que un esclavo se avergonzaría de practicar, ninguno de sus enemigos o de sus amigos dejaría de impedir que se envileciera hasta este punto

Los unos le echarían en cara que se conducía como un adulator y como un esclavo; otros se ruborizarían y se esforzarían por corregirlo.

Sin embargo, todo esto sienta maravillosamente a un hombre que ama; no solo se admiten estas bajezas son tenerlas por deshonorosas, sino que se lo mira como a un hombre que cumple muy bien con su deber”

Si hay algo que el amigo Manso no puede soportar es airear la evidencia de su frustrada inclinación por Irene. En el fondo es un esteta de la moral, el orden y las sanas costumbres. Y pocas cosas resultan más dañinas para estas tres virtudes que el amor no correspondido.

Otra lección que se puede extraer de la experiencia del amigo Manso es que el hombre, generalmente, no puede ir contra su propio temperamento: si Manuel Peña se deja llevar por los ímpetus de su carácter donjuanesco, Máximo Manso traicionaría su propia condición, trabajosamente potenciada, de pensador profundo, si cediera a los impulsos que, por una vez, han venido a conturbar su pacífica existencia.

Los héroes galdosianos luchan por sacudirse el yugo de un sentimentalismo todavía demasiado presente. También podríamos deducir, no obstante, que Máximo Manso se deja morir finalmente porque la vida en la que se había instalado se le revela como un absoluto fracaso. Solo le queda rendirse ante la evidencia. Tiene la concepción occidental de un tiempo lineal y sin retorno, y su tiempo, su oportunidad de conquistar a Irene, ha pasado.

Cabría, por tanto, preguntarse: ¿Llegó demasiado tarde el amigo Manso o no respondía a las exigencias o expectativas matrimoniales de Irene? ¿Fue el retraso la causa real de su pérdida?

Y, en otro orden de cosas: ¿Es tan susceptible de malversarse o difuminarse el verdadero amor? ¿Puede ser verdadero un amor que se siente por la persona equivocada o no correspondiente? Sin duda, Máximo Manso sufrió una vergüenza terrible ante la certeza que Irene había llegado a adquirir de su amor.

Una vez más, en una novela de Pérez Galdós, el amor no correspondido se muestra en una doble vertiente. (Recordemos que la desenvuelta y prominente doña Javiera también sufre por amor a Manso).

Así, resultan desgraciados en amores aquellos que buscan el complemento intelectual o juvenil del que carecen, en el otro, mientras que triunfa el amor de los que tienen similares virtudes y ambiciones.

Porque, “el hombre de pensamiento descubre la Verdad; pero quien goza de ella y utiliza sus celestiales dones es el hombre de acción, el hombre de mundo, que vive en las particularidades, en las contingencias y en el ajetreo de los hechos comunes de la vida”. [248]

III. 7. *El doctor Centeno* (1883)

“-Caballero, yo conozco la vida mejor que usted. Sólo hay sentimientos completamente puros en las mujeres totalmente castas.

Cualquier Manon puede hacer un Des Grieux y el tiempo y las costumbres han cambiado. Sería inútil que el mundo envejeciera si no se corrigiera. Usted dejará a su amante”.

Alejandro Dumas, *La dama de las camelias*

Entre las grandes preocupaciones reflejadas en la novelística galdosiana podemos encontrar los perniciosos efectos y los escabrosos caminos a los que conducen los delirios de grandeza, las ilusiones infundadas y el desmedido optimismo. La desheredada Isidora y “la de Bringas”, junto con el malogrado Alejandro Miquis, de *El doctor Centeno*, constituyen tres incontestables ejemplos de ello.

Para la elaboración de este último personaje, contó don Benito (además de con las vívidas inspiraciones que eran producto de su propia experiencia como estudiante en el Madrid de la década de los sesenta) con el lamentable caso valeriano del doctor Faustino; figura, sin embargo, mucho más moderada, pero practicante también de amores poco lícitos; aunque no lleguen a ser tan depravados, desde un punto de vista moral, material e higiénico.

Alejandro Miquis es capaz de moverse a la acción por la simple satisfacción de deseos perentorios, según lo describen sus “amigos” –aunque él lo verá de otro modo-. El doctor Faustino llega a enamorarse inducido o alentado por los oropeles de una suculenta herencia, o de los misterios y halagos en los que le envuelve el incondicional amor de María, pero no acaba aficionándose a los vicios mercenarios que enloquecen al joven Miquis.

El tema del viaje amoroso del héroe, encaminado a la fatal autodestrucción, se presenta ahora como el desenlace y fin natural de un sujeto predisposto a exaltarse por cualquier circunstancia que permita el sueño quimérico o el alucinado vislumbre de sucesos tan falaces como extraordinarios.

En el caso de Alejandro Miquis, a la herencia genética, por vía materna, que le predispone a la cursilería y la exaltación sentimental, se le unen las artimañas de la extraviada tía, Isabel Godoy.

Pronto se agregará a la defectuosa (o calamitosa) educación y a los libertinajes y miserias morales de su entorno vital, el espíritu febril de una mal entendida caballerosidad castellana, esto es, deformada hasta sus últimos extremos; cuyo modelo particular cifra y resume Galdós en el retrato del Duque de Osuna, puesto en boca de Miquis, como compendio de su imaginación vital y literaria:

«Yo presento al duque como la figura más genuinamente española del siglo XVII.

Su época está retratada en él, con todo lo que contiene de grande y viciado.

Es un insigne caballero aquel D. Pedro Téllez Girón, libertino, justiciero, cruel con los malos, generoso con los buenos, gobernando el reino de Nápoles más que con juicios reposados, con ímpetus repentinos que casi siempre le salían bien; perseguidor de los usureros, de los curiales y de todos los que oprimen al pueblo; frenético por las mujeres y enamorado de todas las que veía; ambicioso de gloria, de popularidad; liberalísimo, manirroto, lleno de deudas; en diplomacias agudo, en moral indulgente...». [105]

Ya se barruntaban también los peligros a los que se exponía un ser predispuesto a profesar a la gloria que lleva aparejada el dinero, el poder y la supuesta fama, que aún llegarían a adquirir los grandes autores de dramas de inspiración calderoniana, las mayores muestras de sublime adoración que hayamos podido ver, hasta ahora, en un personaje de la novelística decimonónica finisecular.

Miquis es un joven anacrónico. Su educación y sus ímpetus no se han conformado o adaptado al nuevo orden necesario de los tiempos. Su extremado anquilosamiento en la preceptiva de unos ideales literarios y vitales (bastante heterodoxos, por otro lado) que, incluso en la anquilosada España de la Restauración, se valoran como caducos y trasnochados, lo condena a una recíproca e insalvable escisión.

Miquis no comprende que el mundo se muestre tan radicalmente incapaz de comprenderle. Y su fervor por la escritura de dramas, de éxito imposible, es tal que llega a idiotizar a un joven que, por lo demás, había demostrado estar en posesión de admirables cualidades de intelecto y de carácter.

Por otro lado, Alejandro Miquis profesa hacia Felipillo Centeno todo el amor de la *caritas* cristiana, desde su primer encuentro. Es el único que no descansa hasta procurarle abrigo cuando se hace consciente de la precaria situación en la que se encuentra en Madrid: solo, sin techo, sin ropa, sin alimento, sin formación...

El doctor Centeno es, en verdad, uno de los más insignes desheredados de la tierra o, al menos, uno de los seres que, con mayor derecho, pueden optar a ese título. Desde la presentación que hiciera de él Pérez Galdós en *Marianela*, el lector galdosiano inicia la asistencia imaginaria a sus desventuras, con la esperanza de verle salir triunfante de todas las desgracias, por medio de la valiosísima ayuda de sus nobles propósitos, de su ansia de mejora.

No otra cosa merece un chiquillo con tan ardiente deseo de ser escolarizado y de convertirse en un hombre de utilidad y provecho para la sociedad culta e instruida en la que había cifrado todas sus esperanzas. Sin embargo, acabará la novela sin que hayamos asistido al cumplimiento de tan digno sueño. Felipe habrá sido, durante la mayor parte de su corta vida y de su azarosa estancia en Madrid, el chivo expiatorio de los delirios y extravíos de todos y cada uno de sus “tutores”: el propio Miquis (a pesar de su inicial liberalidad), el padre Polo y don José Ido del Sagrario.

Bien es cierto que Miquis no somete a Centeno a casi ninguna vejación a la que antes no se haya sometido a sí mismo. Su distorsionada visión de la esencia de la moralidad y su precario sentido de la realidad, lo llevan por extrañas rutas en las que embarca al dulce y confiado Centeno.

¿Qué podía hacer un tierno niño ante la llamada compasiva del admirable joven que le había procurado la primera caricia desinteresada que sintiera en su vida “de adulto” en Madrid?

Nos encontramos, así, con otro de los temas recurrentes del ideario sentimental galdosiano: la intrínseca injusticia y desequilibrio (producto, en este caso, de la deuda de amor) que siempre acecha tras las manifestaciones y la aceptación del sentimiento amoroso.

El hondo afecto que Felipe siente por su amo es causa de múltiples desgracias que ponen en peligro su ya bastante malograda vida, y con las que el niño tiene que enfrentarse, al seguirlo.

El amor, la compasión por la debilidad o las debilidades del ser amado, entrañan grandes riesgos para la preservación de la rectitud y la honradez de la propia experiencia, cuando no para la preservación del espíritu, o incluso la integridad física del sujeto amante.

Alejandro ha optado por vivir completamente al margen del racionalismo y el pragmatismo que demanda al individuo la sociedad de su tiempo. En la plenitud de su delirio, renuncia a la más pequeña dosis de estas tendencias ideológicas llamadas a aportar un mínimo de seguridad y bienestar material y, en consecuencia, también espiritual, al hombre moderno de la época.

La rudeza y el atraso en los que vivía inmerso el conjunto del país, exigía a las nuevas generaciones un denodado esfuerzo por sobreponerse a las proteicas y multiformes deficiencias y limitaciones que coartaban el desarrollo de la juventud.

El inhumano sistema educativo que ponen en práctica Ido del Sagrario y el padre Polo (práctica de la que Felipe resulta, de nuevo para su desgracia, testigo de excepción) constituyen buena muestra de ello.

Precisamente, la actitud y la elección de Miquis representan la antítesis de la postura que debía adoptar un joven de su generación. Miquis no podía dejar de ser lo que era; pero la sociedad tampoco iba a cambiar por sí sola, y el joven pagó, con una agonía y una muerte tan miserables como inútiles, la incompetencia y la ineptitud imperdonables que suponía su temperamento absurdamente apasionado para las urgentes necesidades, las deficiencias, los obstáculos y las consecuentes demandas de regeneración de su país y de su época.

La práctica “amorosa” que se va imponiendo y generalizando en este clima de degradación, predominante en el imaginario y en las vivencias galdosianas, es aquella que está dispuesta a ofrecer la mujer pública; o una

mujer casada, tan desesperada como aburrida o moralmente degenerada¹³⁰, que ha acabado siendo amante de muchos “caballeros” no menos degenerados que ella, por la imponderable belleza de su físico (sobre todo a los ojos de dichos caballeros); las deudas pecuniarias extremadamente perentorias en las que las han sumido sus caprichos, o la búsqueda desesperada de su “ideal” de felicidad, al que han sido inducidas por un perverso autoengaño; alimentado, a su vez, por los engaños y las promesas de los potenciales amantes.

Como veremos más adelante, Alejandro Miquis pervierte el ideal amoroso con el primero de estos arquetipos femeninos, predominantes en la llamada “etapa naturalista” de la novelas contemporáneas galdosianas.

Por otro lado, el arquetipo de la Beatriz de Dante o la Laura de Petrarca son invertidos por Galdós a través de la patética figura que presentan Miquis y Centeno como enamorados.

Asimismo, la usurpadora representación femenina de la Rosa Empírea, es desempeñada algo más dignamente por Amparo Sánchez Emperador, al menos antes de la pérdida de su primera inocencia, a manos del padre Polo¹³¹. Comencemos, pues, por el análisis de esta figura.

¹³⁰ Véase SOBEJANO, Gonzalo, “Aburrimiento y erotismo en algunas novelas de Galdós”, *Anales galdosianos*, Año IV, Núm. 4, 1969.

¹³¹ “Ser amado por una jovencita casta, ser el primero en revelarle ese extraño misterio del amor es, desde luego, una gran felicidad, pero es también la cosa más sencilla del mundo. Apoderarse del corazón que no está habituado a los ataques es entrar en una ciudad abierta y sin guarnición que la proteja.

Es verdad que la educación, el sentimiento de los deberes y la familia son centinelas muy poderosas, pero no hay centinelas lo suficientemente vigilantes como para no ser engañados por una muchacha de dieciséis años a quien, a través de la voz del hombre que ama, la naturaleza de sus primeros consejos de amor, que son precisamente más ardientes desde el momento en que se muestran como más puros.

El narrador galdosiano nos cuenta que Amparo “inspiraba secretamente al Doctor sus ardientes pruritos de emular a Petrarca [124]”.

En este aspecto, que supone la estimulación de la primera inocencia a través de la personal materialización de un deseo o anhelo íntimos del sujeto, la situación del amante platónico es similar en muchos casos; pero, según hemos visto hasta ahora, no podemos equiparar, *verbi gracia*, el talento, el genio y la formación del excelso poeta florentino con los del desamparado doctor Centeno.

Si ambos se ven amenazados por la infructuosidad de su amor, el segundo se ve imposibilitado, además, para sublimar la supuesta agudeza de su dolor mediante la creación de cantos de alcance y proyección universales. Es más, su nula educación le impide a Felipillo incluso verter lágrimas de duelo en un sencillo diario íntimo.

Si, del mismo modo, recordamos el tipo de amor que por él y sus hermanos manifestaron sus padres –ampliamente recogido en las citas correspondientes del análisis de *Marianela*-, ¿cómo hablar entonces de educación sentimental a propósito de las desdichas de este desventurado personaje?

En Felipe Centeno, al igual que en tantos otros desheredados galdosianos, se da el vivo sentimiento íntimo de la justicia, la caridad y el amor, como valores intrínsecos de aquellos sujetos de bondad natural; y, con

Cuanto más crea la joven en el bien, con más facilidad se abandonará, si no al amante, por lo menos al amor, porque, al no ser desconfiada carece de fuerza, y conseguir ser amado por ella es un triunfo que cualquier hombre de veinticinco años podrá obtener en cuanto se lo proponga.

Pero ser amado por una cortesana, es una victoria realmente difícil”.

DUMAS, Alejandro, *La dama de la camelias*, Alba Libros, Barcelona, 1999.

frecuencia, desarrollados en plena ausencia de una conformación, modelo o soporte en la dimensión moral, que estarían en disposición de aportarle las oportunas enseñanzas estipuladas en el plano ético.

No hace falta, pues, llegar a la etapa espiritualista de la novela galdosiana (en la que unánimemente se incluyen novelas como *Halma* o *Nazarín*) para encontrar estos rasgos del ecléctico espiritualismo galdosiano, entreverado –como vamos apuntando– con algunos y discretos postulados o influjos de talante idealista, positivista o materialista.

Por el momento, se nos presenta, entonces, la gran tragedia del amante, de algún modo, indigno, en su estado puro:

El amante puede ser indigno (o así ha sido señalado, o juzgado, a lo largo de la historia de la literatura) por su fealdad física o su incompleto o censurable desarrollo moral; por ocupar una posición social o económica desfavorecida o de patente miseria con respecto al amado; por la carencia de alguna habilidad, talento u oficio que le dignificasen, de algún modo, como persona...

Del pobre doctor Centeno se pueden predicar, en cierto sentido, las tres desgracias. Tan mísero es su estado que, por no durar, no le dura en su vida ni el amor platónico; tan persistente, en ocasiones. Pero todo parece indicarnos que incluso para alimentar tal ilusión se requiere un mínimo de esperanza (al menos así lo vive el prudente y discretísimo doctor Centeno).

Nada nos dice el narrador sobre el hecho de que, pasados los meses, Felipe siga recordando a la “Emperadora” que le hizo “perder el seso” a don Pedro Polo, a quien el niño le prometiera recuerdo eterno por la merced que ésta, gentilmente, le brindó, al tratar de paliar la injusta severidad y la crueldad hacia él, de su clandestino amante.

Diametralmente opuesta a Amparo (y al platónico amor que le inspiró a Felipillo), la particular Beatrice de Alejandro Miquis le tiende la mano a éste, pero para introducirlo en el infierno de la más abyecta realidad. Le miente, constantemente, en beneficio propio, sin preocuparse lo más mínimo por la precaria salud y por el miserable final del estudiante. De este modo, convierte a Alejandro en una especie de “Caballero de las Camelias”, pero mucho menos lúcido (y bastante menos lucido), y sin el consuelo, propio y ajeno, de poder sentir o afirmar que había conocido alguna vez el verdadero amor, y había rendido tributo, de manera sublime, a la exigencia de sus sacrificios. Enfermo, abatido y abandonado por todos, excepto por el fiel acompañante que siempre fue Felipe, sólo daría fin a sus afanes con la muerte.

Incluso la agonía le da pábulo para expresar las más peregrinas quimeras y desatinados proyectos de futuro; siempre anclado en los vicios más burdos y excéntricos, de un pasado que demandaba a gritos ser superado o que estaba en vías de serlo.

Sobre el aspecto formal de la novela podemos decir que, a pesar de que cuando redacta *El doctor Centeno*, Galdós aún no había llegado a la excelencia técnica de su poderosa escritura, (y algunos de sus personajes secundarios entran y salen de la vida de los principales sin dejar, aparentemente, en ellos, ninguna huella, impresión o recuerdo, y a pesar de que determinadas acciones secundarias parecen en un estado embrionario, sin que el lector vuelva a saber nada más de ellas o de sus protagonistas¹³²)... el personaje de Ido del Sagrario

¹³² Galdós irá potenciando y refinando los aspectos más patéticos de su realismo progresivamente, hasta conseguir la perfecta imbricación de las vidas y las experiencias de todos los personajes de cada una de sus novelas, tanto en su condición de entes individuales, como de organismos interconectados.

supone, en efecto, una llamativa y riquísima excepción, que el autor se encargará de explorar y alentar en posteriores novelas, como *Tormento* o *Fortunata y Jacinta*.

Pero ya en esta novela, la figura de Ido desempeña una importantísima misión, como símbolo viviente del trágico destino que en España tenían los maestros de escuela, a pesar de ser los responsables últimos del buen funcionamiento del sistema educativo, en sus múltiples facetas (o precisamente por esta razón).

Como apuntábamos anteriormente, hablar de educación sentimental, a propósito de las situaciones y las experiencias presentadas en *El doctor Centeno*, rebasaría los límites del buen humor que tuviera a bien concedernos el amable y paciente lector.

En nuestro análisis del estado de la cuestión, planteado en *Marianela*, teníamos la oportunidad de acercarnos a los fundamentos de la educación inculcada a Felipe Centeno y a la bucólica niña, por los progenitores y padres adoptivos, respectivamente.

En la literatura, como en la vida, se dará una confluencia de acontecimientos y situaciones que interrelacionarán y condicionarán las vicisitudes de sus protagonistas, ya sean éstos principales o secundarios, de primera o discreta importancia.

Galdós intentará, y logrará, hacer verosímil y efectiva esta ley de la experiencia en su producción novelística.

Si bien es cierto que no todos los hechos o realidades afectarán directamente o en el mismo grado a sus correligionarios, el autor canario conseguirá plasmar, en sus páginas, la importancia capital que, para nuestro aprendizaje y nuestro bagaje de experiencias pueden llegar a tener los seres o los detalles que, a primera vista, puedan resultar más insignificantes.

La novelística de Pérez Galdós se irá depurando de lo superfluo y conseguirá tejer entramados sólidos y tupidos a través de los cuales el lector, a la par de sus protagonistas, se verá implicado en cada jirón de vida creada.

Estas novelas serían, por lo tanto, antes que un modelo o lección que esbozase siquiera el fin y los valores que debería llevar implícita toda buena educación –de acuerdo con las demandas del momento histórico-, un grito alarmante y abrumador para llamar la atención sobre la descorazonadora situación en que se halla sumida la población española, en lo que a la dimensión ética y formativa se refiere.

Pues bien, según apuntábamos anteriormente, Ido del Sagrario (imbuido en los antipedagógicos preceptos formativos defendidos por el padre Polo: desproporcionados y humillantes castigos, de orden físico y moral; memorización mecánica de datos de discutible interés y dudosa o nula comprensión por parte del alumnado, etc.), es el encargado de abanderar la expresión del angustioso y miserable papel que desempeñan los representantes de nuestro precedente sistema educativo, en el conjunto de la sociedad.

Lo mismo se puede afirmar de las nefastas consecuencias personales que comporta para ellos y para sus familias la profesión a la que han consagrado sus vidas los primeros. Atendamos, como ejemplo, al siguiente cuadro, en el que se nos presenta a Ido desahogando su dolor en la humilde persona de Felipe (erigido, así, en su víctima y confesor, dentro de la más genuina ironía galdosiana):

«Siéntate aquí y hablaremos -dijo con voz desvanecida y vagarosa, cual si las palabras, teniendo miedo del aire en que vibraban, quisieran retroceder para volverse a la boca-.

Sabrás, Felipe, cómo estoy sin colocación desde hace tres meses. Y por más que busco, y aro la tierra para encontrarla, no puedo conseguirlo. He visitado a todos los maestros, y nada. He ido a todos los colegios, y en ninguno hay vacante. Lecciones particulares, ¡Dios las dé!... de modo que estoy, hijo, a la cuarta pregunta... con mi señora enferma y cuatro hijos, cada uno con su boca correspondiente». [137]

Tras semejante despliegue de miserias, el lector sólo puede llegar a la conclusión de que el infierno está aquí y, más cerca que de ningún otro, junto al gremio de los “profesionales” de la enseñanza.

Ya tendremos ocasión de repetir que no puede impartir educación quien carece de ella. Y, en esta dimensión del ser humano (como pone de manifiesto don José Ido del Sagrario), la hambruna también era más que evidente, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX español, en todos los estratos sociales.

En esta novela, Galdós asume, también, la necesidad de combatir incansablemente los nefastos efectos de la pasión desatada del hombre visceral y embrutecido, esclavizado por la tiranía de sus impulsos. Desde la benéfica influencia del criticismo racionalista, el autor canario denuncia la paradoja que encierra la idea universal de la conveniencia de definir al hombre (*homo*) adjudicándole la calidad de *sapiens*.

Edgar Morin, en la línea de la sociología actual, considera esta idea “poco razonable y poco sabia”, ya que “*Homo* también es *demens*: manifiesta una afectividad extrema, convulsiva, con pasiones, cóleras, gritos, cambios bruscos de humor; lleva en sí mismo una fuente permanente de delirio¹³³”.

Pues bien, Alejandro Miquis sería un inmejorable exponente de dicho *homo demens*. Y, paradójicamente también, ahí radica la grandeza y la miseria de este personaje que, en su lecho de muerte, espeta las siguientes disposiciones al atribulado Felipe Centeno:

Miquis y su criado hablaron un rato de aquel infeliz vecino [Ido del Sagrario] y de su triste situación.

«Coge todo lo que haya -dijo el manchego-, y llévaselo. ¿Qué nos importa el día de mañana? De alguna parte ha de venir. Nuestra miseria es contingente,

¹³³ MORIN, Edgar, *Amor, poesía, sabiduría*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 2001, p. 7.

accidental y temporal; la suya es intrínseca y permanente. ¿No hay allí sobre la mesa dos huevos? Pues ofréceselos. Y las tres onzas de chocolates y el pan... Dale todos los cuartos que tengas en el bolsillo. ¡Pobre hombre! En cuanto me ponga bueno, le he de buscar una colocación». [141]

A lo largo de toda la novela, vamos descubriendo, no sin cierta conmisericordia y desaprobación, que la enfermedad más alarmante de Alejandro Miquis es la ceguera.

Incluso en la agonía, incapaz de ponderar su lamentable situación, los delirios de grandeza y una descomunadamente positiva valoración de cuanto le atañe y rodea, le llevan a decir las anteriores palabras a Felipe, referidas al no menos desgraciado don José de Ido, y estando, a su vez, amo y criado consumidos por un estado semejante de inanición.

Se representa, de este modo, la enajenación que subyace en la versión libre galdosiana del sentimiento y los procedimientos de ciertas prácticas de la *caritas* cristiana.

Pero, más allá de esta incisiva y socarrona crítica, el delirio de Miquis, como el de Isidora de Aransis o el de Fortunata, es llevado hasta tal punto que el lector se resiste a creer que unos personajes galdosianos, en apariencia tan perfectamente cuerdos, puedan llegar a estar, verosímelmente, tan inmunizados contra cualquier remedo de enmienda.

Apunta aquí el esperpento del autor canario, puesto al servicio de la lección moral.

Absolutamente ineptos en lo que a la evolución o el aprendizaje se refiere, algunos de los personajes galdosianos rara vez sacan de su experiencia una enseñanza que llegue a inducirles a rectificar los garrafales desastres que, con su actitud, promueven y acarrear a lo largo y ancho de sus infructíferas

vidas. Vicios y defectos de los que son responsables, en última instancia, y que los llevan al suicidio, de forma más o menos consciente.

Son seres de temperamentos radicales e insensibles al cambio o a la adaptación, rígidos y persistentes en su desatinada personalidad. Por lo tanto, configuran una “tragedia circunstancial” de personajes bajos que se obstinan en hacer prevalecer quiméricas demandas, sin el talento o la virtud necesarias para ello.

Estos pobres guiñapos han anulado, si la tuvieron alguna vez, toda capacidad de juicio para combatir lo que conciben como implacable destino. Son, en definitiva, personajes rebeldes, pero sin causa, que se niegan a tratar de sobrellevar con cierta dignidad la vida que les ha caído en suerte, y optan por apurarla en febril desvarío. Pero, lejos de convertirse en grandes artistas o grandes amantes o grandes amados, creadores de obras o sentimientos inmortales, no inspiran, por el lamentable estado al que se conducen, sino piedad o reprobación.

A propósito de Miquis, afirma el narrador, no exento de cierta sorna:

“¿Quién que le viera no le compadecería? ¿Quién que observara la expresión de aquel rostro en que se pintaban con magistral sello el martirio y la exaltación de las ideas no había de extender la mano y decir con arrebatado de piedad: «Detente, muerte y no le toques?»” [142]

La naturaleza física del hombre también se rebela, residiendo esta vez la causa en sus mismas leyes:

Felipe tenía miedo de verle así, porque los períodos de excitación, de optimismo y de proyectos, eran seguidos generalmente del desmayo y de aquellos violentísimos ataques de tos que le ponían a morir.

Su demacración era ya espantosa; tenía por cuello un haz de cuerdas revestidas de verdosa cera; los huesos salían con deforme y repulsivo aspecto;

sus mejillas, cubiertas de granulaciones, se teñían a veces del vinoso color de las rosas marchitas.

Pero ¡qué luz echaba de sus ojos en aquellos momentos de fiebre y habladuría!
[222]

Otro de los signos de la progresiva “civilización” que Felipe Centeno está bien predisposto a asumir, y que lo sitúan en una posición de superioridad con respecto a la voluntad expresa de ingenuidad e ignorancia que marca el fin de su amo, es la habilidad para aprender (intuitivamente o guiado por la madre experiencia) a formular mentiras aceptables desde un punto de vista piadoso o diplomático. Como ésta, pronunciada en el lecho de muerte de Miquis:

-Este verano -dijo Centeno-, cuando vayamos a la Mancha, yo me dedicaré a la caza y usted a escribir su obra. Me parece que ya estoy ¡pim!... matando conejos, y usted ¡pim!... echando escenas y más escenas... [223]

En Felipe, a pesar de su testarudez a la hora de adaptarse a las exigencias del sistema educativo descrito (cosa que le honra, aun a costa de los sufrimientos y los peligros a los que lo expone), se acaban viendo ciertos destellos de sensatez. Es el único que parece sacar alguna conclusión provechosa de los errores cometidos. (Tal vez, por esta razón, Galdós quisiera rendirle homenaje con el título de la novela, a pesar de que su figura se viera aplastada por la enormidad de las calamidades y personajes a los que fue sometido).

Su conciencia lo aguijonea de forma poco frecuente en un chico de su edad y de su formación. Queda claro, por tanto, que en muchas ocasiones la honradez y el mérito o el talento personales son innatos e intransferibles, según lo van demostrando múltiples y variados personajes galdosianos.

Las virtudes del “héroe posible” o verosímil, según la preceptiva realista-espiritualista galdosiana, también serán, en buena medida, innatas. Los sucesos que vivan estos héroes estarán erradicados en un destino que emana del espíritu que les guía y que, a diferencia del héroe mítico, es interior y profundamente humano.

Las virtudes del héroe galdosiano serán susceptibles de ser moldeadas por elementos externos, pero sólo hasta cierto punto, y en función del grado en que dicho héroe esté dispuesto a aprender de la experiencia.

En el siguiente diálogo, se puede apreciar otro claro homenaje que, a propósito de los aspectos que venimos estudiando, hace Galdós al autor del *Quijote*:

ALEJANDRO.- Afanarse por dinero es tontería, y guardarlo, tontería mayor. Yo creo que el dinero se ha hecho para esperarlo. La posesión, cópula breve del esperarlo y el ofrecerlo, es un momento de placer fugaz, que vale mucho menos que las delicias prolongadas de la esperanza y la generosidad...

¡Dinero!... Cuando lo tengo, me considero administrador de los que lo necesitan. El placer de los placeres es dar, y varío pedestremente los versos de Quevedo, diciendo:

“Sólo a un dar yo me acomodo, que es el dar de darlo todo”.

FELIPE.- Pues en eso de dar, creo que hay sus más y sus menos, porque es cosa mala no tener que comer, mientras otros se hartan con nuestro dinero.
[225]

Posiblemente, en esta capacidad suya para el aprendizaje y la racionalización de la realidad, radique la causa de la rapidez con la que el joven muchacho desecha los sueños de amor que le inspirara Amparo Sánchez Emperador.

En este sentido, Felipe también desoye las lecciones sobre educación sentimental de las que Alejandro Miquis hubiera deseado hacerle partícipe, aun sin proponérselo, mientras trata de justificar ante su fiel amigo los orígenes “metafísicos” de su miseria física y moral:

Yo miro al tiempo y a la inmortalidad, como dijo el otro. Esos comineros que están siempre haciendo cuentas y contando los pasos que dan, no gozan de la vida. Son inquilinos del mundo y no dueños de él.

Un solo bien positivo hay en la tierra, el amor... ¿En dónde está? Hay que buscarlo. Decir buscarlo es lo mismo que decir existencia. Es parte principal del destino humano, si no es el destino todo entero...

Te encuentras en mitad de la vida. Por un lado te ves rodeado de conveniencias y trabas sociales; por otro te ves solicitado del amor. ¿Qué haces? Yo lo dejo todo y me voy tras el ideal. Es verdad que no lo encuentro nunca completo y tal como lo sueño; pero voy en pos de él sin cansarme nunca, para entretener con el dulce afán de poseerlo la tristeza que resulta de no gozarlo jamás por entero y con dominio de su total belleza. [225]

Felipe debe llegar, por tanto, a la conclusión de que un ser humano digno y decente, que aspire a un apacible y productivo orden de la existencia y del desarrollo personales, no tiene más remedio que ser (como demostrara con el ejemplo George Santayana) “inquilino del mundo” y guía racional del objeto de su amor.

Centeno no sólo ha aprendido a mentir piadosamente y a discernir la bondad y la maldad de las acciones cotidianas, sino también a imprimir a los juicios de sus enunciados cierto aire de amargura desencantada, sin renunciar del todo al tono de su inmarcesible inocencia:

ARISTÓTELES (*con malicia*). [Felipillo Centeno]- Sí señor. El señorito Arias lo decía; que usted se ha hecho mucho daño con eso de querer tan fuerte a las señoras... Ya sabe lo que dice... todos dicen lo mismo. A usted le da muy fuerte, y no repara... [226]

Como vimos, el amigo Manso (que es la antítesis de la vivencia amorosa de Miquis), a pesar de todas sus precauciones, también cayó, aunque a destiempo, en las destructivas garras del amor.

No hay mejor amor, parece deducirse de los trágicos finales galdosianos, que el amor racional, el amor intelectual, o, en su defecto, el amor a uno mismo y a la seguridad y conveniencia personales, aunque en su justa medida (pues un exceso de prudencia o cobardía fue lo que hizo desgraciados a Máximo Manso y, supuestamente, a León Roch; con seguridad a Pepa Fúcar, de no haber sido por el posterior desquite del autor).

Lo demás no son más que estúpidas, cuando no dementes, temeridades. El amor es una autoinmolación en sus personajes, porque suelen decantarse por afectos imposibles o impedidos (José Rey, Daniel Morton...), o bien se enamoran de seres despreciables (Fortunata y Jacinta de Juan Santa Cruz, Isidora Rufete de Joaquín Pez, etc.) o de inferior calidad moral que, además, no les corresponden en la misma medida¹³⁴ (Tristana, Marianela...); lo que los sume en la mayor de las tristezas, si no en la ruina moral y/o material, tanto corporal como pecuniaria (José María Bueno, Alejandro Miquis...).

¹³⁴ Recordemos, a este respecto, los últimos consejos que a Isidora Rufete le escribía su tío el Canónigo, don Santiago Quijano Quijada:

“Cásate con persona de tu condición, pues si lo haces con quien por debajo de ti esté, te expones a que el peso de tu cónyuge te tire hacia abajo y no te deje flotar bien. En caso de no hallar exacta pareja, más vale que te unas con quien te sea superior, que también hay príncipes y duques por estas tierras [276]”.

Por otro lado, los amores desiguales –aquellos cuya feliz realización podría satisfacer las aspiraciones y los deseos más elevados del sujeto, por la supremacía de alguno de sus miembros y la complementación de ambos– llevan, también, a la destrucción.

El lector se encuentra ante la evidente contraposición (y rigurosa crítica) del *fin amour* trovadoresco¹³⁵ al fin del amor romántico decadente, en la novela

¹³⁵ Vid. OTIS-CUOR, Leah, *Historia de la pareja en la Edad media*, Editorial Siglo XXI, Madrid, 2000.

También BERMEJO, J. M., *La vida amorosa en la época de los trovadores*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1996. pp. 77-82:

“Marcabré, uno de los primeros trovadores, establece ya un antagonismo entre *fals’amor* y *fin’amors*, entre el amor corriente, físico, y el amor espiritualizado, que solicita y espera sin verse nunca satisfecho.

Es este último un amor que el poeta ve como renuncia –que viene a ser la fuente de su alegría o *joy*-, un amor solitario, secreto, imposible.

La *fin’amors* es un juego cortés, un arte de amar, y una regulación del acto carnal de carácter idealista y fijado por el uso bajo la forma de una prueba de continencia combinada con iniciativas eróticas que implicaban por parte de la dama un compromiso más serio, más peligroso y, por consiguiente, más sincero.

Este último aspecto de la *fin’amors* es lo que constituye para nosotros lo esencial de la erótica meridional, aunque los trovadores no hayan hablado de ello sino con discreción.

El drama amoroso se complica al tratarse, generalmente, de una relación adúltera; pues, según las convenciones de la *fin’amors*, la dama debe estar casada y ser noble: en parte, porque su propia condición de casada la hace “señora”, es decir, capaz de dominio y señorío (prerrogativas que ejercerá, incluso de manera cruel, con el trovador); y, desde una perspectiva sociológica, porque ella, a su vez, se ve sometida en la vida real a un marido indiferente o ausente, con el que se ha casado por conveniencia política y económica, y al que ha entregado su cuerpo, pero no su corazón”.

docente galdosiana; o, lo que es lo mismo, se enfrenta el lector a la tajante denuncia del descrédito en que deben sumirse las supuestas bondades y posibilidades de estos dos arquetipos de amor, tan largo tiempo soñados o idealizados.

Para ahondar en el sentido de las anteriores afirmaciones y corroborarlas a través del discurso de un ser humano de reconocido prestigio, no nos resistimos a reproducir aquí unas bellísimas metáforas con las que Carmen Martín Gaité penetra agudamente en el núcleo de los mencionados dilemas:

“... Los mejores poemas de amor se han escrito desde la soledad y la ausencia. Pero ningún enamorado sincero, al comparar luego lo que deseaba hacer o decir con el resultado de lo que hizo y dijo, podría dejar de reconocer el fracaso de aquellos proyectos acariciados de antemano, hechos añicos contra la situación real cuando se llegó a configurar. Ni de sorprenderse ante los cambios que el *cuando* de esa situación imprimió a lo prefigurado, precisamente porque el advenimiento mismo de la sazón amorosa es, de todo, lo más imprevisible.

Justamente la desazón amorosa es siempre una consecuencia de no haber sabido aprovechar la sazón. La gran sabiduría del amante consiste en reconocer y apresar esta sazón cuando irrumpe rasgando el velo de lo soñado, en acertar a distinguirla de posibles espejismos.

Así viven los buenos amantes, en continua alerta, acechando la configuración de la sazón oportuna, pero renunciando a provocarla, como erradamente les aconseja su deseo, atentos a la trama de lo que va ocurriendo, dispuestos siempre a decir: *ahora*, a saltar al estribo de los trenes en marcha”¹³⁶.

¹³⁶ MARTÍN GAITE, Carmen, *El cuento de nunca acabar (Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)*, Destino, Barcelona, 1989, 2ª ed., pp. 40 y 41.

Esta será la actitud, aunque explícita, del gran amante de *Una página de amor*, el señor Rambaud, el cual, tras recibir por parte de Elena un aplazamiento de la respuesta a su petición de matrimonio (acompañado de un ofrecimiento de cordial amistad), le contesta en los siguientes términos (cuando pudo recobrar la palabra de la que lo privó su emoción, su nerviosismo y su felicidad porque “ella no le pusiera inmediatamente en la calle”):

-Óigame –murmuró-: desde ahora usted sabe que yo estoy aquí, ¿no es verdad? Pues bien, sepa usted que yo seguiré aquí ocurra lo que ocurra [...]

Dentro de diez años, si así lo prefiere, no tendrá usted más que hacerme una seña. Yo obedeceré.¹³⁷

Para alcanzar la felicidad del verdadero amor, se exige a los amantes una gran formación espiritual y una gran sagacidad, entereza y solidez que les ayude a discernir los consejos del sentimiento y de la experiencia; que la correspondencia se dé entre personas de caracteres completos e íntegros, dispuestas a amarse; que apuesten por la entrega amorosa permaneciendo en el centro mismo de su espíritu y de su ser, como tan sabiamente nos aconsejara R. W. Emerson. Es necesaria, por tanto, una justa armonía entre las virtudes y bondades de los seres en cuestión.

Las diferencias deseables son aquellas por cuyo trasvase quedarán los enamorados unidos en mayor equilibrio, como puede ser la diferencia social y las posibilidades de clase que mantiene Agustín Caballero con respecto a Amparo Sánchez Emperador; aspecto de la experiencia amorosa magistral y emotivamente plasmado por Pérez Galdós en *Tormento*.

¹³⁷ ZOLA, Èmile, *Una página de amor*, tr. de J. F. Vidal Jové, Salvat editores, 1971, p. 70.

Estas lecciones extraídas por el lector de las historias de amor galdosianas (aunque se pueden rastrear, como hemos invitado a hacer, en un amplio espectro de entendidos en la materia, hijos todos de un trascendentalismo espiritual de rasgos comunes) nos sitúan, de lleno, en el realismo espiritualista que se iría fraguando en el transcurso de la vida y la obra del escritor canario.

Alejandro Miquis, por el contrario, pertenecería a ese grupo de pensamiento en el se incluirían a todos aquellos personajes cuya máxima más frecuentada y notoria vendría a decir lo que sigue: Hay que mentirse todo lo que sea necesario y esté en nuestra mano, para alcanzar la parcela de felicidad que nos permita habitar el mundo sin despreciarlo demasiado. Pero estos desvaríos tienen que ser, necesariamente también, desmentidos y castigados por la Naturaleza:

Yo me enamoro de lo que yo veo, no de lo que ven los demás; yo purifico con mi entendimiento lo que aparece tachado de impureza. Cada cual arroja las proyecciones de su espíritu sobre el mundo exterior. (*Disparatando.*)

Hay quien empequeñece lo que mira, yo lo agrando; hay quien ensucia lo que toca, yo lo limpio.

Otros buscan siempre la imperfección, yo lo perfecto y lo acabado; para otros todo es malo, para mí todo es bueno, y mis esfuerzos tienden a pulir, engalanar y purificar lo que se aleja un tanto del excelso y bien compuesto organismo de las ideas. [227]

Esta expresa y tenaz voluntad de autoengaño le lleva a enamorarse de la mujer caída, que, en la novela galdosiana es, en sentido estricto¹³⁸, aquella cuya

¹³⁸ En las siguientes páginas haremos un somero análisis de sus variantes, pues casi todas las heroínas galdosianas han sacrificado su honor por amor, o por la máscara de su espejismo.

vanidad, su sed de lujos y regalos, de fama y posición, o el loco amor por otro hombre, la acaban persuadiendo para que intente vender todo lo que sus pretendientes se muestren dispuestos a comprar, como vimos a propósito de *La desheredada*. Su posición en la sociedad depende de la calidad de su belleza y de su “atractivo”. Cuando pasan los años, estas damas de compañía suelen emplearse, en el mejor de los casos, en negocios de hostelería, salida que, en la época, mejor se acomoda a su condición de mujeres de dudosa reputación. (El fin último de toda mujer acaba siendo, curiosamente –sea cual sea el camino elegido-, el empleo en las labores domésticas).

En estos casos, realizan “las funciones propiamente femeninas” dentro de una comunidad social de paso, en la que ellas muestran, tarde o temprano, su ambigua condición de matronas. Se encariñan con alguno de sus huéspedes, les dan consejos propios de personas experimentadas... Serán vistas, entonces, como mujeres que no han perdido del todo su corazón, pero a esto se reducirá toda la estima que jamás llegarán a inspirar en sus semejantes.

Otra particularidad frecuente en estas mujeres públicas, tan bien definidas por el naturalismo español, suele ser la convivencia con un bravucón perdonavidas al que mantienen, y que suele aceptar o ignorar (adrede o por verdadero desconocimiento) sus infidelidades.

Un incombustible anhelo las lleva a desear los amores de alguno de los mancebos que están a su cuidado, pero éstos no suelen reparar en ellas si no es para salir de algún apuro, generalmente pecuniario, en caso extremo. Entonces, estas Evas de avanzada edad sufren celos y resentimientos, y abandonan a su suerte a dichos galanes con problemas. Otras veces contribuyen ellas mismas, rara vez con saña, a la desgracia de los amantes¹³⁹.

¹³⁹ Ni que decir tiene que la Cirila de *El doctor Centeno* es cifra y compendio de todas las características esbozadas hasta ahora.

Su despecho no suele llegar a ser, sin embargo, tan virulento como el de la solterona abandonada; del que tenemos un impagable ejemplo en el caso valeriano de las experiencias del doctor Faustino.

Este sería, a grandes rasgos, el estado de la cuestión mil veces observado, pero podemos tratar de ir un poco más allá. Porque mujeres caídas (en el más amplio sentido de la palabra, según la concepción de la época) las hay eminentemente buenas y eminentemente malas, en las novelas de Galdós, y algunas tienen, además, un carisma especial.

Las hay que llegan a su estado “por vocación” (como las hijas de don Pío Coronado); por desvaríos (como Isidora); por engaños o autoengaños (como Tristana); por debilidad o inclinación momentáneas (como “Tormento”), etc. La sociedad las juzga a todas, sin embargo, con la misma medida –todas son mujeres sin honor a las que hay que maldecir y repudiar- a pesar de que unas estén a la venta y otras hayan adquirido un halo de indignidad moral del que no se podrán desprender nunca, por más que quieran o merezcan, en ocasiones, ser perdonadas.

No ocurre así con los pretendientes o pretendidos pigmaliones que las convirtieron en lo que han llegado a ser: don Lope, el padre Polo, José María Bueno... no son castigados por la opinión pública, sino a causa de sus propios desmanes en otros ámbitos de sus vidas... Pero esa es una cuestión otros tantos miles de veces debatida, y a la que Sor Juana Inés de la Cruz dio sentencia inapelable hace ya varios siglos. Desgraciadamente, para estas heroínas, todo había quedado en simple poesía, unos trescientos años después. Por tanto, era necesario empezar de nuevo.

Sin embargo, temidas o envidiadas, las que sí son declaradas mujeres públicas también despiertan la ira o la admiración de unos espectadores muy especiales, en la presente novela. De “la Carniola” de Alejandro Miquis dice, en un momento dado, Felipe Centeno:

“-La he visto, *señá* Cirila. Iba más guapa... ¡Qué mujer! Le digo a usted que me quedé como un poste. Llevaba un traje todo de seda muy hueco, y un sombrero con muchas plumas. La gente se paraba a mirarla. ¿Lo creerá usted?”.

A lo que responde la ya trasnochada Cirila:

“-¿Pues no lo he de creer?... Anda, anda. Si cuando se pone de gala, hay que alquilar balcones... Y no creas... es de buena pasta; sólo que tiene la cabeza del revés. ¡Si vieras cómo llora cuando habla de tu amo y de lo que tu amo ha hecho por ella! Parte el corazón. Si pudiera ser formal, lo sería, ¿pues qué duda tiene? Sólo que uno la quiere llevar por aquí, otro por allá, y ella no sabe qué hacer... Cuantos la ven, hijo, se enamoran de ella...” [77]

Cirila la admira, la disculpa y la envidia, quizá, por ser fiel o aproximado reflejo de lo que ella fuera. “Es una diosa -dijo con éxtasis Felipe, acordándose de un verso de *El Grande Osuna*”, el otro pendenciero amor de su amo.

En cierto sentido, esta expectación no es muy distinta de la que causaban Ana Ozores o Gloria. Son, también, mujeres deshonradas, y el aluvión de envidias que despiertan cae sobre ellas tras la consumación de su entrega amorosa, bajo la forma de deleitables agasajos o deleznales vituperios que les dedican sus respetables enemigos, entretejidos de sorda ira y mal disimulada venganza. (Quizá haya que buscar en el pueblo las más encendidas muestras de admiración ante la belleza y la elegancia de dichas heroínas).

Estas mujeres no se ufanan de un estado al que han llegado por anteponer sus sentimientos a su bienestar y prestigio sociales o a la tranquilidad de sus conciencias, pero su comunidad o entorno social se encargará, con insólito empeño, de equipararlas a todas las demás mujeres caídas que “se enorgullecen” de serlo o lo aceptan con relativa calma (como Refugio Sánchez Emperador).

Se confundirá intencionadamente la defensa o la búsqueda desaforada de la felicidad e intimidad personales de estas heroínas – independiente, hasta cierto punto, de sus aciertos o desaciertos, de su moralidad o amoralidad-, con la actitud desafiante de quienes se sienten satisfechas de su situación, han conseguido instalarse en ella, o bien consideran que es preferible a la que estaban destinadas por nacimiento.

Es decir, la mayoría de la gran fauna social se convence a sí misma de que es lo mismo arriesgarlo todo por amor, por un irresistible deseo o por una fantasía patológica (pues de todo hay), que conseguir bienestar u objetos materiales a través del amor o el deseo de hombres que pagan por que finjan para ellos una supuesta reciprocidad.

Esta valoración de los hechos había calado tanto en la moral de la época que don Agustín Caballero, paciente enamorado donde los haya, estuvo muy cerca de renunciar a su felicidad junto a “Tormento”, es decir, junto a Amparo Sánchez Emperador, por los antiguos amores ilícitos que ésta mantuvo con don Pedro Polo.

Solo a través de la conciencia individual, nos indica la novela galdosiana, puede el ser humano discernir sobre la malicia o excesiva inocencia que hay detrás de cada acto, y a esa autonomía crítica deben su dicha algunos de los personajes de Pérez Galdós.

Pero sólo serán capaces de ello quienes estén dispuestos (incluso bien dispuestos) a renunciar a ciertas cosas o a ciertos ideales en aras de un amor real, vivido junto a personas reales, que han llegado incluso a cometer errores irreparables en su ciega y desatinada búsqueda de la felicidad; una búsqueda emprendida sin manual de instrucciones y sin educación sentimental, es decir, sin la educación adecuada. Frente a don Agustín Caballero, León Roch pensó, ponderó y meditó, y luego llegó a la conclusión de que su amor fraternal no valía el destierro.

En repetidas ocasiones viene a demostrar Galdós que no se puede ser bueno y blando de carácter a un tiempo. Los personajes galdosianos dignos de admiración están bien provistos de determinación y buen juicio, además de una moral sin aspavientos, lo más alejada posible de cualquier tipo de fanatismo.

Galdós, no obstante, se ríe de los dogmas y las verdades absolutas. La exactitud de la crítica dependerá del caso y no de entes, leyes o instituciones inamovibles y externas al sujeto en cuestión.

De igual modo tratará el tema amoroso. A pesar del predominio de un pesimismo inmanente que tiende a potenciar las precauciones ante los riesgos de la entrega apasionada a un ideal, la felicidad de sus héroes será muchas veces proporcional a su valentía y su calidad personales.

En su fuero interno, tiende a restablecer Galdós un orden de justicia demasiado mermado por las profundas crisis en las que está sumido el país. Su amor a la verdad le lleva, quizás, a cometer excesos en la minuciosa recreación de los motivos de su denuncia, pero también parece querer recordar a sus lectores que la certeza de la derrota no debe llevarnos al abandono.

Al final, recompensa generosamente los esfuerzos y las virtudes de personajes como “Tormento” y Felipe Centeno, y lamenta, con el lector, al tiempo que castiga, los desatinos y la consecuente esterilidad en la que se ven sumidos personajes como Alejandro Miquis, León Roch o Pepa Fúcar.

En el infierno de esa sociedad recreada por el escritor resulta especialmente complicado el feliz desarrollo de los amores. Galdós no plantea la posibilidad de redención a través de los nobles sentimientos, salvo en casos muy contados. No resulta fácil encontrar un amigo o un amor verdadero en un lugar y un tiempo en que la inmensa mayoría lucha por conquistar la parcela de materialidad que necesita para cubrir necesidades orgánicas e higiénicas perentorias, mientras otros estafan, engañan o malviven, con tal de vivir entre el lujo y la ostentación.

Se requiere cierto bienestar y desarrollo individual previo para emprender, con éxito, una relación sentimental o amistosa satisfactoria. Es la pragmática de los tiempos modernos, y a ella se atiene el escritor canario, por más que se puedan echar en falta ciertos aspectos de las pasiones de antaño.

Al principio de esta novela se nos mostró a un joven estudiante de carácter generoso y dulce. Pero nada hacía presagiar hasta qué punto llegaría a presentarlo Galdós como emblema de los excesos de sentimentalismo. En cambio, el sentido común de Felipe Centeno se va reforzando, como venimos siguiendo, por momentos.

En el mañana hay que depositar la esperanza: es el único mensaje globalizador y honesto que puede transmitirnos Galdós.

Las extravagancias románticas de la desengañada tía de Miquis son prueba fehaciente de que las miserias de todo tipo tienen un ascendiente sobre el espíritu que ha transformado el pasado y el presente del país en tiempos muertos. Así lo confiesa tía Isabel en el lecho de muerte de su sobrino:

«Hace muchos años que no lloro -dijo a Poleró-, hace muchos años.

Esto me desmenuza el corazón... y no es mi corazón de carne, es de hierro que late. Los desengaños me lo endurecieron; pero el dolor se quedó dentro...».
[270]

A doña Isabel sería pertinente aplicarle las palabras de la desheredada de Aransis, con las que se refería a la expiación femenina de los pecados de amor:

“Nosotras nos vengamos con nosotras mismas [265]”.

Sobre el trágico final de Alejandro Miquis se podría decir, evocando el adagio popular, al más puro estilo galdosiano, que “entre todos lo mataron y sólo a Eva se culpó”. Los "amigos" de Alejandro Miquis, quien "antes se dejaría desollar que ofender a uno de ellos", no se preocuparon en ningún momento de darle un buen consejo o de avisar a la familia del precipicio por donde se encaminaba, con paso veloz y seguro, este chico sin sentido de la propiedad (porque se beneficiaban de ello). Sus censuras se circunscribieron al estricto ámbito de la crítica de salón. Le ayudaron, con liberalidad, a gastar en juergas y otros caprichos su dinero, y luego culparon de todo a uno de los agentes femeninos del expolio.

Buen emblema de esta doble moral, con tintes machistas, lo constituye la ridícula figura y las palabras de Federico Ruiz (el astrónomo-músico-dramaturgo-filósofo que quería dar a cada astro un nombre del santoral, en menoscabo de los nombres paganos), nada más echar a la Carniola –nombre casi alegórico- de la cloaca donde agoniza Miquis:

La inflexible figura del astrónomo permaneció en medio del pasillo, con la luz en una mano, señalando con la otra la salida y término de aquel luengo conducto.

Era la estatua de la moral pública alumbrando el mundo, y expulsando al vicio del cenáculo de las buenas costumbres.

La consabida le echó unas tan atroces rociadas de desprecio, todo con el mirar, nada con la palabra, que casi casi hicieron conmovier en su firme asiento a la iracunda estatua (...)

Abur, espanto de las edades, viruela de los corazones, epidemia social, brújula del infierno, carril de perdición, vaso de deshonra, rosa mustia, torre de las vanidades, hijastra de Eva, tempestad de males, hidra corruptorísima. Carguen contigo los diablos feos y llévente, con tu séquito y corte de pecados, a donde no te volvamos a ver. [275]

De cualquier modo, con el postrero estertor, también llega a reconocer Alejandro la falacia de su amor por la Carniola. «La aborrezco...», será la última exhalación de su aliento. A lo que el doctor Centeno replica, con un suspiro reflexivo, capaz de abarcar los más variopintos registros y niveles de la amoralidad y la ignorancia:

«Era tan bueno, tan bueno, que no hacía más que disparates. Yo no sé qué pensar... Si los buenos son así... [283]».

II. 8. *Lo prohibido* (1885)

“En el caso de los sujetos dogmáticos y testarudos, su impaciente afán por cumplir a ultranza un programa previsto, les lleva a forzar la sazón con remates de aparente brillantez, donde la ciega identificación de lo proyectado con lo conseguido puede semejar un triunfo.

Pero son remates de ignorante, que a la postre adolecerán de su atropello, y de la desatención a los datos que la situación les invitaba a considerar, triunfos pasajeros de torpes consecuencias. Traiciones a la sazón que se pagarán en desazón¹⁴⁰”.

Estas palabras de Carmen Matín Gaité son íntegramente aplicables a las hazañas amorosas de José María Bueno de Guzmán, a quien su tío conceptuaba “como el último representante masculino de una raza fecunda en caracteres [10]”.

Al terminar este análisis, estaremos en disposición de apreciar el chispeante humor que caracteriza, en verdad, al presente narrador galdosiano.

Para empezar, nos encontramos con el autodiagnóstico de un hombre neurótico e hipocondríaco, quien, en sus crisis agudas, experimenta todos los síntomas del mal de amores: insomnios, inapetencias, irritabilidad, ataques de pánico, indolencia...

¹⁴⁰ MARTÍN GAITE, Carmen, *El cuento de nunca acabar (Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)*, Destinolibro, Barcelona, 1989, 2ª ed., p. 40.

Como veremos, el comportamiento de don José María y la forma de conducirse en sus aventuras eróticas, sólo será perdonable a la luz de sus patologías. Y así lo entenderán sus fieles amigos.

El lector llega a tales conclusiones a pesar de tratarse de un diario íntimo, en el que toda su existencia es sometida a la parcialidad del sujeto que se examina y describe a sí mismo.

Al hablar de los antecedentes familiares se muestra bastante sincero:

En nuestra familia ha habido individuos dotados de cualidades eminentes, hombres de gran talento y virtudes; pero todos han tenido una flaqueza: llámala, si quieres, chifladura; bien pasión invencible que les ha descarrilado la vida, bien manía más o menos rara que no afectaba a la conducta.

A unos les ha tocado el daño en el cerebro, a otros en el corazón. En algunos se ha visto que tenían una organización admirable, pero que les faltaba, como se suele decir, la catalina.

Por esto, abundando tanto en nuestra familia las altas prendas de entendimiento y de carácter, ha habido en ella tantos hombres desgraciados.
[13]

Según confiesa seguidamente, tampoco faltaron en ella galanteadores a los que se les acusaba de haber aumentado considerablemente el número de miembros de la raza humana (por expresarlo de alguna manera) y, de paso, el número de angelitos bastardos que engrosaban los índices de hambruna y miseria infantil en el país. Hechos corroborados por las orgullosas declaraciones de su tío:

“-Tu papaíto, hijo, merece capítulo aparte. Fue el hombre más guapo de Andalucía. A él has salido tú, y llevas su retrato en la cara. Fue también el primer enamorado de su tiempo, y jamás puso defecto a ninguna mujer, porque le gustaban todas, y en todas encontraba algún *incitativo melindre*, que dijo el otro.

Cuando se casó con la inglesa, tu madre, creímos que se corregiría, pero ¡quia! tu mamá pasó muchas amarguras. Demasiado lo sabes [14]”.

En realidad esta es la gran plaga que a su paso extienden los Bueno de Guzmán. Pero no todas las heroínas galdosianas son desgraciadas en amores o a causa de ellos, en contra de lo que podría hacer pensar la beligerante denuncia de algunos de nuestros anteriores análisis. (Aunque el peligro siempre aceche a los enamorados). La presentación que José María hace de sus tres primas comienza prometedora:

Eloísa vivía con sus padres; Camila en un tercero de la misma casa, pero todo el santo día lo pasaba en el principal; María Juana, que habitaba en el barrio de Salamanca, hacía largas visitas a la casa de Recoletos.

Viéndolas allí a todas horas alrededor de su madre, charla que charla, unas veces riendo, otras disputando sobre cualquier tema de actualidad, se habría podido creer que eran solteras, si la presencia de los respectivos consortes no lo desmintiese. [24] (El subrayado es nuestro).

José María pronto se convertirá en la mayor amenaza invasora de la placidez conyugal de sus parientes.

El puritanismo¹⁴¹ matrimonial de María Juana es el primer *modus vivendi* presentado, no sin cierta chanza, por su primo José María; pues los

¹⁴¹ “De sus conversaciones se desprendía un tufillo puritano, una filosófica reprobación de las farsas sociales, guerra sorda a los que suponen más de lo que son y gastan más de lo que tienen... [27]”.

Medina constituyen una pareja hispánica “prototípica” de esta comunidad de pensamiento y praxis rigurosas, de manera semejante a como tuvimos ocasión de apreciar al hilo de la lectura comparada de *El amigo Manso* y *El último puritano*.

Esta condición propicia que María Juana sea más valorada por sus saberes que por su apariencia física, tendencia opuesta a la más generalizada, en cuyas causas y efectos insistimos especialmente con motivo de *La familia de León Roch*.

José María lo explica como sigue:

Debo añadir que María Juana había adquirido, no sé si en libros o en algún periódico, ciertas menudencias de saber político, religioso y literario, que eran la admiración mayor de todas las admiraciones que su marido tenía por ella.

El amor de Medina principiaba en ternura y acababa en veneración, motivada sin duda por la superioridad de ella en todos los terrenos. [27]

No sabemos si por la singularidad de esta circunstancia en la España de la época; la desconfianza y rechazo que inspiraban, al común de los mortales, las mujeres con resabios de ilustradas¹⁴²; si por el gusto del autor canario o por

¹⁴² En el siguiente fragmento de Lourdes Ortiz, se puede ver la contraposición entre la figura masculina y femenina de los españoles de la Ilustración:

“¡Nunca los hombres han llorado tanto y tan tierna y lánguidamente como en estas novelas del siglo XVIII!

La nobleza de corazón y la sensibilidad se identifican con las lágrimas. Son personajes curiosamente femeninos, lánguidos y carentes de voluntad, que se mueven a tropicones y desmayos tras violentos arrebatos de desesperación, que terminan siempre con los ojos húmedos”. p. 169

el mayor conocimiento que éste tuviera sobre la dimensión físico-estética del amor erótico (recordemos que, para Platón, el amor era “engendrar en la belleza”); o tal vez por su perseverante afán de dejar cumplida constancia de los usos y costumbres que, en mayor medida, describían la realidad corriente de un amplio sector de la sociedad de su tiempo –o por una amalgama de todo ello-...; pero es el caso que don Benito vuelve a centrarse en el ascendiente que sobre el hombre ejercen las bellezas femeninas.

Como por irresistible atracción magnética, desde el primer párrafo del capítulo V, el punto de mira se centra, durante muchas páginas de forma exclusiva, en la exuberante belleza de Eloísa, mientras que pasa casi de puntillas por la descripción del sólido matrimonio de los Medina (para destacar, más adelante, la insufrible sosería y vulgaridad de sus relaciones):

María Juana era una belleza marmórea; mas Eloísa parecióme obra maestra de la carne mortal, pues en su perfección física creí ver impresos los signos más hermosos del alma humana, sentimiento, piedad, querer y soñar. [25]

Sin embargo, como se deduce de las anteriores palabras y de las que siguen, en esta ocasión el enamorado trata de ver en dicha belleza un trasunto de los valores y virtudes morales y espirituales, que conforman el gusto del hombre sensible y cultivado de la época; hijas, sin duda, de la que les precede, las cuales son descritas por José María sin renunciar a cierto lirismo:

Al poco tiempo de tratarla mis simpatías se avivaron, y me confirmé en la idea de que sus hechizos personales eran simplemente el engaste de mil galas inestimables del orden espiritual.

Figuréme hallar en su cara no sé qué expresión de dolor tranquilo, o bien cierto desconsuelo por verse condenada a la existencia terrestre. Parecía estar diciendo con los ojos: «¡Qué lástima que yo sea mortal!».

Al menos así me lo hacía ver mi exaltada admiración. Pronto creí notar en ella un gusto exquisito, un discernimiento admirable para juzgar casi todas las cosas, sin pedantería ni sabiduría, tan natural y peregrinamente como cantan los pájaros, no entendiendo de música. [28]

La amada soñada por Goethe estaba en permanente y armónica relación con las leyes esenciales de la naturaleza, sin que el artificio deformante del conocimiento enturbiara la pureza de sus intuiciones divinas.

La moralidad pudorosa e intachable y la sublime conceptualización y vivencia de sus relaciones personales, no adolecerían de la asfixiante rigidez de un coercitivo e invalidante sistema de valores éticos, sino que dependería de la conciencia inmediata e infalible que regiría su espíritu puro. Sólo de este modo, la espontánea naturalidad de su personalidad única no sufriría menoscabo.

Sin duda, Eloísa no se identificará satisfactoriamente con las ensoñaciones del gran poeta y filósofo alemán, pero José María estimula su imaginación amorosa con un trasunto del arquetipo esbozado, para justificar su enamoramiento.

De todo lo visto hasta ahora se deduce que el último vástago de la estirpe de los Bueno de Guzmán, es depositario de un donjuanismo andaluz impregnado del decadentismo romántico *fin-de-siècle*. Sólo que la exhaustiva predeterminación de su herencia congénita nos permite analizarlo a la luz del más puro naturalismo francés.

El capítulo VI comienza con la descripción de las primeras impresiones que a éste le causara su prima Camila. Consecuencia lógica de la idiosincrasia

de José María es el total repudio que hace de las maneras de ella, pues cifran la antítesis de la amada goethiana:

Voy ahora con mi prima Camila, la más joven de las tres. Desde que la vi me fue muy antipática. Creo que ella lo conocía y me pagaba en la misma moneda.

A veces parecía una chiquilla sin pizca de juicio, a veces una mala mujer. Serían tal vez inocentes sus desfachateces, pero no lo parecían, y el parecer dicen que en achaque de moral no es menos importante que la moral misma¹⁴³.

Era una escandalosa, una mal educada, llena de mimos y resabios. No debo ocultar que a veces me hacía reír, no sólo porque tenía gracia, sino porque todo lo que sentía lo expresaba con la sinceridad más cruda. El disimulo, que es el pudor del espíritu, era para ella desconocido, y en cuanto a las leyes del otro pudor, venían a ser, si no enteramente letra muerta, poco menos.

Como es bien sabido, es del gusto de don Benito someter un buen número de elementos de la tradición del amor romántico a increíbles volatines, giros y saltos mortales.

Uno de los casos más extremados de estas picardías realistas y naturalistas de Galdós se manifiesta en el uso que hace el autor canario del conocido recurso que consiste en la animalización de los rasgos y actitudes de sus personajes¹⁴⁴.

¹⁴³ Como tan oportunamente expresara María de Zayas en el Preámbulo a las *Novelas amorosas*. Vid. bibliografía

¹⁴⁴ Sobre este punto, realiza un magnífico análisis el profesor Díez de Revenga, en el Prólogo de *Miau*. Vid. DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier, Introducción a la edición de *Miau*, Cátedra, Madrid, 2000. pp. 60-68.

Recordemos que el narrador de *Fortunata y Jacinta* elucubraba una interesante versión de la historia del caballero (Juanito Santa Cruz) y la princesa (Fortunata) que se encuentran inopinadamente en un inexpugnable castillo feudal (el destartalado edificio de piedra plomiza donde vive Estupiñá), entre aromas de corral y amasijos de gallina recién desplumada; y que en la descripción que hace el narrador de la ufana actitud de la dama se perciben resabios de la conducta de las hembras de dichas aves de corral “del orden de las galliformes de aspecto arrogante y cabeza adornada de una cresta roja¹⁴⁵”. La animalización de los personajes enamorados vuelve a ser protagonista en *Lo prohibido*.

En numerosas ocasiones futuras, una vez superado el espontáneo desagrado de las primeras impresiones (resultado que es fruto también de la experiencia amorosa de José María con Eloísa), Camila es llamada por su amante frustrado, indistintamente, "borriquita", "borriquita del cielo", y demás variantes. No se le ocurrió al galán vocablo que definiera de modo más certero y cariñoso la pasión que le inspiraba. El mismo narrador se referirá a los besos que le prodiga Eloísa como "hociqueos", lógicamente cuando ya ha entrado de lleno en la fase de desamor. Incluso llega a describirse a sí mismo, todavía en el furor de su pasión amorosa por Camila, como si de un perro abandonado y callejero se tratara.

Otro punto de intersección entre *Lo prohibido* y *Fortunata y Jacinta*, en relación con el procedimiento descriptivo que tratamos, se establece cuando los respectivos narradores galdosianos critican una de las facetas amoroso-sociales más llamativas de la práctica sentimental, en las fases de noviazgo de la época: la presentación en sociedad y la elección y primeros contactos con los pretendientes de las adolescentes casaderas. Doña Isabel Cordero y sus hijas la desempeñan, con bastante intrepidez y arrojo, teniendo en cuenta las posibilidades y oportunidades de la época, de la siguiente manera:

¹⁴⁵ Diccionario de la Lengua Española, 21ª ed., Real Academia Española, Madrid, 1992.

Al ir a misa, desfilaban entre la admiración de los fieles; porque conviene apuntar que eran *muy monas*.

Desde las dos mayores que eran ya mujeres, hasta la última, que era una miniaturita, formaban *un rebaño interesantísimo* que llamaba la atención por el número y la escala gradual de las tallas.

Los conocidos que las veían entrar, decían: «ya está ahí doña Isabel con el muestrario».

La madre, peinada con la mayor sencillez, sin ningún adorno, flácida, pecosa y desprovista ya de todo atractivo personal que no fuera la respetabilidad, *pastoreaba aquel rebaño, llevándolo por delante como los paveros en Navidad*. [71] (Los subrayados son nuestros)

Si bien dicha descripción no puede aplicarse, en la forma, a los datos que nos aporta José María sobre los noviazgos auspiciados por la madre de sus primas, sí que se les puede aplicar por el fondo de la cuestión (aspecto también recurrente en toda la novelística galdosiana):

En la primera ocasión que se presentó, mi tío habló de sus tres yernos con muy poco miramiento.

El uno era egoísta, el otro pobre y vanidoso, el tercero una mala persona.

De confidencia en confidencia llegó hasta las más íntimas y delicadas, acusando a su esposa de precipitación en el casorio de las hijas. De esto colegí que mi tía Pilar, señora indolentísima y de cortos alcances, por quedarse libre y descansar del enfadoso papel de mamá casamentera, había entregado a sus niñas al primer hombre que se presentó, llovido en paseos y teatros.

También pudo ser que ellas se sobrepusieran a la disciplina paterna, apegándose al primer novio que les deparó la ilusión juvenil. [11]

Esta tendencia a la animalización en las descripciones (sobre todo de los personajes femeninos de clara potencialidad amorosa), se vuelve a manifestar un poco después en *Fortunata y Jacinta*, cuando Estupiñá le está detallando a doña Bárbara el tipo de relaciones y el trato amistoso que Juanito había entablado con “unas desconocidas”, a sus veinticinco años:

-¿Mujeres...? -preguntó con ansiedad Barbarita.

-Dos, señora, dos -dijo Plácido corroborando con igual número de dedos muy estirados lo que la voz denunciaba-.

No les pude ver las estampas. Eran de estas de mantón pardo, delantal azul, buena bota y pañuelo a la cabeza... en fin, *un par de reses muy bravas*. [107]
(El subrayado es nuestro)

Otro ejemplo de *Lo prohibido* que corrobora nuestras anteriores afirmaciones, y que aporta luz sobre la interpretación de los amores adúlteros e incestuosos que mantiene Eloísa con su primo, y sobre los denodados intentos que hace éste por repetir la experiencia con Camila, lo encontramos en una de las gráficas autodescripciones de José María Bueno de Guzmán; quien, como en la famosa cita recogida por fray Diego de Estella, se compara a sí mismo con Nabucodonosor.

“Nabucodonosor, amando al mundo, anduvo como bestia por los montes, paciendo hierbas; y volviéndose a Dios por penitencia, recuperó la imagen que había perdido¹⁴⁶”.

Pero, irónicamente (como ocurrirá al aplicar estas palabras a Maxi Rubín), José María nunca llegaría a recuperar “la imagen que había perdido”,

¹⁴⁶ SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes (Imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro)*, pp. 51-52.

sino que fue necesaria una apoplejía fulminante para aplacar su furor amoroso, concupiscente y lascivo, y sólo entonces volvió sus ojos a la *caritas*, por medio del sincero afecto que Camila y su esposo le demostraron hasta el fin de sus días.

Las almas de los personajes de la novela galdosiana no son, pues, de “blanda cera” sobre la que poder esculpir las pasiones positivas, sino que, en muchas ocasiones, estarán firmemente marcadas y conformadas, para bien o para mal, en una dirección irreversible.

Y es que buena parte de las relaciones amorosas descritas por los narradores de don Benito responden, como vimos en profundidad al ofrecer nuestra interpretación sobre los amores frustrados de León Roch, a la definición de amor que Andrés de Capellán propone en su tratado *De amore*, enmarcado dentro de la tradición “naturalista” de la teoría de los afectos desarrollada por Aristóteles:

“El amor es una pasión innata que tiene su origen en la percepción de la belleza del otro sexo y en la obsesión por esta belleza, por cuya causa se desea, sobre todas las cosas, poseer los abrazos del otro y, en estos abrazos, cumplir, de común acuerdo, todos los mandamientos del amor”¹⁴⁷.

A esta preponderancia del amor concupiscente o afrodisíaco se le añade el problema de que suele tratarse, además, de “amores simples”¹⁴⁸, según la catalogación que establecía Marsilio Ficino:

“Hay dos especies de amor, uno es el amor simple, el otro, el recíproco. Amor simple cuando el amado no ama al amante. Aquí el amante está *completamente muerto*, pues no vive en sí... ni tampoco en el amado, al ser despreciado por este.

¹⁴⁷ Op. cit., p. 70.

¹⁴⁸ Vid. Op. cit., pp. 42-43.

¿Dónde vive, entonces? ¿Vive en el aire, el agua, el fuego, la tierra...?
No. Pues el espíritu humano no vive sino en el cuerpo humano¹⁴⁹”.

No obstante, nos interesa destacar un aspecto del discurso amoroso que Pérez Galdós aborda de lleno, en esta antesala que es *Lo prohibido* con respecto a *Fortunata y Jacinta*.

Camila Bueno y Constantino Miquis constituyen un joven matrimonio cuyo amor recíproco les hace crecer o ascender vertiginosamente en la escala de la autoformación sentimental.

Según hemos tenido oportunidad de comprobar hasta ahora, ni el presente patriarca de los Bueno de Guzmán ni la tía Pilar, pudieron ofrecer a sus hijas una educación de la que ellos mismos carecían.

Hemos asistido a la veneración que siente el tío Rafael por las múltiples conquistas de la estirpe de los Bueno y a la blanda guía que suponen las intervenciones de tía Pilar en las elecciones o conformación de gustos de sus hijas.

No se les puede reprochar, en cambio, a estos padres el necesario y riguroso respeto que manifestaron hacia el “libre albedrío” de María Juana, Eloísa y Camila a la hora de elegir esposo, debido a la impetuosa fuerza de carácter de éstas y a la debilidad de carácter de ellos; aunque todos los miembros de tan extravagante familia estén sazonados de “manías” o “chifladuras”, más o menos llamativas y, en todo caso, indomeñables.

Como decíamos, María Juana había alcanzado un plausible equilibrio doméstico, mientras Eloísa soportaba estoicamente los problemas pecuniarios y

¹⁴⁹ Op. cit., p. 100.

la precaria salud de su esposo, hasta que se produjo la fatídica irrupción en sus vidas del primo rico y seductor.

Pero, en el caso de Eloísa, asistimos a la vivencia y al cultivo de un amor hacia José María mucho más estable y real de lo que pudieran sugerir o hacer pensar las apariencias (frente al conato de furor platónico que describe el parcial y ambiguo narrador por parte de María Juana hacia su primo).

Lo que será presentado progresivamente y sin ambages es el auténtico amor que Camila demuestra hacia su esposo.

Desde el romanticismo decadente de José María resultan inconcebibles tanto las causas como los efectos del enamoramiento de Constantino y Camila:

Matrimonio más disparatado no creí yo que pudiera existir. Sin duda en aquella extravagante prima mía las acciones debían de ser tan absurdas como las palabras y los modos.

No podía explicarme su casamiento sino por un desvarío cerebral, por la falta absoluta del tornillo o tornillos que tan importante papel hacían, según mi tío, en la existencia de los Buenos de Guzmán.

A poco de ver y oír al oficialite, preguntábame yo con asombro: «Pero esta condenada, ¿qué encontró en tal hombre para enamorarse de él?».

Porque Constantino era feo, torpe, desmañado, grosero, puerco, holgazán, vicioso, pendenciero, brutal. [35]

La constatación de la autenticidad del amor de esta pareja se produce mediante el paciente perfeccionamiento de las virtudes de ambos en aras del bien del otro y la armonía doméstica; así como de una fidelidad y una fe mutuas inquebrantables.

Cuando Sternberg nos habla sobre *La experiencia del amor*¹⁵⁰, afirma lo siguiente:

"Nuestros descubrimientos indican que una de las razones por las que las relaciones funcionan mal consiste en que las cosas que son importantes al principio difieren de las que lo son más adelante.

Aun así, tendemos a elegir a nuestros compañeros sentimentales más sobre la base de las primeras que de las segundas.

Sería preferible que las parejas abordaran las cuestiones pragmáticas al principio de la relación..."

Este consejo también le habría procurado beneficiosos efectos (en caso de haberlo seguido) a José María Bueno, sobre todo al comienzo de sus "amores criminales" con Eloísa.

El tipo de pragmatismo que hubiera necesitado antes de enamorarse perdidamente de Camila era bien distinto al que, con posterioridad, aplicó (ya sin tintes crematístico-morales), porque el aspecto práctico que obvió desacertadamente era la imposibilidad de ésta para sentir por él cualquier afecto "ilícito", debido al inconmensurable amor que Camila sentía por su esposo.

Sobre el amor de Constantino, Camila le confiesa a su primo:

Por muy alta idea que tengas del amor de un hombre, no sabes cómo me quiere Constantino. Se dejaría matar cien veces por su mujer.

¹⁵⁰ STERNBERG, Robert J. *La experiencia del amor*, tr. de Joan Carles Guix Vilaplana, Paidós "Contextos", Barcelona, 2000, p. 180.

Jamás me dice una mentira, y tiene tal fe en mí, que si le dijeran que yo era mala no lo creería. [30]

José María se ve obligado a reconocer los esfuerzos constantes de su prima por pulir aquellos defectos o salvar los desconocimientos (como aprender a sumar para poder llevar las cuentas de su hogar¹⁵¹) que la hicieran desmerecer a los ojos de las personas a las que amaba.

Ser justamente estimada por familiares y amigos, y muy especialmente por Constantino (agradarle y conseguir para él todos sus caprichos, anticipándose a los sueños y deseos de éste), se convirtió en la gran meta de la vida de Camila:

“En aquel curso educativo que se daba a sí misma, aprendió delicadezas que antes no conocía. [32]”

Y, no contenta con esto, trabajó duro por conseguir mejorar el concepto que los demás tenían de su esposo, en lo tocante al aseo personal, modales, profesión (trató de restituirle un salario y una ocupación dignas, mediante su reinsertión en la carrera militar, a través de las influencias de su primo)...

No ser querida constituía el único miedo de Camila. Y dicho temor contribuyó a reducir considerablemente sus extravagancias. A pesar de las cuales, y como si aplicara los consejos de Sternberg, no llegó a caer en el gran error de Jacinta:

¹⁵¹ «Yo iba en su auxilio, [nos cuenta José María] porque comprendí, tras brevísimo examen, que Camila no sabía sumar. “¿Pero qué educación te han dado, chiquilla?”. Y ella me contestaba candorosamente. “Ahora me la estoy dando yo misma. La necesidad obliga”». [312]

Jacinta, que aún tenía poco mundo, se dejaba alucinar por las dotes seductoras de su marido. Y le quería tanto, quizás por aquellas mismas dotes y por otras, que no necesitaba hacer ningún esfuerzo para creer cuanto le decía, si bien creía por fe, que es sentimiento, más que por convicción. [121]

De modo que la fe de ésta se encontraba muy alejada de la confianza mutua, sólida, pragmática y bien fundamentada de los presentes esposos.

Los enamoramientos de los narradores más intimistas de las novelas de Galdós (es decir, aquellos que le confían al lector las vicisitudes de su aprendizaje sentimental), obedecen a un lento proceso afectivo que pasa por la admiración o compasión inicial, sigue con un trato cariñoso y continuado, y concluye en un inexorable apasionamiento no correspondido.

Así le ocurrió a Máximo Manso y así le sucede al último vástago del hermano de don Rafael Bueno de Guzmán, quien llegó a Madrid en septiembre del 1880 y no fue hasta finales de 1881 cuando soñó que Eloísa era su esposa, si bien es cierto que desde el primer momento conceptuó a su prima del modo que vimos al comienzo de estos apuntes.

Planea, por tanto, sobre dichos personajes-narradores la sombra del peculiar puritanismo galdosiano, que tiene sus puntos de apoyo en una formación pragmático-racionalista de frecuente ascendencia anglosajona; una rigurosa abstinencia en los años de juventud, y la entrega desenfadada a las pasiones en la etapa de independencia y madurez¹⁵².

¹⁵² Las ingeniosas referencias a *Fausto* son muy elocuentes en este sentido:

“¡Que no vinieran los tiempos en que un hombre podía evocar al Diablo, y previa donación o hipoteca del alma, celebrar con él un convenio para obtener las cosas estimadas imposibles!

Algunos de estos rasgos de la biografía sentimental de numerosos personajes masculinos (predicables, en amplia medida, con respecto a las vivencias de José Rey, Daniel Morton o don Baldomero Santa Cruz), se perciben también en la trayectoria sentimental de Horacio Díaz, el gran amor de Tristana. Aunque los ejemplos de más estricto puritanismo hispánico, finalmente desechado, los encontramos en don Agustín Caballero y León Roch.

Todos estos “puritanos” galdosianos tienen en común la flaqueza de la debilidad a la hora de conducirse en su vida sentimental –ya sea por exceso o por defecto–, frente a la firmeza con que se conducen, guiados por sus postulados, al comienzo de sus respectivas vidas sociales y profesionales.

El traicionado puritanismo de José María es analizado por él mismo del siguiente modo:

“Este quijotismo, esta moral de catecismo había sido uno de los principales ornatos de mi juventud, cuando la vida serena, regular, pacífica no me había presentado ocasiones de desplegar mis energías iniciales propias.

Yo era, pues, como un soldado que ha estado sirviendo mucho tiempo sin ver jamás un campo de batalla, y para quien el valor es aún fórmula consignada en la hoja de servicios, persuasión vaga de la dignidad, no comprobada aún por los hechos [60]”.

Yo quizás no hubiera cedido mi alma sino a retroventa, para pagarla después de algún modo, o redimirme con oraciones y recobrar la que Shakespeare llama *eternal joya*...

Pero ya no hay diablos que presten estos servicios; tiene uno que arreglarse como pueda”. [98]

La razón de la referida deserción hay que buscarla, pues, en la falta de convencimiento con la que se cumplen los ritos de la disciplina (frente al decidido autoengaño de Roch o a la firme apuesta de Caballero).

En el caso de Manso y Díaz se debe a un exceso de rigurosidad, tanto íntima como externa, esto es, de predominio de los bien asimilados prejuicios sociales a la hora de pensar y conducirse, respectivamente.

Después del trágico desenlace del noviazgo entre José María y la angelical Kitty, de cuya sombra confiesa no haberse desprendido del todo cuando conoce a Eloísa, éste apuesta por la exuberancia y el caos que le brinda *Eros*.

Estaríamos hablando, pues, de una de-formación sentimental que, en parte, es fruto de su desgraciada experiencia: la muerte de la joven y dulce Kitty. *Eros* adopta, entonces, para José María, la seductora figura de la bohemia, aunque arropada y adornada por los oropeles del lujo.

En nuestros coloquios, amenizados por constante reír, nos comparábamos con las dichosas parejas del barrio latino, el estudiante y la griseta, el pintor y su modelo, viviendo al día, con dos o tres francos y una ración inmensa de amor sin cuidados.

Nosotros éramos mucho más felices porque teníamos dinero y podríamos paladear mejor tanta dicha. [144]

Nos encontramos, por tanto, ante un amor carnal, nacido con el marchamo de la culpa y el repudio de las buenas costumbres, la sinceridad y la virtud.

En más de una ocasión emplea el narrador alusiones al reptil del pecado por antonomasia para referirse a Eloísa: “Una tarde, solos en nuestro escondite, le hablé el lenguaje sincero y leal de los números. ¡Cómo esquivaba el tema la muy pícara, cómo se escapaba, culebrosa y resbaladiza cuando ya la creía tener bien cogida! [205]”.

Además, las descripciones que hace de sus relaciones son eminentemente sensuales y siempre aparecen entreveradas con aspectos que nos muestran la relajación moral y la predominancia de la fisiología en las relaciones de los amantes, sobre otro tipo de experiencias más genuinamente sentimentales:

“Estábamos como en nuestra casa, libres, solos, haciendo lo que se nos antojaba, almorzando en la mesilla de mi gabinete, ella sin peinarse, a medio vestir, yo vestido también con el mayor abandono; ambos irreflexivos, indolentes, gozando de la vida como los seres más autónomos y más enamorados de la creación [144]”.

Una vez en Madrid, los jueves de Eloísa pueden sugerir, en el imaginario del lector asiduo de novela decimonónica, la idea y el efecto de encontrarse ante un plagio, pero bastante pedestre o prosaico, de los jueves creados por Isabel Archer en su casa de Roma.

Ya nos había advertido el narrador-protagonista de la historia que la alta sociedad española trataba de imitar, por aquellas fechas, aunque todavía sin demasiado éxito, a los países que se consideraban más maduros y civilizados de la vecina Europa.

España es vista aún, por amplios sectores de la intelectualidad nacional y extranjera, como un país salvaje o incultivado, pero con fuertes anhelos de emulación de aquellos otros que ya habían alcanzado el refinamiento y la elegancia característicos de su distinción y de su consolidada mayoría de edad; tanto desde el punto de vista político como social.

Así, las discretas tertulias de la tarde en el Palazzo Roccanera jamesiano se metamorfosean en indigestas comilonas que están en consonancia con la extremosidad castiza, tan bien plasmada y vilipendiada por Galdós en sus novelas.

Nada impidió, sin embargo, a Isabel Archer ser víctima de efluvios narcotizantes análogos, en esencia y efectos, a los que embriagaron, de por vida, a Eloísa Bueno (aunque en el bellissimo retrato de Isabel adopten formas mucho más exquisitas y estilizadas).

Volvamos a mis jueves, quiero decir a los jueves de la otra. Todos los amigos de la casa admiraban a Eloísa, y aun diré que se pirraban por ella. La atmósfera caldeada de la galantería que todos, hombres y mujeres, respiran en tal género de vida, el constante incitativo del mucho y refinado comer y beber, el efecto de narcotización que en el espíritu van produciendo a la larga las mentiras de la cortesía, todas estas causas y aun la obsesión material de la seda y el oro y el arte suntuario, embotan el sentido moral del individuo y le inutilizan para apreciar clara y derechamente el valor de las acciones humanas.

[174]

Martín Gaité nos explicaba, en su estudio sobre los *Usos amorosos del XVIII en España*, esta costumbre de la aristocracia puesta de moda por la Duquesa de Alba.

Nos demuestra, a través de numerosos documentos históricos, cómo las señoras de la alta sociedad del XIX, al igual que las del XVIII, se suelen servir de sus amantes o cortejos para que las aprovisionen de todos los caprichos que no les pueden conceder las economías domésticas de sus maridos.

Otra costumbre muy en boga, que se despliega durante todo un siglo hasta llegar a finales del decimonónico, consiste en el entusiasmo que despiertan las maneras desenvueltas de las “majas” dentro de lo más selecto de la sociedad española.

Como nos indica el narrador de *Lo prohibido*, cada uno de los caballeros que asisten a “los jueves de Eloísa” se siente interpelado ante la mirada incendiaria, irónica, coqueta y provocativa de “la chula de Sala”, comprada por la anfitriona de los suntuosos ágapes.

Sin salir de su papel de seductoras, de conquistadoras (más o menos exitosas) de posición o riquezas a través de sus matrimonios, algunas mujeres de la aristocracia, ya desde el siglo anterior, abandonan abiertamente (es decir, sin los tapujos usuales o de rigor, en buena parte del teatro del Siglo de Oro español), las tácticas propias del pudor y el recato que exhiben con variable veracidad –según los casos- las muchachas casaderas.

Las damas seductoras de la modernidad adoptan, por el contrario, las poses atrevidas que, según opinión generalizada, debe caracterizar a las majas o chulas del folklore español, aquellas que demostraban una mayor viveza de genio e ingenio, y, por tanto, ejercían mayor atractivo a los ojos de algunos caballeros decimonónicos; esto es, según los más “explícitamente modernos” de la época.

La versión galdosiana no dejaría de aportar un toque personal a la visión de tales usos, más o menos extendidos:

Demostraba Fúcar a la señora de Carrillo una como adhesión caballeresca.

A veces, la edad caduca pesaba en su ánimo lo bastante para convertir aquella devoción en una especie de cariño paternal, traduciéndose en consejos galantes, antes que en galanterías.

Muy a menudo y cuando parecían más interesados en una conversación frívola, trataban de negocios. Eloísa, que empezaba a pensar mucho en los fabulosos aumentos que ciertos hombres de pesquis dan a su capital en poco tiempo, arrastraba la conversación de Fúcar hacia aquel terreno. [144]

Pero, rara vez, alguna de estas aparentes "adhesiones caballerescas" a las que alude Galdós en sus novelas lo son realmente. El objetivo último de todo admirador galante decimonónico, ya se muestre desenvuelto o estratégicamente tímido y apocado, es, siempre según las tesis galdosianas, la posesión del objeto deseado.

Lejos quedaron las aspiraciones heroicas depuradas de sensualidad de los caballeros andantes medievales. Incluso uno de los más inofensivos caballeros galdosianos, don José, el padrino de la desheredada, albergaba en su corazón un ansia irrefrenable de goces sensuales nunca declarados, pero siempre fieles (es justo decirlo) a su sobrina.

Se adhiere, sí, pero como un mendigo, a su ahijada, como un verdadero indigente de sus manifestaciones de afecto o, al menos, de su compañía; aunque no se permita ni aun confesárselo a sí mismo.

Es tal vez el lector (después del autor) el ser más consciente de la causa real de sus infinitas melancolías. Necesita don José la presencia física de Isidora poco menos que para seguir respirando, y se ve obligado a paliar las ausencias con los sueños de juventud y de grandeza vividos junto a ella en su fantasía; sueños que, finalmente, ya sólo pueden venir de la mano de sus cada vez más frecuentes estados de coma etílico.

Ni que decir tiene que esta pasión sólo podrá ser saldada con la muerte. (En el extremo opuesto de este sensualismo espiritualizado se sitúa el señor Pez, vulgarísimo y digno conquistador de Rosalía Bringas, maestro consumado en el arte de la cortesía de pacotilla, y a cuyo nivel puede situarse el antedicho marqués de Fúcar).

Los celos y la conciencia, o el hastío, de este amor cortesano también acaban por deshumanizar a José María. Ya no le importa nada que no esté dentro de sus dominios, de su control o de sus aspiraciones últimas: en su alma se ha albergado, sin paliativos, la ponzoña de los vicios efímeros.

Al llegar a Madrid, durante su larga convalecencia, miraba con un cariñoso agrado el fluir del mundo que le rodeaba. Tras su pasión amorosa todo lo observa desde un plano de superioridad envuelto en desdén. Atrás quedó su diáfana y equilibrada percepción de las cosas.

Este amor suyo no lo ha hecho más caritativo y más sensible a los sentimientos del resto de la humanidad, aportando así una nota de dulce y generosa fraternidad a su vida, sino que ha obrado el efecto contrario.

La conciencia de la ilicitud de su situación no puede ser sofocada por completo. Es un ser dominado por la sensualidad, la embriaguez y la locura. Está desconectado de la realidad y permanece hostil tanto a ella como al ideal, prueba simbólica de lo cual son las burdas parodias que José María y Eloísa hacen de algunos famosos pasajes de *Romeo y Julieta* durante sus encuentros amorosos; así como las abundantes referencias irónicas del narrador implicado

a los cuentos de hadas y a los usos del romanticismo más fervoroso o febril: el de los duelos, las muertes de amor y los mentís.

En cualquier caso, la realidad suele acabar por devolver el golpe.

¡Con qué desprecio oíamos, desde mi gabinete, el rumor del tranvía, las voces de personas y el rodar de coches! Y más tarde, cuando la turba dominguera se posesionó de la acera de Recoletos, nos divertimos arrojando sobre aquella considerable porción del mundo que nos parecía cursi, frases de burla y de desdén. [250]

Está cerca el momento en que el autor canario aguace y ponga en práctica su perfecto dominio del lenguaje del amor decadente, y vaya apuntando de forma detallada los signos del progresivo declive de la relación amorosa: “Aunque parezca extraño y en contraposición a todas las leyes del sentimentalismo, yo deseaba ya que me dejase solo, pues me entraba súbitamente un tedio, un cansancio contra los cuales nada podía lo poco espiritual que en mí iba quedando [253]”.

En contra de lo que, en principio, nos quería hacer creer el narrador –tal vez tratando de engañarse a sí mismo- existe una considerable afinidad entre ambos, porque la vanidad y la ostentación, tan definitorias en la personalidad de Eloísa, son debilidades a las que también es sensible José María, tanto al elegir el lujosísimo diseño de su hogar, como el objeto de su desatada pasión.

Aunque, en el caso de José María, se circunscriban, tarde o temprano, estas pasiones censurables, a los límites que establece el sentido británico de la moderación (aplicado por él, en un primer momento, y fundamentalmente, a sus intereses pecuniarios y, con posterioridad, a lo que le recomendaban las amenazantes y apabullantes demandas de la próxima senectud):

“Era pasión de sentidos, pasión de vanidad, pasión de fantasía la que me había tenido cautivo por espacio de dos años largos; y alimentada por la ilegalidad, se debilitaba desde que la ilegalidad desaparecía.

¿Es tan perversa la naturaleza humana que no desea sino lo que le niegan y desdeña lo que le permiten poseer?”.

Y, más adelante: “...porque bien podían mis apetitos y mi vanidad inducirme a conquistar lo prohibido; pero ser yo la prohibición... ¡jamás!” [305]

Cuando José María rompe definitivamente su relación con Eloísa ésta demuestra ser una mujer tan degradada moralmente como valiente. Trata de invertir los términos de la ecuación matrimonial tradicional y pide la "blanca mano" del amado con el condicionante del amor incondicional.

El ímpetu con el cual hace valer su franqueza, sobreponiéndose a las estratagemas y argucias de su primo, resulta impresionante. Se ha convertido en una mujer de mundo capaz de jugar las mismas cartas y arriesgar en la misma proporción que los hombres de negocios más temerarios.

Y, de hecho, aborda el asunto de su matrimonio con José María como si de un negocio se tratase; por el que no está dispuesta, al mismo tiempo, a renunciar al lujo y a su independencia; a cambio, presumiblemente, de una traición.

Demuestra tener una perspicacia y una gallardía de la que su deslumbrado amante-narrador la creía incapaz, y, por qué no decirlo, también sorprende al lector que, por medio de la visión de éste, creía estar enfrentándose a una hipócrita convencida sin visos de posible remisión.

Reproducimos las palabras de Eloísa:

Chiquillo, si quieres sacar partido de mí, trátame con maña; quiéreme y dómame. Pero lo que es domarme sin quererme, no lo verás tú. Estoy muy encariñada ya con mi manera de vivir, muy hecha a ella para que en un día, en una hora puedas tú volverme del revés, poniéndome delante de un papelito con números. ¡Ah, los números! ¡Maldito sea quien los inventó!... Qué quieres, soy mujer enviada ya en el lujo... No pongas esa cara de juez, después de haber sido mi Mefistófeles. [113]

Sólo entonces José María se ve obligado a enfrentarse con su verdad:

Porque ella, al menos, obraba con lealtad, declaraba que el sacrificio de su lujo le era penoso; pero que lo haría si yo le cumplía solemnes promesas.

Yo, en cambio, pedía la reforma de vida, reservándome mi libertad de acción; más claro, yo no la quería ya o la quería muy poco, y al decirle «primero la mudanza de vida, después el casamiento», procedía con perfidia, porque ni sin economías ni con ellas pensaba casarme.

Esta es la verdad pura; yo reconocí en mí esta falta de nobleza, pero ya no la pude remediar; no estaba en mis facultades ni en mis sentimientos obrar de otra manera. Deseaba el rompimiento a todo trance, y para que éste apareciese motivado por ella antes que por mí, gustábame verla en el camino de la obstinación. [115]

La progresiva degradación moral de José María lo conduce a no escatimar el empleo de todo tipo de estrategias en su siguiente intento frustrado de conquista. Volvamos con Camila y Constantino.

El primo ha adquirido diabólica conciencia de que los rumores condenatorios dirigidos a una pareja feliz se bastan y se sobran para acabar con la pureza y la inocencia de sus relaciones.

De la misma manera que la aprobación socio-familiar puede potenciar la felicidad dentro de un compromiso amoroso, las calumnias y otro tipo de obstáculos por el estilo interfieren, con demasiada frecuencia, en el natural desenvolvimiento de las alegrías y los goces conyugales¹⁵³.

El matrimonio de Camila y Constantino Miquis se desvía del patrón de lo que, en el marco del "buen tono" de la época, se entiende por institución matrimonial.

Al margen de sus excesos en la contravención de las normas sociales, ¡ambos parecen estar tan enamorados como el primer día en que se vieron! Para mayor escándalo, los dos son algo así como individuos que viven en estado salvaje. Muchas veces el narrador de estas "memorias" emplea dicho adjetivo para describirlos o referirse a ellos. La "Camililla de sus entretelas" es una "borriquita" y Constantino es un "asnito", según lo concibe y expresa, también, la enamorada esposa.

¹⁵³ Robert J. Sternberg afirma, en *La experiencia del amor*, que la sociedad suele ser hostil ante el enamoramiento, por lo que en éste hay siempre de rebeldía contra los límites impuestos por las convenciones sociales.

Véase STERNBERG, Robert J., *La experiencia del amor*, tr. de Joan Carles Guix Vilaplana, Paidós "Contextos", Barcelona, 2000.

Cuando José María los conoce, ella corre por su casa en paños menores sin reparar en la índole de ninguno de sus invitados; y él, oficial retirado, vocifera con tan poco tino como diplomacia contra la jerarquía militar (a la que “pone verde” por igual, sin tener en cuenta datos tan significativos como el lugar de maniobras de cada cargo –según observa, con asombro, José María-), y proclama, asimismo, la necesidad de grandes insurrecciones.

Con el tiempo, y gracias a la férrea disciplina que se autoimpone Camila, ambos –porque los dos constituyen prácticamente una sola unidad, en torno a la voluntad de la esposa, que es, a su vez, la voluntad de ambos– consiguen refinar sus maneras sociales.

Se aplican en el cuidado de la casa y en el cumplimiento del nuevo empleo, respectivamente; economizan; se privan de caprichos o gustos personales en favor del otro; incluso se quitan, literal y factualmente, el pan (o la tortilla española) de la boca para que el otro sacie su hambre... ¡mientras consiguen mantener intacto su amor! Aunque quizá deberíamos decir que consiguen hacer todas estas cosas y dar un cambio radical a su comportamiento, en principio un tanto incivilizado, y a su vida (porque ambas vidas descansan y alientan realmente en la vida común), gracias al profundo amor que se tienen.

Pues bien, a pesar de todos estos magníficos logros, la buena sociedad no les perdonará sus desatinados comienzos.

Entre la envidia y el prejuicio se ahoga todo indeciso amago de benevolencia, de bondad en el mirar a esta pareja de enamorados.

Son tenidos por miembros despreciables de la sociedad, pues atentan contra el orden moral; y ni las asperezas epidérmicas que se ocasiona Camila desempeñando todas y cada una de las tareas domésticas, y extradomésticas, que están en su mano, ni el esmero con que “el bruto de Constantino” se aplica en la lectura de la *Historia Universal* de Muller (siempre a instancias de su

esposa), consiguen aplacar la saña con la que se muestran deseosas de injuriarlos las malas lenguas.

Según éstas, si se dan cambios aparentes en su *modus vivendi* se debe a que, a veces, cuando se unen dos seres negativos, la naturaleza neutraliza su virulencia; al menos así lo trata de justificar en dos ocasiones el narrador-artífice de la pérdida de su inocencia.

Camila, incansable, fidelísima y apasionadísima amante de su esposo, idea con frecuencia sorpresas para potenciar la impresión que producirán en Constantino los agasajos y regalos con los que anhela obsequiarlo, para lo cual tiene que hacer considerables sacrificios personales.

El descreído narrador se queja amargamente al contemplar la inmensa felicidad y rectitud de carácter que se interpone en su tan deseado y esperado adulterio con Camila:

No he visto persona más dispuesta que Camila a gozar de los encantos lícitos de la vida y a apurarlos hasta el fondo. Su marido le hacía pareja en esto.

Ambos tortoleaban en mis barbas, haciéndome rabiar interiormente y exclamar desesperado: «Pero Señor, ¿será posible que yo me muera sin conocer y saborear esta alegría inocente, esta puericia de la edad madura, estos respingos candorosos del amor legitimado y estas zapatetas de la conciencia tranquila, que salta y brinca como los niños? [49] ».

Camila es el único ser humano con la potestad de desmentir los lúgubres presagios del errante hispano-inglés: “Si la única felicidad verdadera consiste en contemplar felices a los que amamos, yo no debía cambiarme por ningún mortal; pero la felicidad no es tal cosa, y el filósofo que lo dijo debió de ser un majadero de esos que fabrican frases para vendérmolas por verdades” [62].

Sin embargo, no hay alegría mayor que ésta para Camila: ver resplandecer de alegría la cara de su dulce (y descomunal) esposo. Aunque podríamos convenir con el narrador que la "verdadera felicidad" de Camila radica en el don de ser artífice, a la vez que última beneficiaria, de las alegrías de Constantino.

No olvidemos, en este sentido, que si su confianza en él es grande, sus celos son terribles. Varios días de postración y pucheros le costó a esta gitanilla galdosiana una riña, y la consecuente negación de la palabra, con su "asnito", por un falso e infundado rumor de infidelidad difundido por el descarriado primo.

La inmensidad de la mutua confianza y la pasión ponzoñosa de los celos echaron un pulso, dejándolos a ambos, a Constantino y a Camila, a Camila y a Constantino, igualmente deseosos de pronta reconciliación, para nuevo escarnio del frustrado narrador.

La venganza de José María, será, sin embargo, el precio que el matrimonio deberá pagar por la lección de "educación sentimental" recibida.

También para ellos (para esta pareja edénica) el importe de la experiencia en las costumbres del mundo, irá a costa de la pérdida de su bendita inocencia:

Eran sin duda menos felices, porque eran menos inocentes; ambos sabían algo más de la malicia humana; sin ser pecadores, habían probado las amarguras de la sospecha, la manzana apetitosa e indigerible, y de buenas a primeras se habían avergonzado de la desnudez de su inocencia.

Creyeron que el mundo era esencialmente bueno, y de pronto salíamos con la patochada de que estaba lleno de picardías, de asechanzas, de trampas armadas entre las hojas verdes, de abismos revestidos de flores.

Había que andar por él con mucho cuidado, midiendo las acciones, las palabras, y tapándose bien. [311]

El artífice de esta desgracia recibirá un fuerte castigo, al más puro estilo del moralismo naturalista galdosiano:

El delicado Petrarca era un sátiro ante Laura, y el espiritado *Quijote* un verdadero mico ante Dulcinea, en comparación de lo que yo era ante Camila.

No cabía más pureza que la que mi incapacidad me daba. Vedme aquí hecho un santo, de esos que aman por lo divino y sutil, sin ningún interés de la carne ni cosa que lo valga, siendo un montón de ceniza corporal que guarda los encendidos hornos del alma. Ya veis cómo aquel puerco de que os hablo, no era todo escoria; yo reconocía en mí el conjunto extraño de bestia y ángel que caracteriza a los niños; pero nada de lo que constituye al hombre [362].

Pérez Galdós da, a mi juicio, en esta novela, con la clave del buen amor.

Lo hace, como no podía ser de otro modo, a través de la sencilla y espontánea opinión de Camila, uno de esos seres afortunados que lo han experimentado y protegido con auténtica pasión (lo que dota de plena autoridad a su argumento). Y, generosamente, ofrece la solución del problema en el mismo enunciado, es decir, al principio de la novela, donde corre el riesgo de que pase desapercibido:

Cuando tuve confianza con ella, le decía yo: «Vamos a ver, Camila, sé franca conmigo. ¿Por qué te enamoraste de Constantino? ¿Qué viste, qué hallaste, qué te gustó en él para distinguirlo entre los demás y entregarle tu corazón?».

Y ella, con naturalidad que me confundía, replicaba: «Pues le quise porque me quiso, y le quiero porque me quiere». [36]

Sobre la importancia de la reciprocidad y la correspondencia en asuntos de amor también dejó buena cuenta doña María de Zayas, en la Introducción a la *Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto*, donde afirma, en consonancia con la actual tesis de Galdós: “...que lo cierto es que no hubiera malas mujeres si no hubiera malos hombres.

No hablo con los que no lo fueren, que de la misma manera que a la mujer falsa, inconstante, liviana y sin reputación no se le ha de dar nombre de mujer, sino de bestia fiera, así el hombre cuerdo, bien intencionado y que sabe en los mismos vicios aprovecharse de la virtud y nobleza a que está obligado, no será comprendido en mi reprehensión; mas hablo de los que, olvidados de sus obligaciones, hacen diferente de lo que es justo; estos tales no serán hombres, sino monstruos; y si todos lo son, con todos hablo...¹⁵⁴” Ha dicho.

¹⁵⁴ De ZAYAS, María, *Novelas Completas*, edición y estudio preliminar de María Martínez del Portal, Colección Libro Clásico, Editorial Bruguera, Barcelona, 1973, pp. 333-334.

II. 9. *Fortunata y Jacinta* (1887)

Queríale bien y creíle.

Con este emblema barroco¹⁵⁵ y universal se puede definir la actitud amorosa de los ciegos amantes a los que da vida Galdós en la que se considera el núcleo de las perfecciones de su creación novelística.

Deslumbrados y descarriados por la tiranía de los sentimientos, se someten, humillan y rinden a ellos, como los más serviles de sus esclavos: Fortunata, Maximiliano Rubín y Jacinta.

Los tres se caracterizan (aunque los dos últimos en menor grado que Fortunata) por una incapacidad intrínseca para enmendar los errores de su conducta, y la aberración que supone el loco amor en sus vidas.

La pasión de tan incondicionales amantes atenta contra las bases de su integridad y dignidad personales. Son seres destruidos por lo único que estaba llamado a darles vida. Su vida, la causa última de su destrucción, su insuperable obstinación, es el amor.

Pero comencemos por el análisis de la figura de Maximiliano Rubín, uno de los pocos enamorados de la literatura española de todos los tiempos que

¹⁵⁵ De ZAYAS, María, *Desengaño primero: "La esclava de su amante"* (p. 365), en *Novelas Completas*, edición y estudio preliminar de María Martínez del Portal, Colección Libro Clásico, Editorial Bruguera, Barcelona, 1973.

empieza a revivir y halla la paz del alma, tras la muerte de quien fuera su única amada: Fortunata.

Avicena hablaba de la *aegritudo amoris* para referirse a la melancolía experimentada por el “enfermo de amor”¹⁵⁶.

En el capítulo IV de su *Ética*, Spinoza valora las consecuencias de dicha pasión del alma:

“Alaben los melancólicos cuanto puedan una vida inculta y agreste, despreciando a los hombres y admirando a las bestias: no por ello dejarán de experimentar que los hombres se procuran con mayor felicidad lo que necesitan mediante la ayuda mutua, y que sólo uniendo sus fuerzas pueden evitar los peligros que los amenazan por todas partes; por no hablar ahora de que vale mucho más y es más digno de nuestro conocimiento considerar las acciones de los hombres que las de las bestias”¹⁵⁷.

En el caso de Maxi Rubín, esta melancolía desaconsejada por Spinoza era consecuencia ineluctable de las múltiples deficiencias físicas (con sus correspondientes repercusiones anímicas) que lo empujaban a la indeseada “vida inculta y agreste”.

Así nos lo describe el narrador de *Fortunata y Jacinta*:

... no se había despertado en él ningún afán grande ni esa curiosidad sedienta de que sale la sabiduría. Era tan endeble que la mayor parte del año

¹⁵⁶ SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes (Imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro)*, p. 73.

¹⁵⁷ Apud. BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, p. 165.

estaba enfermo, y su entendimiento no veía nunca claro en los senos de la ciencia [...]

Su timidez, lejos de disminuir con los años, parecía que aumentaba. Creía que todos se burlaban de él considerándole insignificante y para poco. Exageraba sin duda su inferioridad, y su desaliento le hacía huir del trato social. [16]

Cuando le era forzoso ir a alguna visita, la casa en que debía entrar imponíale miedo, aun vista por fuera, y estaba dando vueltas por la calle antes de decidirse a penetrar en ella. Temía encontrar a alguien que le mirara con malicia, y pensaba lo que había de decir, aconteciendo las más de las veces que no decía nada. Ciertas personas le infundían un respeto que casi casi era pánico, y al verlas venir por la calle se pasaba a la otra acera. [22]

Pero, a pesar de sufrir tan deprimente y paralizante timidez patológica, Maxi no puede abstraerse a las primeras tentativas “amorosas” propias de la edad, y de una interioridad despierta aún, y por entero, a los afectos.

Maxi no es un tímido vocacional, su tendencia a la “huida del mundo” no obedece a la voluntad y al libre albedrío, sino (una vez más) a imposiciones y condicionamientos externos que influyen en su espiritualidad y en su vivencia sentimental.

El último vástago de la apasionada saga de los Rubín conserva intacta la plenitud del deseo íntimo, la cual le impulsa a entablar relaciones afectivas con quienes le rodean, y tal *conatus*, como veremos, alcanzará proporciones extraordinarias debido a la frustración continuada de sus ilusiones.

El amor que sentirá por Fortunata no atiende –ni lo hará nunca- a razones pragmáticamente justificadas o potencialmente justificables, puesto que no se consolida sustentado por discretas expectativas. Surge como una pasión desatada y brutal que, por las dimensiones que adquiere, se diría compendio de todo su amordazado “poder de existir”.

El ser de Maximiliano Rubín, taciturno y solapado, despliega, por necesidad, sus magníficas potencialidades; pero yerra el objeto, y en la elección (o imposibilidad de elección) radica su desgracia. El absoluto alejamiento del *Amor Intellectualis* le convertirá, progresivamente, en un loco.

Según la tradición platónica y mística, “cuando el amor no es un modo de participación en la divinidad, o sea, cuando puede más el caballo del instinto, al enamorado le embarga una insania o enfermedad, locura, *furor* o *manía*¹⁵⁸”.

Pues bien, a esa insania provocada por el furibundo *cupiditas*, se le tiene que agregar –si queremos hacernos una idea de la multiplicidad e intensidad de las desdichas que experimenta Maximiliano-, la disparidad del objeto de su amor y la imposible correspondencia.

Hemos dicho que Maximiliano yerra la elección del objeto en el que deposita sus más vivas pasiones, pero cabría preguntarse si no será Rubín un ser fatalmente inhabilitado para el amor conyugal.

Desde luego, a lo largo de la novela se hace clara referencia a la supuesta imposibilidad que sufre Maxi de vivir un amor marital pleno. Recordemos que “doña Lupe dejaba a Maximiliano en libertad, porque le creía inaccesible a los vicios por razón de su pobreza física, de su natural apático y de la timidez que era el resultado de aquellas desventajas [21]”.

Rubín quiso creer en la posibilidad de obviar sus incapacidades o limitaciones, apostó por vencer un imposible, demostrando tener en lides de amor, el arrojo de un Titán, aunque de limitadísimas dimensiones.

¹⁵⁸ SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes (Imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro)*, p. 19.

Fracasó, pero se puede decir, en su descargo, que estuvo dispuesto a dar la vida por aquello en lo que había depositado su fe; vida miserable, si se quiere, pero también su única posesión.

El genio de su espíritu y la intensidad de su pasión por Fortunata contribuyeron para que la pobreza física no le arredrara ante la lacerante materialidad del mundo en el que se asfixiaba. Lo ínfimo de las posibilidades realza el arrojado que apuesta. En contra de lo que cabría esperar, Maxi demuestra una valentía y una fuerza interior tan desbordante como desamparada.

Comparemos su actitud ante el amor con la pedagogía sentimental expuesta por Montaigne, en los *Ensayos*:

“Es preciso tener mujeres, hijos, bienes, y sobre todo si es posible salud, mas sin ligarse a ellos de tal suerte que en su posesión estribe la felicidad. Es necesario reservar una trastienda que nos pertenezca por completo, en la cual podamos establecer nuestra libertad verdadera, nuestro principal retiro y nuestra soledad¹⁵⁹”.

Sin duda, estas recomendaciones se sitúan en el polo opuesto a la idea de libertad que trata de poner en práctica el pequeño de los Rubín:

... el goce de Maximiliano consistía en pensar e imaginar libremente y a sus anchas, figurándose realidades y volando sin tropiezo por los espacios de lo posible, aunque fuera improbable. [...]

«¡Una honrada! ¡Que me quiera una honrada!». Tal era su ilusión...
[24]

Su discurso transcurriría, antes bien, al amparo de la crítica que Benedetto Croce hace al anterior pasaje de Montaigne: “Y, sin embargo, ¿quién

¹⁵⁹ BODEI, op. cit., p.155. Véase MONTAIGNE, Michel de, *Ensayos*, Edaf, 1971, p. 1044.

no advierte algo mezquino en estas recomendaciones? ¿Quién no sale de la lectura de Montaigne y de sus iguales casi avergonzado de sí mismo y de la Humanidad?

¿Vale la pena vivir, cuando se está obligado a tomarse el pulso a cada hora y a rodearse de paños calientes y a evitar el menor soplo de aire por miedo a los disgustos?

¿Vale la pena amar pensando y atendiendo siempre a la higiene del amor, graduando sus dosis, moderándolas, intentando de vez en cuando abstenerse de él por el ejercicio de la abstinencia, por temor a un excesivo daño y a sufrimientos futuros?¹⁶⁰ (El subrayado es nuestro)

Pero a poco que se detenga en los calamitosos estados por los que pasa Maxi tras el despliegue de su *furor* amoroso por Fortunata, el lector llegará a la conclusión de que, en cuestiones de amor, los excesos, ese irresistible y libérrimo dejarse llevar, conducen, de alguna manera, a la muerte.

Por otro lado, las gélidas pasiones de capricho con las que se conduce Juan Santa Cruz, a lo largo de toda su vida, destruyen las ilusiones y el amor conyugal que sólo en él depositó Jacinta; y las pasiones abrasadoras que consigue desatar en Fortunata llevan a ésta de forma, si cabe, más radical a la autodestrucción.

No en vano ponía María de Zayas, en boca de Jacinta, protagonista de la primera de sus *Novelas amorosas* titulada “Aventurarse perdiendo”, el siguiente lamento: “¡Ay de mí, que cuando considero las estratagemas y ardides con que los hombres rinden las mujeres y combaten su flaqueza, digo que todos son traidores, y *el amor guerra y batalla campal, donde el amor combate a sangre y fuego al honor, alcaide de la fortaleza del alma!*¹⁶¹” (El subrayado es nuestro)

¹⁶⁰ CROCE, Benedetto, “L’amore per le cose”, en *Frammenti di etica*, en *Etica e política*, Bari, 1973, p. 19; Apud. Bodei, pp. 155-156.

En nuestro análisis sobre *La familia de León Roch*, destacábamos la distinción cervantina entre amor-elección y amor-destino.

Julián Marías define así el segundo:

Este amor es más *libre* que el que es resultado de elección; es aquel que se siente como inevitable, pero al cual se adhiere con una plenitud que no es resultado de un acto de voluntad, sino de un movimiento total de la persona hacia la otra amada, sin deliberación, sin “motivos” que puedan pesarse, crecer o disminuir, rectificarse.

Certeramente, Cervantes ve que hay estratos más profundos que la voluntad, aquellos que afectan al fondo de la persona, y esos son los niveles en que propiamente acontece el amor en su forma plena¹⁶².

En la novela galdosiana, la vivencia de esta hermosísima descripción del amor por excelencia acarrea terribles consecuencias; porque rara vez es correspondido, y porque la ausencia de juicio electivo acaba atentando, sobre todo, en los casos concretos que nos ocupan, contra todo principio de razón, bondad y justicia.

Una deducción lógica de la observación de tantos desastres emocionales, le hace plantearse al lector la conveniencia de que esa sensación de plenitud amorosa venga fundamentada en la razón, aunque después consiga sobrepassar con creces sus argumentos y se sitúe muy por encima de ellos. Y, quizás, incluso sería deseable que “ese movimiento total de la persona hacia la otra amada”, llegara a actuar de forma paralela a los juicios y valoraciones positivas que lo inspiraron.

¹⁶¹ De ZAYAS, María, *Novelas Completas*, p. 66.

¹⁶² MARÍAS, Julián, *La educación sentimental*, p. 131.

De lo que no cabe duda, es que el amor-destino de la novela galdosiana acaba siendo fuente de desgracias sin fin.

El amor-elección tampoco sería, por naturaleza, el más deseable; de modo que estaríamos apuntando de nuevo hacia el *Amor Intellectuallis*, como única y áurea plenitud amorosa, de prometedora felicidad posible y, en grado sumo, deseable; por estar en armonía con la naturaleza de la vida del espíritu.

Galdós y su realidad novelable aún no se encuentran en condiciones de darle cuerpo a esta aspiración, mediante una descripción que se aproxime a la verdad cotidiana, pero la acerada crítica que de otras formas de connivencia o *furor* se formula a través de la experiencia de sus criaturas literarias, invita a pensar en la necesidad de aguardar, e inculcar, aun indirecta o inconscientemente, el ardiente deseo de alcanzar esta tercera vía del sentimiento amoroso.

No vendría mal recordar, a propósito del pobre Rubín, las palabras de fray Diego de Estella, que recoge el profesor Serés en *La transformación de los amantes*¹⁶³ : “Esta es la fuerza del amor, que tal te conviene ser cual es aquello que amas”.

Por el modo en que transcurre la historia de su casamiento, esta primera parte de la sentencia se cumple plenamente en el exangüe boticario. No así lo que sigue: “Tomas la figura de lo que te aficionas. Siendo nuestra alma como cera blanda, imprime en ella cualquier sello la imagen que tiene esculpida. Si amas los bienes de la tierra, serás terreno, y si amas los bienes celestiales, serás celestial [...] Tomarás aquella figura a que te aplicares. No tienes más bondad o malicia de aquello que amares.

¹⁶³ Op. cit., pp. 51-52.

Nabucodonosor, amando al mundo, anduvo como bestia por los montes, paciéndose hierbas; y volviéndose a Dios por penitencia, recuperó la imagen que había perdido”.

Hay que conceder que Maximiliano se ve contagiado por la vitalidad del alma de Fortunata; pero resulta indudable que su amor por ella es vivido progresivamente como idealidad, como *cupiditas*, como elixir potenciador de la sabiduría, como profecía, como mística, como poesía... pero nunca como amor pleno, pues jamás llega a ser correspondido.

Es decir, Maximiliano no tomó, definitivamente, la figura de aquello que amó, más bien sublimó su angustia a través de desesperadas tentativas con las que buscaba, a tientas, ser correspondido, o, tal vez, con las que se veía impelido a tratar de hacer soportable la insufrible espera. Recurrió a la acción del hombre interior para combatir y digerir su pasión.

En la determinación con la que se fijó su entrega amorosa, Maxi no escatimó ninguna de la multiplicidad de formas que, a lo largo de la historia del pensamiento y la práctica amorosos, ha tenido la conceptualización y materialización de este misterio inescrutable.

Sin embargo, ninguna resultó eficaz para procurar la felicidad de ambos, de Fortunata y de Maxi, porque los dos olvidaron aplicar la sabiduría de la experiencia y la honestidad respetuosa que debe asumir el hombre sensato y virtuoso con respecto a las leyes de la naturaleza –contenidas en la citada sentencia de Estella: “... que tal te conviene ser cual es aquello que amas”-.

Tendríamos que concluir, de nuevo, que la naturaleza del amor en la novela de Galdós, depende, fundamentalmente, de las cualidades del sujeto que ama, dice o cree amar, esto es, de las virtudes que conforman su espíritu. Pues, como puede observar el lector, el inmenso amor que tanto Fortunata como Jacinta le profesan a Santa Cruz resulta, también, invulnerable, en lo que a la evolución (o depravación) del sentimiento y el alma del amado se refiere.

El amor de ambas quedaría determinado por la fidelidad a ultranza que ostentan y defienden. Pero otro requisito esencial para el feliz cumplimiento del ideal amoroso sería la correlativa y armónica plasmación material de aquellas virtudes que hacen amables a los dos agentes experimentadores del amor.

Es decir, las desgraciadas experiencias de los personajes galdosianos nos hablan continuamente de la exigencia que se da en la fenomenología amorosa de una trascendencia al ámbito físico o pragmático de las virtudes de lo inmanente¹⁶⁴ (bajo pena de acabar el enamorado como el pobre Rubín).

Estaríamos definiendo, en consecuencia, la necesidad de ese “trascendentalismo naturalista” (permítaseme la expresión) que alienta en la ideología galdosiana, desde las producciones más tempranas de su imaginación literaria.

Galdós siempre razonaría, a través de la recreación novelesca, sobre aquellas cuestiones y dilemas que surgen del análisis de la experiencia, bajo la advocación de las voces de su espíritu y de su conciencia; conciencia que, a su vez, se veía permanentemente estimulada por una tenaz observación de las normas, costumbres y sucesos del mundo, así como por una coherente y flexible evolución de su pensamiento, al menos en lo que a la recreación literaria del mismo se refiere.

Ejemplo de incoherencia y triunfo absoluto e inamovible del mal sería, por el contrario, la actitud de Juan Santa Cruz que, a continuación, nos dedicaremos a comentar.

Tras la lectura del siguiente párrafo, de gran profundidad psicológica, nos podemos hacer una idea bastante precisa de la forma más sublime de amor

¹⁶⁴ La tragedia amorosa en la vida de don Francisco de Quevedo también vino determinada, según cuentan, por la amarga conciencia de esta exigencia del ser de las cosas.

con la que Juanito puede corresponder a la entrega entusiasta y total de su fiel esposa:

En honor de la verdad, se ha de decir que Santa Cruz amaba a su mujer.

Ni aun en los días que más viva estaba la marea de la infidelidad, dejó de haber para Jacinta un hueco de preferencia en aquel corazón que tenía tantos rincones y callejuelas. Ni la variedad de aficiones y caprichos excluía un sentimiento inamovible hacia su compañera por la ley y la religión.

Conociendo perfectamente su valer moral, admiraba en ella las virtudes que él no tenía y que según su criterio, tampoco le hacían mucha falta. Por esta última razón no incurría en la humildad de confesarse indigno de tal joya, pues su amor propio iba siempre por delante de todo, y tenía por merecedor de cuantos bienes disfrutaba o pudiera disfrutar en este bajo mundo.

Vicioso y discreto, sibarita y hombre de talento, aspirando a la erudición de todos los goces y con bastante buen gusto para espiritualizar las cosas materiales, no podía contentarse con gustar la belleza comprada o conquistada, la gracia, el donaire, la extravagancia; quería gustar también la virtud, no precisamente vencida, que deja de serlo, sino la pura, que en su pureza misma tenía para él su picante. [245]

La perversión última de Santa Cruz radica, paradójicamente, en su “bastante buen gusto para espiritualizar las cosas materiales”.

Del mismo modo que esta facultad propia de las almas elevadas contiene el don de armonizar las dos dimensiones generadoras del hombre pleno, su envilecimiento lo convierte en partícipe, propagador y vasallo de los métodos y principios en los que se sustenta el reino de las tinieblas.

A pesar de la declaración “de amor” que el narrador galdosiano le hace a Jacinta en nombre de Juanito Santa Cruz¹⁶⁵, este “amor simple” habría que catalogarlo, siguiendo la cita anterior de Marsilio Ficino, entre los que dejan al verdadero amante “completamente muerto”.

A pesar del gran amor que siempre sintió por su esposo, tiene que llegar el día en que Jacinta deje de amarlo.

Sobre todo al finalizar la novela, el lector adquiere plena conciencia del proceso de desecación al que se han visto sometidos el ánimo, los sentimientos y la vida de Jacinta (ya que éstos habían sido tan sólo parcialmente expresados por la víctima, incluso a sí misma). Sin embargo, nunca deja de serle fiel.

Jacinta termina no amándole, porque la dimensión conyugal en la que se proyectaba su capacidad de amor ha muerto, junto con una parte importante de ella misma.

Nadie puede ser indiferente, de por vida, a tantas mentiras, hipocresías y humillaciones. A Juanito Santa Cruz le llegó, aunque largamente fiado, el momento en que ya no le servirían las artimañas o reconvenciones –que eran

¹⁶⁵ La teoría de que la naturaleza del amor viene determinada por la de los seres que lo experimentan (además de estar influenciada por el objeto de su amor) adquiere, en este caso, dimensiones inconcebibles.

El narrador galdosiano analiza este tópico llegando a las raíces mismas del poder de las tinieblas, con lo que dicha deducción de los tratadistas –y epígonos- consumados de las teorías amoratorias hasta ahora mencionados, que suelen regirse por el presupuesto cristiano de la aspiración última del hombre a la sublimidad del alma, y la moralidad de sus acciones y de su pensamiento (San Agustín, Marsilio Ficino, Andrés de Capellán, fray Diego de Estella,...), es puesta bajo el prisma de la más absoluta corrupción.

Entronca, una vez más, la técnica galdosiana con la metodología catártica de corte aristotélico, varias veces aludida a lo largo de estos análisis.

fruto de su hastío de otras pasiones-, para estragar el ánimo y el juicio de Jacinta.

No obstante, mientras ese movimiento del alma no acaba de producirse, vemos desear –con frecuencia y aun a su pesar- a Jacinta, que tanto dolor como el don Juan le causa la incapacite para quererlo, la haga insensible a sus súplicas.

Sabe, sin embargo, que esto no será fácil, y su situación en el mundo (respetable señora casada sin herencia ni profesión) le debe sugerir, por otro lado, la escasez o inexistencia de las prometedoras opciones que se derivarían de una supuesta emancipación; algo que, de hecho, ni siquiera llega a formular el narrador en su nombre (tal vez ni siquiera pasara por la conciencia de Jacinta).

Por tanto, sigue viviendo, de la manera que puede, el triste amor, el infinitamente triste y denigrante amor, que siente por su marido; sabiendo que en él, como en la “La Aurora” de *Poeta en Nueva York*, ya nunca habrá “mañana ni esperanza posible”.

También se silencia la verdadera dimensión de los afectos de Jacinta por el anglófilo señor Moreno, su eterno enamorado; aunque, si atendemos al trato que le brinda, es fácil concluir que únicamente sentía por él un cariño filial.

Aunque bien es cierto que, a esas alturas de su experiencia, Jacinta ya ha aprendido a disimular los sentimientos con hermetismo y fluidez: la prueba definitiva de la no correspondencia habría que buscarla, entonces, en la incesante predisposición de Jacinta por complacer y preservar el esporádico amor de su marido.

Sí deja, en cambio, el narrador, a través del estilo indirecto libre, cumplida constancia del despertar de Jacinta a las insufribles mañas y falsedades de Santa Cruz; lo que nos llevaría a pensar en la poca relevancia que, en la vida de ésta, tendría el anhelo de liberarse de las humillaciones de su

esposo o el supuesto amor que sería capaz de inspirarle el anciano inglés; frente a cuestiones capitales para la imposible tranquilidad de su existencia, como la no vivencia de la maternidad o el respeto que le debía Juanito.

Tampoco podemos dejar de reconocer que el primero de estos grandes hitos en la vida de Jacinta eclipsó la atención que antes había depositado en multitud de proyectos; en mayor medida, después del terrible desengaño que supuso para ella el conocimiento de la preexistencia de los fructíferos amores de Juanito con Fortunata¹⁶⁶:

Y de tal modo se iba enseñoreando de su alma el afán de la maternidad, que pronto empezó a embotarse en ella la facultad de apreciar las ventajas que disfrutaba. Estas llegaron a ser para ella invisibles, como lo es para todos los seres el fundamental medio de nuestra vida, la atmósfera. [203]

Jacinta irá sintiendo intensamente el peso de los años, sobrecargado por la amargura de su infecundidad y de su condición de esposa abandonada.

Sobre su prematuro envejecimiento, cuenta el lector con datos de naturaleza anímica y física: la progresiva aridez de su carácter; el desencanto de la expresión; la flacidez de los músculos; el color de su pelo; la sequedad y la rosácea tonalidad de la piel...

A pesar de lo cual, Jacinta seguirá siendo capaz de hacer destellar la luz de sus ojos con verdadero fulgor, aunque ya no para manifestar el amor, sino el profundo desprecio que le inspira el mezquino comportamiento de su esposo:

¹⁶⁶ “Como adoraba a su marido, sentíase orgullosa de que este hubiese despreciado a otra para tomarla a ella. Este orgullo es primordial, y existirá siempre aun en los seres más perfectos.

El otro sentimiento procedía del fondo de rectitud que lastraba aquella noble alma y le inspiraba una protesta contra el ultraje y despiadado abandono de la desconocida”. [174]

El pérfido guardaba tan bien las apariencias, que nada hacía ni decía *en familia* que no revelara una conducta regular y correctísima.

Trataba a su mujer con un cariño tal, que... vamos, se le tomaría por enamorado. Sólo allí, de aquella puerta para adentro, se descubrían las trastadas; sólo ella, fundándose en datos negativos, podía destruir la aureola que el público y la familia ponían al glorioso Delfín.

Decía su mamá que era el marido modelo. ¡Valiente pillo! Y la esposa no podía contestar a su suegra cuando le venía con aquellas historias... Con qué cara le diría: «Pues no hay tal modelo, no señora, no hay tal modelo, y cuando yo lo digo, bien sabido me lo tendré». [240]

Juanito, presumiblemente, tampoco perderá nunca sus dotes de don Juan: el arte de moldear la prosodia con idéntica versatilidad y astucia que antaño, para conseguir sus propósitos, contando, además, con la ayuda de pueriles zalamerías dispuestas a vencer la escasa resistencia de sus enamoradas; el arte de salir, tan gallardamente caballeroso como en la esplendorosa juventud, de sus lances de orgullo maltrecho; el arte de seguir sugiriendo con palabras –tan malintencionadamente como entonces- bellas imágenes...

Siempre será, en definitiva, un diabólico don Juan, de inagotables y refinadas artes de seducción... Aunque podamos dudar de si llegarían a ser para alguien tan efectivas como lo fueron para su madre (doña Barbarita), para Fortunata y para su esposa.

Tal vez con Aurora también dieran buen resultado, pero la disposición, el temperamento, la laxitud de su conciencia, su independencia económica... hacían de ella una mujer de recursos, frente a Fortunata y Jacinta:

Juan sabía arreglarse de modo que su mujer no llegase a cargarse de razón para estar descontenta.

Como la herida a que se pone bálsamo fresco, la pena de Jacinta se calmaba. Pero los días y las noches, sin saber cómo, traíanla lentamente otra vez a la misma situación penosa. Y era muy particular; estaba tan tranquila, sin pensar en semejante cosa, y por cualquier incidente, por una palabra sin interés o referencia trivial, le asaltaba la idea como un dardo arrojado de lejos por desconocida mano, y que venía a clavársele en el cerebro.

Era Jacinta observadora, prudente y sagaz. Los más insignificantes gestos de su esposo, las inflexiones de su voz, todo lo observaba con disimulo, sonriendo cuando más atenta estaba, escondiendo con mil zalamerías su vigilancia, como los naturalistas esconden y disimulan el lente con que examinan el trabajo de las abejas.

Sabía hacer preguntas capciosas, verdaderas trampas cubiertas de follaje. ¡Pero bueno era el otro para dejarse coger! [241]

Fortunata y Jacinta, a diferencia de doña Bárbara, llegaron a ver la inmundicia de Santa Cruz, pero, durante demasiado tiempo, sus corazones se negaron a dejar de latir más fuerte cada vez que el galán los traspasaba con su sola presencia; cada vez que regresaba tras asañear a Fortunata con la expresión cruel de su hartazgo, y a Jacinta con su sañuda indiferencia.

Si recordamos la angelical dulzura de los años de juventud de Jacinta y el chulesco desparpajo con el que Fortunata enamoró a Santa Cruz, deduciremos que jamás pudo pensar ninguna de las dos lo desgraciadas que llegaría a hacerlas el amor del más deseado de los “caballeros” galdosianos.

El amor de Fortunata es tan firme que ni siquiera puede avergonzarse de sentirlo, contra toda lógica y principio ético. (Si no por la ilegitimidad de sus relaciones, al menos por los abandonos y humillaciones a las que se ve sometida).

No se avergüenza tampoco de que Santa Cruz sea consciente del total dominio que, en todo tiempo y lugar, podrá ejercer sobre ella. Esta circunstancia bastaría para enardecer los ánimos de otra mujer de más carácter, como Gloria o Eloísa. Sin embargo, Fortunata no deja de proclamarlo a los cuatro vientos.

Fortunata se muestra tan sincera, tan portentosamente pasional, que es incapaz de disimular sus torpezas y debilidades ante el eventual amante –por más que pasen los años–; quien, por su parte, se permite el lujo de sentirse orgulloso por estar en posesión de las angustias y deleites, tanto de ella como de su esposa, ya que las pasiones de ambas están originadas en una causa (para él) comprensiblemente monotemática: el escurridizo amor del sin par Santa Cruz.

Jacinta también dará numerosas pruebas de incondicionalidad.

Tan celosa de su intimidad en lo que a sus relaciones con Juanito se refiere, experimenta la necesidad, espontánea a la vez que socio-familiar, de expresar ante la familia política y los amigos lo mucho que quiere y admira a su esposo; a través de inmerecidos elogios, agasajos sin cuento y una absoluta dependencia y subordinación (con el tiempo exclusivamente pública) ante la opinión y la demagogia de éste, aun en los casos más cuestionables que se presentan a sus tímidas disquisiciones de conciencia:

“Jacinta tenía idea tan alta de los talentos y de las sabias lecturas del Delfín, que rara vez dejaba de doblegarse ante ellas, aunque en su fuero interno guardase algunos juicios independientes que la modestia y la subordinación no le permitían manifestar [448]”.

Pero, incluso con todas sus bajezas o imperfecciones, no sería justo cuestionar que el amor de ambas mujeres, de Fortunata y Jacinta, representa muchísimo más de lo que Santa Cruz jamás estará en disposición de merecer.

Sus apetitos de don Juan no son más que espejismos alimentados por un narcisismo atroz y despiadado, en beneficio del cual da pábulo a la tortuosa destrucción de dos espléndidas heroínas decimonónicas.

Ambas vidas se malogran a causa de un amor mal dirigido, cuyos efectos incentiva, en el alma de Jacinta, la más profunda aridez que imaginarse pueda y, en el caso de Fortunata, la materialización del *amor mortis* agustiniano.

En la carta, casi póstuma, que Fortunata le dirige a su hermana de suplicios, le confiesa que, al poder retirarse finalmente del mundo, se ha llevado la mejor parte en este catastrófico terceto amoroso.

Ni siquiera el hondísimo amor de madre que experimenta por su hijito es bastante para acallar del todo los efectos balsámicos que en ella produce la liberación de la insania que, irremediabilmente, le provoca su pasión por Santa Cruz.

Tanto Fortunata como Jacinta sufrieron la desgracia de que el desparpajo y los oropelos del porte y de las perniciosas ideas de Santa Cruz no apelaran sólo a sus apetitos (con lo que dicho estado, en caso de haber sido controlado, habría supuesto, al poner en evidencia la necesaria transitoriedad y la consecuente liberación del pasajero hechizo), sino que afectó, y por siempre, a la totalidad de la naturaleza femenina de estas dos almas escasamente cultivadas; teniendo en cuenta, además, las fuerzas que ejercían las cortapisas y las exigencias sociales que les imponían, respectivamente, la condición irreversible de esposa y de amante.

A ambas se les introduce la imagen dinámica del galán en el pensamiento, allí se aloja, y les resulta imposible desecharla durante muchos años o mientras les dura la vida.

La insustancialidad cobra execrable sustancia adueñándose de las fuerzas y gracias del cuerpo y del espíritu.

Se trata, de nuevo, del imperio del mal, transmitido por Santa Cruz a sus rendidas amantes, a través del amor que les inspira.

El amor pierde, por tanto, la exclusividad de su naturaleza divina, al ser pervertido y envilecido por los extravíos de la miseria y la desesperación humanas.

Lo más penoso para estas mujeres es descubrir que todo su amor ha sido fraudulento, en tanto en cuanto se sustentaba en falsos principios, en las virtudes inexistentes que conformaban la sombra tenebrosa de un galán, es decir, de un actor fraguado a partir de polvorientos cúmulos de insolentes y burdas apariencias.

Y otro aspecto terrible de la desilusión de ambas radica en que el fantasma de éste también fue fruto de una macabra y desesperada creación personal, originada por las tan depauperadas cegueras que, a lo largo de la historia de la literatura, ha provocado el dios amor.

Las dos se enamoraron de un hombre que no existía, porque, en un principio, no llegaron a conocer al tú real, sino tan sólo al recreado por la apasionada fantasía de sus respectivas juventudes.

Tras largos años de convivencia, Jacinta perseveró en no querer afrontar la doble vida y la maligna personalidad de su esposo; mientras que Fortunata se le entregaba irresistiblemente, una y otra vez, pues la falsa figura de Santa Cruz había adquirido en ella una entidad indeleble, asociada, asimismo, a la personal apreciación de considerarlo su legítimo esposo. ¡En él estaba depositada su honra!

Fortunata llega a ser consciente, por momentos, de la hechicera fascinación que supone su pasión por don Juan, pero, tras fugarse con él la misma noche de su boda con Maximiliano, le queda claro para siempre que no puede ni quiere liberarse de esta pasión, aunque esté condenada a ser vivida como una mezquina e incierta locura, y continúa alimentando el sacrílego engaño de su pensamiento.

No obstante, durante un tiempo, sus anhelos se posaron en miras más elevadas, o así lo creía Fortunata.

Así parecía indicarlo el firme propósito que hizo de cultivarse, refinar sus modales, aprender a leer, llevar una vida respetable en un hogar honesto... El amor por el trabajo, el brío, la fuerza saludable y las habilidades que poseía harían de ella una perfecta ama de casa.

Siempre tuvo claro que lo suyo era “ser pueblo”, y acabó asumiendo que la vida más acorde con sus innatas características (pues estaban, además, en consonancia con sus gustos y virtudes), era la que pudiera ofrecerle un sencillo trabajador, pronto a enamorarse de una extremada belleza, un temperamento impetuoso y fiel, y una humilde sencillez, que hicieran las delicias de su hogar.

En esto habría consistido la vida de Fortunata, con toda probabilidad, de no haberse cruzado aquella mañana con el señorito Santa Cruz. Pero, una vez consumado su amor por él, los anteriores propósitos de mejora de Fortunata responderían más bien a un deseo de reconstruir la dignidad maltrecha, de demostrarse a sí misma y a Juanito que, en otras circunstancias, habría estado a la altura de Jacinta, su admirada rival.

En este sentido, el amor por Santa Cruz y las experiencias vividas sí que reconducirían, intencionalmente, la vida de jolgorio continuado que llevó, junto a Juanito, en el seno de su hogar.

Después de abandonar a Fortunata a su suerte, en estado de buena esperanza, transcurrieron muchos meses hasta que Santa Cruz volvió a verla, malviviendo con su hijo gravemente enfermo y un hombre de baja estofa.

La precariedad de la situación repugnó al sibarita, y la dolorosa conciencia de esto despertó en Fortunata la ambición de mejorar su suerte y restituir o potenciar sus atractivos de juventud.

Esta necesidad no obedecía, por tanto, a razones personales, en sentido estricto, pues soñaba Fortunata con volver a hacerse deseable a los ojos de su antiguo amante. Aunque su finalidad expresa no fuera reconquistarlo, precisaba reconstruir el concepto que tenía de sí misma ante quien siempre sería la persona más importante de su vida. Por eso aceptó los favores de un ostentoso contrabandista y volvió a su patria envuelta en lujos.

Por supuesto, la reacción de Santa Cruz al sugerente estímulo no se hizo esperar: Juanito tenía derecho a poseerla antes que nadie, por encima de sus amantes y, más tarde, por encima de Maxi Rubín, su legítimo esposo.

Por suerte para Santa Cruz, Fortunata pronto volvió a quedarse desamparada. ¿Qué persona respetable de la época daría trabajo a una mujer que había perdido su dignidad?

Desgraciadamente, la forma de conducirse de Fortunata ante los reclamos de Juanito demostraría que esta mujer apasionada era incapaz de atender a razones cuando se trataba de su amante. Hasta el final de su vida no le sería fiel sino a él. Su credibilidad, entonces, habría quedado, en su caso, justificadamente cuestionada de por vida.

En este sentido, Galdós aborda de lleno el tema del amor como corruptor de las virtudes morales. Un amor mal encauzado tiende a erigir en ídolo al peor de los hombres, contra todo principio de equidad, moralidad o sentido común.

En ese segundo reencuentro, Fortunata descansó, hasta cierto punto, con la idea de enfrentarse a Santa Cruz envuelta y respaldada, tras largo tiempo, por el esplendor de los lujos que le procuraba su nuevo amante. Pero, como observa Villalonga (el íntimo amigo de Juanito, quien le describe a éste el estado y las circunstancias tan seductoras en que la ha encontrado), Fortunata aún no ha aprendido a leer y escribir.

Reproducimos buena parte de su discurso porque las palabras de Villalonga no tienen desperdicio, si se trata de adentrarnos en la personalidad de estos caballeros galdosianos, así como en su visión del papel que desempeña la educación en el universo femenino:

Convenido; no tiene aire de señora; ni falta... pero eso no quita que tenga un aire seductor, capaz de... Vamos, que si la ves, tiras piedras.

Te acordarás de aquel cuerpo sin igual, de aquel busto estatuario, de esos que se dan en el pueblo y mueren en la oscuridad cuando la civilización no los busca y los *presenta*.

Cuántas veces lo dijimos: «¡Si este busto supiera explotarse...!». Pues ¡hala!, ya lo tienes en perfecta explotación. ¿Te acuerdas de lo que sostenías?... «El pueblo es la cantera. De él salen las grandes ideas y las grandes bellezas. Viene luego la inteligencia, el arte, la mano de obra, saca el bloque, lo talla»... Pues chico, ahí la tienes bien labrada... ¡Qué líneas tan primorosas!... Por supuesto, hablando, de fijo que mete la pata.

Yo me acercaba con disimulo. Comprendí que me había conocido y que mis miradas la cohibían... ¡Pobrecilla! Lo elegante no le quitaba lo ordinario, aquel no sé qué de pueblo, cierta timidez que se combina no sé cómo con el descaro, la conciencia de valer muy poco, pero muy poco, moral e intelectualmente, unida a la seguridad de esclavizar... ¡ah, bribonas!, a los que valemos más que ellas... digo, no me atrevo a afirmar que valgamos más, como no sea por la forma...

En resumidas cuentas, chico, está que *ahuma*. Yo pensaba en la cantidad de agua que había precedido a la transformación. Pero ¡ah!, las mujeres aprenden esto muy pronto. Son el mismo demonio para asimilarse todo lo que es del reino de la *toilette*. En cambio, yo apostaría que no ha aprendido a leer... Son así; luego dicen que si las pervertimos. [464]

Tras el segundo abandono de Santa Cruz, Fortunata decidió acogerse al amor esperanzado y dulce que le brindó Maximiliano. Necesitaba amar y formar parte de una familia para intentar olvidar a su amante y enmendar su pasado.

Maxi le ofrecía un amor fiel y espiritualmente exaltado, pero Fortunata no podía luchar tan sólo con un escudo cálido y seguro en el que guarecerse. La fuerza de su amor precisaba de algo más para impulsarla a resistir las embestidas del otro.

A poco de salir de las Micaelas, y pocas horas antes de su pactada boda, murió la esperanza a la que se había aferrado, con prodigiosos esfuerzos –todo hay que decirlo-. De nuevo estaba inerme y desprovista de toda destreza o convencimiento interior para combatir los ataques de Santa Cruz; quien, mientras tanto, se hizo arreglar una casa junto a la de Maxi y conquistó la voluntad de la sirvienta de Fortunata para asegurarse el éxito de sus reconquistas.

El desmoronamiento nervioso no se hizo esperar: de nuevo su mirada, su sola presencia, la llenaba de zozobra.

Por todo lo dicho, es decir, por la semejanza o causa común de las desventuras vividas, Jacinta y Fortunata acaban siendo dos mujeres enfrentadas contra su voluntad. Nunca dejarán de admirarse, envidiarse y temerse mutuamente.

Jacinta carece de la exuberante feminidad de Fortunata, de su belleza marmórea clásica y de su flamante fertilidad; mientras que Fortunata contempla deslumbrada la refinada elegancia de Jacinta, su intachable fidelidad y la posición social que ha sabido granjearse.

A pesar de haberse visto obligadas a pensar lo peor de la otra recíprocamente, por cuestiones de íntima supervivencia, ambas intuyen que están unidas por lazos muy poderosos. Intuyen que la fuerza del amor que sienten por Santa Cruz puede equipararse, por su intensidad y por su fidelidad: en última instancia, las dos se consideran la legítima esposa de Santa Cruz, y las dos tienen sus dudas al respecto.

Recapitulando, diremos que el término “educación sentimental” resulta, pues, de dudosa aplicabilidad para referirnos a las conclusiones vitales que estas heroínas galdosianas (a la par del lector), pudieran extraer de su densa experiencia.

La realidad las empujó muy temprano a encarar el propio destino, y no les quedó más alternativa que afrontar, sobre la marcha, las numerosas vicisitudes que lacraron su interconectada vida amorosa.

Ante la brutal realidad, el sentido común abomina de ciertos conceptos que pueden sentirse como academicismos.

Siempre nos quedará la duda de cuál habría sido el comportamiento de estas dos criaturas galdosianas, si una adecuada formación y unas posibilidades racionalistas y democráticas para construir sus vidas les hubieran aconsejado y animado a renunciar al amor de Santa Cruz, antes o después del “matrimonio”.

De cualquier modo, Fortunata “era pueblo”, y estaba entregada a sus pasiones, mientras que Jacinta tenía un concepto y un sentimiento más desarrollado de la dignidad personal y de la importancia que, socialmente, tienen en ello las buenas maneras, las formas aceptables de las apariencias y de lo políticamente correcto.

Jacinta deglutió en silencio su horror, su ira y su furia por las ofensas de Santa Cruz, mientras que Fortunata fue incapaz de dejar de proclamar a los cuatro vientos la heterodoxia de sus ideas sobre el amor y el matrimonio; y defendió, literalmente, a puñetazo limpio, lo que consideraba un derecho inalienable: la fidelidad de Santa Cruz –fuera de los compromisos maritales que había adquirido con la que ella siempre consideró y admiró como “esposa oficial”): Jacinta, a quien Fortunata siempre quiso parecerse sin conseguirlo-.

II. 10. *La incógnita* (1889)

El mismo título de la siguiente novela, elegida como puente para desembocar en el análisis de *Tristana*, nos sugiere el afán por desvelar los misterios de lo desconocido, es decir, el intento de emprender, de nuevo, el largo camino hacia el conocimiento.

La única condición que pone Manolo Infante a su amigo para poder sincerar su corazón, al inicio de este relato epistolar (veremos si por verdadero amor a la verdad), es “la solemne promesa de su discreción [9]”.

Empieza la novela estableciendo las claves para la comprensión de las coordenadas espacio-temporales en las que transcurren las experiencias psicológico-sociales narradas.

El lector se ve sumergido en un ambiente decadente, donde campa la excentricidad como debilidad moral. Una vez más sugiere el autor canario, a través de las situaciones y los personajes más dispares, la apremiante necesidad de depurar la conciencia convencional para que el individuo, o al menos el intelectual, pueda ejercer libremente la capacidad de enjuiciamiento, en busca de su innata vinculación con la realidad de los hechos.

Realiza para ello el autor, por medio del narrador, una descripción sarcástica de las “alegrías” de la Corte, para acabar haciendo apología de la elección del menos malo de los males posibles, como forma ineludible de organización social.

Pero, a pesar de esta necesaria tolerancia de la Corte, en calidad de espacio apto para iniciar al sujeto en el conocimiento crítico de las costumbres establecidas, o pasivamente acatadas por la inmensa mayoría, asistimos también a una descripción generosamente pormenorizada del proceso de desencanto de

la vida social, al que se verá sometido todo aquel que se disponga a seguir desarrollando un juicio crítico sobre la realidad que le rodea.

El narrador de esta historia está lejos de considerar el ambiente bucólico como el más idóneo para el desarrollo de las virtudes morales (en consonancia con las ideas que don Benito también transmite en novelas como *Doña Perfecta* o *Gloria*, las más próximas a su periodo de retirada formación como escritor), pero ya veremos que sobre los juicios de este narrador habrá mucho que decir; sin que debamos perder de vista que, en la concepción galdosiana, no hay personaje, por deplorable que pueda resultar su actitud general, que se muestre, en absoluto, incapaz de enunciar, en algún momento de su existencia, grandes verdades.

Sin entrar a valorar la discutible o acertada afirmación, recordaremos que, para Manolo Infante, Orbajosa (símbolo de las poblaciones rurales), es un “pozo de ignorancia, malicia y salvaje ruindad [23]”.

Ahora bien, si el ostracismo de provincias no suele aparecer en la novela de don Benito como caldo de cultivo propicio para el perfeccionamiento de las facultades personales, pronto quedará demostrado lo ya dicho (y visto en otras novelas), a saber, que la Corte no lo es tampoco.

En este caso, el inherente deseo de mejora que debe guiar al héroe galdosiano, hace forzosa la conciliación de los elementos positivos de cada espacio o, más bien, la construcción del hábitat de supervivencia espiritual más apropiado, dentro del propio sujeto.

Nuestro narrador-protagonista, educado primordialmente en el extranjero, cuenta con una ilustre genealogía: “Cisneros, Calderones de la Barca, Infantes...”

Al hablar con su padrino, don Carlos Cisneros, se muestra, a la par que él, nostálgico de esos “lances de amor y pendencias que ya no se estilan, porque

los muchachos, con esta educación hipócrita de los tiempos modernos, han trocado la inocencia petulante por la formalidad corrompida [10]”.

La autoridad moral de las anteriores palabras pronto se verá cuestionada por el comportamiento de ambos personajes, padrino y ahijado.

La depauperación del linaje a manos de estériles vividores producirá, por otro lado, la expresa reivindicación del hartazgo del pasado, y la añoranza de un futuro más racional y más justo, lo que constituye uno de los temas cruciales de la presente novela.

Manolo Infante es un rico heredero tentado, como tantos jóvenes de su condición, por las promesas de la política, y obligado, en consecuencia, a “arrostrar los azares de la aclimatación social [12]”.

Así confiesa sus temores y embarazos al mentor-destinatario de sus epístolas, el señor Equis:

Cierta aspereza que hay en mí; el desconocimiento de los convencionalismos de forma y de lenguaje que cada sociedad tiene; el no saber encontrar la justa medida que aquí existe entre la etiqueta y la confianza, me han hecho aparecer un tanto desairado y cohibido en el salón de mi prima... [13]

Su prima: he aquí la otra incógnita decisiva dentro de esta peculiar ecuación, con la que trataremos de ahondar en una de las caras más perversas de la “educación sentimental”. Comencemos.

La prima Augusta es “mujer hermosa, pero sin instrucción”. Esto lo reconoce el enamorado narrador, para apresurarse a matizar:

... pero tiene tanto talento natural, y tal gracia y desenfado para abordar cualquier cuestión grave o ligera, que oyéndola no podemos menos de celebrar que no sea instruida de verdad. Si lo fuera, si la sosería de la opinión sensata apuntara en aquellos ojos y en aquella boca, cree que perderían mucho.

Habías de oírla cuando se pone a hincar el colmillito en las ridiculeces humanas o a sostener una tesis paradójica. Si entonces no se te caía la baba, no sé yo cuándo se te iba a caer. Pues en aplicar motes no hay quien le gane.

Cuando tuvo bastante confianza conmigo, me confesó, llorando de risa, que de su cacumen había salido el apodo de *el payo de la carta*, y te aseguro que nunca he perdonado con más gusto un agravio. [25]

La falta de instrucción de la mujer aparece en las novelas galdosianas como una de las principales causas de la progresiva degradación de las relaciones conyugales.

Es fuente de frustraciones y tristezas (en la mayoría de los casos, de origen desconocido –hasta tal punto llega la ignorancia–), tanto para las mujeres como para los varones enamorados.

Pero el colmo de la impotencia, dentro de este círculo vicioso, radica en la estrepitosa ineptitud y chabacanería de los caballeros supuestamente instruidos, que “pierden la cabeza” por las bellezas femeniles exclusivamente externas, y que, no contentos con ello, se dedican a proclamar jocosamente las “monerías” de esos pobres intelectos exánimes, en los que se niegan a echar en falta siquiera un poco de formación.

Esta deplorable conformidad pone al descubierto la magnitud de esa misma carencia que, a la par, sufren los personajes masculinos.

Pérez Galdós consume, así, una crítica en libertad, radical y sarcástica, de todo lo que a su paso de minucioso observador se desveló y fue tomando asiento en la imaginación literaria que le define, como novelísticamente

censurable dentro de la realidad de su tiempo; realidad que no pudo dejarle inmune ni indiferente.

Ya se nos previno del error que va aparejado al propósito del ciego que intenta ser guía de otro ciego. Pero las tesis que se desprenden sobre el discurso amoroso en las novelas galdosianas nos invitan a dar otra vuelta de tuerca sobre su aspecto más siniestro, y nos plantean el problema con el agravante que produce un hecho tan sencillo y generalizado como el siguiente (al que se le añade, en el presente caso, la perversión de los aspirantes a educadores):

¿Quién podrá educar en un país donde nadie parece haber adquirido una buena educación, ni se muestra contrariado (ni siquiera consciente) por esta lamentable situación¹⁶⁷?

¿Qué frutos podrán dar las lecciones que a sus vástagos intenta inculcarles la figura representativa de don Carlos Cisneros?

Oigámosle disparatar en una de sus continuas tentativas de sentar cátedra ante su hija, su ahijado y Federico Viera:

¿Creéis vosotros que el Dante habría escrito la *Divina Comedia* si hubiera sido bachiller en Artes, licenciado en Derecho, después ateneísta, alcanzando famas de *persona ilustrada*, viviendo entre el tumulto de lo que llaman crítica, y expuesto a ser académico, diputado o quizás, quizás ministro de Fomento?...

¿Creéis, hijos míos, que el autor del *Cantar de los Cantares* habría compuesto este delicioso poemita si en vez de andar con las piernas al aire, hubiera gastado pantalones?... [37]

¹⁶⁷ Para el desarrollo de esta idea, véase ADAMS, Henry, *La educación de Henry Adams*, op. cit., pássim.

Si este discurso resulta lamentable como pretendido alarde de erudición, veamos lo que tiene que decir sobre el tema de la educación el joven “enamorado”, que sí ha tenido la oportunidad de adquirir una esmerada formación intelectual en el extranjero:

Ayer estuvo Augusta en la tribuna del Congreso. Fue con las de Trujillo, la marquesa de Monte Cármenes y otras damas ilustres. Por cierto que las infelices pasaron una tarde cruel, prensadas, estrujadas, y lo que es peor, aburridas, como quien va a un baile y se encuentra en un duelo.

Desde los escaños, varios amigos y yo las mirábamos con piedad, deplorando no poder dar a los debates un carácter divertido y sainetesco para aliviar la tristísima situación de aquellas desgraciadas. [45]

Como vemos, su actitud no va más allá de la sátira burlesca, sin que ningún otro propósito regenerativo o acción de naturaleza e intenciones más elevadas, se despierte en su ánimo o vaya tomando cuerpo, a partir de una saneada y positiva conciencia de la realidad. La conciencia y los valores positivos de este joven parecen estar muertos.

Pues bien, en esa misma carta del 23 de Noviembre, describe detalladamente a su amigo, residente en Orbajosa, el proceso de enamoramiento del que está siendo víctima, inspirado por las gracias que se ve impelido a reconocer en Augusta.

Ello no es óbice para que le describa, también, las considerables faltas que le supone, que intuye en ella, a pesar de encontrarse en los primeros estadios de su pasión.

Recordemos que el amigo Manso también vivió una etapa en sus relaciones con Inés en la que se deleitaba con la escrupulosa observación de los defectos e imperfecciones de ésta. Algo, sin duda, inconcebible dentro del “misticismo amoroso de un Petrarca” o “de la fiebre de un Werther”, como

poco antes afirmara el actual narrador, pero perfectamente en consonancia con “hombres de nuestra edad descreída [51]”.

Una vez más, pugnan en la novela galdosiana la realidad y el deseo –la añoranza de un mundo mejor-, no sólo a través de los cambios que anuncian y constatan los signos de los tiempos, sino también en forma de microcosmos dentro de cada proceso de talante (a veces de verdadera naturaleza) amoroso.

Vemos, así, cómo el narrador confiesa, en un primer momento, el alto grado, en el orden moral más clásico, en que tiene las virtudes “de la bella por quien suspira”:

Al propio tiempo, nace en mi espíritu una admiración irreflexiva hacia ella, y me sorprende a mí mismo en la tarea ideal de adornarla con las más excelentes cualidades que jamás embellecieron a criatura alguna.

De aquí nace mi mayor pena, pues precisamente las cualidades que le atribuyo, ponen una barrera moral entre ella y yo. Para imaginar que esta aspiración mía, incierta y tímida, pueda satisfacerse alguna vez, tengo que destruir mi propia obra, y exonerar a la señora de mis pensamientos, quitándole aquellas mismas perfecciones que le supuse. [52]

Por tanto, más pronto que tarde, se dispone el apasionado discurrir de nuestro héroe a llevar a cabo la depauperante desmitificación, que anuncia y entiende necesaria este fugaz “caballero andante”, para la satisfacción de sus propósitos más perentorios:

Verás: ahora he dado en la tecla de que Augusta no es ni con mucho el arquetipo de perfecciones que imaginé, llevado de aquel prurito de idealización, que me entró como podría entrarme un dolor neurálgico.

Esta maldecida enfermedad ha tomado otro sesgo, y ahora discurro que la bella por quien suspiro (la frasecilla será todo lo cursi que quieras, pero la sostengo) no es un ángel; que está dotada de las seductoras imperfecciones que

Naturaleza derramó con sabia mano en la humanidad toda, y que quizás, quizás se juntan y hermanan en ella dichos defectos con mayor relieve que en otras de su edad y clase.

No vayas a deducir de esto que la tengo por mala, no. Es que en la tierra no tenemos ángeles, ni en verdad nos hacen gran falta. [54]

Pero lo verdaderamente corrosivo de esta visión desencantada del amor, que nos presenta el narrador propuesto por don Benito, consiste en que es precisamente ahora cuando “el enamorado” está más cerca de la verdad de Augusta.

No hace un simple y falaz ejercicio de auto-inducción a la ceguera (encaminado a la autocomplacencia) al concebir o, más exactamente, al reconcebir a la “virtuosísima Augusta” desprovista de su pureza ideal; sino que sólo así consigue llegar, aunque con intenciones torcidas, a una aproximación a la “amada” que está en mayor consonancia con los descubrimientos futuros, ya inscritos en la esencialidad presente de este arquetipo femenino, recurrente dentro de la novela de Galdós.

Además, el narrador elegido por don Benito, da otra vuelta de tuerca en su descarnada visión de las relaciones pretendidamente amorosas que tratan de reflejar “la realidad de su tiempo”, y para ello trae a colación los “modernos” presupuestos del pragmatismo y el subsiguiente relativismo, y nos muestra de manera contundente cómo se pueden poner al servicio de la degradación, en una insalvable pendiente que conduce hacia el tan temible como generalizado cinismo.

Así “razona” refiriéndose a Augusta:

...si en ella no hay pureza absoluta, tampoco hay absoluta impureza, pues en las pasiones humanas entran siempre por lo común todos los estímulos que corresponden a las diferentes regiones que componen nuestra naturaleza.

Decir amor de corazón, amor de imaginación, amor de sentidos, es no decir nada, o expresar abstracciones sin valor alguno en la realidad. Todo marcha con orgánico engranaje, y ninguna parte de nuestro ser se emancipa de las demás que lo constituyen. [52]

A este respecto, considero esclarecedor un artículo de Javier Alcoriza en el que aborda las “Implicaciones del pragmatismo de Charles S. Peirce y William James¹⁶⁸”. Afirma el autor que “por lo general, el fracaso en la práctica convierte al hombre en un ser desesperado o en un cínico”. (p.117)

A estas alturas de nuestro estudio es obvio que dicha afirmación ya ha sido suficientemente demostrada, y podemos concluir, sin miedo a equivocarnos demasiado, que esa es también la angustiosa conclusión y la inquietante sensación que nos transmiten, en conjunto, las novelas contemporáneas galdosianas.

A pesar de que en el pragmatismo, entendido en la vertiente del pensamiento americano de la segunda mitad del siglo XIX, hay un fuerte vínculo con los ideales (según trata de demostrar el autor de este artículo¹⁶⁹), William James no puede sustraerse, por amor a la verdad, de formular la siguiente confesión:

“Anhelamos la simpatía, una comunicación puramente personal, primero con el alma del mundo, y luego con el alma de nuestros semejantes. ¡Felices los que creen, o saben, que la tienen!

¹⁶⁸ En *Revista de Filosofía. Un siglo de Filosofía*, núm. 22, Enero-Abril 2001, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia, pp. 117-126.

¹⁶⁹ *Ibidem*, p. 119.

Pero para quienes deben confesar con amargura que están completamente aislados del alma del mundo, y que el más íntimo amor humano encierra un germen potencial de extrañamiento u odio, y toda relación personal es finita, condicional, mixta (...) aquello [la fe] no es un sustituto infructuoso¹⁷⁰”.

Si William James (un autor que, como apunta Alcoriza, “se refiere a la legitimidad de la creencia en aquellas cuestiones que no pueden ser resueltas por el intelecto y constituyen opciones vitales para la persona”, o que defiende que “hay cosas que han llegado a ser reales porque se ha creído en la posibilidad de que ocurran¹⁷¹”), llega a tan desesperanzada concepción de las relaciones humanas, no nos puede extrañar que el, por momentos, sumamente desencantado don Benito de la década de los noventa, destile esta amarga visión de las “relaciones personales” a través de un personaje-narrador de semejante altura moral.

Veamos, para demostrarlo, el cinismo, la sordidez y la alevosía con las que va fraguando su anunciado intento de traición:

¿A que no aciertas en qué empleo ahora mis facultades de idealización? Pues en figurarme al marido de mi prima, Tomás Orozco, como el hombre más completo que imaginarse puede [...]

Porque has de saber, amado Teótimo¹⁷², que este sujeto a ningún otro comparable, según tú; y también según mi entender, me demuestra vivísimo

¹⁷⁰ Ibidem, p. 126.

¹⁷¹ Ibidem, p. 122.

¹⁷² El tono y el estilo evocadores de los diálogos canónicos de la filosofía griega, se pone aquí al servicio de la perversión del espíritu originario de sus fundadores: la amorosa vocación docente.

afecto, me rodea de delicadas atenciones cuando voy a su casa, me recuerda la estimación que su familia tuvo siempre a la mía y su padre a mi padre, y con esto ha traído a mi alma una turbación y un desasosiego que no puedo encarecerte [...]

Ahora falta un término de la ecuación que no puedo resolver, y allá va para que te hagas cargo de todo. Me preguntas si creo que mis pretensiones respecto a Augusta podrán tener acogida favorable, y muy bajito, pero muy bajito, de modo que nadie lo entienda más que tú, te respondo que sí. [54]

Y no se da por satisfecho tras declarar sus aviesas y conscientes intenciones, sino que sigue pisoteando y pervirtiendo todo lo que de positivo pueda tener un ideal –legítimo como otro cualquiera que esté contenido en los límites de una moral cívica y racional-, dotado de valores encomiables cuando se practica con auténtica convicción y buenos propósitos (el bucólico en este caso, ya mencionado al comienzo de las presentes observaciones); pues pone en evidencia el narrador, a través de este oficioso escarnio, la naturaleza negativa y destructora de sus comentarios:

Sigue el consejo que voy a darte. No vuelvas más a este Madrid, donde se pierde el candor, y se deshoja al menor soplo la flor de nuestras honradas ilusiones.

Equisillo de mis pecados, quédate en esa ruda Orbajosa, entre clérigos y gañanes; búscate una honrada lugareña, con buen dote y hacienda de diez o doce pares de mulas, que las hay, yo te aseguro que las hay.

Búscala guapa, no digo rolliza, porque lo que es rollizas y frescas no las habrás visto nunca. Elige la menos amarilla y flácida, la que se te figure menos puerca dentro del hinchado armatoste de refajos verdes y amarillos; cástate con ella, hazte labrador, ten muchos hijos, sanotes y muy brutos, vive vida patriarcal y bucólica, y no aspire a otros goces que los que te brinden esa ciudad y ese campo, productor de los mejores ajos del mundo.

Fórmate una familia, en la cual no pueda salir nadie que tenga ideales; come sopas, y no aspire ni a ser cacique de campanario.

Dichoso el que logra emanciparse de esta esclavitud de las ideas, y aprende a vivir en la escuela de la verdadera sabiduría, que tiene por modelo a los animales, querido Equis, a los mismísimos animales. [55]

Qué distinta resulta la demoledora crítica anterior, comparativamente hablando, de aquella otra que formulara Galdós en boca del narrador que cuenta la historia del sin par José Rey, cuyo sentimiento escuchamos ahora:

Representábase en su imaginación a la noble ciudad de su madre como una horrible bestia que en él clavaba sus feroces uñas y le bebía la sangre. Para librarse de ella bastábale, según su creencia, la fuga; pero un interés profundo, como interés del corazón, le detenía, atándole a la peña de su martirio con lazos muy fuertes.

Sin embargo, llegó a sentirse tan fuera de su centro, llegó a verse tan extranjero, digámoslo así, en aquella tenebrosa ciudad de pleitos, de antiguallas, de envidia y de maledicencia, que hizo propósito de abandonarla sin dilación, insistiendo al mismo tiempo en el proyecto que a ella le condujera. [111]

Otro tipo de personaje masculino galdosiano poco recomendable para delegar en él la instrucción de las damas es Malibrán.

Malibrán es un cortejo que nos recuerda mucho al descrito por Emilio Zola en *Una página de amor*¹⁷³: Habla y asesora espléndidamente a las señoras sobre vestidos y encajes, y su comportamiento no desvela ningún detalle que contravenga las leyes de la más exquisita cortesía.

¹⁷³ ZOLA, Èmile, *Una página de amor*, tr. de J. F. Vidal Jové, Salvat editores, 1971.

Se desenvuelve en los temas de política internacional con considerable prestancia, y ha conseguido ese perfecto equilibrio entre rigidez y soltura que hace las delicias de la buena sociedad. Además, concierta sus citas amorosas con la cortejada a través de un lenguaje cifrado plagado de dobles sentidos.

Es decir, nos encontramos ante un ser anclado en un tiempo pasado, que quiere y necesita valerse de esta situación para conquistar su presente y su futuro.

Una vez más podemos reconocer aquí la sombra del eterno pretendiente decimonónico: diletante, ambicioso, diplomático, por momentos excéntrico, y vano.

Por otro lado, aunque sin salirnos de la misma línea (línea que se pierde *ad infinitum*, tanto si miramos hacia atrás como hacia delante, a través del simbólico eje que traza buena parte del discurrir histórico del discurso amoroso), en una especie de “carta del diablo a su sobrino”, podemos reconocer en Cisneros el espíritu de don Evaristo, quien fuera el más “amable” y expeditivo de los amantes de Fortunata.

Son seres que han perdido irremediabilmente todo resto de inocencia, especialmente peligrosos porque sus destructivos consejos tienen “ese singular acento que da la verosimilitud o la probabilidad de los yerros humanos [75]”.

Sin embargo, en don Evaristo reconocíamos una sombra de bondad de la que Cisneros carece por completo. Este último se complace en cultivar el caos y la incertidumbre con cada una de sus acciones u opiniones, ya sea en las Cortes, como en las discusiones con sus allegados, o en el trato hacia sus sirvientes.

Conforme avanza el tiempo, algunos personajes típicamente galdosianos se van mostrando cada vez más depravados. Es como si los arquetipos recurrentes de sus novelas se vieran sometidos a un progresivo e imparable estado de descomposición o, en los mejores casos, de incertidumbre

(rindamos un anticipado y merecido homenaje a la valiente y desgraciada Tristana, excluyéndola particularmente de esta afirmación).

Cada vez hay menos espacio para la esperanza. Pero, en sentido opuesto, también se produce un perfeccionamiento de aquellas figuras de elevada naturaleza o carácter (ejemplos representativos –aunque discutidos- de lo cual, serían Benina, Halma o Nazarín).

Se da, entonces, una voluntad expresa de extremar las acciones y la definición de dichos personajes “arquetípicos”, en el sentido simbolista-realista galdosiano del término.

Se va acercando gradualmente el momento de la necesaria y definitiva depuración espiritual y sentimental de las criaturas de Pérez Galdós.

Cada vez hay menos espacio, también, para las mezcolanzas, el eclecticismo y las ambigüedades. El viaje literario-espiritual emprendido por Galdós en su juventud está llegando a su término. (Y nosotros hemos tratado de seguir algunos aspectos de la parte más luminosa, esperanzada y emprendedora del camino: aquella que cifra su punto de mira en la educación sentimental, es decir, en la educación espiritual de autor y lectores, a través de la experiencia de los personajes recreados por el primero).

Pero volvamos con los verdaderos antihéroes galdosianos, esos por cuyas nefandas características espirituales están a la altura –inversa- de sus personajes luminosos, de sus héroes crepusculares.

Así dijo el señor Cisneros a Manolo Infante:

«Mira, Manolo, tú no seas tonto. Haz el amor a las mujeres de todos tus amigos, y conquístalas si puedes. No pierdas ripio por cortedad, ni por escrúpulos, ni por miramientos sociales de escaso valor ante las grandes leyes de la Naturaleza.

Las prójimas que más respeto te infundan, son quizás las que más deseen que avances: no te quedes, pues, a mitad del camino. Sé atrevido, guardando las formas, y vencerás siempre.

Toma el mundo como es, y las pasiones y deseos como fenómenos que constituyen la vida. La única regla que no debe echarse en olvido nunca es la buena educación, ese respeto, ese *coram vobis* que nos debemos todos ante el mundo». [75]

Creo, sin embargo, que ya estamos en disposición de aseverar la invalidez del concepto de “buena educación” que defiende don Carlos Cisneros, pues se está refiriendo con él a la más vacua y corrupta de las hipocresías y cinismos, que han herido de muerte las convenciones sociales en sectores indecentemente amplios de esta deprimente sociedad novelable.

No es sólo el sentimentalismo lo que está bajo sospecha en la novela galdosiana, sino, de forma especialmente definida, la corrupción del sentimiento de los tiempos modernos.

Los personajes del autor canario son, en buena medida, hijos fieles de su época. La relajación de las costumbres, desde una perspectiva moral, ha dado lugar a la mencionada incertidumbre y al hastío que parece regir buena parte de las relaciones personales.

En la sociedad que nos describe Galdós, todos mienten: políticos, esposos, amigos, sirvientes, familiares... La ley suprema que gravita en las vidas de todos es la del disimulo, la manipulación y la mentira al servicio de los gustos, los intereses y las satisfacciones personales (aspectos ya denunciados, esencialmente, en *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*...).

Hasta el punto de que hacer una crítica o un comentario sobre tal situación (como tratamos de hacer nosotros ahora), se constituye en síntoma

infalible que denota una suprema ingenuidad, además de un inconcebible mal gusto.

Cisneros es símbolo de la estéril decadencia de una España corrupta, irracional e ineducada. Él mismo se delata cuando afirma con craso cinismo:

 Mi sistema se inspira en el bien universal, no en el interés de unos cuantos charlatanes y explotadores de la nación. Ya lo irás conociendo, ya te vendrás a mi campo, al campo de las negaciones, de todas las negaciones juntas, donde se asienta la gran afirmación. [26]

Cisneros es enemigo de cualquier forma de educación (su absoluta nulidad en lo que al verdadero discurso amoroso se refiere ya ha quedado ampliamente demostrada, a través de sus propias palabras). Ser veleidoso, incapaz de escuchar o atender a razones que no sean las propias (aunque resulta perfectamente legítimo dudar de que lo suyo sean razones), lanza una extensa diatriba contra todo intento o tentativa que aspire a alcanzar cierto orden moral; podríamos decir, incluso, cualquier especie de orden. (Recordemos que San Agustín definía la virtud como “el orden del amor”).

Escuchémosle, de nuevo (no a San Agustín, sino al incorregible don Carlos, ya que es objeto de este análisis desvelar el aspecto más deformante de la transmisión de la experiencia):

 ¡Y qué costumbres tan necias; y qué idiotismo en las relaciones de los sexos; y qué monotonía desesperante en la vida toda; qué aburrimiento en esta selva inmensa de leyes, que prevén hasta nuestros menores movimientos; qué inmenso tedio en este sistema de profundizar todas las cosas, para matar lo desconocido, lo desconocido, Manolo de mis entrañas, lo desconocido, que es la alegría de las almas, la sal de la existencia!

No, no; yo quiero que toda esta balumba de artificios y de esclavitudes, formada por el puritanismo inglés y la gazmoñería protestante, desaparezca en el abismo de esa historia fastidiosa que nadie ha de leer.

Quiero la libertad, no estas libertades que son como la disciplina de un cuartel, y que lo obligan a uno a andar a compás, a uniformarse, y a no poder toser sin permiso del cabo, sino la verdadera libertad, fundada en la Naturaleza. [34]

Estas palabras adquieren su verdadera significación vistas a la luz de la esperpéntica figura de su emisor, quien, con la mayor desfachatez, “razonará” poco después:

...reconozco que el favor ministerial es un resorte del sistema, y no debemos criticar que se utilice para acallar a los descontentos y recompensar a los servidores, porque si suprimimos aquel resorte, adiós sistema.

Ello está en la naturaleza humana, y es resultado de la eterna imperfección con que luchamos de tejas abajo. O nos declaramos serafines con patas, o hemos de reconocer que el régimen, bueno o malo, tiene su moral propia, su decálogo, transmitido desde no sé qué Sinaí, y que difiere bastante de la moral corriente... [58]

No es casual que Galdós haya llevado la doblez hasta límites extremos en lo que atañe a la configuración ideológico-social de este personaje.

El autor hace una desesperada denuncia (plagada, a causa de su fidelidad hacia los hechos predominantes de los que fue testigo, o parte, en su vida, de absurdos e incertidumbres); una denuncia frente al caos y los despropósitos en los que ve sumida a la sociedad de la época, enfangada en una doble, o triple, o múltiple moral, sin más distinción de clases que la que viene determinada por el ejercicio del poder o la capacidad personal para entregarse a una debacle de ignorancia y perversión.

Para hacer hincapié sobre este aspecto, pone en boca del narrador epistolar las siguientes palabras:

Hablemos otra vez de ese espejo de los padrinos, de esa potencia crítica de primer orden que por sí solo representa una escuela sistemática de sátira social, a la que ajusta sus juicios sangrientos.

Tú no sabes bien lo que es este hombre y cuánto se prestan sus pensamientos a la admiración y al análisis. ¡Y yo, tonto de mí, que los primeros días, juzgando por la superficie de las ideas, le tuve por carlista o al menos por partidario del poder absoluto!

Figúrate, Equis de mi alma, cómo me quedaría hoy cuando me expuso las ideas más contrarias al absolutismo... [26]

El verdadero absolutismo protagonista de esta novela es el que ha sido instaurado como tirano indiscutible en el reino de la supina deformación de la *paideia* sentimental: un ignorante y craso cinismo.

II. 11. *Tristana* (1892)

Como observábamos a partir del análisis de *Doña Perfecta*, el narrador galdosiano tiende, en ocasiones, a no focalizar explícita o exhaustivamente la actitud o la opinión de la heroína, ante el mezquino comportamiento de las personas que dirigen su vida, o las razones y los afectos que la mueven a hacer sus elecciones sentimentales o que están tras sus afinidades electivas (como en el caso de la amada del amigo Manso).

Se muestran, fundamentalmente, las acciones y las humillantes pasiones que las desencadenan (*La desheredada*, *La de Bringas*, *Tormento*) o las causas de su obcecación casi enfermiza –desde la lucidez objetiva del no enamorado- (Fortunata) o de su resignación (Jacinta).

Por eso, *Tristana* (también Gloria y Camila, como ya quedó demostrado) constituye una espléndida excepción, al rebelarse de manera tan abierta y perseverante, como inútilmente, contra su triste papel en la sociedad, y en el frustrante entorno "familiar" en que se ha visto envuelta. Aunque, una vez más, el lector deba realizar una intensa labor de análisis y un decidido esfuerzo de comprensión, para tratar de entender los motivos últimos del comportamiento y la evolución del personaje.

Tristana es esclava de las consecuencias irreversibles de sus propios errores, de los prejuicios de la época y de las desgracias personales; pero también ha logrado una madurez espiritual que está en consonancia con la madurez creativa y personal de su "autor".

Tanto Gloria como *Tristana* son protagonistas galdosianas a quienes les han "cortado las alas", pero cuya inteligencia e integridad se revelan muy superiores a las de los hombres que, amparándose en sus propias leyes, las someten.

Al amor de Tristana se le pueden aplicar las hermosas palabras con las que Guillermo Serés interpreta unos versos recogidos en las *Poesies* de Ausiàs March: “la *phantasia* forma dentro de sí una *species*, un fantasma espiritual con el mismo contorno que el de la persona amada¹⁷⁴”.

Ahí radica la tragedia y también la dignidad de este personaje galdosiano, que es trasunto de quien fuera amante del escritor canario: Concha-Ruth Morell¹⁷⁵.

La vida sentimental de Tristana experimenta una curiosa metamorfosis a partir de la separación “provisional” de su amante, y de una grave enfermedad con la que casi acaba su vida. Empieza a sentir, progresivamente e *in crescendo*, que no es el cuerpo de su amante lo que ama, sino su alma.

La imagen difusa de las formas materiales del pintor es sustituida, en el recuerdo de la joven, por la presencia adorada de un ser, tan cercano a las preferencias y reclamos de su espíritu, como etéreo.

Por momentos, el rostro de Horacio se borra de su memoria, que sólo retiene los contornos áureos de un nuevo ente, creado a partir del encuentro de sus almas e inexistente en cualquier otra circunstancia.

Y Horacio empieza a asustarse, porque no se reconoce en las descripciones epistolares que, de su persona, hace la enardecida amante. Le dice cosas tan inauditas para él como que le quiere por su sencillez, su ternura, su elegancia infinitas... Por la extremada hermosura de sus manos creadoras de prodigios, que, por experiencia sabe, pueden acariciar tan bien...

Dice amarle, además, por su insondable inteligencia y su contenida y dilatada pasión por la vida; porque en él, según ella, está, a un tiempo, la

¹⁷⁴ SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes*, p. 134.

¹⁷⁵ LAMBERT, A.F., “Galdós and Concha-Ruth Morell”. *Anales galdosianos*, Año VIII, Núm. 8, 1973.

madurez y el desvalimiento de un niño tímido y reflexivo... Porque es ecuánime, bondadoso, solidario... por la afectiva cercanía y el sugerente pragmatismo que impregnan sus gestos, movimientos, acciones...

Dice amar sus labios torneados, porque la ha dejado que los enseñe a sonreír libremente; adora su pelo y la sensualidad coqueta de su porte; el recogimiento de sus movimientos y de sus ojos, cuando miran al suelo; y ama sus brazos extendidos al viento... para abrazarla.

En resumen, Tristana ama a Horacio por ser apuesto y apasionante, y porque puede imaginar, recordar (volver a pasar por el corazón) y reinventar, sin esfuerzo, sus cuerpos y sus almas cálidamente entrelazados, a la orilla del mar o en cualquier otro espacio idílico; como si ese, y no otro, fuese su estado natural y necesario.

Tristana le confiesa, además, que ya no desea sino posar, dulcemente, sus labios sobre la cara de su amante –al que ya no conoce-. Sin embargo, dice recordar que el pintor posaba sus manos sobre el cuerpo de ella como nadie lo había hecho; y reconoce, también, tener grabada en su alma una mirada ardiente y distante pidiendo a gritos que lo amase.

Pero muy pronto estos arrullos de enamorados, dejarán lugar a otro tipo de sentimientos.

La espiritualidad del amor de la joven se va intensificando a pasos agigantados y olvidará rememorar, en las cartas, la belleza sensual de los antiguos encuentros amorosos.

Horacio se ha transformado, en la imaginación de Tristana, en un ser de perfecciones sobrenaturales. De él ya no ama la realidad material, sino las virtudes, que conforman un ser mucho más hermoso. Éstas toman una nueva forma ideal, a la vista de la enamorada, quien recrea una persona y una personalidad diferentes, a partir del barro modelable de la dimensión existencial de Horacio...

Desgraciadamente, dicha imagen enseguida llegará a no ser más que un espejismo, incluso para la abatida conciencia de Tristana.

Esta muchacha, quien en su más tierna infancia había sido seducida por don Lope (un don Juan bastante mediocre y caduco), quiso volver a habitar, a través de un amor puramente espiritual, la infancia recuperada (tras la degustación de los deleites puramente sensuales de los que se vio privada en su juventud –al igual que le ocurriera a José María Bueno o, en otro sentido, a Horacio Díaz).

El progreso de su vida amorosa se puede explicar a la luz de la estructura del anhelo (*appetitus*) que Hannah Arendt desentraña en su penetrante estudio sobre *El concepto de amor en san Agustín*:

“El amor es *un tipo de movimiento, y todo movimiento va hacia algo*¹⁷⁶ [...] La cosa que conocemos y deseamos es un “bien” (*bonum*); no la buscaríamos por sí misma si no lo fuese¹⁷⁷.”

Todos los bienes que deseamos en nuestra búsqueda de amor son objetos independientes, desligados de otros objetos. Cada uno de ellos no representa más que su bondad aislada. El rasgo distintivo de este bien que deseamos es que no lo tenemos.

¹⁷⁶ SAN AGUSTÍN, *De diversis quaestionibus octoginta tribus*, 83, 35, 1 y 2. Apud. Op. cit., p. 25.

¹⁷⁷ En la misma obra, San Agustín escribe: “Amar no es otra cosa que anhelar algo por sí mismo”, pues “el amor es un tipo de anhelo”. (Ibíd., p. 25).

En este sentido, también se puede analizar el amor en cuestión a la luz de la teoría agustiniana, pues a pesar de que, en cierta medida, el amante siempre crea la figura del amado y es, a su vez, creado por él, Tristana se enamoró en un principio de Horacio, un hombre de carne y hueso, y amó sus cualidades físicas, artísticas y espirituales.

Una vez que tenemos el objeto, nuestro deseo cesa, a no ser que estemos amenazados por la pérdida. En este caso, el deseo de tener (*appetitus habendi*) se torna en temor de perder (*metus amittendi*)”.

De este modo, Tristana buscaría, en el tipo de amor que engendra hacia Horacio, la pureza de los días antiguos y el sol de la infancia.

Su amor se transforma en una *Religio amoris*, pues su deseo o *appetitus* es poder exclamar, como san Agustín: “cuando amo a *mi* Dios no amo la belleza de los cuerpos, ni el esplendor del tiempo, ni la brillantez de la luz, amiga de mis ojos, ni la dulce melodía de todo tipo de cantos, por más que sí amo cierto tipo de luz y cierta voz y cierta fragancia [...]

La luz pura que brilla dentro de mi alma no puede contenerla ningún espacio; lo que en el alma suena, ningún tiempo lo arrebatara; la fragancia que acoge, ningún viento la dispersa [...] y no hay hartazgo que me pueda separar de lo que siempre está pegado a mí”¹⁷⁸.

Pero aún se puede dar un paso más en la equiparación que, salvando las distancias, hemos establecido entre ambos amores. (No en vano nos exhorta San Agustín: “Ama, pero cuídate de qué es lo que amas”¹⁷⁹).

Hannah Arendt precisa, tras la cita anterior, que San Agustín estaría formulando su concepto de “hombre interior”: “Este Dios que es *mi* Dios, objeto justo de mi deseo y de mi amor, es la quintaesencia de mi yo íntimo y, con todo, no es en absoluto idéntico a mí”¹⁸⁰.

¹⁷⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 7, 11. *Ibidem*, p. 44.

¹⁷⁹ SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 31, 5. *Ibidem*, p. 35.

¹⁸⁰ *Ibidem*.

De todos es conocida la frenética lucha que libró Tristana por conquistar la libertad y la independencia de su ser interior, de su “poder de existir”, ya que no concebía la entrega amorosa sin la previa conquista de su individualidad entusiasta y creativa.

Del mismo modo que hay obras de arte capaces de impactar la conciencia del receptor preservando su lucidez, esto es, sin que la sensiblería o una emoción sobresaturada estraguen el juicio objetivo de los hechos presentados –aunque la visión y concepción de la realidad puesta en cuestión pueda verse, total o parcialmente, tambaleada-, Tristana consigue mantener su voluntad de ser, pese a la voluntad de amar que en ella inspira la sobrenatural recreación de Horacio. Precisamente porque dicha cristalización de sus anhelos es fruto de una decidida voluntad de *ser excelencia*, de trascender las limitaciones de su existencia.

En un primer estadio de su amor, Tristana declara reiteradamente a Horacio amarlo tanto que le resulta un suplicio soportar la sola idea de perderlo. Y tal afirmación se confirma como cierta cuando la joven se plantea renunciar a él, antes que no volver a verlo nunca, en la amorosa correspondencia de su pasión, o antes que arriesgarse a perder el dulce sueño que para ella supone la idea que se ha forjado sobre él y sobre ella; pues ambos ya no son, en la concepción de Tristana, sino *in species aeternitatis* un solo ser.

Saber que Horacio “existe” y que la mira sin indiferencia y sin el desprecio que emana o trasciende de toda forma de incomprensión, se convierte en el más preciado de los bienes de su vida.

Sin esto pre-siente que volvería a estar anímicamente muerta –como hasta el momento de su amor por Horacio lo había estado, aunque sin ser plenamente consciente de ello-, porque la soledad devendría, entonces, inapelable y melancólica, como un páramo estéril.

Necesita, por tanto, tener siempre consigo su recuerdo. Y el miedo a perderlo (el *metus amittendi* agustiniano) se hace tan intenso que incluso llega a

reunir el valor suficiente para proponerse seriamente no volver a verlo nunca más, en un agónico intento de preservar o “conservar” imaginativamente su amor, aun por medio de tan drástica y lacerante medida.

Lo que da sentido a las palabras y a las acciones formuladas y efectuadas por Tristana es la verdad¹⁸¹, el sentimiento y la sinceridad con que “se pronuncian” y consiguen transmitirse al lector.

El lector implicado tiene la oportunidad de experimentar, de nuevo, la importancia primordial del sujeto que proclama una idea, para la valoración de la misma –así como de las circunstancias y los hechos que la acompañan-, gracias a la solidez constructiva que la imaginación del lector descubre y reconstruye tras su inmersión en la narrativa galdosiana.

La congruencia de las acciones de Tristana demuestra, hasta el final, que realmente era uno de esos seres que, al ver la luz dorada de la luna llena sobre el cielo azul de un claro atardecer, comprenden que es consustancial al ser humano sentir, predominantemente a lo largo de vida, que lo mejor suele ser casi siempre lo imposible; que la felicidad siempre está más allá, al otro lado del camino, disuelta en la estela de la ruta marcada por un barco que no es el suyo.

Esto que podría interpretarse como debilidad melancólica, propia de un carácter enfermizo y anti-vital, es sublimado por Tristana de modo que cierto tipo de lector pueda percibirlo como algo de mucha más trascendencia de lo que también sería susceptible de ser considerado como los efectos naturales de una extravagante rebeldía.

En este sentido, la vida de Tristana se convertiría en símbolo de una íntima y elevada intuición del ser de las cosas, que es fruto, a su vez, de una

¹⁸¹ La verdad de la experiencia es antepuesta, en repetidas ocasiones, por Benito Pérez Galdós a la verosimilitud de la narración, como apuntábamos a propósito de las locas pasiones sufridas por Fortunata o Isidora Rufete.

penetrante y valiente valoración de la “estafa ontológica” que supone la existencia o dimensión material de lo que somos y lo que nos rodea, por muy querido que pueda ser a nuestro corazón.

Tristana había cifrado en la imagen creada de su amante todas las perfecciones de su ideal de belleza.

Horacio era el hombre que podía redimirla de todas sus miserias. Constituía el ser cuyas riquezas vendrían a compensar todas sus carencias... Pero, tarde o temprano, tendría que enfrentarse al Horacio real.

Intuitivamente, trató de alargar al máximo el tiempo de la verdad.

Tristana sabía de antemano lo que iba a ocurrir, aunque ni siquiera llegara a reconocerlo, desde la dimensión consciente de su razón.

Durante largo tiempo se preparó para enfrentarse al momento en el que se desvaneciera la vida que su potente imaginación construyera; imaginación que llegó a contener altas dosis de misticismo idealista. Sus necesidades espirituales rebasaban con creces los límites de lo real (o así se vio ella obligada a reconocerlo).

Por eso, después de su último encuentro con Horacio, Tristana debió experimentar un horrible vacío, una inconmensurable sensación de vacuidad y despojo de sí misma.

La tensa angustia que la mantenía febrilmente activa hasta entonces dio paso a la manifestación pasiva del atenazamiento de sus músculos y de sus sentidos.

Tristana entra en un estado catatónico de prolongada estupefacción. El reconocimiento íntimo, y nunca confesado, de la inmensidad de su autoengaño se le presenta con fatal brutalidad. Pero, en cualquier caso, Tristana siempre sintió que era un autoengaño necesario.

Las potencias y pasiones de su espíritu no podían circunscribirse, *ad mortem*, a los estrechos límites de una existencia vulgar.

Comunicar, expresar sus íntimas impresiones, sus sueños incontenibles... se convirtió, por obra y gracia de las esperanzas y los miedos que su amor por Horacio despertó, en el objetivo ineludible de su vida.

Tristana sabía a lo que se exponía, pero, en conciencia y en espíritu, no podía dejar de dar salida al agónico canto del cisne que suponía su amor por Horacio.

El pintor, en cambio, se manifestó mucho más apegado a los moderados placeres de la tierra.

Las propiedades valencianas que recibió de su familia lo pusieron en contacto con un mundo idílico, plagado de deleites sensuales, y lo situó junto a una hermosa joven con la que compartir su retirada y descansada vida.

Tristana sabía, también, que algún día Horacio le reprocharía la humildad y las vicisitudes de su origen. El matrimonio que éste le ofreció podía suponer no sólo una amputación de su libertad, sino también la posterior desidia que es consecuencia del desmoronamiento de las primeras ilusiones y, con ella, los tan temidos reproches.

Esta agudísima pre-visión de los acontecimientos futuros provocó su negativa al ofrecimiento de matrimonio. Tristana se anticipó a la gran renuncia de su vida, hasta el punto de que, cuando Horacio fue a visitarla, tras largos meses de ausencia y cartas cada vez más espaciadas, hacía tiempo que ésta había llevado a cabo el firme propósito de ir desprendiéndose de la imagen de él, y de la frenética dependencia con la que surgió su apasionado amor.

En cierta medida, el espíritu de Tristánita descansó al tener que emanciparse de las incontrolables tensiones y efectos que en el alma producía un deseo insaciable de eternidad, mientras permanecía ligada a un ser sometido

a la circunstancialidad y las inclemencias de toda existencia. Inseguridad redoblada por las condiciones en las que había transcurrido y seguiría transcurriendo la suya, independientemente del lugar que llegara a ocupar en el mundo.

Las desgracias vividas siempre serían para ella una amenaza soterrada, más o menos encubierta, en su ánimo o en el ánimo de los que la rodearan.

Todos los que supieran de las vicisitudes que coartaron la existencia de Tristana (y esto era algo generalizado e inevitable), sentirían planear sobre sus conciencias la sombra de las pasadas miserias.

Y Trisanita se fue diluyendo en un mar de actividades de variada trascendencia, por las que se entusiasmó alternativamente, desde que alcanzó a ver la amplitud de sus potencialidades a partir de su experiencia del amor: la pintura, la música, los idiomas, la literatura, la pastelería, la jardinería... hasta que llegó el momento en que los apacibles oficios religiosos se convirtieron en el único bálsamo que hacía soportable la infelicidad última de su vida.

La inconstancia de sus aficiones se contraponía así a la constancia de sus aspiraciones espirituales.

Trisanita llegó a encontrar en el servicio musical de los oficios de la comunidad a la que asistía, y en el agasajo de los gustos vespertinos de su protector, y finalmente esposo, don Lope, la paz que la exuberancia de un sentimiento condenado a la insatisfacción o a la incertidumbre permanente nunca podría otorgarle.

El cansancio experimentado tenía el tonelaje de la magnificencia de las ilusiones depositadas, progresivamente, en lo terrenal y lo celeste.

Una tristeza abismal la llevaría hasta la consunción en la convalecencia de la enfermedad que la convertiría, para siempre, también en el plano físico, en

la señora coja. Pero, otra vez, Tristana parecía trascender la insondable tristeza que la embargaba.

Encontró refugio en los cánticos espirituales de las religiosas de la iglesia de las Siervas, y en la nueva casa que compartiría con su reciente (aunque no flamante) esposo.

Al fin y al cabo, don Lope resultó estimarla lo bastante como para renunciar a sus prejuicios religiosos y contraer matrimonio con la futura viuda de López Garrido, asegurando, de este modo, su porvenir.

En cualquier caso, la bella imagen de Horacio ya no existía.

Tristana tuvo que hacer frente a la amarga añoranza y a la soledad de quien se despide, para siempre, de un ser muy amado. La presencia y la figura de Horacio la acompañó durante largos meses, en los que su imaginación sólo se empleaba en dibujarlo, sugerirlo, recordarlo, extraer su recuerdo de cada forma de belleza que encontraba a su paso, de cada detalle entrañable que provocara destellos de alegría en su alma triste y anhelante...

Un día Tristana tuvo que despedirse definitivamente de todo eso. Y todo parece indicar la dócil conformidad con la que aceptó la necesidad de ver la realidad de las cosas.

A esas alturas de su fiebre emocional, despertar de sus ensueños constituía un mal menor. Era necesario conjurar los fantasmas de su extenuada y extraviada fantasía. Por eso aceptó con calma y gratitud las últimas visitas de Horacio.

El pintor era un hombre pragmático y realista, y Tristana comprendió la pertinencia de romper unos lazos en los que ambos se habían visto enredados debido a la imposibilidad de atrapar la inconsistencia de los sueños, por la naturaleza evanescente e imprevisible de los mismos.

Y Tristana se recompuso lo mejor que supo al cabo de varios años. También ella aprendió a ser realista, hasta el punto que su carácter le permitía.

Nunca pudo renunciar del todo a las dulces promesas de felicidad que le sugerían todas las cosas. Como los antiguos sabios gentiles, buscó el placer y la alegría en cuanto la rodeaba, en cuanto existía (tuviera o no una consistencia material). Lo buscó instintivamente, con fidelidad y ahínco, a lo largo de toda su vida. Con tanta fidelidad y con tanto ahínco, que el narrador no puede dejar de preguntarse si realmente no llegaría a ser feliz, a pesar del patetismo que debió hacer huella en la fisonomía de Tristana, en la transida expresión de un rostro de triste dulzura, y en los movimientos torpes y decididos de la *señora coja*.

Porque la *señora coja* decidió hacer felices a cuantos la rodeaban: a las hermanas de las Siervas, acompañándolas en la plácida sencillez de sus piadosos cantos (que nada tenían que ver con las apasionadas óperas que embriagaron sus pasiones de juventud); al viejecito don Lope, con exquisiteces de pastelería que estimulasen sus extenuados apetitos...

Si no pudo conquistar la propia felicidad, se la proporcionaría a quienes la rodeaban, hubieran contribuido o no a fraguar su propia desgracia.

De este modo, Tristana recogió para los demás los frutos de los sabios gentiles y cultivó el insólito misticismo de las cosas pequeñas que cantara Luis Vives, para aquellos seres humildes, de alma bondadosa y sencilla que llegaron a verla sin examinarla, porque la querían.

Tristana fue amada al final de su vida. Su inmensa ternura, su amor inmenso a la felicidad y a la vida llegó a ser correspondido por los humildes y por el extraviado don Lope.

Le procuraron todos ellos alegrías modestas, pero Tristana sabía que nunca obtendría más felicidad que la que ella misma pudiera ofrecer a quienes la miraban sin examinarla.

Años antes, a fuerza de no tener más que sus sueños de juventud, a Tristana le resultó imposible renunciar a ellos. Su naturaleza apasionada le hizo comprender que sólo podría amarla en plenitud aquel que fuera su igual o estuviera dispuesto a acompañarla en sus aspiraciones.

En algunos aspectos, sentía, sin embargo, que su talante ante la vida era superior al de su prosaico amante, aunque también reconociera la supremacía material y social de éste.

San Agustín decía: “Lo que somos y lo que está por debajo de nosotros nos pertenece por ley inalterable de la naturaleza”¹⁸².

Según la aseveración bíblica, el hombre dominará, por derecho, los peces del mar y los pájaros del cielo, porque han sido puestos a su servicio. En este sentido, establecía San Agustín la oposición entre “uso” y “disfrute” (*uti* y *frui*), es decir, entre amor como medio y amor como fin, correspondiendo el segundo al amor o deseo de cosas buenas, duraderas y verdaderas (*caritas*), y el primero, al amor o deseo de cosas inferiores, falsas o perecederas (*cupiditas*).

Este amor hacia las cosas que pueden perderse en contra de la propia voluntad pondría de manifiesto la inferioridad del amor mundano o humano con respecto al amor divino, es decir, el amor por los bienes eternos.

Pues bien, su intuición y su conciencia le mostraron claramente a Tristana el camino que le esperaba junto al hombre que sería su dueño, y el de sus hijos, ya que ella carecía de nombre, de profesión, de riquezas y de una familia en la que sustentarse y ampararse.

Desde el punto de vista del pragmatismo social, ella no tendría más valor que el que quisieran o pudieran otorgarle por ser la progenitora de un hogar provinciano acomodado. Y ese no era el sueño de Tristana. Y

¹⁸² *Ibíd*em, p. 62.

posiblemente tampoco lo habría sido en el caso de que Tristana no se hubiera convertido en una mujer sin honra a manos del taimado don Lope, ni en una *señora coja*, a manos de su aciaga fortuna.

Por otro lado, el derrocamiento artístico de Horacio, la claudicación de sus anhelos de fama, de gloria estética... hizo tambalearse el mañana que la imaginación de Tristana había construido para ambos. Ya no lucharían juntos, a brazo partido, en pos del ideal, de la excelencia pictórica... sino que se retirarían apaciblemente a cuidar de los árboles frutales y de las fértiles gallinas de Horacio Díaz, antiguo amante bohemio de las calles florentinas.

Aún conmocionada y aturdida por este súbito cambio de planes, exclama Tristana, en una de sus cartas dirigidas a Villajoyosa “sólo por la costumbre” (pues según el narrador deberían ir dirigidas a las más altas regiones del ideal):

No vaciles, y déjate de gallinas y vulgaridades estúpidas. ¡El arte! ¡La gloria, *señó Juanico*! Es la única rival de quien no tengo celos. Súbete a los cuernos de la luna, pues bien puedes hacerlo.

Si hay otros que regarán las hortalizas mejor que tú, ¿por qué no intentas lo que nadie como tú hará? ¿No debe cada cual estar en lo suyo? Pues lo tuyo es eso: el divino arte, en que tan poco te falta para ser maestro. He dicho. [158]

Así, al renunciar a Horacio, Tristana no sólo se despide para siempre de la dulce imagen que la acompañaba día y noche desde que lo conoció, sino también de los fantásticos proyectos con los que la pareja materializaría la felicidad soñada por ella.

Tristana siempre manifestó abiertamente su deseo de vivir en una “libertad honrada”, pues consideraba que esta era la forma más pura de amar a un hombre: sin ataduras, sin depender económicamente de él, sin cortarle las alas y sin cortárselas a sí misma.

La vanguardia con la que reivindica el derecho a la independencia de su ser, a pesar de su patente feminidad, queda fuera de toda duda.

Para los hombres de la época resultaba inconcebible que una mujer de semejantes características (pobre, sin instrucción, sin conciencia de clase, enferma...) pudiera osar siquiera a soñar con tan pretenciosas ambiciones, mucho menos a luchar por ellas y a renunciar, por ellas, al bienestar material que le ofrecía Horacio.

La estupefacción experimentada por éste sería difícil de describir, cuando recibiera las cartas de quien había deseado como dulce esposa (en los aspectos más tradicionales del término), y que decían así:

Yo te quiero más que a mi vida. Pero hazme el favor de concederme que el arte escénico es un arte noble, de los pocos que puede cultivar honradamente una mujer.

Concédemelo, bruto, y también que esa profesión me dará independencia y que en ella sabré y podré quererte más, siempre más, sobre todo si te decides a ser grande hombre.

Hazme el favor de serlo, niño, y no te vea yo convertido en un terrateniente vulgar y obscuro. No me hables a mí de dulces tinieblas. *Quiero luz, más luz, siempre más luz.* [164] (El subrayado es nuestro)

Lo que sí describe magistralmente el narrador galdosiano es la nobleza y la pureza de espíritu que caracterizan a Tristana, pues también se manifiestan en la dimensión física de su persona.

Tristanita no fue educada para ser una señora culta, de perfectos modales y comedidas aspiraciones. La voluptuosidad de su fantasía le impidió optar por la vida más fácil y apacible de cuantas se le ofrecían; precisamente porque la lealtad de su carácter era incorruptible:

...lo más característico en tan singular criatura era que parecía toda ella un puro armiño y el espíritu de la pulcritud, pues ni aun rebajándose a las más groseras faenas domésticas se manchaba.

Sus manos, de una forma perfecta, ¡qué manos!, tenían misteriosa virtud, como su cuerpo y ropa, para poder decir a las capas inferiores del mundo físico: *la vostra miseria non mi tange*.

Llevaba en toda su persona la impresión de un aseo intrínseco, elemental, superior y anterior a cualquier contacto de cosa desaseada o impura.
[10]

De donde se deduce que ningún tipo de “educación” hubiera dado con el modo de reducir a la luchadora Tristana, porque la fuerza que la guiaba emanaba de lo más profundo de su espíritu, y trascendía las esferas de lo material para ser entregado, en sacrificio, a las personas y a los ideales que tan desinteresadamente supo amar.

III. CONCLUSIONES.

Una aproximación a la vivencia *realista* del amor galdosiano.

A lo largo del citado estudio de Alexander Parker nos encontramos con un nutrido número de humanistas gentiles que aspiran a un ideal absoluto de perfección y confianza en la Naturaleza divina de lo humano, así como de poetas místicos preocupados por los deberes y las obligaciones sociales subyacentes a la condición material y moral del hombre.

En la Conclusión, recoge Parker la siguiente cita de *The Life of Reason* de George Santayana: “No puede haber interés filosófico alguno que pretenda disfrazar la base animal del amor, o negar su sublimación espiritual, puesto que toda vida es animal en su origen y espiritual en sus frutos posibles¹⁸³”.

Una clara tesis de la novelística galdosiana es que el amor poco puede frente a los convencionalismos y vicios del mundo.

No hay más que recordar el amargo final de Gloria; la tragedia de la hija de doña Perfecta (completamente eclipsada por la gigantesca y fantasmagórica figura de su madre); el patetismo que envuelve la vida de Tristana...

“Tormento” sí alcanzará (supuestamente) la felicidad, junto a don Agustín Caballero, pero no sin antes comprobar cuán cerca está el amante admirador de dejarse manejar por sus envidiosos amigos y familiares y de renunciar a todo; de participar en su humillación; de pronunciar su particular anatema contra ella... es decir, contempla con aterrorizados ojos la endeble consistencia del amor.

¹⁸³ Op. cit., p. 235.

Las limitaciones del ser humano, el cansancio, la fatiga de la lucha continua, el reincidente desengaño de las esperanzas... se enseñorea de la propia vida, de la tendencia natural hacia la búsqueda de la felicidad.

El héroe de atributos sobrehumanos da paso al ser humano cotidiano, al que le abrumba el peso de las contrariedades que le acarrearán sus propios extravíos. La fuerza de su amor queda así circunscrita a los límites de las fuerzas humanas de que fue dotado, más o menos generosamente, por la Naturaleza.

Ya nos advertía Pérez Galdós de un trágico desenlace destinado a todo aquel que no esté sometido a las exigencias de autoconservación, cuya marca ineludible sería una razonable dosis de "egoísmo" o amor propio.

Podríamos decir que esta relatividad del ímpetu amoroso desvirtúa el sentimiento, pero también lo hace más real.

En todo caso, el amor conyugal ya no es considerado como una divinidad con la peculiaridad de dotar al enamorado de fuerzas sobrehumanas; sino como un sentimiento eminentemente humano y, por tanto, determinado por las leyes o movimientos de esta condición; con sus luces, pero también con sus sombras.

Por otro lado, la libertad y la abierta alegría del "amante naturalista" o del "amante humanista" (frente a la del "insípido amante místico", en algunas novelas galdosianas) se ve neutralizada por las inconveniencias que subyacen a las limitaciones del ser humano.

Si el "amante terrenal" se libera de los condicionamientos que imponen las normas y los dogmas religiosos, de los miedos y las reservas que frenan la total entrega amorosa, de los escrúpulos de conciencia que la parcializan... también este "amante liberal" (en el sentido cervantino o primigenio del término), tiene que enfrentarse a la impotencia a la que lo someten las propias y limitadas fuerzas.

Pero no es menos cierto que, en la novela decimonónica, aún se le concede un “amplio reducto” al ideal y a la ensoñación, y ese es el espacio de la palabra del escritor finisecular, que sigue rindiendo tributo (con frecuencia, aun sin querer) a las imperecederas teorías de índole platónica aunque, sólo a veces, se fundamentan en ejemplos palpables y dignos de la mayor admiración.

Si el ideal amoroso no siempre es alcanzable, su discurso permanece en la imaginación de los que se resisten a no verse a sí mismos como grandes amantes. Es un deseo inmortal en el sentir del hombre, cuya ausencia le provocará una tristeza proporcional a la grandeza de sus aspiraciones.

Los novelistas de la Restauración luchan por enfrentarse a la realidad, pero se muestran reacios si tienen que renunciar, por completo, a esa belleza soñada (alguna vez, conseguida) desde tiempos inmemoriales.

La parodia, la sátira, la burla o la distorsión de los grandes mitos está impregnada de una inmensa amargura... Combaten las ilusorias esperanzas y creencias que se han visto defraudadas o por las que se han visto defraudados, pero se resisten a que éstas desaparezcan, por siempre, de la faz de la tierra, y con su desencantado canto les siguen rindiendo tributo, como ya hiciera Garcilaso al expresar su "dolorido sentir".

Dentro de esta dinámica general del pensamiento y el discurso restauracionistas nos encontramos, como es lógico, con los diversos temperamentos y estilos que despliegan algunos de nuestros más ilustres escritores decimonónicos. Nos referiremos brevemente ahora a los de Doña Emilia Pardo Bazán y Don Juan Valera.

III. 1. Doña Emilia Pardo Bazán

Las descripciones de doña Emilia Pardo Bazán se distinguen por su particular sensorialidad y sutileza. Cabe destacar cómo el narrador bazaniano dosifica la información para despertar la curiosidad y las expectativas en el lector.

Por ejemplo, en la novela titulada *Un viaje de novios*, al lector no le será proporcionado el retrato completo de don Ignacio Arregui hasta que éste haya empezado a formar parte integrante del destino de Lucía, a través de sus valiosísimos primeros auxilios de “caballero cristiano”.

Mientras tanto, los datos que se le proporcionan al lector sobre su persona son sesgados y están tan escrupulosamente dosificados que generan todo tipo de especulaciones, tanto racionales como fantásticas.

Otra muestra de la sutileza narrativa de doña Emilia es la discretísima forma en que catequiza el padre Urtazu a don Ignacio, a través de las candorosas y amorosas palabras de Lucía.

El magisterio sólido y práctico que el jesuita ha ejercido en la joven actúa como saludable viaducto por medio del cual se va imprimiendo y acrecentando la *Pietas* cristiana, en el espíritu del descreído Arregui. En perfecta consonancia con las enseñanzas evangélicas, será el amor y la pureza de la niña las que rescaten a Arregui del abismo de la desesperación.

Frente a las disquisiciones y elucubraciones morales (en muchas ocasiones saturadas de fuertes tintes folletinescos), la beatitud y la *caritas* cristiana se ven reflejadas, en las novelas bazanianas, por medio de la exuberante belleza de la naturaleza, que apela a los sentidos.

Los paisajes y los elementos naturales que aparecen descritos en las novelas de doña Emilia no participan de la decrepitud de las sociedades decadentes, sino del vigor perfecto y armónico de las obras de la Naturaleza.

Se trata de una sensualidad tan comedida como imperiosa e indiscutible. Y su valor no reside sólo en los placeres sensoriales que provoca en los personajes alegres y despiertos, sino también en la capacidad de inspirar o modelar el sentimiento religioso en quienes la contemplan desde los sanos preceptos de la fe.

(Más adelante nos referiremos, con mayor concreción, a estos aspectos, sobre todo, en lo concerniente a *Los Pazos de Ulloa* y *La madre Naturaleza*).

Porque, como exclama Lucía, el mal, el dolor universal se vence “con fe y buenas obras”, no a través de la indiferente apatía del ánimo y los sentidos que, entre otros personajes bazanianos, ostenta Artegui.

En consonancia con todo lo cual, está el hecho de que la inocencia y la pureza de Lucía no tengan su origen en una conformación aséptica o esterilizada de su cuerpo o de su ánimo.

Según nos describe en narrador:

La imagen más adecuada para representar a Lucía, era la de un cogollo de rosa muy cerrado, muy gallardo, defendido por pomposas hojas verdes, erguido sobre recio tronco. [26]

Es decir, Lucía no es una rosa sellada en una urna de perfecto cristal en el centro de una fuente fría (como estaría representada en una alegoría del amor cortés¹⁸⁴), sino una exuberante rosa frondosa, de temperamento meridional.

¹⁸⁴ Vid. LEWIS, Clive Staples, *La alegoría del amor. Estudio sobre la tradición medieval*, versión de Delia Sampietro, Editorial universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1969.

La interpretación práctica de esta salud incontestable de Lucía nos la presenta el narrador mediante el sabio criterio de su médico materialista y de su padre espiritual, respectivamente:

... y ocurrió un donoso caso, que fue que mientras el médico materialista, Vélez de Rada, que asistía al señor Joaquín, se deleitaba en mirar a Lucía, considerando cuán copiosamente circulaba la vida por sus miembros de Cibeles joven, el sabio jesuita, padre Urtazu, se encariñaba con ella a su vez, encontrándole la conciencia clara y diáfana como los cristales de su microscopio: sin que se diesen cuenta de que acaso ambos admiraban en la niña una sola y misma cosa, vista por distinto lado, a saber: la salud perfecta. [114]

Pero donde, tal vez, queda más patente la sutileza o delicadeza descriptiva de doña Emilia, sea en la narración del enamoramiento de sus protagonistas. Los más ricos y variados matices van marcando el progresivo entusiasmo de los enamorados.

En este caso, no son aspectos despreciables o secundarios los que reclaman la atención de Lucía: el misterio que envuelve a Artegui; su innata y despreocupada distinción y elegancia; la capacidad sugestiva de su expresión precisa, cortés y educada, y la singular experiencia de la felicidad y la suerte que confluyen en un afortunado e infeliz hombre de mundo. Todo ello en claro contraste con la sencillez y la naturalidad sin paliativos de la joven.

En ella se conjugan, con inusual perfección, también a la vista del indiferente caballero, las más altas perfecciones y atractivos físicos y morales:

La frente, blanca como un jazmín; los rosados pómulos; la redonda barbilla; los labios entreabiertos que daban paso al hálito suave, dejando ver los nacarinos dientes, los cuales brillaban al tocarlos la “fuerte y cruda” claridad... “la cabeza la sostenía con un brazo, al modo de las bacantes antiguas, y su mano

resaltaba entre las obscuridades del cabello, mientras la otra pendía, en el abandono del sueño”...

Toda esta belleza y frescura venía realizada por la calidad y elegancia de sus ropas que, lejos de velar la intrínseca inocencia de la niña, contribuían a hacerla más notoria, debido al abandono en que la había sumido su profundo sueño:

Desprendíase de toda la persona de aquella niña dormida aroma inexplicable de pureza y frescura, un tufo de honradez que trascendía a leguas.

Todo esto es observado por los escudriñadores ojos de Artegui, quien, hasta el momento, continúa siendo para el lector un anónimo viajero que, poco antes, había entrado en el departamento donde dormía Lucía:

... y el viajero, diciéndose esto a sí mismo, se asombraba de tan confiado sueño, de aquella criatura que descansaba tranquila, sola, expuesta a un galanteo brutal, a todo género de desagradables lances; y se acordaba de una estampa que había visto en magnífica edición de fábulas ilustradas, y que representaba a la Fortuna despertando al niño imprevisor aletargado al borde del pozo. [170]

Sobre la llegada y las características del tenaz observador no disponemos de más datos que los siguientes:

Llevaba éste en la mano un maletín, que dejó caer a su lado, sobre los cojines. Cerrando la portezuela, sentóse en un ángulo, pegada la frente al vidrio, frío como el hielo y empañado por el rocío de la noche. [175]

Seguidamente penetrará el lector en el fluir de su conciencia, desde donde nos es presentada la imagen de Lucía, que, anteriormente ya había sido introducida, como hemos visto –en parte-, a través de la perspectiva y las

valoraciones de su médico, su padre espiritual y su reciente esposo, respectivamente.

Sabremos, por ejemplo, que el hecho de encontrar allí a Lucía, en lugar de que ésta hubiese optado por un reservado de señoras, le indujo a una reflexión que le hizo fruncir el ceño y contraer los labios con una sonrisa desdeñosa. Pensamientos que pronto se disuadieron, a través de una segunda mirada más atenta y “caritativa”.

De esta prolongada observación de las extrañas circunstancias en que se encuentra la niña, se desprenderían una serie de hipótesis que son desgranadas y, progresivamente, refutadas por Artegui, en presencia del lector.

La imposibilidad que presenta para el viajero la resolución del enigma despertará su dormida curiosidad:

... y cediendo a involuntario sentimiento, que a él mismo le parecía ridículo, a medida que transcurrían las horas perezosas de la noche, iba impacientándole más y más, hasta casi sacarle de quicio, la regalada placidez de aquel sueño insolente, y deseaba, a pesar suyo, que la viajera se despertara, siquiera fuese tan sólo por oír algo que orientase su curiosidad. Quizá con tanta impaciencia andaba mezclada buena parte de envidia. [215]

Tras la curiosidad y la envidia, la rendida placidez de Lucía despertó el deseo del desdeñoso viajero:

¡Qué apetecible y deleitoso sueño; qué calma bienhechora! Era el suelto descanso de la mocedad, de la doncellez cándida, de la conciencia serena, del temperamento rico y feliz, de la salud. [217]

Pronto los sentimientos renovados del desconocido darían paso a la acción. La serie de acciones sucesivas, que discurren entre los obligados actos de caballerosa cortesía hasta las más rendidas muestras de incondicional protección, confianza y afecto, es magistralmente graduada y entreverada por la incisiva y acariciante narración de doña Emilia.

La confusión y el aturdimiento de los sentimientos y emociones primigenias que experimentan los protagonistas son ordenados con exquisita delicadeza por la pluma de una escritora que, sin ningún tipo de complejo, rinde tributo a la ternura femenil.

Los “excesos de inocencia” de la niña quedarán armónicamente contrarrestados por la dureza de carácter del varón sabio, descreído e infeliz, cuyo rango y valía serán anticipados por los distintos personajes que lo reconocen y reverencian: así ocurre con el revisor del expreso y con el expansivo y entusiasta Sandiola.

Serán, precisamente, las mencionadas cualidades de Lucía, unidas a su extremada espontaneidad, belleza y naturalidad las que consigan traspasar todas las barreras que las convenciones sociales y las taras morales establecen entre ella y Artegui.

La niña no se arredra a la hora de hacerle al distinguido caballero toda clase de consulta o confidencia. Esta amabilísima y desembarazada condición o predisposición natural de Lucía, dota a la relación que entabla (en su viaje de novios y en ausencia de su marido), con su verdadero enamorado, de un sentimiento de libertad y júbilo poco frecuentes en la novela de la Restauración.

Ya apuntamos que doña Emilia no escatima ningún tipo de esfuerzo y cortesía hacia el lector, cuando se trata de alcanzar una razonable porción de lirismo y belleza plástica en las descripciones de sus novelas; así queda de manifiesto en buena parte de ellas, entre las que destacan *El cisne de Vilamorta*, *El tesoro de Gastón*, *Los pazos de Ulloa*, *Una cristiana...*

Pero será en la espléndida y desinhibida conformación moral de algunos de sus personajes donde resida, realmente, la Alegría contagiosa que impregna sus relatos.

La libertad moral y sentimental, es decir, la ausencia casi absoluta de toda índole de ataduras mal acatadas por parte de estos personajes, felices por antonomasia, posibilita el pleno disfrute (de personajes y lectores), de las anómalas circunstancias que configuran los pródigos relatos bazanianos.

Así, la suerte que teje la autora en beneficio de Lucía escapa a las mismas aspiraciones de una inteligencia aún poco cultivada en numerosos aspectos. La educación matrimonial recibida sería el más craso de ellos. Lucía, con magnífica intuición, rehuye los efectos del aprendizaje amoroso.

Reproducimos la relación que de ello le brinda al asombrado Artegui:

-Le diré a usted... Siempre deseé casarme a gusto del viejecito, y no afligirlo con esos amoríos y esas locuras con que otras muchachas desazonan a sus padres...

Mis amigas, digo algunas, veían pasar por delante de su ventana a un oficial de la guarnición... ¡zas! ya estaban todas derretidas, y carta va y carta viene...

Yo me asombraba de eso de enamorarse así, por ver pasar a un hombre... Y como al fin nada se me daba de los que pasaban por la calle, y al señor de Miranda ya le conocía, y a padre le gustaba tanto... calculé: ¡mejor! así me libro de cuidados, ¿no es verdad? cierro los ojos, digo que sí y ya está hecho... Padre se pone muy contento y yo también. [293]

En todo caso, el valor más positivo de este personaje tal vez sea su ilimitada capacidad para contagiar su sentido de la libertad, la felicidad y la bondad que la caracterizan, a quienes la rodean.

Estos dones son representados, en la novela, por el hermoso símbolo de la luz (luces y sombras que también marcarán los distintos tiempos espirituales a lo largo de todo el relato: en el departamento del expreso¹⁸⁵, en la hermosa campiña de Biarritz¹⁸⁶ ...):

¹⁸⁵ Del pasaje del expreso hemos seleccionado estos dos fragmentos, que destacan por la cotidianidad de su belleza:

“La luz del reverbero, cuya cortina azul descorrió para mejor examinar a la durmiente, la hería de lleno; pero según el balanceo del tren, oscilaba, y tan pronto, retirándose, la dejaba en sombra, como la hacía surgir, radiante, de la obscuridad” [...]

“Corrió Artegui las cortinillas todas ante los bajos vidrios, y una luz vaga y misteriosa, azulada, un sereno ambiente, formaban allí, algo de gruta submarina, añadiendo a la ilusión el ruido del tren, no muy distinto del mugir del Océano”. [198]

¹⁸⁶ La simbólica luz de Biarritz también se caracteriza por su inusitada belleza:

“No picaba el sol; su luz se cernía por un velo de nubes, y la campiña tenía tonos mates, verdes glaucos, amarilleces areniscas, lejanías delicadamente cenicientas, suaves matices que se copiaban en la ciénaga tranquila”.

Los lazos de unión que se establecen entre Ignacio y Lucía alternan del mismo modo, sin descanso, la tierna alegría de la niña con las tensiones y distensiones, complacencias y displicencias de su celoso protector.

La niña se sentirá progresivamente afectada por los cambios de humor del galán, de cuyos labios y gestos depende:

“Artegui era elocuente, cuando a hablar se resolvía; detallaba las costumbres del país, contaba pormenores de los pueblecitos [...]

A su voz, respondían unas pupilas fijas y atentas, un rostro que escuchaba todo él, mudando de expresión según el narrador quería”. [57]

Lucía, risueña, con su ajustado casaquín, natural y sonrosada la color del semblante, descollaba entre todos, y dijérase que la luz amarillenta y cruda de los mecheros de gas se concentraba, proyectándose únicamente sobre su cabeza, y dejando en turbia media tinta las de los demás comensales.

Ya en Hendaya, Lucía se ve envuelta, también, por las fajas de luz de las estrellas que cruzan el cielo; Artegui por la vaga luz de los astros que pone al descubierto la palidez de su rostro.

Es decir, frente a la luminosidad de ella, se encuentran las cavernosas tinieblas de la tristeza de Artegui, de quien se dirá: “Hablabla sonriente, pero era su sonrisa semejante a la luz que alumbraba un nicho”. [179]

Es evidente, pues, que los fenómenos y signos de la naturaleza están en consonancia con los tornadizos sentimientos de los protagonistas, aunque nunca de forma tan notoria como cuando las imprecaciones del doctor Arregui coinciden con el desencadenamiento de una tempestuosa tormenta, en la cuenca del Adour:

Dijérase que el mal, evocado por la voz de su adorador, acudía, se manifestaba tremendo, asombrando a la naturaleza toda con sus anchas alas negras, a cuyo batir pudieran achacarse las exhalaciones asfixiantes que encendían la atmósfera. [109]

Nos encontramos, entonces, ante un cuadro compuesto por una niña que no creía haber sufrido nunca y un caballero para quien el dolor ha sido, y sigue siendo, su único compañero de fatigas.

Lucía, a pesar de sus miedos y sus limitaciones (que resultan no ser tan estrechas como don Ignacio presumía), procurará sacudir la modorra espiritual de Artegui valiéndose, en muchos casos, de sus llanas, humorísticas o

desenfadadas peticiones, de las que es buen ejemplo el siguiente diálogo –que comienza con una intervención de la joven esposa-:

-¿Sabe usted... sabe usted que ayer era sábado y que hoy es domingo?

-Así suele suceder todas las semanas -contestó Artégui con afable burla.

-No me entiende usted.

-Pues explíquese. ¿Qué se le ocurre?

-¿Qué se me ha de ocurrir sino ir a misa como todo el mundo? [244]

Ese gusto por la cotidianeidad también se expresa junto a su deseo de ver a don Ignacio “como son todos los demás hombres”, al decir de Lucía, “verle contento y natural”. Porque, según le confiesa al enamorado, “su tristeza se le va pegando” [201].

Ya en Vichy, el lector será testigo de cómo arraigan en las costumbres de la niña las melancolías de la ausencia:

El gusto por la soledad y la entrega vagorosa a los ensueños; el afán desmedido por hacerse cargo de los enfermos y moribundos, como Pilar; la inusual dureza de sus rasgos, que empezaban a abandonar las suaves formas de la adolescencia... Pero también el insistente anhelo de la muerte. A lo que no contribuía poco el violento desdén con que su legítimo esposo la trataba.

El anhelo de muerte, tema tan típicamente decimonónico, es ampliamente abordado en uno de los testamentos novelísticos de doña Emilia Pardo Bazán: *La sirena negra* (1908).

Esta novela se puede calificar de alegoría espiritual o alegoría de las pasiones. En cada uno de sus personajes se presenta, viva y candente, al menos una pasión por antonomasia.

El autoconfesor-protagonista de esta historia, don Gaspar de Montenegro, representa al egoísta impenitente, “al loco satánico, perverso, al sembrador de odio, al jardinero que cultiva dolores, al vaniloquio que se alzaba más arriba de sus hermanos y compañeros en el breve tránsito...” [55]; como él mismo se describe en un arrebatado de lucidez póstuma, que lo embarga al final del relato.

Esta etopeya es la consecuencia del sacrificio supremo que, por razón de amor, ha vertido sobre él, con efectos balsámicos, una víctima pura e inocente, con nombre de arcángel: Rafael Quiñones, que representa, a su vez, la imagen mundanal del Niño Jesús, en la concepción de su padre adoptivo.

¿Qué me dices, niño de mejillas blancas? ¿Qué me sugieren tus labios de rosa tronchada, y tus ojos vidriados, y tu sonrisa graciosa, y tu aspecto de Jesús durmiente sobre la cruz de su martirio?

¿Qué efluvios me vienen de ti? ¿Qué siento, qué pienso, qué quiero, en esta velada en que no reposaré, por hacerte compañía hasta el último momento en que tu frágil forma vuelva a la tierra? [77]

Sin embargo, cabe dudar de la autenticidad de la pretendida redención total de las culpas y los pecados de don Gaspar.

Este personaje siniestro, que se complacía en provocar e incitar toda clase de sentimientos destructivos y aniquiladores en quienes lo rodeaban, sin atender a más razones que la monomaníaca consumación de sus deseos de muerte, sigue dando muestras de su supina soberbia, a pesar del tierno sacrificio de sangre del niño.

He aquí que tengo un corazón virgen, joven, sangrante, limpio como una hostia. Un corazón que se ha curado de las aberraciones de la muerte y también de las concupiscencias de la vida.

Un corazón resignado, apiadado, leal, que sólo desea expiar y arrodillarse para que lo levanten del suelo, o, si no merece tanto, lo dejen en él... [298]

Estas afirmaciones de la última página de la novela podrían ser interpretadas, por las oscilantes y –en último término- unidireccionales andanzas del protagonista, como depositarias de un pretencioso y perentorio propósito o prurito de superioridad y candor moral que queda por demostrar.

Aunque, por otro lado, tampoco cabe una negación rotunda de los beneficios y la validez de algunos signos evidentes del arrepentimiento y la penitencia, a los que se muestra propicio don Gaspar.

Se me figura que mi corazón, aquel corazón hastiado, recocado en todos los amargores de mi siglo, curtido en egoísmo, me lo han sacado del pecho.

Fuiste tú quien me lo arrancaste de allí, con tus deditos hoyosos, cortos, menudos; me lo quitaste como se quita un insecto venenoso de la ropa de un ser querido, para que no le muerda, ni le dé grima, y lo sacudiste y lo aplastaste, y en el sitio de aquel corazón de cordobán, me pusiste uno de carne humana, reblandecido en llanto, confitado en humildad, transverberado por la herida del arrepentimiento... [90]

A todo lo cual habría que añadir la confesión, el reconocimiento y la plegaria final: “¡Oh Tú, a quien he ofendido tanto! Dispón de mí: viviré como ordenes, y me llamarás cuando te plazca... ¡Pero no me abandones! Tu presencia es ya Tu perdón...”

Qué duda cabe de que este hombre nuevo se sitúa en las antípodas del personaje cruel y amargo que maquinaba, siniestramente, la perpetración de un suicidio curiosamente dirigido.

Para ello se vale del descomunal “tigre de los celos”, siguiendo su propia terminología: “Soy yo quien ha soltado en mi propia casa al tigre de los celos, y le he visto avanzar exhalando su ronco rugido, y en vez de enjaularlo, me he complacido en admirar su manchada piel... [170]”

Esta ajustada metáfora ilustra las sugestivas conspiraciones psicológicas con las que enerva los ya corrompidos ánimos de don Desiderio Solís.

Este nuevo personaje alegórico, contratado en virtud de futuro preceptor de Rafaelito, es el símbolo representativo del resentimiento de clase, la frustración, la envidia y los celos¹⁸⁷.

Pero el grado de depravación a que se ha propuesto relegarse don Gaspar de Montenegro resulta tan notorio, que no son estas excrecencias morales lo que el decadente aristócrata abomina del antiguo bohemio, sino – como en tantas otras ocasiones decisivas de su transcurso vital-, será su insignificante vulgaridad lo que más le enerve.

Las opiniones expuestas por don Desiderio son censuradas del siguiente modo:

¹⁸⁷ Desiderio Solís se convierte en el más infame testigo de la cobardía innata de Gaspar, ya que éste, incapaz de perpetrar un atentado contra sí mismo (cuyo deseo es erigido en la razón última de su existencia), decide jugar con “la Seca”, atrayendo hacia sí su guadaña a través de la desesperación excitada en sus contratados.

Este juego maquiavélico y manipulador se vuelve contra él, hasta hacerlo gritar con angustia delirante:

“-No soy tuyo -protesté-. Puedo huir. Me basta con desearlo. He jugado contigo a un juego peligroso: basta ya. Quiero vivir. Vete...”

Se trata de una reacción ante la presencia de una manifestación premonitoria de la Muerte, en el preciso momento en que Gaspar había decidido reconducir su vida de mano de la Madre (Trini) y el Niño (Rafael); lo que constituye una de las escasas notas que aparecen en esta novela sobre los entes positivos y luminosos de la simbología cristiana.

“Su teoría de que el abismo del alma se colma con riquezas, poder y amor, era para mí el más mezquino de los dislates. Estaba, el supuesto intelectual, a la altura de los pintorescos mendigos,... [142]”

El objetable cinismo que encierran estas palabras en boca de un rico hacendado, adquiere carta de naturaleza, en su espíritu, cuando es capaz de esgrimir el mismo motivo de desprecio de sí mismo tras la violación de Miss Dogson:

Me sentía envuelto en lodo, hecho de lodo, y lo peor era que el lodo que me formaba discurría y se juzgaba a sí mismo, y se encontraba doblemente lodo, no tanto por el delito perpetrado, como por lo instintivo, lo vulgar del delito -mero impulso-, y por haberlo cometido en perjuicio propio.

¡Escoger para la inicua barbaridad la misma noche en que, del mar apacible y desembrujado, de los setos y matorrales enflorados, de la risa de un niño, de la ternura maternal de una mujer, había nacido para mí el porvenir, la aceptación de mi suerte, mi reconciliación con el mundo!

Las hieles del mal me tiñeron de negro el corazón... [137]

Las levísimas notas de conciencia moral que pudieran desprenderse del anterior monólogo, representan el desvaído trasunto de honor, en un alma que el lector ha visto desmoronarse, gradualmente, ante sus ojos.

Al comienzo de la novela se esgrimen las razones “históricas” a las que el popular sentido común ha atribuido “las morriñas” de Montenegro: fracasos económicos y políticos, la muerte de sus padres y una severa afección de estómago.

Pero las razones íntimas e irrefutables, las irá haciendo patentes el narrador a través del relato de su lúgubre devenir personal.

Se trata de un personaje absolutamente fascinado por la idea, la figura, las manifestaciones y las representaciones de la muerte y “su paje rojo, el Pecado”, -con lo que se confirma una tendencia a la personificación de estas medievales alegorías de las pasiones-.

Los pecados que desencadenan la tragedia de Miss Annie Dogson son la ambición, la vanidad y una escrupulosa e inflexible frialdad hacia el angelical Rafaelito. Estos rasgos de su personalidad la convierten en antagonista de Trini y Camila.

A la patente insustancialidad que se le atribuye a la primera, al comienzo del relato, le sigue la única mirada amable que dirige el narrador-protagonista a un personaje femenino –si exceptuamos la morbosa delectación con que describe el lamentable estado físico y mental de Rita Quiñones-.

La prometida se confirma en su noviazgo tras dejar patente su aptitud para la maternidad y una sincera capacidad de ternura hacia Gaspar. En cambio, las virtudes prácticas y positivas de Camila son poderosamente contrarrestadas por la negatividad con que se carga la vulgaridad de sus miras personales y sociales, así como su ataraxia.

Curiosamente, serán los sirvientes los personajes que salgan mejor parados en esta Danza de la Muerte que, para Montenegro, constituye la vida.

Tadeo y “la valerosa Marichu” se presentan como dos prototipos de sirvientes fieles e intachables, abnegados y diestros en procurar la alegría y el bienestar de sus amos.

Pero su figura aparecerá velada en la sombra, porque la honestidad de ambos les conduce a desaprobación, tácita o manifiestamente, los desvaríos y los extravíos de don Gaspar, por cuya generosidad y aparente nobleza profesan una gran lealtad.

No en vano, estos personajes aparecen tiernamente vinculados al señorito Rafael, la víctima propiciatoria del esclarecimiento y la depuración sentimental del protagonista.

Pues bien, a través de todos estos personajes realiza doña Emilia Pardo Bazán una magistral y profunda reflexión sobre las pasionales patologías humanas. Sus observaciones y análisis son desmembrados con inusual sutileza.

Por ejemplo, cuando describe pormenorizadamente la escena en que Miss Dogson, al tomar conciencia del juego de seducción en el que la había envuelto, premeditadamente, Gaspar, se introduce en los aposentos de éste reclamando una explicación de sus actos. Y, ante la despreciativa indiferencia con que él le contesta, sufre un acceso de ira.

El narrador no sólo detalla con exactitud cada una de las reacciones y efectos que los tumultuosos sentimientos van provocando en Annie y Gaspar, sino que también se permite enarbolar una exhaustiva y tajante explicación de las causas, y una cumplida interpretación de sus efectos y razones últimas.

Sirva como muestra el siguiente fragmento:

Un momento permaneció estupefacta la inglesa. No quería fiarse de sus oídos ni de sus ojos; no porque fuese inverosímil que yo tuviese novia, sino porque era humillante que se lo notificase así.

Las naturalezas orgullosas se resisten a admitir la realidad de lo que las rebaja; el primer movimiento de la altanería ofendida no es la indignación; es la sorpresa [175].

Ya en otras novelas, doña Emilia había mostrado su aptitud narrativa para ajustarse a la definición de sabiduría que pone en boca del actual narrador decadente:

“Debe de consistir la sabiduría en mirar todas las cosas desde un punto de vista gayo y saltarín; de seguro yo no sé colocarme en él: peor para mí, ¡qué demonio!” [89].

Pero, en esta ocasión, la escritora opta por dejarse arrastrar por la atracción de profundos y peligrosos misterios, para lo cual se introduce en la mente de un demente diabólico, hipnotizado por los hechizos o los efluvios del Mal, que desprenden personajes como Rita Quiñones:

“Mientras ella mordisquea, yo la considero, y quisiera abrir su cabeza, destaparla, registrarla, para conocer el arcano que oculta, y por el cual me tiene sujeto, con fidelidad de amante que espera y teme y respeta y calla; el arcano, único atractivo de este espíritu que, de noche, vaga perdido entre las tinieblas del Miedo y del Mal”. [213]

Esta mujer enferma, en una doble vertiente, física y moral, y de la que el lector desconoce la naturaleza y magnitud de sus pecados, conserva la honestidad y la piedad suficientes para reconocer y expiar sus culpas, y aporta signos evidentes de la clarividencia del enajenado, al vaticinar la muerte prematura de Rafael, su único hijo.

Su patética muerte la haría más justamente merecedora de la máxima que don Gaspar se atribuye: “La tristeza de lo frustrado se hizo trágica en mí”. [299]

Esta vertiente de pensamiento lo aproximaría a las vivencias más extremadas del amor cortés¹⁸⁸ o, más exactamente, a una versión ostentadamente perversa del mismo: “Era mi deseo, mi sueño de la humareda, mi sueño de vida, lo que añoraba. Nada vale nada; sólo vale algo el deseo que sentimos de poseer o realizar las cosas [55]”.

El patetismo y el extravío vital de don Gaspar de Montenegro tendrán como objetivo o fin trascendente el culto desaforado a la Muerte.

¹⁸⁸ El mismo Montenegro afirmará lo siguiente: “... yo soy el galán de la Negra... Soy su trovador, su romántico *minnesinger*”. [255]

De este modo, convocaría la presencia de un *Ubi sunt?* que lo preservara del tedioso oficio de vivir:

¿Dónde están las preocupaciones de clase, las severas prescripciones de la etiqueta? ¿Dónde el imán de la pasión, que hace que dos manos se busquen entre cientos de manos, en una cadena de baile?

¿Dónde el odio, que separa más que altas paredes y millares de leguas? ¿Dónde todo lo que los humanos han creado para entretener el ignoto plazo de tiempo que les concede la Guadañadora, y para olvidar, entre estrépito, farsa, mentira y vanidad, la *verdad única?* [109]

Este continuo estado de congoja no lo exime, por otro lado, de unas irrefrenables ansias de vivir, que pueden adoptar una pose exacerbadamente hedonista, o bien hacer afluir a sus labios fervorosas oraciones y plegarias, dirigidas a quien pretende erigir en causa última de su existencia.

En estas ocasiones se nos representa a un fantasmagórico personaje que se aferra obstinadamente a un ser immaculado, que le profese un amor incondicional, requisito inexcusable para que pueda dotar de sentido a su vida.

Sólo un alma prístina y sumamente amorosa, imbuida en las bellezas sin tacha de un cuerpo angelical, hará posible la conversión o la redención sentimental de don Gaspar de Montenegro:

¡Oh arcangelito Rafael: haz el milagro de llenarme este abismo que hay en mí; llénamelo con tu monería celeste, con tu mohín murillesco, con tus carnezuelas amasadas de mantequilla y hojas de rosa, con tu mirar donde aún no se ha reflejado la negrura humana!

Enamórame de ti, de tu cuerpo santo, sin contaminar, de tu pensamiento impoluto, de tus manos sin fuerza, de tus pies corretones... ¡Hazme padre, sin que yo tenga que rendirme al yugo de una Trini, de una mujer práctica, positiva, bien equilibrada, que lleve cuentas y saque brillo a mi capital!

Hazme padre, que es lo que anhelo secretamente, porque ser padre es arraigar en la vida. Mira que estoy rendido de tanto aspirar a la paz de la Sima oscura... y que, para decir toda la verdad, la Sima es aterradora...

¡Y sí he visto bien, sí; allá en el fondo tiene fuego...! [79]

Y una buena prueba de este incipiente cambio son los buenos deseos que le inspira.

Para Rafael desea lo mejor, es decir, todo lo que don Gaspar considera que no ha tenido. Por lo cual, incluso está dispuesto a hacer concesiones a su paternidad:

¡Sentiría que se me pareciese... mediante un capricho arbitrario de esos que la naturaleza se permite!...

Prefiero que tenga una psicología apacible, una fisiología pujante; que conserve su pureza largo tiempo; que sea atlético y cristiano; que no refine las sensaciones y no se avergüence de los sentimientos; que se case a los veinticinco con una buena moza de caderas anchas, y críe a sus numerosos hijos en el temor de Dios y la convicción de que la vida es excelente, que nacer es un don, y que hay fuera de nosotros y por encima de nosotros una ley que hemos de acatar y un criterio definido que se nos impone... [125]

De todos modos, siempre se esconderá una desmedida soberbia en cada acto y en cada expresión de sentimiento de don Gaspar.

El verdadero motivo de su benignidad hacia el pequeño huérfano reside, en realidad, en el halago del ego, hasta cierto punto, satisfecho:

Sí; hay un ser en el mundo, incapaz de ficción, que vive pendiente de mis menores indicaciones y voluntades; hay un ser que no es un perro, y para quien, sin embargo, yo, Gaspar de Montenegro..., soy Dios. [...]

Lo repito, soy su divinidad. Alma nueva, creyente, y a la cual todavía no se le ha inculcado principio alguno, su necesidad de venerar y de esperar la satisfago yo. [133]

Lo único que se puede decir en descargo de esta vivencia del amor hacia Rafael es que, al menos, lo redime, siquiera momentáneamente, de sus innatos deseos de destrucción y aniquilamiento, tanto propio como ajeno.

Por ejemplo, su malquerencia hacia Desiderio Solís le hará reflexionar de este modo: “¿Por qué me recreo en oír desesperarse a este hombre a quien he querido sacar de la miseria? ¿Es mi eterno desprecio al sentimiento, al dolor, a la flaqueza, a la necedad de mis... prójimos? ¡No, eso no; yo prójimos no tengo, ni quiero tener!” [143]

Si el llanto tras la muerte de Rafael fue abundante, motivos no le faltaban a este galanteador de la Muerte, por todo lo cual, indicamos al comienzo de este análisis que la redención sentimental y moral de don Gaspar de Montenegro queda por demostrar.

Aunque no debemos olvidar que, como decía Rainer María Rilke, “Quien seriamente repare en ello, descubre que, como para la muerte, que es cosa difícil, tampoco para el arduo cometido del amor se han hallado aún ni luz ni solución, ni señal ni camino¹⁸⁹”.

Tal vez sea ésta una de las pocas certezas que marcaron el arduo camino del atribulado capellán de *Los Pazos de Ulloa*:

“Era la noche templada y benigna, y Julián apreciaba por primera vez la dulce paz del campo, aquel sosiego que derrama en nuestro combatido espíritu la madre naturaleza” [7].

¹⁸⁹ Disponibles en <http://CiudadSeva.com> (Siempre aparecerán citadas siguiendo la misma edición electrónica).

En infinitud de ocasiones, la madre naturaleza es lo único amable para los personajes de los Pazos de Ulloa, seres absolutamente dominados por los caprichos y los desenfrenos de las pasiones.

Primitivo ha tendido una urdimbre de exaltaciones irracionales bajo los pies del marqués de Ulloa; cazador experto, lo somete a una persecución sin tregua, acechándole sin descanso, poniendo en tensión hasta el más fino de sus nervios. Implacable espía, se introduce hasta en la última fibra de sus emociones y sus pensamientos.

Don Pedro Moscoso es un hombre sin raíces, criado en la cuerda floja de los afectos, jaleado, vapuleado por un vividor libertino, desde la más tierna infancia. El mismo método pedagógico empleará en el dudoso cuidado de su hijo ilegítimo.

Los Pazos son, en realidad, una autarquía pasional que gira en torno a la torva personalidad de Primitivo. Sus manos mueven los hilos de todas las pasiones que retuercen a los protagonistas de esta historia. Él que, aparentemente, es un ser vaciado de afectos.

Como declara el capellán, Julián Álvarez, tras su reciente entrada a los Pazos, los ojos de Primitivo destacan por su inexpresividad. Nadie podría adivinar lo que está pensando en cada momento. Sin embargo, los ojos de Primitivo adquieren parte de su funcionalidad, cuando se trata de gobernar en su territorio. A una mirada suya cada cual sabe lo que le corresponde hacer.

La forma de dirigirse a Julián es, en principio, desdeñosa. Aún no ha conseguido averiguar cuál es el “vicio” que, tarde o temprano, acabará perdiendo al nuevo capellán, bien administrado por su cautelosa sagacidad.

Pronto comenzará a mirarlo “fría y socarronamente, con el desdén de los tenaces por los que se exaltan un momento [23]”:

[Julián] Sentía pesar sobre su alma la ojeada escrutadora de Primitivo que avizoraba sus menores actos, y estudiaba su rostro, sin duda para averiguar el lado vulnerable de aquel presbítero, sobrio, desinteresado, que apartaba los ojos de las jornaleras garridas.

Tal vez la filosofía de Primitivo era que no hay hombre sin vicio, y no había de ser Julián la excepción.

Muy pronto empieza a sentir Julián el acoso implacable del cazador, comienza a “sentir a sus espaldas un rumor, un roce, el paso de un animal por entre la maleza [47]”, que lo persigue sin tregua.

Es entonces cuando Julián comprende los motivos por los que el Marqués adoptaba “aquella entonación vehemente y sombría al tratar de sus propios asuntos, por insignificantes que fuesen [52]”.

El “Marqués”, por su parte, comparte con el joven capellán esta desagradable toma de conciencia, y le hace partícipe de su desdicha:

El marqués le cogió del brazo.

-Primitivo... -articuló en voz baja y ahogada de ira-. Primitivo que nos atisbara hace un cuarto de hora, oyendo la conversación... Ya está usted fresco... Nos hemos lucido... ¡Me valga Dios y los santos de la corte celestial! También a mí se me acaba la cuerda. ¡Vale más ir a presidio que llevar esta vida! [79]

Ante semejante perspectiva, el lector no puede dejar de asombrarse de la imprevisión de don Pedro, sobre todo después de ser testigo directo del intento de asesinato tramado por Primitivo.

¿Qué no sería capaz de hacer un hombre dispuesto a matar a un sacerdote por considerar que estaba interfiriendo en sus planes o le estaba restando autoridad o ascendencia sobre don Pedro Moscoso? ¿Cómo pensaba el marqués proteger a su futura esposa frente a las garras de Primitivo?

Aunque, pensándolo bien, el bienestar de su futura esposa no es lo que más preocupaba a don Pedro durante su estancia en Compostela. A la inicial e irresistible atracción que siente por su prima Rita, le siguen esclarecedoras cavilaciones a este respecto:

No hería su amor propio ser dominado por Primitivo y vendido groseramente por Sabel en su madriguera de los Pazos, pero sí que le *torease* en Compostela su artificiosa primilla. Además, no es lo mismo distraerse con una muchacha cualquiera que tomar esposa.

La hembra destinada a llevar el nombre esclarecido de Moscoso y a perpetuarlo legítimamente había de ser limpia como un espejo... Y don Pedro figuraba entre los que no juzgan limpia ya a la que tuvo amorosos tratos, aún en la más honesta y lícita forma, con otro que con su marido.

Aún las ojeadas en calles y paseos eran pecados gordos. *Entendía don Pedro el honor conyugal a la manera calderoniana, española neta, indulgentísima para el esposo e implacable para la esposa.* (El subrayado es nuestro).

Esta es la razón por la que, en última instancia, decide casarse con Nucha, quien, además de su indiscutible honradez, contará, en breve, con la herencia de su tía y madrina.

Se silencia la opinión de Nucha sobre su boda con don Pedro, pero el lector ya está bien informado de las impresiones que a ésta le causa la brutal rustiquez de su primo.

Con placer del niño voluntarioso cuyos dedos entreabren un capullo, gozaba en poner colorada a Nucha, en arañarle la epidermis del alma por

medio de chanzas subidas e indiscretas familiaridades que ella rechazaba enérgicamente. [113]

Y en el aire queda una pregunta... ¿Qué habría hecho Rita al encontrarse con Sabel, de haberse convertido en la señora de Moscoso?

Lo que sí cabe decir, en honor de la desgraciada Nucha, es que a ella se le pueden aplicar, por méritos propios, el cántico que entonara Rainer María Rilke sobre la dulce dignidad femenina:

“Las mujeres, en quienes la vida se detiene, permanece y mora de una manera más inmediata, más fecunda, más confiada, deben de haberse hecho seres más maduros y más humanos que el hombre.

Éste, además de liviano -por no obligarlo el peso de ningún fruto de sus entrañas a descender bajo la superficie de la vida- es también engreído, presuroso, atropellado, y menosprecia en realidad lo que cree amar...

Esta más honda humanidad de la mujer, consumada entre sufrimientos y humillaciones, saldrá a la luz y llegará a resplandecer cuando en las mudanzas y transformaciones de su condición externa se haya desprendido y librado de los convencionalismos ajenos a lo meramente femenino”. (op. cit.)

Gabriel Pardo de la Lage experimenta cómo se van derrumbando todos sus amores y sueños de juventud: la muerte de su hermana; el desencanto de la autenticidad y la finalidad de la vida militar¹⁹⁰; el rechazo de la primera pasión amorosa...

¹⁹⁰ “Un casco de metralla saltaba los sesos a su asistente, aragonés más cabal que el oro, a quien Gabriel profesaba entrañable cariño, y su muerte le causaba la impresión de haber presenciado un aleve asesinato, más bien que un episodio bélico”. [37]

En concreto, tras el impacto de la primera de estas desgracias, sufrió una fuerte crisis que supuso el fin de su niñez:

A los ocho días se le declaraba una fiebre nerviosa, en la cual le contaron que había delirado con su *mamita*, diciendo que quería irse junto a ella, al cielo o al infierno, donde estuviese.

Pronto convaleció, y quedó más fuerte y más hombre, como si aquella fiebre hubiera sido la solución de una crisis lenta de pubertad tardía, acaso retrasada por estudios prematuros¹⁹¹. [57]

Su temperamento es nervioso y oscilante, linfático, siguiendo la terminología empleada por Pardo Bazán, y que es aplicable también, según sus descripciones, a Julián Álvarez y a Marcelina, además de a Gabriel Pardo de la Lage.

Éste último pasa del fervor castrense, en su vertiente más reaccionaria, a la desilusión y los arrebatos místicos y especulativos, tras los cuales vuelve a abrazar la vida militar, para resarcirse de los años de postración en que lo ha sumido la pasión amorosa por una joven viuda.

Cuando llega a Ulloa, en la crisis de madurez de su vida, el apuesto comandante de artillería destaca por su caballerosidad, su discreción y su elegancia innatas a los ojos de Máximo Juncal, el médico materialista, cleróforo y bilioso, en quien produce una gran impresión.

¹⁹¹ Si atendemos a los juicios de Rilke, los posteriores errores cometidos serían explicables a la luz de sus prematuras desgracias:

“Las circunstancias anormales de una infancia solitaria y desamparada son tan difíciles, tan complejas, se hallan expuestas y abandonadas a tantas influencias y, al mismo tiempo, tan desprendidas de todos los verdaderos vínculos vitales, que cuando en tales condiciones se desliza un vicio, no se le debe llamar vicio sin más ni más”. (op. cit.)

Este sentimiento no deja de resultar llamativo al provenir de un “higienista” de difícil carácter, en nupcias con una panadera de inmarcesible buen humor; si tenemos en cuenta el enorme parecido de Gabriel Pardo con su hermana Marcelina, a la que el facultativo asistió durante el parto, con más críticas que devoción:

Su mirada, intensa, dulce, miope, tenía esa concentración propia de las personas muy inteligentes, bien avenidas con los libros, inclinadas a la reflexión y aun al ensueño. [117]

Sin duda se debe a que, junto a la generosidad y discreción que manifiesta Gabriel en todos sus actos, desde la accidentada llegada a Ulloa, su genio también reúne una llamativa “combinación de firmeza, de resolución y de superioridad”, poco frecuentes en el rústico trato social de la comarca.

Será en el patio del hospitalario y vehemente doctor donde Gabriel haga recuento de los incidentes de su vida, que han conformado y puesto en tela de juicio su carácter, durante la primera noche insomne que transcurre en Cebre.

Allí recuerda, y tal vez censura¹⁹², su inveterada “tendencia mixta de orgulloso retraimiento y de feroz insociabilidad”, “ciertas altaneras niñerías que se llaman espíritu de cuerpo”, que provenían de la inmensa conciencia de superioridad del ejército de artillería, y que, en Gabriel, acentuaban ese

¹⁹² “En aquellas remotas y negras profundidades nada vio al pronto don Gabriel, pero al poco rato, fuese merced a los generosos espíritus del añejo ron de Juncal, o a que era para don Gabriel uno de esos momentos en que hace crisis la vida del hombre, y éste se da cuenta exacta de que entra en un camino nuevo y el porvenir va a ser muy diferente del pasado, comenzó a alzarse del oscuro telón de fondo una especie de niebla mental, una nube confusa, blanquecina primero, rojiza después, y en ella se delinearón y perfilaron cada vez con mayor claridad escenas de su existencia”. [95]

temperamento particular tan arisco, que, en el mismo Cuerpo, le hizo granjearse el sobrenombre de “la peña”.

También recordó las especiales y sorprendentes circunstancias que determinaron el trueque de las armas de fuego por los libros de filosofía kantiana y krausista, en un primer momento, y de filosofía pragmática y positivista más tarde:

Al encontrarse tan frío en medio de las escaramuzas, al conocer que le hastiaban la guerrilla y la tienda, recordó que se había interrogado a sí mismo con un miedo atroz... de tener miedo.

-¿Si seré un cobardón? ¿Si tendré la sangre blanca?

Al ver cómo le felicitaban unánimemente los jefes y los compañeros, por su *serenidad*, comprendió que lo que padecía era atrofía del entusiasmo.

Pasarían muchos meses hasta que Gabriel descubriera “la inanidad de sus filosofías”; que “la fe no se destruye con razones”, y que “es error imaginar que hay argucia que eche abajo un sentimiento”. “La fe es como el amor” [102], se decía Gabriel.

Las explosiones nerviosas del padre Julián son mucho más esporádicas que las de los otros personajes citados, y suelen ir referidas, en un primer momento, a lo que atañe a la pulcritud con que vive su castidad.

Así le expone sus quejas al párroco de Naya, ante las burdas bromas de sus compañeros, en el capítulo VI de *Los Pazos de Ulloa*:

-Hay bromas de bromas, y a mí me parecen delicadas para un sacerdote las que tocan a la honestidad y a la pureza.

Si aguanta uno por respetos humanos esos dichos, acaso pensarán que ya tiene medio perdida la vergüenza para los hechos. Y ¿qué sé yo si alguno, no digo de los sacerdotes, no quiero hacerles tal ofensa, pero de los seglares, creará que en efecto...? [165]

Progresivamente, estos desasosiegos físicos y espirituales, que suelen adoptar proporciones de verdaderas crisis nerviosas, estarán íntimamente vinculados con todo lo concerniente a la señorita Marcelina.

Entre ellas, resulta abrumadora la acaecida tras diez años de destierro en la comarca más agreste y olvidada del macizo galaico; cuando el padre Julián visita por vez primera el mausoleo donde descansan los restos de la que, para él, siempre será “la señorita Marcelina”:

...Julián, con el corazón palpitante, con la vista nublada, y el espíritu, por vez primera después de largos años, trastornado y enteramente fuera de quicio, al choque de una conmoción tan honda y extraordinaria, que él mismo no hubiera podido explicarse cómo le invadía, avasallándole y sacándole de su natural ser y estado, rompiendo diques, saltando vallas, venciendo obstáculos, atropellando por todo, imponiéndose con la sobrehumana potencia de los sentimientos largo tiempo comprimidos y al fin dueños absolutos del alma porque rebosan de ella, porque la inundan y sumergen¹⁹³.

¹⁹³ “Yo creo que casi todas nuestras tristezas son momentos de tensión que experimentamos como si se tratara de una parálisis. Porque ya no percibimos el vivir de nuestros sentidos enajenados, y nos encontramos solos con lo extraño que ha penetrado en nosotros.

Porque se nos arrebatara por un instante todo cuanto nos es familiar, habitual. Y porque nos hallamos en medio de una transición, en la cual no podemos detenernos”. RILKE, *ibídem*.

[...] Allí estaba, sola, abandonada, vendida, ultrajada, calumniada, con las muñecas heridas por mano brutal y el rostro marchito por la enfermedad, el terror y el dolor...

Pensando en esto, la oración se interrumpió en labios de Julián, la corriente del existir retrocedió diez años, y en un transporte de los que en él eran poco frecuentes, pero súbitos e irresistibles, cayó de hinojos, abrió los brazos, besó ardientemente la pared del nicho, sollozando como niño o mujer, frotando las mejillas contra la fría superficie, clavando las uñas en la cal, hasta arrancarla...

Pocas horas antes de esta escena, el párroco había tenido la viva sensación de la presencia de la señora de Moscoso en la capilla de Ulloa.

Frente a esta exaltación, puramente espiritual, alientan los amores de Manolita y Perucho.

El trato continuado y asiduo desde la niñez, lejos de dejar estampada la figura indeleble del mancebo en el alma de Manolita, ha provocado el nacimiento del proceso de una intensa y prolongada etapa de reconocimiento.

A veces clavaba a hurtadillas los ojos en el lindo rostro de su compañero de infancia, como si no le hubiese visto nunca; y de repente los volvía a otra parte, o los bajaba al suelo.

También él la miraba mucho más, pero fijamente, sin rebozo, con ardientes y escrutadoras pupilas, buscando en pago otra ojeada semejante; y al paso que en ella crecía el instintivo recelo, en él sucedía a la intimidad, siempre un tanto hostil y reñidora que cabe entre niños, al aire despótico que adoptan los mayores y los varones con las chiquillas, un rendimiento, una ternura, una galantería refinada, manifestada a su manera, pero de continuo.

El amor puramente fraternal ha dado paso a la toma de conciencia de una atracción mutua que rebasa sus límites, produciendo una intensa turbación

en la niña y una entrega vehemente en el varón, sin más condiciones que la reciprocidad en el pago de su pasión¹⁹⁴.

De chiquita, la costumbre de ver a Pedro le impedía reparar su hermosura; ahora se le figuraba descubrirla en toda su riqueza de pormenores esculturales, cosa que la turbaba mucho y tenía bastante culpa de la cortedad y despego que mostraba al quedarse con él a solas. Se avergonzaba la niña de no ser tan linda como su amigo; de ser casi fea.

Esta nueva situación de ánimo que los embarga da lugar a un constante juego de distanciamientos y acercamientos, propiciados por Manolita y Perucho, respectivamente.

En realidad, la niña se complacía y regocijaba íntimamente por el nuevo curso que adoptaba la tierna relación con su inseparable compañero:

Con todo el alborozo de una chiquilla saboreaba la impresión nueva de tener allí, rendido, humilde y suplicante, al turbulento compañero de infancia, el que siempre *podía más* que ella en juegos y retozos, al que en la asociación íntima y diaria de sus vidas representaba la fuerza, el vigor, la agilidad, la destreza y el mando.

Al sentirse investida por primera vez de la regia prerrogativa femenina, al comprender claramente cómo y hasta dónde le tenía sujeta la voluntad a su Pedro, se deleitaba en aparentar malhumor, en torcerle el gesto, en llevarle la contraria, en responderle secamente, en burlarse de él con

¹⁹⁴ “La niña alzó los ojos, vio la cara de su compañero y acompañó la interrogación de fingido mal humor con una sonrisa, y entonces él se inclinó, le echó las manos a la cabeza, y con una mezcla de expansión fraternal y vehemencia apasionada, apretóle la frente entre las palmas, acariciándole y revolviéndole el cabello con los dedos, al mismo tiempo que balbucía:

-¿Me quieres, eh? ¿Me quieres?” [270]

cualquier motivo, encubriendo así la mezcla de miedo y dicha, el ímpetu de su sangre virginal, ardorosa y pura, que se agolpaba toda al corazón, y subía después zumbando a los oídos produciéndole deleitoso mareo, al oír la voz de Pedro, y sobre todo al detallar su belleza física. [...]

Ahora no se atrevería a hacerla rabiar: él era el esclavo.

En ellos se cumplirán, íntegramente, las sentencias pronunciadas por Rilke, sobre el apasionado amor juvenil, las cuales, por su belleza y oportunidad, transcribimos a continuación, en casi su totalidad:

“El amor de un ser humano hacia otro: esto es quizás lo más difícil que nos haya sido encomendado. Lo último, la prueba suprema, la tarea final, ante la cual todas las demás tareas no son sino preparación. Por eso no saben ni pueden amar aún los jóvenes, que en todo son principiantes. Han de aprenderlo.

Con todo su ser, con todas sus fuerzas reunidas en torno a su corazón solitario y angustiado, que palpita alborotadamente, deben aprender a amar. Pero todo aprendizaje es siempre un largo período de retiro y clausura. Así, el amor es por mucho tiempo y hasta muy lejos dentro de la vida, soledad, aislamiento crecido y ahondado para el que ama.

Amar no es, en un principio, nada que pueda significar absorberse en otro ser, ni entregarse y unirse a él. Pues, ¿qué sería una unión entre seres inacabados, faltos de luz y de libertad?

Amar es más bien una oportunidad, un motivo sublime, que se ofrece a cada individuo para madurar y llegar a ser algo en sí mismo; para volverse mundo, todo un mundo, por amor a otro.

Es una gran exigencia, un reto, una demanda ambiciosa, que se le presenta y le requiere; algo que lo elige y lo llama para cumplir con un amplio y trascendental cometido.

Sólo en este sentido, es decir, tomándolo como deber y tarea para forjarse a sí mismo "escuchando y martilleando día y noche", es como los jóvenes deberían valerse del amor que les es dado.

Ni el absorberse mutuamente, ni el entregarse, ni cualquier otra forma de unión, son cosas hechas para ellos, que por mucho tiempo aún, han de acopiar y ahorrar. Pues todo eso es la meta final. Lo último que se pueda alcanzar. Es tal vez aquello para lo cual, por ahora, resulta apenas suficiente la vida de los hombres.

Pero en esto yerran los jóvenes tan a menudo y tan gravemente.

Ellos, en cuya naturaleza está el no tener paciencia, se arrojan y se entregan, unos en brazos de otros, cuando les sobrecoge el amor. Se prodigan y desparpaman tal como son, aun sin desbrozar, con todo su desorden y su confusión...

Mas ¿qué ha de suceder luego? Qué ha de hacer la vida con ese montón de afanes trancos, que ellos llaman su convivir, su unión, y que, de ser posible, desearían poder llamar su felicidad, y aún más: ¡su porvenir!

Ahí se pierde cada cual a sí mismo por amor al otro. Pierde igualmente al otro, y a muchos más que aun habían de llegar. Pierde también un sin fin de horizontes y de posibilidades, trocando el flujo y reflujo de posibilidades de sutil presentimiento por un estéril desconcierto, del cual ya nada puede brotar.

Nada sino un poco de hastío, desencanto y miseria, y el buscar tal vez la salvación en alguno de los múltiples convencionalismos que, cual refugios abiertos a todo el mundo, dispuestos están en gran número, al borde de este peligrosísimo camino”¹⁹⁵.

Volviendo a la excelente amistad que se entabla entre el médico y Gabriel, hay que observar que no tuvo poco que ver en ello el hecho de que el doctor Máximo Juncal parece intuir las capas de filosofía liberal que han ido conformando la formación intelectual y moral de Gabriel Pardo.

¹⁹⁵ RILKE, *ibídem*.

Desde el primer momento, éste se ha conducido con moderación, condescendencia, discreción, jovialidad, respeto y tino en el trato con las gentes: socorriendo al arcipreste de Ulloa tras el aparatoso accidente; manifestando a la esposa de Máximo exquisita y delicada cortesía, sin el menor rasgo de afectación,...

Tan enamorado estaba Juncal de las buenas trazas y discreción de su huésped, que al día siguiente quiso entrarle en persona el chocolate para el desayuno, varios periódicos, un mazo de tolerables regalías y una calderetilla con agua caliente, por si acostumbraba afeitarse. [237]

De muy distinto signo es, sin duda, el profundo amor que don Julián Álvarez siempre sintió por la hija de “la señorita Manolita”:

Muy grande podrá ser el amor de los padres para sus hijos, pero lo que es el que yo tenía al angelito de Dios, es una cosa que no se puede explicar con palabras.

Como luego me fui de aquí y tardé bastante tiempo en volver (hasta que me presentaron para este curato), pude meditar y considerar las cosas de otro modo, con más calma; y entonces evité ver mucho a la niña, por no poner el corazón en cosas del mundo y en las criaturas, que de ahí vienen amarguras sin cuento y tribulaciones muy grandes del espíritu. [310]

El antiguo párroco de los Pazos ya ha luchado, y perdido, en muchas batallas infructuosas contra los Pardo y los descendientes de Primitivo. Ya no está en sus manos volver a intentarlo.

La amargura de las antiguas contiendas reaparece con cada nuevo intento de conversión sobre una estirpe condenada a la práctica desenfadada de la crueldad y la destrucción.

Los buenos propósitos y los acercamientos heroicos del joven capellán a los verdaderos rectores de Ulloa, sólo han desembocado en un largo destierro y

en las marcas indelebles que las heridas eternamente candentes han dejado en su alma.

Ya no es hora de nuevas contiendas para don Julián. Su sencillo espíritu épico le llevó a emprender, por aquello que amaba, una lucha que se reveló muy por encima de sus posibilidades espirituales y cívicas.

A decir verdad, su corazón se reveló tan ardoroso como débil. Por eso el narrador lo describe como “la forma cristiana de la impassibilidad estoica”; como un hombre “que huye de la vida de relación y se concentra en su pensamiento, procurando involucrase en una especie de mística indiferencia por las cosas exteriores, que no es egoísmo porque no impide la continua disposición del ánimo al bien, sino que parece coraza que protege a un corazón excesivamente blando contra roces y heridas” [307].

Para don Julián, su propia naturaleza, atendiendo a sus circunstancias, se revela, más que como madre, como madrastra:

-Naturaleza, te llaman madre... Más bien deberían llamarte madrastra.

La ley de naturaleza, aislada, sola, invóquenla las bestias: nosotros invocamos otra más alta. Para eso somos hombres, hijos de Dios y redimidos por él. [321]

Finalmente, la tesis defendida en *La madre naturaleza* vendría a coincidir con las palabras de don Julián.

El ser humano necesita apelar a leyes más altas que las de la naturaleza, si quiere labrarse un destino racional y sentimental equilibrado entre los hombres.

Uno de los aspectos más llamativos de *El tesoro de Gastón*, novela escrita por doña Emilia en 1897, es la profusión de personajes apasionada y positivamente activos que configuran la trama novelesca, a la par que cultivan y

defienden sus vidas. A cada uno de ellos la disposición de su ánimo le impulsa hacia una actuación positiva y realista sobre los acontecimientos.

Es el caso indiscutible de la joven viuda, Antonia Rojas, cuya filosofía de vida compendia -tratando de explicarla al mundanal Gastón- en la siguiente sentencia: “No hay nada mejor que tomar con buen ánimo las labores y las obligaciones; se hace uno amigo de ellas”. [117]

Pero las razones últimas de esta disposición de ánimo hay que buscarlas, también, en una previa inclinación de su peculiar talante y en su concepción y relación con los placeres del mundo.

Según le confiesa a Gastón, su gran maestra en los resortes de la acción ha sido la desgracia, pero también su irrenunciable costumbre y buena predisposición para degustar las cosas bellas y sabrosas de la vida:

“... si yo pudiese prescindir de trabajar, tal vez me dejase tentar por la pereza; pero Miguel y yo viviríamos muy mal. No soy rica y me gustan las cosas refinadas, de limpieza y de cuidado: ¿qué voy a hacer, sino presenciar o ejecutar en persona?” [118]

Así, la aristocrática joven funda un hogar plagado de dulzuras, orden y exquisiteces bucólicas, tan apropiadas para alimentar el cuerpo y el alma.

Una tarea organizada y pulcra, llevada a cabo con la más certera precisión, belleza y pundonor, convierte su pequeña casa rural en remedo inigualable de las coquetas villas inglesas, con toda la distinción y la autenticidad de la refinada vida campestre.

A este aspecto se le suma la magistral y progresiva irrupción con que la dama se presenta en la vida del joven Gastón.

En primer lugar, es divisada desde el más antiguo torreón del castillo del joven aristócrata, a través de unos prismáticos de marinero:

Por las columnas trepaban rosales floridos, y delante de la casa, un jardín a la inglesa rodeaba un estanque natural, o diminuto lago, sombreado por árboles péndulos.

Más lejos, el jardín frutal y varias dependencias, una era y un hórreo grande, indicaban que allí no se cultivaban sólo flores y plantas de adorno.

Cuando Gastón notaba este detalle, de la casa salió corriendo un niño, y tras él un perro negro, saltando y haciéndole fiestas: minutos después, una mujer vestida de claro, cubierta la cabeza con anchísimo sombrero de paja, se reunió al perro y al niño.

No era fácil detallar a aquella distancia las facciones de la dama del jardín; pero que era dama, se conocía a tiro de ballesta, en los movimientos, en la esbeltez de la silueta, y hasta en el sombrero, que se quitó un instante; entonces Gastón pudo distinguir que tenía el pelo oscuro.

La dama asió al niño de la mano, le halagó y se lo llevó hacia los árboles, donde el grupo desapareció. [119]

En segundo lugar, a través de las repulsivas palabras de Flora y las amables palabras de Concha:

-Miserable, sí -contestó Flora-, pero tan romántica como siempre. ¡Unos trajes y unos sombreros! No sé si ese modo de vestir será elegante... Raro parece. ¡Y las faldas tan rabricortas! ¡Qué descaro!

-Pero, mujer, si es para andar por el monte -arguyó la defensora, impaciente y acalorada-. ¿Había de llevar cola? ¡Si yo no fuese coja, me vestía como ella! [203]

En tercer lugar, mediante la presentación de su discurrir diario, en su propio hábitat doméstico:

De sorpresa en sorpresa iba Gastón. ¿Era aquella la mujer calificada en la Puebla de *romántica*, y que se le había aparecido en traje de excursionista en la torre de la Reina mora?

¿Había cálculo en tanto aparato de laboriosidad y economía? ¿Es humanamente posible fingir un género de vida y unas costumbres como las de Antonia Rojas?

Sin querer, las intenciones y propósitos de Gastón respecto a la viuda, iban modificándose; si al pronto la tuvo por fácil presa, ahora, con el naciente respeto, la juzgaba torre alta e inaccesible.

Terminaron la visita de la propiedad, y salieron a reposar a una terraza cerca del estanque, donde encontraron servida ligera colación: té con leche, hasta media docena de quesitos, y un plato de fresas: para otra fruta era temprano.

Antonia sirvió el té y preparó las *rôties* untadas con miel de abeja, que transcendía a flores de campo y romero; y como Gastón se mostrase confuso y agradecido del obsequio, Miguel explicó que era la misma merienda de todas las tardes... [204]

El enamoramiento de Gastón viene propiciado por el hecho de que éste también pertenece a la casta de los luchadores.

De la casa de Landrey, joven experimentado y curtido en las artes de la diplomacia y del buen tono, las decisiones y actitudes que adopta en su devenir vital demuestran que el verdadero gran tesoro de Gastón es su pertinaz e inquebrantable inteligencia voluntariosa.

Pero, de igual manera, necesita de un resorte, sin el cual se hubiera condenado a la total desintegración: el amor, la fe y los ánimos de Antonia Rojas.

Cuando se conocen, la historia y el estado de Gastón así lo auguran:

No había cumplido los treinta, y estaba preparado por su vida anterior, por la atmósfera de molicie y sensualidad respirada, a que la mujer, en el hecho de serlo, le causara efecto perturbador.

No era Gastón un vicioso libertino, y esta verdad la llevaba escrita en la tersura de sus sienes, en la humedad y brillo de sus ojos; pero como ningún freno moral conocía desde la pérdida de su madre; como a nada serio había aspirado; como no enderezaba su existencia hacia ningún fin, el capricho y epicureísmo egoísta se habían apoderado de él, tomando cuerpo en esos juegos y antojos de la imaginación y de los sentidos, sueltos como potros brincadores. [205]

Será la progresiva ilusión, el respeto, la admiración y los sabios consejos de su fiel amiga, consejera y confidente, lo que espolee, aturda y despierte las buenas cualidades que se habían quebrantado a lo largo de la vida disipada del joven Landrey.

Sus virtudes, como su hacienda, habían sido víctimas de un engaño que, por voluntad de la autora de esta romancesca aventura, aún no había causado daños verdaderamente irreparables.

Con la delicadeza que caracteriza su escritura, Pardo Bazán va presentando, ante los ojos del lector, las progresivas muestras de afecto que manifiestan el desentumecimiento emocional de los protagonistas.

En ellas no puede estar ausente el juego, el coqueteo y las resistencias iniciales que la condición civil y socio-económica de la joven viuda aconsejan o imponen:

Ocurrió con aquellas visitas un fenómeno, aflictivo para el ya prendado Gastón; y fue que en las primeras, Antonia le recibió expansiva y afable; en las segundas, reservada y cortés; y cuando las menudeó, empezó a mostrarse seca, fría y hasta incivil, pues le dejaba solo con Miguelito las horas muertas, y se marchaba a sus quehaceres. [237]

Los demás personajes, que dejan patente asimismo su férrea voluntad, también se ven traspasados por vehementes afectos o pasiones.

Al volteriano y afrancesado señor Martín de Landrey, acusado de traidor y renegado por su hermano Felipe, lo guía una intransigente obstinación en defensa de su ideología, su conducta y sus nuevas pautas de vida, hasta el punto de que “la hija sufrió el horrible dolor de ver morir al padre como un réprobo, rechazando con mil pretextos toda clase de auxilios espirituales, y ya, por último, amenazando con coger las pistolas que tenía a la cabecera, ¡y hacer un ejemplo si un cura pasaba el umbral! [37]”.

Ésta, la enfermiza Catalina de Landrey, lejos de amilanarse tras la muerte de su queridísimo y misántropo progenitor, “se mostró casi impasible; veló el cadáver, atendió al entierro, encargó misas, muchas misas, y se estuvo cerca de un mes encerrada en las habitaciones del difunto, registrando cómodas y armarios, poniendo en orden documentos y papeles [39]”.

Una vez concluida empresa de tal envergadura –para un temperamento nervioso como el que las vicisitudes, penas y vergüenzas le hicieron desarrollar a la joven Catalina- ésta se recluyó en un convento de las Comendadoras, con tal fervor religioso y tal empeño en redimir el alma de su desgraciado padre, que todos se asombraron de que pudiera resistir los sesenta años de santa penitencia que convivió, serena y mansamente, en el convento.

Tanto es así que seguía asombrando al joven Landrey el brillo y la fuerza de su mirada, pocas horas antes de su muerte.

Ni que decir tiene que a don Cipriano Lourido, mayordomo de Gastón en el castillo de Landrey y alcalde de la Puebla, la pasión que le da vida es la codicia.

Este pecado estimula todas las potencias de su entendimiento, transformándolo en habilidosísimo negociante y administrador de las posesiones ajenas.

La hija favorita del lugareño es Flora, la destinada a sostener los sueños de prosperidad y relumbrón de los padres, mediante un casamiento ventajoso. La vanidad y la maledicencia son las potencias que guiarán sus impulsos y acciones, en las antípodas de su hermana Concha, joven piadosa y gravemente enferma, que manifiesta una bondad y un buen humor inquebrantables.

A estas virtudes que Antonia Rojas comparte con la dulce Concha, hay que añadirles una obstinación y una rectitud de juicio que rayan en la severidad y frialdad de espíritu, según las observaciones de Gastón, quien no dudará en confiarle a su futura esposa hasta los más censurables sentimientos que llegó a inspirarle.

Su intachable sinceridad es digna de la mayor admiración y encomio, y la confesión que sigue es ejemplo que ilustra bien lo expuesto hasta ahora:

-Cuando la pedí su parecer y usted me trazó con tanto acierto mi línea de conducta, al pronto me sentí un poco chafado... sí, chafado, es la verdad... viendo que una mujer me daba tal lección...

Puede ser que este mal sentimiento no durase un minuto, si usted no me ordena, a renglón seguido, que no aportase por aquí... Esta orden, ¡cuyas razones comprendo!, hirió mi amor propio: yo creía que usted debía sentir algo por mí, aunque sólo fuese una amistad tierna... y tanta entereza y tanta frialdad me irritaron...

En fin, salí de aquí contrariado y con ganas de hacer a usted sufrir en su vanidad de mujer... para averiguar si me quería un poco...

¡Ya ve si hay en mí fondo de tontería y de malos instintos!... Me propuse que usted rabiase... [225]

La tenacidad de la aya, Telma, también se muestra prodigiosa cuando se trata de cuidar y complacer a su señor. Pero en ella brilla, a la par, la inmensa ternura que siente por Gastón. Una palabra cariñosa o un gesto afectuoso que provenga de su adorado señorito, bastará para colmar las ansias de su henchido, entusiasta y anchuroso corazón.

El narrador nos cuenta que a las sabias y desenfadadas consejas de Telma solía contestar Gastón –tras la renovación espiritual que le había infundido su amor por Antonia Rojas- “con risas y bromas, y alguna vez con abrazos expansivos y fuertes, pues había llegado, en aquella soledad, a cobrar intenso cariño a Telma, dando todo su valor a la abnegación incondicional de un ser cuya vida había absorbido por completo la casa de Landrey, sin que pidiese a esta casa más de lo que pide la hiedra al muro: adherirse [277]”.

En más de una ocasión, estos vehementes abrazos, tan característicos de la efusiva caballerosidad y generosidad de Gastón, conseguirían que la “abuelita” se deshiciese en llanto.

III. 2. Don Juan Valera

El talante narrativo de don Juan Valera dificulta, en gran medida, el establecimiento de conclusiones generales aceptables que, supuestamente, se derivarían de la composición de sus obras novelescas. Esto es algo que se deduce claramente de las propias palabras del autor, cuando, en su novela *Pasarse de listo*, afirma lo siguiente:

Yo, en general, soy muy opuesto a enseñar nada en obras de amena literatura, y mil veces más opuesto si la enseñanza es de máximas pecaminosas. Por esto escribo novelas, y no dramas.

En la novela caben todas las explicaciones: en pos del veneno se administra la triaca.

El autor puede tomar la palabra en medio de la narración y contradecir a sus personajes, mitigando o ahogando en seguida el mal efecto que las opiniones de cualquiera de ellos hayan producido. [8]

Así se explicaría, también, el juego continuo que el narrador valeriano establece con sus lectores. Pero sí podemos hablar de tópicos, motivos y tipos recurrentes en su novelística, entre los que destaca la figura del galán maduro.

En primer lugar, suele presentar Valera las excelencias profesionales, físicas, intelectuales y diplomáticas del héroe, libre, en lo que a amores se refiere, siendo ya un dechado de madurez y sosegadas virtudes.

Tenemos a un perfecto galán, en lo más cuajado de la vida: experimentado, curtido, increíblemente bien conservado para su edad... es decir, en disposición de formar una familia a la que pueda ofrecer los frutos de sus trabajos y su reposada sabiduría.

Las desaforadas pasiones de la juventud dan paso a un regocijado y profundo amor por la vida. El reconocimiento social, el poder y la desahogada posición económica auguran para la futura esposa una existencia rebosante de apacible y cómoda seguridad.

Según el Comendador Mendoza "el desorden no se evita sino con la comodidad y el reposo" (*El Comendador Mendoza*, Cap. XXIV); y este es el ideal y la propuesta que los héroes valerianos ofrecen a sus jóvenes heroínas: combatir los desatinos pasionales propios de la juventud, al amparo de un hombre recto, de buena posición y buenos principios, no carente tampoco de atractivas prendas personales y amor por la vida.

Este ideal amoroso se cumple, en parte, para Lucía y el Comendador, porque él se ve obligado, por cuestiones de honor, a anticipar la herencia, entregando toda su fortuna a don Casimiro, para "comprar la libertad" de su hija.

De todas formas, el desorden se evita porque Lucía, la sobrina y futura esposa del Comendador, continúa siendo rica, y se enamora de la caballerosa esplendidez del aguerrido y cincuentón don Fadrique, quien, a su vez, conserva la sabiduría y el irresistible atractivo de un don Juan valeroso, optimista y "racionalista".

Otra de las admirables prendas que son frecuentes en estos héroes es el mérito de hacerse a sí mismos, sin más ayuda que su talento, su valentía y su empeño.

El mismo Comendador Mendoza o don Juan Fresco se vieron obligados a hacerse tripulantes de navío y surcar los mares, para amasar una considerable y bien ganada fortuna, pues el primero, por ejemplo, tenía que ganarse lo que a su hermano, el mayorazgo don José de Mendoza, le correspondía por nacimiento.

Estos méritos los hacen más dignos de amor a los ojos de las jóvenes e inexpertas provincianas a quienes vienen a enamorar, pues se les figura que estos aventureros las hacen partícipes, con su amena compañía y coloquios

amorosos, de los aromas exóticos y las majestuosas visiones de los lugares que han recorrido.

Un halo de misterio envuelve a estos caballeros, cuyas retinas han contemplado algún que otro paraíso prometido, concluyendo, sin embargo, que el amor de su dama es mucho más pleno y gratificante para sus, aún insatisfechos, espíritus.

Este prurito amoroso en la dama también es motivo hartamente repetido en las novelas de Valera. Y llega a su apoteosis cuando el sacerdote enamorado, acostumbrado a vencer olímpicamente la sed en el desierto de sus instintos y pasiones, se siente incapaz de renunciar al amor, físicamente perecedero, de una sencilla mujer de provincias.

Ni marquesas ni princesas, ni exóticas diosas hindúes del amor suponen una tentación para el padre Enrique o don Luis de Vargas, quienes sucumben, desesperadamente, a los encantos de la sencilla entrega (espiritual y carnal, respectivamente) de sus correspondientes amadas.

El hombre, tras largos años de peregrinación, en los que cultiva cuerpo, alma y fortuna, regresa a la tierra que le dio la vida, donde se produce la anagnórisis que suscitará un amor con apariencia de predestinación.

Así, aunque en otra escala y en inverso sentido, le ocurre a María cuando va en busca de don Faustino, tras regresar él a sus dominios, doctorado en derecho y espoleado por los caprichos de Constanza. Y a doña Constanza, cuando se reencuentra con éste en Madrid y revive su fatídica inclinación por “el primito”.

Pero no olvidemos que este ilusionado doctor es uno de los antihéroes de la obra valeriana, según veremos; junto a algún que otro esposo desdichado e insignificante, a manos del insufrible, por tremebundo, carácter de su dueña o “irreprochable” compañera.

Arduo es el implícito concepto que don Juan Valera expone sobre la exacerbada debilidad de estos personajes: Don Valentín, esposo, (pues así se le

conoce) de la, para él, terrorífica doña Blanca; Don Braulio, cuya única vehemencia y muestra de valía consiste en su desaforado amor por el saber, la vida retirada y su dispar esposa doña Beatriz, lo que le lleva finalmente al suicidio...

Otro de los aspectos destacables de los idilios amorosos valerianos es el amor a la tierra y a los sabrosos frutos del campo.

En un tiempo de escasez y miserias provocadas por convulsiones y vaivenes, tanto políticos como económicos, don Juan Valera sólo habla de amores entre las clases sociales privilegiadas, o siéndolo, al menos, alguno de los componentes de sus parejas afortunadas.

La felicidad conyugal, tal y como es concebida por don Juan Valera, está vedada para aquellos que no consiguen adquirir el éxito social o la fortuna: don Braulio, don Faustino...

Tampoco la belleza o la fidelidad son garantías, para la mujer, de dicha amorosa. La buena reputación (no basta con ser honrado, sino que también hay que parecerlo) y las buenas artes avalan a los personajes femeninos triunfadores en sus novelas: Beatriz, Constanza, Lucía... El exceso de orgullo y la precipitación quizá malogran el triunfo completo de doña Luz.

Beatriz, ya viuda de un perdedor, se casa con el ex pretendiente de Inés, muy ahorrativo y apuesto. Constanza decide que sólo se casará con quien la eleve a la condición de mujer principal. Aspiración que comparte con Rosita, la desagradable y poco escrupulosa hija del Escribano de Villabermeja. Vínculo que también las une a Nicolasa, beneficiaria última de la dote del Comendador Mendoza.

Todas estas mujeres tienen en común que su amor por la fama y el dinero despierte en ellas muchas más pasiones que el de cualquier otro tipo.

Doña Luz, por su modesta renta, creyó sentirse a salvo de estos engaños, y rechazó tranquilamente a quienes no pretendieron su fortuna, para caer en manos del único galán que tenía conocimiento de ella.

Con Lucía, en cambio, no cabe el engaño, pues su alma y su trato se le ofrecen de forma transparente y sin cortapisas al Comendador, en todo momento.

Pero, sin duda, la necesidad del bienestar material para la consecución de la paz doméstica no es la única razón para que don Juan Valera sitúe el desarrollo de sus historias de amor entre esta clase de personajes.

La distinción y excelencias de los mismos posibilitan la atención que nuestro aristocrático autor les presta. Aunque en ningún caso podamos hablar de personajes perfectos o dechados de virtudes, sí que late en ellos un resto de nobleza o beldad que los diferencia del común de sus paisanos.

Las relaciones chabacanas o groseras (por mucho amor que alguno de sus partícipes ponga en ellas) son somera, aunque muy atinadamente, descritas en pocos párrafos.

Tal es el caso de los intensísimos afectos que Nicolasa suscita en Tomasuelo.

Y no se crea que Tomasuelo era canijo, ruin y tonto. Tomasuelo era listo, despejado y fuerte: el mozo más guapo del lugar; pero Nicolasa le había hechizado.

Con un rayo de luz de sus ojos podía darle una dosis de aparente bienaventuranza que le durase una semana. Con una palabra sola podía hacerle llorar como si fuese un niño de cuatro años. (*El Comendador Mendoza*, capítulo XXI)

Es Tomasuelo otro tipo recurrente: el del lugareño incondicionalmente enamorado; de modo muy semejante al enamoramiento que Antoñuelo experimenta por Juanita la Larga.

Sus atributos físicos y morales, así como los orígenes humildes (los padres de ambos son herradores), y su vivencia del amor los equiparan:

Antoñuelo era un mocetón gentil y robusto, muy simpático, aunque de cortos alcances, y decidido para todo, y singularmente para admirar a Juanita, a quien consideraba y respetaba, sometiendo a ella toda su voluntad, como por virtud de fascinación o de hechizos. [57]

La distinción entre los diferentes tipos de amor o de afectos también es un tema recurrente en las novelas de Valera.

Recordemos que Paco Ramírez era como un hermano para Inesita y para Beatriz, y acaba enamorándose de ambas. (El mismo origen tiene el gran amor de Tomasuelo).

El amor paternal y filial es puesto en tela de juicio por Clarita hasta que conoce los lazos que le unen al Comendador; el amor fraternal se confunde, hasta donde cabe en personas tan burdas, con el platónico en los casos de Tomasuelo y Nicolasa (cuyos hermosos vástagos reconocidos por el desmejorado don Casimiro, como fruto del matrimonio, producen la sombra de la sospecha), así como en el cariño que Inesita siente por su casi-hermano y futuro cuñado; la armonía y el júbilo que preside las relaciones del Comendador Mendoza con su sobrina Lucía encubren sentimientos más intensos, que acaban en boda...

A propósito de personajes como María, Clara o doña Blanca, parece defender Valera, como en general toda la novelística decimonónica, la afirmación que hacía el personaje del rey Ferrante en la obra teatral de Henri de Montherlant, *La reina muerta*: “Todas las mujeres giran obstinadas alrededor de lo que las quemará”¹⁹⁶.

Aunque estas afirmaciones también son aplicables a la naturaleza débil y enfermiza de don Braulio o el doctor Faustino. El contrapunto de virilidad

¹⁹⁶ De Montherlant, Henri, *La reina muerta*, versión de F. Díaz-Plaja, Círculo de Lectores, Barcelona, 1973, p. 109.

vendría representado por el positivismo y la independencia del Comendador Mendoza.

Por otro lado, la mujer casada ha perdido dignidad a los ojos del hombre de la sociedad de la Restauración, quizá porque ya no conserva lo que llamarían en la época "su pureza virginal".

Juan Valera, sin embargo, se cuida bien de que todas sus heroínas la conserven, tal vez porque así se hacen más dignas del amor que inspiran, y porque las conforma en consonancia con su ideal de mujer angelical.

El mito de don Juan siempre late al fondo de toda figura de galán novelesco de la época, bien sea para remedarlo vagamente, o bien para producir un agravio comparativo con los correspondientes personajes masculinos.

Éste último aspecto es muy frecuente, sobre todo atendiendo al gusto que tienen los autores de la Restauración por recrear el tópico del viejo y la niña, generando, eso sí, desenlaces bastante dispares, pero con una nota común: la decrepitud física del achacoso galán suele ser motivo de profundas amarguras, que en no todos los casos se resolverán felizmente.

Por ejemplo, el peso de los años tiene en don Agustín, discretísimo enamorado de Tormento, una índole fundamentalmente moral.

De personalidad bastante alambicada, este (antaño joven) aventurero y recalitrante conservador en la España del 68, es, a su edad, uno de los más gallardos jinetes de Madrid.

Sin embargo, él achaca a la vida salvaje e incivilizada que ha llevado, su apocamiento en el trato social y la práctica de costumbres que le son propias como caballero; timidez y encogimiento que, por poco, le cuestan el amor de Amparo, al dejar su casa, su ajuar y hasta su relación con la muchacha en manos de la endiablada señora de Pipaón.

Si Amparito, en ningún aspecto, desdeña la condición física de don Agustín, éste tampoco le concede la oportunidad de manifestárselo, por la

parquedad de palabras y de emociones que caracterizan los encuentros de ambos y, tras enterarse del pasado de su enamorada, pronto se lamenta de haberse ilusionado, a la vejez, con la idea de tan impar matrimonio.

Se percibe así una evolución... Si comparamos *Tristana* (1892) con *Tormento* (1884), nos encontramos la figura del viejo tirano (don Lope), frente a la del acolegado galán (don Agustín Caballero). Como vemos, la vejez del autor hace sus relatos de amor más inquisitoriales, desencantados y pesimistas.

Por otro lado, la mujer casada también gozaba de ciertas prerrogativas que facilitarían el trato con caballeros de toda índole.

Así consta, si atendemos al siguiente monólogo interior, que aparece en *Pasarse de listo*:

Escribir a doña Beatriz, como casada, el uso, la práctica, la jurisprudencia establecida, lo consentía sin que pasase por injuria. Escribir a Inesita, en cambio, no podía ser sin menospreciarla y vejarla cruelmente, como el Conde no dijera o diese lugar a que se sobreentendiera que aspiraba a casarse con ella. [97]

De cualquier modo, un error de semejantes características le puede llevar a granjearse un irreparable descrédito a los ojos de Inesita. Tal vez no se trate sino de mostrarse como es en realidad, pero esta circunstancia o posibilidad ya resulta bastante trágica para los propósitos de conquista de un enamorado.

Ahora bien; el Conde ni estaba enamorado, ni pensaba en casarse con nadie, ni mucho menos con Inesita: sólo aspiraba a pasar el rato; pero el Conde tenía también su moral, y no había rato, por bueno que fuese, que mereciera que él se rebajase hasta mentir y engañar a una pobre chica, haciéndola creer que podría casarse con ella. [103]

Tampoco debemos olvidar que nos encontramos, con frecuencia, en las novelas valerianas, a personajes burgueses, nobles o hidalgos venidos a menos, obreros mal pagados (aunque este tipo predominará en las novelas de Galdós),... en fin, seres siempre atados a los rigores y miserias de la pecunia. Salir de esta

situación se convertirá en tarea apremiante para muchos de ellos, y una de las formas posibles será un conveniente casamiento.

En otras ocasiones, serán los celos del desdichado marido los que arrojen a la esposa en brazos del supuesto pretendiente, como ocurre, también, en *Pasarse de listo*:

No quedó en Madrid perro ni gato que no hablase del frenético amor del Conde por la mujer de un empleadillo en Hacienda; de su loca pretensión de hacerla respetar como criatura angélica, semidivina, y fuera del orden y condición que naturalmente se usan; y de su afecto singular hacia el esposo sufrido, de cuyo sufrimiento tenía el Conde el imposible empeño de que nadie se percatase ni se riese. [127]

Valera es capaz de elaborar, en sus historias, unas vueltas de tuerca extraordinarias, en relación con la situación que al lector se le antoja entrever al iniciarse cada nuevo lance o escena.

Así, nos encontramos en el capítulo XV de su *Pasarse de listo*, y nada queda de los amores que entre el Conde e Inesita y, más tarde, entre ésta y su primo Paco Ramírez, se insinuaban. La dulce y angelical dama valeriana ha desaparecido de la faz de la novela.

El autor juega con el lector, quizá para hacerle creer que él también se ha “pasado de listo”, o tal vez para demostrarnos que las cosas no siempre son como quieren mostrárnoslas; que no todo el que parece extraviado anda perdido.

Si a lo largo de esta historia ha afirmado que no es partidario de que los autores pretendan inculcar una enseñanza mediante sus novelas, consigue, no obstante, engañar al lector, haciendo a su vez una crítica ácida y predisponiéndolo contra las "mosquitas muertas".

Desde el comienzo viste a esta rubia angelical, llamada Inés para mayor énfasis, con los honores de la inocencia y la modestia. Y, como doña Inés, acaba triunfando en el amor humano y convenciéndose de que ha hecho lo propio con el divino.

Beatriz, de apariencia mucho más mundana, consigue finalmente lo mismo que su hermana. Dos años le bastan para olvidar al mísero don Braulio en los brazos de un imponente y rico mozo; pero sus "coqueteos" con el Condesito sí que se limitan al platonismo que anuncia su nombre.

Lo que resulta claro es que Inés, de forma más o menos premeditada, y alardeando de su condición de mujer poco instruida en las técnicas y enredos propios del trabajo de "atrapar marido", consigue conquistar "al mejor partido", así como engañar a todos, tanto a personajes como a lectores.

(¡Y se queja don Juan Valera, en esta misma novela, de que los críticos de su tiempo lo tachan de misógino!)

Esta inofensiva e inexperta muchacha conspira, en su propio beneficio, contra la honra de su hermana (en connivencia con su amante), de cuya presencia la librarán, más tarde, los celos o la precaución de su segundo marido; se atreve a desafiar las artes sutiles de la Marquesa, que resulta muy mal parada tras la descripción que de ella hace el narrador de esta historia; y menosprecia vil y cínicamente, desde la autoridad de la que la dota su fervor religioso, a la pobre víctima de tan absurdo o depravado disimulo.

Nada dice el narrador del tipo de relación que mantendrán en lo sucesivo estas dos hermanas, pero presumiblemente, por los ya citados reparos de Paco Ramírez, éstas no serán demasiado frecuentes.

El Conde Ricardo de Alhedín compensa los remordimientos de Inés casándose con ella, muy a pesar de los deseos de su madre de proporcionarle un casamiento menos desigual.

De modo que, en esta novela, nos encontramos con una significativa y considerable gama de tipos femeniles:

-Doña Beatriz. Mujer caprichosa y vanidosa donde las haya, que acaba desempeñando el burdo papel de "la viuda alegre", y cuya torpeza la ciega

incluso al valorar las dotes de su propia hermana. Experta, además, en el arte de casarse “con el mejor partido”, para subsanar la situación de aburrimiento y ostracismo en que la sume su desconocido pueblo cordobés.

Desenvuelta y liviana, se ve honrada por los favores de doña Rosita, dueña tertuliana con una apabullante mala reputación, razón por la que no acuden a su tertulia más señoras que las susodichas hermanas.

-Doña Rosita. Que tiene, además del ya citado, otros adornos. A saber: aconseja a doña Beatriz que anime a su esposo a emplear “el talento que Dios le ha dado” para sacar a su mujer de la miseria a la que se ve condenada por vivir a su lado.

No se nos podrá recriminar, entonces, que la calificemos, cuando menos, de entrometida y quisquillosa; además de banal, si atendemos a sus aspavientos y carantoñas; ambigua, si juzgamos sus indeterminadas amistades masculinas; alcahueta y morbosa, si valoramos su gusto por los chismes que se murmuran en su tertulia...

-Doña Inés. Se muestra tan fría y recatada que nadie podría sospechar de la vehemencia de sus pasiones. Pasa, en un mes, de ser un espíritu etéreo e inalcanzable, a convertirse en la amante secreta del Condesito, siendo sólo un detalle el que apunta a la variación de sus costumbres: el día que Paco llega a la ciudad ésta ya no madruga como antes.

Por lo demás, permite que su amante corteje a su hermana, para halagar lo que ella califica de fatuidad varonil, en realidad, para así seguir alimentando el amor propio de su hermana y para desviar el punto de mira de las críticas.

Su cinismo la lleva a afirmar que le parece menos digno presionar al Conde para que se casen y beneficiarse, por tanto, de su posición y riqueza, que convertirse, desinteresadamente, en su amante.

Después censura y menosprecia la apraxia religiosa de su cuñado; la herejía de haber amado a su hermana por encima de todas las cosas; los neuróticos dilemas y sufrimientos morales causados por este amor; el que hubiera sucumbido al deseo de alcanzar la felicidad de su vida con tan desproporcionado matrimonio, válido, sin embargo, para proporcionarles a ambas, en primera instancia, el triunfo sobre su penosa situación económica.

-La prima Adela. "Era la bondad personificada, sin frisar en tonta, y era además heredera única, con esperanzas de ser más rica que su primo cuando heredase. La Condesa viuda quería casar con ella a su hijo". [223]

-La Marquesa Elisa. De ella afirma Valera que "dista más que ninguna otra de mis heroínas de ser un dechado de perfección" [175].

Gran maestra en el arte del flirteo, hasta el punto de que el autor considera probable que este término se introdujera en los ambientes de la aristocracia española para poder nombrar, con mayor precisión, el talante de sus coqueteos, discreteos y juegos amorosos, caracterizados por ir envueltos en la bruma de lo vago e indefinible.

Explica, asimismo, cómo ninguno de sus pretendidos podría asegurar jamás que verdaderamente ha sido objeto de sus insinuaciones.

En ella recae la misión de desvelar al amante esposo de doña Beatriz lo que la sociedad madrileña tenía por un secreto a voces.

Sin embargo, ella se digna a hacer lo que Inés considera deshonroso: pedir la mano del Condesito, y recibir una enormes "calabazas", según la propia expresión de nuestro narrador.

-Doña Teresa. Es el ama de cría, tan amorosa como importuna al tratar de inmiscuirse en la vida y los problemas de sus niñas.

La preferencia que el narrador declara que siente por Inesita podía ser vista como una prueba más de la superioridad moral y espiritual de la que pretende imbuir a esta criatura.

Con anterioridad hemos hecho mención del extrañamiento que produce en el lector la repentina desaparición de las vicisitudes amorosas de la menor de las hermanas, instigada por Beatriz a curtirse en los trabajos y las lides "oculares" o tipos de miradas que la llevarían, supuestamente, a garantizarse la conquista de un marido ventajoso. Y que, por otro lado, había sido pedida en matrimonio por su primo.

Si bien es cierto que don Braulio confiesa delicadamente a Paco Ramírez que su carta no parece haberla vuelto loca de emoción, y que el lector apasionado contempla, atónito, que la dulce niña se duerme supuesta y plácidamente tras leer lo que puede percibir como prosaica (por las condiciones que impone), pero sincera confesión y ofrenda de amor; también lo es que todo esto podría atribuirlo el lector a la serenidad del temperamento de Inesita, reiteradamente ponderada por el narrador de esta historia.

Quizá los menos vehementes lectores pudieran incluso llegar a pensar, en el transcurso de las elipsis y hechos que se describen, que la discreción y el autodominio de la joven casadera procede del dulce amor que le inspira el enamorado ausente.

Sin embargo, el desenlace no puede ser más inesperado y sorprendente. Ya anunciamos, también, que Valera es un maestro en practicar "la vuelta de tuerca" en pos de una crítica ácida, aunque sutilmente encubierta.

A ella contribuye la rapidez con la que concluye todo, dejando a los lectores con más de una duda, tras haberles repetido, hasta la saciedad, las ideas que iban insinuando el desenlace contrario.

Esta aglomeración final de asombrosos acontecimientos, que requieren de un tiempo para ser encajados y justificados, por pequeños detalles que ha ido apuntando el narrador, potencia el efecto de *shock* o, lo que es lo mismo, la capacidad de impacto de la tesis que subyace a cada novela, en este caso, a pesar

de las declaraciones del autor sobre la no pretendida elaboración de una novela moralista.

Si nos fijamos, por otro lado, en los personajes masculinos, el autor parece insinuarnos que se trata de unas pobres víctimas, más merecedoras de ser reprendidas por lo timorato y relajado de su carácter que por los vicios y defectos que entreveíamos de las protagonistas femeninas, las cuales resultaban engreídas o veleidosas, vanidosas o taimadas, ambiciosas o ingratas, traidoras o bobas, injustas o vulgares... o bien ostentaban, a la vez, varias de estas galas, aunque de forma sutilísima y, con frecuencia, no declarada abiertamente por el autor.

Además, los personajes masculinos evolucionan positivamente a lo largo del relato, cosa que no ocurre con los personajes femeninos mencionados:

-Don Braulio es el primero en ser tachado de “listillo” por el autor, quien se muestra en contra de que las personas introspectivas achaquen su fracaso social a la superioridad de su "entendimiento". Pero, al final, lo convierte en desgraciada presa de un amor sublime o desmedido.

-Paco Ramírez es presentado como un rústico mercader, lo suficiente avisado y obstinado como para amasar una considerable fortuna. Este hombre rudo, aunque conserva intacto el prosaísmo de su concepción del mundo, patente en la declaración de amor que le hace a su prima, con la fijación de plazos que aseguren la respuesta y las advertencias sobre el lugar donde necesariamente crecerán los futuros hijos comunes, se transforma en un hermoso galán, fiel y valiente, con capacidad de resolución en los momentos difíciles.

-El Conde de Alhedín, por su parte, aparece en primer plano, al inicio de la novela, descrito como un auténtico petimetre o lechuguino, persiguiendo a unas damas que, en virtud de lo injusto de las generalizaciones, poco antes había

agraviado y vituperado, en favor del resto de la clase femenina del globo terráqueo, a la cual se vanagloriaba de conocer tan bien.

No obstante, y aunque siga sin reconocérsele profesión que no sea vivir de la vanidad y de las rentas, acaba cumpliendo con las obligaciones de un caballero de la época, y contrae matrimonio con la que había sido su amante.

Esta mirada, finalmente amable, hacia los personajes masculinos no oculta al lector suspicaz que tan culpable (si es que alguno ha habido) ha sido el Conde como doña Beatriz, de la desesperación del místico y pobre "empleadillo de Hacienda".

Pero detalles tan sutiles como el que sea el Conde culpado injustamente mientras que don Braulio se despide de su esposa con todo el amor de su tierno corazón, crea un ambiente propiciatorio para que se exculpe al primero más de lo debido y se censure, en primera instancia, más duramente la fatuidad de la presumida andaluza.

Además, ¿quién puede creer, después de la patética figura que de don Braulio se nos pinta, que éste sea realmente amado por su joven y bella esposa? La certeza de que no hace sino fingir, magistralmente, agujonea de continuo la conciencia del lector.

Todos estos, y muchos más, hábiles resortes maneja el autor para infundirnos su visión del mundo femenino y masculino, que suele acabar siendo víctima de las redes y encantos, premeditados o no (pero al fin y al cabo igual de efectivos), del primero. Así ocurre en *Doña Luz*, lo mismo pasa en *Pepita Jiménez*, *Juanita la Larga*...

A decir verdad, en líneas generales, los personajes femeninos valerianos suelen mostrar más firme voluntad y dominio que los masculinos; aspecto de la narrativa de don Juan Valera del que citaremos algunos ejemplos:

1. **Doña Blanca** prefiere morirse, y así lo hace, a contemplar el triunfo del Comendador sobre su hija común; y deja a su esposo en un prolongado

estado de congoja por sentirse incapaz de lamentar el deleite que, para su vida, había supuesto la liberación de su arisca esposa.

2. **Constanza** juega con don Faustino, hasta el mismo día de su muerte.

3. **Beatriz** llena de oprobio al enamorado don Braulio, hasta que éste decide optar por el suicidio.

4. A la tumba, por apoplejía sicosomática, lleva **doña Luz** al quebrantado don Enrique.

5. El atrevimiento de **doña María** termina por convertirla en la amante, y posterior esposa, del indeciso don Faustino, a pesar del triste destino de la eterna enamorada.

6. **Rosita**, hija del usurero de Villabermeja, y **Nicolasa**, hija del tío Gorico, no se casan hasta estar seguras de poder ejercer el gobierno sobre los cargos políticos y la hacienda de sus respectivos esposos. Hasta el punto de llegar a ser doña Rosa la que decidía sobre el futuro de los correspondientes Ministerios del Estado.

Así se cumple el tópico de las numerosas amantes de hombres respetables que han "usurpado" la autoridad pública de sus rendidos enamorados.

7. La desenvoltura de **Lucía** es la que la lleva poco menos que a declararse a don Fadrique.

8. El desparpajo de **Juanita La Larga**, además de sus muchas prendas, termina de enloquecer, en términos amorosos, al temeroso don Paco, a pesar de estar sometido a los poderes sagrados y profanos, mediante el férreo brazo de su hija Inés y el cacique del lugar...

Por otro lado, en las heroínas valerianas, el amor nace íntimamente unido al amor por la sabiduría y la instrucción de sus amantes o amados.

Así, la instrucción es causa de los muchos ratos que el Comendador y Lucía pasan juntos, durante los que ella queda prendada de los raros conocimientos que, sobre flora o astrología, ha adquirido don Fadrique en sus viajes y libros.

La experiencia vital será, de todos modos, la facultad más valorada. Por ejemplo, el Condesito no tiene más estudios que los realizados en la carrera de la vida cortesana y de los viajes por Europa. Y éstos también son los encargados de dar un barniz de ilustración a los esposos de doña Rosita y de doña Constanza, al Comendador y a don Juan Fresco.

Finalmente, serán los sólidos conocimientos del padre Enrique, y su notabilísima habilidad para el discurso filosófico y teológico, algunos de los pilares determinantes que despierten el amor que por él llegará a sentir doña Luz.

Doña Luz (1878)

“¡Curiosa leyenda de amores románticos y desesperados forjaste allá en tus adentros!”

En el capítulo introductorio de *Doña Luz*, dirigido “A la señora condesa de Gomar”, declara Valera su aquiescencia forzada con las teorías místicas y neoplatónicas de la concepción de la existencia:

Yo, señora, con el peso de los años, que ya me molesta bastante, y con no pocas saludables desilusiones, voy propendiendo, aunque pecador, a subir por este último camino.

Y si bien en mi novela se notan aún resabios y aficiones de hombre mundano, ya hay en ellas como señales de que me llaman a sí otras voces muy distintas de las del mundo. [3]

Podemos afirmar, a estas alturas de nuestros análisis, que el tema que vertebra toda su producción novelística anterior es el obligado desenlace trágico o amargo de las ilusiones desmedidas.

Las desilusiones son un mal necesario para el soñador empedernido, entre los que se cuenta Don Juan Valera, con su característica ironía. Sólo “el peso de los años” desilusionados vendrá a mitigar la sensualidad y la voluptuosidad imaginativa de su espíritu.

La otra gran pasión que es fuente de destrucción para los personajes valerianos es el orgullo. A propósito del mismo argüirá el narrador, en el capítulo IV de *Doña Luz*:

“El orgullo es malo sin duda. ¿Cuánto mejor y más cristiana no es la humildad? En el orgullo hay mucho de egoísmo, mientras que la humildad es toda devoción y abandono. Y, sin embargo, ¿cómo negar que un orgullo bien dirigido es causa, a veces, de grandes virtudes y de honrada conducta?” [44]

En este sentido, se vería atenuada la rígida valoración, que sobre la conducta habitual de las heroínas valerianas, tendría que llevar a cabo el lector crítico. Porque, como recuerda el profesor Enrique Rubio citando, en pie de página, a Bravo-Villasante:

“Este tipo de heroínas están en consonancia con el ideal de libertad personal que tenía Valera, con la dignidad del ser humano que obra de acuerdo con su propia conciencia, ajena a los principios vigentes del mundo y de la sociedad”¹⁹⁷.

El ánimo del narrador hacia Doña Luz fluctuará, a lo largo de toda la novela, entre la defensa caballerisca y la sutil y enconada animadversión; entre

¹⁹⁷ *Doña Luz*, Edición de Enrique Rubio. Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1990, p. 69

la búsqueda aparente de la neutralidad descriptiva y la benevolencia filosófica de quien afirma no estar escribiendo un tratado de “filosofía política”:

Doña Luz sentía profundamente la dignidad humana; pero suponía que lo claro y distinto de este sentimiento que había en ella más que en otras personas, no dependía solo de un don natural y gratuito, sino de una educación superior a la de la generalidad, y mucho más esmerada.

Esto, más bien que orgullo, parece modestia... [92]

Las más de las veces el lector no cuenta ni siquiera con el respiro de un par de párrafos antes de encontrar la contrapartida de lo afirmado anteriormente:

Si ella, aun cuando fuese por un capricho de la suerte, iba delante y se hallaba más cerca de la cumbre, su filantropía no podía extenderse a más que a dar la mano a los que estuviesen en condiciones de trepar hasta donde estaba ella, y no a aquellos que estaban tan bajos y tan hundidos en el lodo que, en vez de alzarlos, se dejaría ella arrastrar cayendo en el lodo también. [101]

Las contraposiciones, las fluctuaciones, las dilaciones y divagaciones antitéticas o bifurcadas, constituyen el rasgo distintivo del discurso amoroso en el mundo valeriano, en lo que atañe a los procesos discursivos tanto del autor-narrador, como de los personajes.

Será el grado de implicación del lector el que determine la trascendencia pragmática de su producción novelística.

De todos modos, el lector estará sometido a un alto grado de incertidumbre valorativa al tratar de ajustar opiniones tan dispares, como las siguientes, con la anterior defensa del “orgullo modesto” o bien dirigido de Doña Luz:

Su fallo, la propia sentencia que ella dictaba acerca de cualquier calidad, acto o virtud de su persona, la lisonjeaba y complacía mil veces más que todo el aplauso de cuantos la rodeaban. [105]

Estas ambigüedades, contradicciones y dobles sentidos también afectan a las descripciones de los personajes.

Por ejemplo, se nos dirá que Doña Luz estaba tan sana que nunca había tenido un dolor de cabeza. En consecuencia, se mostraba amable y alegre. Este dato entra en contradicción con la siguiente afirmación:

La vida de doña Luz era, no obstante, tan regular, tan monótona, [...] que habían pasado los años, y en la memoria de ella eran como sueño fugaz, donde todo estaba confundido.

Y la síntesis de la paradoja queda condensada, finalmente, en una sola sentencia: “Por esto, sin ser ella soñadora, vivía como soñando”. [117]

La fusión entre el amor sensual y los accesos místicos están dotados, en *Doña Luz*, de una rara perfección, bastante alejada del rutinario culto pedestre que practicaba Pepita Jiménez.

La estilizada devoción por el “Cristo muerto” o “Varón de Dolores” que presidía sus aposentos está mucho más en consonancia con los éxtasis sobrenaturales de Ana Ozores, a pesar de la supremacía racional y pragmática de doña Luz.

En la descripción de su fervor religioso se atisba la esencia idiosincrásica del personaje clariniano:

El amor a la divina representación de Cristo se hubiera combinado con el miedo y con una compasión tremenda, que tal vez la hubieran hecho caer en

convulsiones, o producido en ella ataques de nervios y hasta delirio. Pero doña Luz era muy singular y hallaba extraño deleite en la larga contemplación de aquel cuadro... [127]

También en los gustos especulativos y literarios de nuestra heroína se aprecian convergencias y divergencias interesantes entre ambos personajes:

Aquella mañana no había en doña Luz ascetismo ninguno, o, por lo menos, no había acudido aún el ascetismo. [...]

Recostada lánguidamente en una butaca, leía, ya en éste, ya en otro, de dos libros que tenía al lado. Eran Calderón y Alfredo de Musset. Doña Luz andaba estudiando y comparando cómo aquellos dos autores habían puesto en acción dramática la misma sentencia: *No hay burlas con el amor* y *On ne badine pas avec l'amour*. [241]

Por ejemplo, en el caso de doña Luz, se atribuyen estas comparaciones a las reflexiones provocadas por un caso práctico, que acaece en su entorno y que afecta muy vivamente a ésta, por estar vinculado con su mejor amiga. Mientras que este tipo de especulaciones tenían un origen endémico, cuando se trataba de La Regenta.

Pero, volviendo a la causa del análisis comparativo que se propone realizar doña Luz, el matrimonio de Manolita con Pepe Güeto responde a esta sucesión de equívocos argumentales, tan característicos en las composiciones narrativas de don Juan Valera. La unión conyugal representa una desenfadada imagen quiasmática de las “razones de amor”.

Verbi gracia, resulta bastante jocoso que, siendo el primero de temperamento y expresión tan graves “tomaran Pepe Güeto y doña Manolita tal afición a los denuestos, improprios y pendencias, que cada día las armaban tres o cuatro veces”; precisamente, mientras ambos pretendían demostrar la inquebrantable rigurosidad del carácter del primero.

Hasta que, un día, acabó confesándole doña Manolita a doña Luz que “para ver si yo le vuelvo loco o si él me vuelve juiciosa, hemos resuelto casarnos. Verdad es que él se da por vencido por el momento, y dice que, pues se casa conmigo, no debe estar en su juicio cabal, y que ya, sin casarnos, le he ganado la partida y la apuesta; pero, por lo mismo, añade que desea casarse para vengarse y desquitarse”. (op. cit., pp. 84-85)

Por un lado, todo resulta tan razonable como absurdamente inverosímil en la defensa de las causas de amor de esta desenfadada pareja. En ella se combinan la ironía, el humor y la disparidad argumentativa de las elucubraciones que, sobre las pasiones, realizará Valera en su discurso novelístico.

Por otro lado, este discurso está en íntima consonancia con las apreciaciones que Ibn Hazm de Córdoba hace sobre “Las señales de amor”, en *El collar de la paloma*¹⁹⁸:

“Pues del mismo modo hallamos que, cuando dos amantes se corresponden y se quieren con verdadero amor, se enfadan con frecuencia sin venir a qué; se llevan la contraria a posta en cuanto dicen; se atacan mutuamente por la cosa más pequeña, y cada cual está al acecho de lo que va a decir el otro para darle un sentido que no tiene; todo lo cual es prueba que evidencia lo pendientes que están el uno del otro.”

Ibn Hazm profundiza más en las causas y manifestaciones de estas señales de amor, y afirma:

“La distinción entre estos enfados y la verdadera ruptura o enemistad, nacida del odio y de la animosidad enconada de la querrela, es la prontitud con que se reconcilian.

¹⁹⁸ HAZM, Ibn, *El collar de la paloma*, versión de Emilio García Gómez, Madrid, Alianza editorial, 2000.

A veces creerás que entre dos amantes hay tan hondas diferencias, que no podrían arreglarse más que pasado mucho tiempo, si se trataba de una persona de alma serena y libre de rencor, o nunca, tratándose de persona vengativa.

Sin embargo, no tardarás mucho en ver que han vuelto a la más amigable compañía, que los reproches se han desvanecido, que la rencilla se ha borrado y que en el mismo instante vuelven a reírse y a chancear juntos. Todo esto puede ocurrir varias veces en un solo rato.

Pues bien: cuando veas que dos personas proceden de este modo, no dejes lugar a la duda, no permitas en absoluto que te asalte la incertidumbre, no vaciles en pensar que entre ellas hay un oculto secreto de amor. Puedes afirmarlo en redondo, en la seguridad de que nadie podrá desmentirte. No te hace falta prueba más clara ni experiencia más fidedigna. Tal cosa no sucede más que cuando existe un amor correspondido y una afección sincera. Yo he visto mucho de eso”¹⁹⁹.

Curiosamente, y por inverosímil que pueda parecer, pocas veces se muestra tan tajante y rotundo Ibn Hazm, en sus sentencias sobre el amor, sus aspectos, causas y accidentes.

Doña Luz, por su parte, no pudo dejar de mostrar tristeza ante esta noticia, a lo que doña Manolita contestó con el siguiente y peculiar tratado amoroso:

¿No caes en que ese bárbaro, egoistón, de Pepe Güeto, presume, y no sin razón de ser un real mozo, y todo el furor que ha tenido y tiene contra mí, estriba en que anhelaba que yo me hubiese enamorado de él por lo triste y por

¹⁹⁹ Hazm, Ibn, *El collar de la paloma*, versión de Emilio García Gómez, Madrid, Alianza editorial, 2000. pp. 115-116.

lo serio, y me hubiese puesto a suspirar y a llorar, sin pensar más que en él y no en divertirme? [125]

¿No ves que él se ha enamorado y que su rabia es que no me cree tan enamorada ni tan capaz de enamorarme, porque no hago pucheros y no aburro con lágrimas y sublimidades? [125]

La teoría de los afectos de Manolita supone el colmo del positivismo sentimental que acierte a ser conjugado con el idealismo.

Tras la declaración de doña Luz, en la que le confiesa que su tristeza se debe a que el casamiento de su mejor amiga la dejará “sin un alma que la comprenda y que la ame”, ésta formula la cara alegre de las aspiraciones, sueños y fantasías sublimes que crea el ideal del amor cortés:

“¿Crees tú que este amor no existía en mí antes de amar a Pepe Güeto? Vaya si existía. Lo que tiene es que entonces el novio o el marido, a quien yo le consagraba, era soñado, hecho a pedir de boca, relleno de perfecciones. Los chiquillos, que me fingía y me finjo aún, son unos querubines.

Por mucho que valga Pepe Güeto, pierde cuidado que no valdrá, ni con cien leguas de distancia, el marido que yo soñé. Y, en cuanto a los chiquillos, será más notable la diferencia, [...] porque no han de ser impecables y celestiales como los imaginados, sino llorones, traviesos, sucios y tercos, [...]

Infiero yo de lo dicho que, casada ya y con hijos, te he de querer más que de soltera, si sigues queriéndome tú.

Aunque tú te cases, ¿dejarás de quererme?”

“-Nunca dejaré de quererte-respondió doña Luz-. Yo no me casaré nunca”. [128]

Tremenda y rotunda sentencia de la que el lector puede inferir que doña Luz no descarta la posibilidad de dejar de amar a su mejor amiga en aras de un amor más apasionado. Siempre que éste cumpla sus exigentes requisitos.

La doble faz de frialdad y fervorosa elevación confluyen en el carácter y en el discurso de doña Luz:

... porque, a fin de buscar poesía, no he de empezar yo destruyendo la poesía. El amor no ha de buscarse, ha de aparecer, ha de surgir de un modo providencial.

Se busca fortuna, se buscan aventuras, se buscan negocios, y tú lo has dicho, se busca colocación; *pero amor no se busca. [...]* [123]

En esta segunda vertiente se equipararía con el padre Enrique, quien:

Con sujetos de letras y doctrina, o que por gracia, por entusiasmo, por hondo sentir poético y por elevación de miras y de ideas, le infundían confianza y le inspiraban simpatías, su discurso le arrebatava fácil e insensiblemente a las más altas regiones; pero con ciertas gentes medianas, que presumen de cultas, el padre Enrique se recogía por instinto, sentía su carencia de poder y de influjo, y ni era sencillo ni era elevado, ni conmovía por la candorosa expresión de los afectos, ni alzaba en pos de sí las inteligencias, [...] [256]

La hermandad espiritual entre ambos no tarda en aflorar:

Cuando el padre hablaba, quedábase ella suspensa oyéndole, y se apartaba de todo y se reconcentraba a fin de no perder ni un acento y de comprender el más hondo sentido de su discurso. Su afán de saber se despertó como nunca, comparándose con el padre y notando cuán ignorante ella era... [171]

Y, aunque los temas coinciden con los que empleaba el Comendador Mendoza para despertar la curiosidad de su sobrina Lucía, el lector llega a presumir muy fácilmente que el tono y el modo de abordarlos se remontarían por regiones etéreas, bastante alejadas del prosaísmo de los anteriores personajes, si los comparamos con el padre Enrique y doña Luz:

La vida de las plantas, el movimiento de los astros, el sistema del mundo, la historia de los pueblos, de sus emigraciones, lenguas, creencias y leyes, todo era objeto de las preguntas de doña Luz [...] [89]

Por otro lado, la actitud del padre Enrique hacia su fiel feligresa se distingue por el paternalismo y la rigurosidad de sus apreciaciones:

Todos los defectos de ella, todas las faltas, conocía doña Luz que el padre las notaba, y que se las censuraba con rodeos delicadísimos, sin dejar por ello de advertir también cuanto en el alma de ella había de noble y de bueno... [103]

La irresistible atracción y el afán por desentrañar los entresijos del espíritu del maestro no tardan en brotar en el alma de doña Luz. El amado ideal siempre adopta la apariencia de una sima inescrutable. La multiformidad de las apreciaciones del amante está en íntima consonancia con la riqueza expresiva e interpretativa de amado y amante, respectivamente:

Ella, entre tanto, miraba en el alma del padre Enrique, y quería verla toda, como él veía la suya. Y notaba que era clara y transparente como la mar que circunda Andalucía; pero con un fondo de tal hondura, que a pesar de lo diáfano del agua y de la mucha luz del cielo que en ella penetra, iluminándola toda, la vista se desvanecía y se cegaba. [79]

En el capítulo X de esta controvertida historia, introduce Valera todo un diálogo sobre el amor al más puro estilo platónico, en el que se abordan conceptos fundamentales, tales como el amor propio, el egoísmo de la filantropía, la sensibilidad compasiva o caritativa y el amor divino.

Para describir las bondades y excelencias de éste, emplea el padre Enrique un bello discurso, al más puro estilo agustiniano:

Bástale (al alma) ver a Dios, para ver en Dios el mundo y las criaturas que le llenan y hermocean, [...]

El alma ve entonces las cosas tales como son y no tales como parecen; las ve, no en su manifestación transitoria, sino en su idea pura y eterna; no ya en lucha constante, desligadas, sin concierto, en guerra de exterminio, sino que las ve atadas por lazo de amor, subiendo en condecorada armonía hacia la luz y hacia el bien, y encaminándose, por atracción suave y divina, a la justificación providencial de todo.

Y como el alma ama a Dios y todo está en Dios, el alma lo ama todo amándole. Y lo ama todo, no ya interesadamente, como lo amaba antes, sino con desinterés; porque quien quiere a Dios, ¿qué más quiere ni desea? [...]

El alma que se unió con Dios, parece Dios. [...] [El amor por Cristo] iguala con más verdad que toda ley democrática a unos hombres con otros.

...En fin, el padre Enrique, sin confesárselo a sí mismo, vino poco a poco a persuadirse de que con su espíritu iba como a llenar y compenetrar el espíritu de doña Luz, y notó que ella se enseñoreaba ya por entero del espíritu de él²⁰⁰. [...] [190]

Pero a nadie le cabía en la cabeza que pudiese ser galanteador y tener buenas fortunas un señor tan pálido, enclenque, melancólico y asendereado.

La repugnancia ante la sola insinuación por parte de doña Manolita de un hecho consumado, a saber, el amor “por estilo místico y sutil” que le profesa “el convaleciente y poético misionero”, se manifiesta con síntomas semejantes a los experimentados por Ana Ozores al concebir la remota posibilidad de haber provocado la ilicitud y perversión que conlleva un amor sacrílego:

... doña Luz se puso roja como una grana. Toda la sangre de su cuerpo se diría que se le subió a la cabeza. Todo el orgullo de su casta se agolpó y se amontonó en su corazón. No vio más que ridiculez indigna en que la creyesen objeto de la pasión de un fraile [...]

Le parecía tan absurdo, tan contrario a todas las conveniencias y leyes sociales y religiosas, tan monstruosamente feo y chocante, que no quería, ni podía, ni debía sospecharlo en persona del juicio, de la circunspección y hasta de la santidad que en el padre Enrique notaba. [203]

Esta perversión de la inocencia y la dulce ternura que en ella provocaba la amistad con el padre Enrique viene a coincidir con la entrada en escena del “héroe” de amor prosaico-romántico: don Jaime Pimentel y Moncada.

Era don Jaime todo un galán caballero. Montaba con gracia y firmeza. Aunque tenía cerca de cuarenta años, parecía que apenas tenía treinta. [225]

²⁰⁰ Las aspiraciones y efectos que acusa el padre Enrique son de una notable semejanza con respecto a los experimentados por don Fermín de Pas hacia Ana Ozores, en los primeros estadios de su enamoramiento.

El difícil equilibrio entre idealismo y razón pujan en el ser de doña Luz, y tras una ardorosa lucha entre estos dos componentes espirituales, sale la razón bastante bien parada, a pesar de la transitoria flaqueza que la lleva a “aceptar la mano de don Jaime”.

Como es habitual en el caso de las heroínas de inteligencia despierta y recta moral, doña Luz habría evitado altas cotas de dolor a su alma de haber seguido su intuición primera:

Sus palabras expresaban estimación, denotaban ingenio cortesano, estaban llenas de lisonja, pero no había en ellas un átomo de sentimiento. Ni podía haberle. Pues qué, ¿el amor brota de repente en la vida real? [...]

Confieso que he pensado en la posibilidad de ese amor; pero le he desechado como locura. Don Jaime es ambicioso y apenas tiene para él solo con su sueldo y sus rentas. [...]

Rica yo, recelaría siempre que no me amaban por mí; y pobre, recelo que no me amen hasta el extremo de que se sacrifiquen amándome. [237]

Sin duda, el gran perdedor de esta novela es el padre Enrique, pues el entendimiento y la forma de conducirse de la discípula acaban demostrando una mayor frialdad de la que al comienzo de su relación se vislumbraba; aunque el tiempo y los hechos le hagan cambiar, en última instancia de perspectiva.

Esta actitud, junto con la debilidad sentimental del quebrantado misionero, allanan el camino de su muerte:

Propuso, pues, en su corazón estar serena y fría a los halagos de don Jaime cuando volviese; y olvidando, con este nuevo peligro, el que podía haber en los diálogos íntimos, en las disertaciones sabias y en la atención y en la emoción con que oía al padre Enrique, volvió con más ternura amistosa que

nunca a buscar la conversación del padre, a deleitarse en ella, y a dar señales inequívocas de la predilección con que le miraba. [249]

Pero don Jaime acaba manifestándose como el verdadero antihéroe: cobarde, egoísta... nada arriesga, deja todo el peso de la decisión y la responsabilidad de lo que está por venir a la “amada”.

Doña Luz sólo cede tras valorar las dimensiones del engaño ante Manolita, que actúa como mensajera y como depositaria de los más intrínsecos recovecos de su conciencia:

¿Qué es amor? ¿Es amor esto que siento en mi alma y que me lleva hacia ese hombre? Todo esto es tenebroso y confuso.

Hay otro hombre de cuyos labios estoy pendiente cuando habla, cuyo talento me asombra, cuya superioridad intelectual me subyuga, cuyas virtudes me llenan de maravilla y de entusiasmo, cuyo fondo de bondad altísima percibo claramente allá en las profundidades de su corazón [...]

¿Crees tú que me ama de veras, con todo el ser de su vida como yo necesito ser amada, como yo le amaría si me amase? [281]

El narrador contrapone la ruin cobardía de don Jaime al “extraño candor”, la cristalina conciencia y la sinceridad apasionada y sin mácula que, por momentos, manifiesta doña Luz; todo ello condensado en esta triple interpelación hacia el frío cortesano:

“-¿No me engaña usted? ¿Es cierto? ¿Usted me ama?”

La confusión entre amor, vanidad y amor propio es aquí total, como presagiaba el discurso sofístico del padre Enrique y sus tertulianos:

-Don Jaime, por Dios, ¿qué quiere usted que yo le diga? Yo no sé si le amo a usted; pero si el contento que me causa el verme amada y el temor de perder esta creencia son síntomas de amor, me parece que le amo. [294]

En la condición calculadora y despiadada de don Jaime hallará harto castigo a su pecado. Porque, si bien es cierto que todos los amores, damas y galanes no son iguales, en este “dandy” -tal y como lo califica Valera- desaparecen, en todo punto y ocasión, los atributos y síntomas fundamentales del sentimiento amoroso: la espontánea generosidad y entrega del ser enamorado, la irresistible atracción hacia el cuerpo y el alma que adora...

La presencia de doña Luz le infunde rechazo o, al menos, deseos de huir de su escrutinio (al igual que a ella).

Su instinto de supervivencia anímica o sentimental no le impulsa hacia la lucha por la conquista; ni siquiera la ternura recién regalada de la inicial correspondencia le infunde, si ya no la excelsa, ni aun la más mínima muestra de júbilo y de entusiasmo, ya fuera sincera o fingida.

Desde el título del capítulo XV (“Primera traza de un idilio matrimonial”), cumple Valera con las expectativas que despierta el andaluz exagerado y ácidamente jocosos, lo que, según hemos ido apuntando hasta ahora, podría ser una advertencia-clave para la interpretación de buena parte de su obra.

El capítulo comienza como sigue:

En los lugares andaluces, nada hay que pase tanto como una boda repentina. Por allí todo suele hacerse con mucha pausa [...]

-Se ha echado en brazos del primer venido -exclamaban-, sin amor, sin estimación, porque ni el amor ni la estimación nacen tan de súbito. [302]

De este modo da Valera voz al pueblo. Y la voz del pueblo coincidía con la voz interior de doña Luz, quien no se había sentido tan desesperada hasta que despertaron su amor dormido: “El mismo amor de don Jaime, la decisión con que le había ofrecido su mano, a ella, desvalida, huérfana y pobre, era la garantía mejor y más segura”. [305]

Pero el verdadero centro o núcleo de desesperación lo constituye el padre Enrique:

Un mar de pensamientos y de sentimientos se agitaba en su espíritu, como si viniese sobre ellos el más violento huracán, barajándolo y revolviéndolo todo, por donde, en vez de una creación armónica, brotaba el caos tenebroso.

...se pasaba el padre largas horas sin escribir y sin hacer nada. Otras andaba por el cuarto a largos pasos. Otras se echaba en un sillón y se cubría el rostro con las manos. Jamás se había sentido tan inactivo, tan incapaz y tan infecundo. [341]

En realidad, el padre estaba fijando en el papel lo más recóndito de su alma. No obstante, continúa, pertinaz, sin desvelar el nombre de la amada. La amada permanece etérea, inenarrable. Su nombre, convencionalmente impuesto, es eludido en favor de la contemplación esencial del ser amado, “Ella”, a quien profesa las mayores muestras de insondable gratitud:

Me abrió su corazón, y me dejó entrar en lo íntimo de su conciencia, y yo me embriagué con su aroma.

... todas aquellas flores celestiales, nacidas en el huerto sellado de su fantasía y cultivadas con esmero por su recto juicio, propenso por naturaleza, educación y gracia, a lo santo y puro, ¿a quién había ella de dedicarlos y consagrarlos? A Dios, y nada más que a Dios, pensé yo.

Harto lo reconozco ahora. La concupiscencia del espíritu es la peor de las concupiscencias. Repugna por antinatural. No la atenúa la consideración de que nuestra sangre está viciada [...]

Es pecado pasado por alambique: extracto, esencia, refinamiento espantoso de lascivia. Abominables sentencias, infames propósitos, conjuros del infierno estaban gravados en mi pecho, como en lámina de bronce; pero con tinta invisible, que sólo el reactivo de los celos ha hecho patente para mi vergüenza. [357]

Todas las bajas pasiones nacidas en el alma del padre Enrique vienen a destruir el mito de la caverna platónico donde se creía salvaguardado:

Creí que toda beldad precedera, que toda bondad de las criaturas, que toda gracia, que toda luz, no sería a mis ojos sino reflejo débil y frío de la beldad, de la bondad, de la gracia y de la luz eternas, cuyos fulgores imaginaba entrever, en cuyas llamas me complacía en sentir ardiendo mi corazón. [311]

A través de las meditaciones del padre Enrique sintetiza, pues, Valera sus teorías platónicas sobre el amor y el arte, formuladas, como es sabido, en las *Lecciones dadas en el Ateneo de Madrid*, en 1859:

“En suma: la belleza, más o menos unida a una forma sensible, tiene que llegar a nosotros por medio de los sentidos [...] Ya en nosotros el objeto bello, la imaginación estética se apodera de él y se lo pinta interiormente, y lo ilumina con los rayos de la belleza absoluta y se lo presenta a la voluntad para que lo ame, y al entendimiento para que lo juzgue y decida sobre él”²⁰¹.

²⁰¹ Valera, J. (1859), *Filosofía del arte (Lecciones dadas en el Ateneo de Madrid)*, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 2ª ed., 1947, T. III, pp., 1439-1454. Apud. OLEZA, Joan, “Don

Según Valera, es la forma sensible, con toda su sensualidad, la que separa al místico del artista, pues el místico necesita desprenderse de ella en su camino de ascensión, mientras que “el artista, por el contrario, reviste lo que él conoce de Dios de una forma material, que le hace perceptible a los profanos y a sí mismo”.

El padre Enrique se arrepiente de haber trocado la sensualidad del amor humano por las perfecciones del amor divino:

Dios mío, Dios mío, si estás en mi alma, si no la has abandonado, acude a mi voz y consuélame y perdóname [...]

Tú llenabas antes mi alma. La vi, me aluciné, y ella llenó mi alma en el lugar tuyo. Hoy, cuando ella me abandona, el vacío, el abismo y la soledad que siento me aterran²⁰². [289]

La gravedad de su situación se percibe en el hecho de que el padre Enrique confiesa haber perdido, progresivamente, la fuerza de la gracia concedida por las tres virtudes teologales, aunque en orden inverso:

Primero creyó perder el amor de doña Luz. En el instante de la confesión afirma tener perdida la esperanza, con lo que su fe se ha visto profundamente dañada.

Juan Valera: Entre el diálogo filosófico y el cuento maravilloso”, En C. Cuevas (Ed.), *Juan Valera. Creación y crítica*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura española contemporánea, 1995, pp. 111-146.

²⁰² Recuérdense las dos clases de amores establecidas por San Agustín, y anteriormente citadas: la contraposición entre el amor humano y el amor divino.

Y prosigue: “Quise confundir mi alma con la de ella, para que unidas fuésemos ambas almas en busca tuya. Y ella me ha dejado”.

A pesar de lo cual, de haber perdido a su elegida por “compañera del alma”, demuestra estar en las antípodas de las pretensiones y reacciones de don Fermín de Pas: “Al hablar con doña Luz, mostraba el padre la antigua afectuosa benevolencia. Ni una palabra donde ni remotamente se sintiese una punta de ironía, de pique o de despecho”. [279]

Como apunta Joan Oleza, en el artículo citado, para su teoría del amor, Valera cita en su apoyo a Platón, León Hebreo (“platónicos españoles”), pero también a Santa Teresa y San Francisco, con lo que termina proclamando, a pesar de su predilección confesa por los racionalistas kantianos, la primacía del amor sobre el entendimiento:

“El entendimiento forma sus juicios sobre las cosas bellas en razón del amor que estas cosas le inspiran. Así es que lo que se llama buen gusto no depende tanto de la claridad y perspicacia del entendimiento, cuanto de la exquisita sensibilidad del alma, que proviene del amor”. [163]

Y recurre Valera a Santo Tomás para explicar cómo nuestra voluntad se mueve a amor cuando nuestro entendimiento no puede entender la belleza absoluta, pues como propia de Dios es superior al alma humana y, como propia de Dios, es buena: “las cosas inferiores al alma se deben entender antes que amar; las superiores al alma se deben amar antes que entender”. [168]

En este sentido, aunque en el plano más humano y prosaico de las relaciones, se podría interpretar la adoración de personajes como Lucía López de Mendoza, Pepita Jiménez y Doña Luz hacia sus enamorados (curiosamente todos estos amores son correspondidos –lo que no ocurre, con tanta frecuencia, en el caso de los enamorados galdosianos-), ya que estas tres heroínas valerianas se ven deslumbradas por la sobreabundancia de conocimientos y la

agilidad y vigor del entendimiento que el Comendador, don Luis de Vargas y el padre Enrique ostentan con respecto a ellas.

Por ejemplo, el narrador de *Doña Luz*, explicará al lector cómo ésta, embelesada y entusiasmada, solía añadir, con su rica imaginación poética, “mil quilates de hermosura, de novedad y de profundidad” a los discursos filosófico-místicos que, sobre el amor y la caridad, solía pronunciar el padre entre sus contertulios.

Esta actitud la distanciaría de Pepita Jiménez, que tiende, con más encono, a la depreciación de su propia inteligencia ante personas tan cercanas como Antoñona o el padre Vicario; mientras que la aproximaría a la actitud de Lucía, cuyo desparpajo y desenvoltura bastaba a suplir la exógena limitación de sus conocimientos teóricos y prácticos sobre las cosas.

A pesar de sus pocos años, tanto Lucía como Pepita demuestran estar en posesión de un amplio conocimiento intuitivo, observador y reflexivo sobre las pasiones humanas, lo que las capacitaría generosamente para abordar el tema de sus sonadas conquistas amorosas.

En cambio, doña Luz, a pesar de su superioridad moral, su destacada elegancia y su distinguida compostura, demuestra ser mucho más ingenua, inexperta e ineficaz para intuir el amor de don Enrique.

Además, la tendencia a la idealización de las virtudes morales e intelectuales del amado, resulta, por su parte, mucho más marcada que en el caso de las otras heroínas, en cuya valoración de los amados se percibe cierta zona de reserva que las empuja a aspirar, en última instancia, a los amores de tan despejadas inteligencias.

También es cierto, por otro lado, que no son comparables la inexperiencia de don Luis y la despreocupada liberalidad del Comendador con la reconcentrada virtud y santidad del padre Enrique, así como la amplitud de sus lecturas, meditaciones y padecimientos.

Sin duda, como él mismo declara en su diario espiritual, sólo una mujer de la rectitud moral, el equilibrio, la elegancia, y la sobria y majestuosa belleza de doña Luz, poseía las virtudes y las gracias suficientes para rendir su amor y hacer que se tambaleara su fiel consagración a Dios.

La perfección de la novela psicológica valeriana proviene, por tanto, del perfecto conocimiento que el escritor andaluz demuestra tener de las peculiaridades idiosincrásicas y afectivas del alma humana.

Además, el hecho de que se proponga retratar a sus personajes atendiendo a la realidad observable, según declara en *Pasarse de listo*, sin omitir, por tanto, la descripción de sus más íntimas virtudes y defectos, posibilita el perfecto ensamblaje de sus protagonistas masculinos y femeninos.

Así, el talante jocosos y entrometidos de Lucía se aviene a las mil maravillas con la sorna y el optimismo inquebrantables del Comendador; la inexperta y vacilante personalidad de Luis de Vargas es arrastrada por el torbellino de pasiones que acierta a desatar en Pepita Jiménez; la taimada perspicacia de Inés conquista el experto e imbatible corazón del Conde de Alhedín; la deslumbrante vitalidad, despejo, vanidad y belleza de Beatriz subyugan irremisiblemente el ánimo apocado y tétrico de don Braulio; la picardía, astucia y malevolencia de Constanza conquistan el vano corazón del doctor Faustino, mientras que el misterio y la total entrega místico-erótica de María acaban provocando su hastío...

Por otro lado, debemos tener en cuenta que el trasfondo poético, estético y filosófico de la concepción novelística valeriana está impregnado de los principios y postulados del platonismo romántico y el idealismo intuicionista, en mayor medida que del optimismo o “positivismo” ético e histórico.

Por tanto, la exquisita estilización, la pulcritud y el esmero con que queda cincelada la forma y la figura de doña Luz, respondería al cuarto de los postulados enunciados en el inventario que Joan Oleza extrae de los prólogos

que redacta para *Pepita Jiménez*, en 1880 y 1886, y del conocido estudio “De la naturaleza y carácter de la novela”, redactado en 1860.

Con la presentación de esta heroína, de belleza sobrehumana y admirable carácter, Valera estaría secundando o reafirmando, en la práctica, su opinión de que “el realismo es una poética errónea, pues aparte de otras razones, referentes a su moralidad o a su complacencia en lo feo y desagradable, tiene como principio de base la imitación de la realidad y de la vida cotidiana, que en la civilización moderna y burguesa han devenido prosaicas y, por tanto, incapaces de suscitar belleza o interés artístico”²⁰³.

Como señala el profesor Enrique Rubio, en el prólogo de su edición de *Doña Luz*, frente a lo que cabría esperar, tanto Pepita Jiménez como doña Luz son dos heroínas de belleza poco usual “que viven retiradas y con gran recato, sin aspirar al monjío [...] y que demuestran ser admirables jinetes como muestra de su destreza y singular arrojo”²⁰⁴.

Según Valera, la aspiración constante del alma humana a ver y descubrir la belleza absoluta (que, junto con los valores de la bondad, la libertad y la verdad, serían las vías esenciales de conocimiento), “es lo que se llama filosofía cuando a ese sol queremos llegar con el entendimiento; religión cuando queremos llegar a él con la fe; y arte, cuando por medio de la imaginación [...] Pero, mientras la verdad y la bondad son inequívocas, la belleza exige al artista internarse en el misterio”.

Por todo lo cual, continúa Oleza, al hilo del discurso valeriano sobre “Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX”, *dentro de esta concepción netamente idealista, el arte, a al manera de Schelling, no puede ser la imitación de la naturaleza, sino la creación de la hermosura y la*

²⁰³ Op. cit., p. 5.

²⁰⁴ *Doña Luz*, Edición de Enrique Rubio. Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1990, p. 21.

*manifestación de la idea que tenemos de ella en el alma, revistiendo esta idea de forma sensible*²⁰⁵.

De este modo, al igual que apreciábamos en la obra de Pérez Galdós, los postulados del romanticismo alemán serían matizados por las peculiaridades del idealismo y del realismo hispánico, tal y como es concebido por don Juan Valera.

Doña Luz es un personaje que participa de la doble naturaleza de lo real-imitativo-verosímil y de lo ideal, con una frecuente alternancia, en su discurso, entre la metafísica idealista y la lógica pragmática con la que procura revestir sus actos y decisiones.

Esta doble naturaleza a la que se enfrenta estaría representada, “corpóreamente”, por las dispares personalidades de don Jaime Pimentel y el padre Enrique.

La tragedia del padre Enrique estriba en el hecho de tener su alma y sus sentidos bien predispuestos para ponderar la indiscutible belleza de doña Luz.

Valera, siguiendo a Plotino, consideraba que “todo hombre debe hacerse bello y divino para merecer la visión de la divinidad y de la belleza²⁰⁶”.

Pero el convaleciente misionero se lamenta de que la beldad divina se le haya revelado a través de la belleza sensible de doña Luz:

“¿Por qué, pues, no me mostraste con nitidez tu beldad, en la pura idea, allá en lo hondo del pensamiento mío? ¿Por qué esta beldad, reflejo tuyo, ha hecho su aparición deslumbradora, lejos de Ti y fuera de mí, hiriendo lo

²⁰⁵ Op. cit., p. 8.

²⁰⁶ Op. cit., p. 13

profundo de mi ser, no de un modo inmediato y espiritual, sino por medio de los sentidos groseros?”

Como refiere el profesor Oleza, la preocupación por la síntesis es lo que predomina en el pensamiento de Valera, lo que daría lugar al “diseño dual de adhesión a la modernidad, representada por Hegel y la filosofía alemana, a la par que a la tradición, representada por la espiritualidad española, especialmente por el pensamiento místico (y, más allá por la Antigüedad platónica), esa oscilación entre lo viejo y lo nuevo, que con infinitas variantes, con atrevimientos y retracciones, con espanto a inclinarse demasiado por un extremo o por otro y con demasiado afán por complacer a tirios y troyanos, con ambigüedades, con ironía, desmintiéndose o ratificándose, Valera no dejó de repetir a lo largo de toda su vida²⁰⁷”.

Ya hemos visto que esta ambigüedad toma forma en el carácter mismo de sus personajes, afectando, sobre todo, a cierta tendencia a la extravagancia de actos y pensamientos de sus personajes “idealistas”. Se manifiesta, por ejemplo, en el sublimado orgullo de doña Luz o en el presente de bodas que el padre Enrique hace a los futuros esposos.

Así, al expresar don Acisclo la conveniencia de realizar ciertas indagaciones sobre el pasado de don Jaime, doña Luz, con actitud tan altruista como soberbia, le replica que “su amor a don Jaime era la mayor garantía del valor de don Jaime, que si ella dudase de él no le amaría, y que, amándole, ella misma se ultrajaba, dudando de él”. [309]

Por otro lado, parece que para doña Luz es más importante convencerse a sí misma de la pureza del amor que por ella siente don Jaime, que el hecho de que éste sea una realidad: “Dimanaba de todo algo como embriaguez de felicidad para doña Luz. Su don Jaime parecía un dios; pero un dios que la adoraba a ella y que había de vivir siempre rendido a sus plantas. De aquí que

²⁰⁷ Op. cit., pp. 19-20

doña Luz aniquilase y como embebiese su voluntad en la de don Jaime, cediendo a todo lo que él deseaba”. [311]

La segunda extravagancia aludida, que se permite el padre Enrique, es el extraño ídolo del dios Siva, destinado a ser adorno de la mesa de despacho de don Jaime: curiosamente, Siva es el Dios hindú del ascetismo y de la sexualidad.

Estas dos realidades emocionales, el combate entre la naturaleza y el espíritu tan característico de la novela de la Restauración, simbolizan la lucha particular del padre Enrique, quien acaba enfermando de amor, de ira y de celos:

... en el retiro de su cuarto, como si se aflojasen los resortes que tenían sus nervios en perpetua tensión, solía caer desfallecido. Mal ahogados suspiros brotaban de su pecho, en el cual sentía opresión dolorosa; tenía vértigos, la vista se le nublaba, se le dormían los dedos o notaba en ellos calambres e insólito frío; las imágenes y especies que guardaba su memoria se revolvían en confusión; le dolía la cabeza, y hasta se le trababa la lengua y tartamudeaba cuando hablaba con Ramón, su criado. [297]

Tanto don Enrique como doña Luz se ocultaron dramáticamente su amor por no perder, tras una vulgar indiscreción, el afecto y la profunda admiración que poseían el uno del otro.

Después del anuncio de boda, el padre Enrique no se fue de Villafría, por no quedar ante los ojos de doña Luz como un ser indigno de su veneración. Prefirió sufrir los horrores del infierno de los celos, bien justificados en este caso, a una separación definitiva del ser que había turbado sus férreas convicciones religiosas. Otro tanto le sucedió a doña Luz. Pero ninguno quiso dejar al otro, por siempre, en el injusto desconocimiento del amor que se tuvieron.

Los dos personajes de Valera, tan hermosamente configurados, comprendieron la grandeza de su sentimiento y la importancia que tenía no sólo para ellos, sino también para el desenmascaramiento de la verdad esencial del otro. Una vez más, la muerte se convierte en la hora indiscutible de la verdad.

El padre Enrique sintió, antes de morir, la confirmación del entrañable amor que, por él, sentía doña Luz, en forma de castos, pero apasionados besos.

Doña Luz, por su parte, tuvo la dicha de exclamar, leyendo las hojas sueltas que contenía el manuscrito de su rotundo e indiscutible guía espiritual:

“-Era cierto. Era cierto. ¡Me amaba, Dios mío! ¡Cuánto, cuánto me amaba!” [324]

De este modo, todo queda consumado en el más elevado contexto de los amores platónicos e ideales.

La emoción pura de estas creaciones de Juan Valera no se ve menoscabada o ajada por las frecuentes molestias y sinsabores de lo material. Esta era, no lo olvidemos, una de las grandes obsesiones de doña Luz: que la prosaica realidad de lo doméstico no mitigara el amor que su galán sintiera por ella.

La víspera de su muerte, el padre Enrique había escrito lo que sigue [...]:

A pesar tuyo, Dios mío, a pesar tuyo y en contra tuya, la llevo gravada con rasgos indelebles. Todo el brío de mi voluntad, toda la fuerza del cielo, todas las penas del infierno no podrían arrancarla de allí. *Doña Luz y el amor de doña Luz viven vida inmortal en mi espíritu*”.

Al terminar la lectura, el dolor de doña Luz se hizo más agudo; las lágrimas acudieron más abundantes a sus ojos; los sollozos parecía que iban a ahogarla; pero, como luce el iris entre las nubes negras, una dulce sonrisa de

triunfo y de gratitud por aquel amor, que sólo perdón solicitaba, brilló en los rojos y frescos labios de la gentil señora. [237]

De este modo desarrolla Valera el tema del triunfo del amor más allá de todas las cosas, incluso de la devoción divina de un sacerdote o religioso convencido. (En contraposición a la perspectiva que adopta Leopoldo Alas en *La Regenta*).

El amor de don Enrique es el amor sublime por antonomasia, aunque él lo conciba, desde su condición, como algo pecaminoso. De ahí la importancia que la gestualidad, las miradas y los silencios adquieren para la declaración del sentimiento amoroso.

A diferencia de lo que ocurriera con Ana Ozores, doña Luz es descrita por Valera como una mujer entendida en el arte del disimulo, a favor de su “integración” en la sociedad “villafriesca”, (parafraseando el adjetivo empleado por el autor).

En cierta medida se puede afirmar que Doña Luz encuentra el modo de que su repugnancia y su miedo a ser contaminada por la rusticidad, tanto física como moral, de las gentes del lugar, sea imperceptible.

Asiste a los acontecimientos públicos más relevantes y consigue que todas las damas la adopten como modelo, por su exquisita educación, compostura y simpatía.

Esta capacidad de autodominio es otra de las virtudes, junto a su avidez de conocimiento y su elevación espiritual, que la vinculan a la personalidad del padre Enrique. Si bien es cierto que la contención de las pasiones es llevada a un extremo hartamente infrecuente incluso para un ascético misionero.

Al final de este fabuloso viaje por las entrañas de doña Luz, se impone el triunfo de la espiritualidad sobre la materialidad de la existencia humana; pero

tan alto propósito es imposible de alcanzar sin el sacrificio de una o varias víctimas, siguiendo la tradición platónico-cristiana.

Por momentos resulta aterrador ser testigo de la frialdad y el orgullo de doña Luz, tras la muerte del padre Enrique. Lejos de que la desaparición de éste produzca en ella un dolor tan intenso como el tierno y desesperado amor que el padre le tenía, doña Luz, henchida de soberbia, celebra la magnitud de su conquista: don Enrique no era insensible a cualquier tipo de belleza material o sensorial; no, al menos, a la que ella desplegaba ante sus ojos.

Muerto el padre, la vida continuaba para ella, llena de promesas, junto a su legítimo marido. Sólo cuando descubre que ha sido precisamente su vanidad la que la ha llevado a aceptar los favores de un vulgar cazadotes, es capaz de medir la pérdida que ha supuesto para ella el funesto desenlace.

Así, queda perfectamente cerrado el círculo, y bendecido, a través de la “justicia poética” por lo que se presenta como un acto de misericordia divina: Mientras su marido brilla sobremanera en la corte, ella cuida de un hijo muy hermoso y muy inteligente que Dios le ha dado, y cuyo nombre de pila es Enrique.

Otro círculo vicioso que no queda disuelto del todo es el constituido por la casi idéntica reproducción de los errores de los padres, a mano de sus descendientes.

La vergonzosa humillación que supuso para la condesa de Fajalauza entregar su corazón al padre de doña Luz, es llevada al paroxismo de la complejidad por su desafortunada hija.

Esta madre frustrada, de la que incluso desconocemos el nombre de pila, contribuye a que doña Luz cometa su mismo error, al tratar de hacerle una única y póstuma ofrenda materna.

Este desatino la vuelve a unir, *in mortem*, al postrero alarde de responsabilidad y precaución que lleva a cabo el marqués de Villafría. Bromas del destino que no pasan desapercibidas para esta singular heroína, capaz de sublimar su verdadero amor y de dotarlo, finalmente, de un poder sobrehumano y purificador, consolador y esperanzado.

Juanita la Larga (1895)

Don Juan Valera suele situar la acción de sus relatos haciendo referencia a amigos y lugares cercanos. Pero, en esta ocasión, diecisiete años después de la publicación de *Doña Luz*, el idílico rincón andaluz donde transcurren las historias amorosas de sus personajes no es Villafría, sino Villalegre. Como veremos, también el tono de esta novela será distendido desde el comienzo, y su estilo poco o nada afectado.

A estas alturas de su trayectoria profesional y literaria, Valera es ya un maestro consumado en la preparación de ambientes con paciente detallismo, buscando, en todo caso, la consonancia y la armonía que hagan posible la empatía con el lector, y predisponiéndolo a anticiparse a posteriores afirmaciones del autor.

Nada más iniciar la presente novela, nos demuestra Valera su gusto por la lectura de la historia, extrayendo de ella enseñanzas que suele aplicar en la ejemplificación de sus relatos. Por tanto, aunque afirme, casi en cada prólogo, que lo suyo no es la novela de tesis, demuestra, con su actitud, que la enseñanza o la condición didáctica de un escrito no reside tanto en su género y pretensiones como en el modo de leerlo.

Lo que sí se vislumbra con facilidad, desde el comienzo de la novela, es el romance amoroso, a través de la presentación del galán cincuentón, dicharachero y bien conservado; *leit motiv* en sus narraciones, que puede ser trasunto de don Juan Valera o una figura por él bien conocida y apreciada, gracias a los distinguidos ambientes en los que transcurrió su vida.

En este caso, don Paco también está sometido a los vaivenes de la política. Su condición de secretario del cacique local atenta contra su libertad personal, en la medida en que corre el riesgo continuo de ser presionado por quien está acostumbrado a ejercer su poder, sin ningún tipo de impedimento:

Por útiles y habilidosos que los hombres sean, y por muy aptos para todo, no se me negará que rara vez llegan a ser de todo punto necesarios, singularmente cuando hay por cima de ellos un hombre de voluntad enérgica y de incontrastable poderío a quien sirven y de cuyo capricho y merced están como colgados.

Don Andrés Rubio había, digámoslo así, hecho a don Paco; y así como le había hecho, podía deshacerle. No le faltarían para ello persona o personas que reemplazasen a don Paco, repartiéndose sus empleos, si una sola no era bastante a desempeñarlos todos con igual eficacia y tino [...] [32]

Un personaje paralelo al de don Paco es Juana la Larga. Ambos consiguen hacer fortuna gracias a su talento, optimismo y constancia.

Si el primero se encargaba de la práctica totalidad de las actividades públicas de Villalegre, Juana era “la más sabia cocinera y repostera del lugar”, y era también “su primera modista”. Matrona consumada “jamás se le había desgraciado ninguna criatura”.

Con todas estas habilidades y excelencias, Juana la Larga no podía menos de ser querida y estimada en Villalegre, consiguiendo que su severa y más alta sociedad *o high life* le hubiese perdonado un desliz o tropiezo que tuvo en sus mocedades. [21]

De este modo, hasta los pecados de amor, que son considerados como los más deshonorosos, (concretamente como “una gran desvergüenza entre las personas severas del lugar, que clamaban contra el escándalo y mal ejemplo”), y de los que más cuesta hablar a la sociedad bienpensante -aunque no a la

maldiciente-, pueden ser redimidos por la abundancia y calidad de las obras de toda una vida.

De todos modos, al iniciar el capítulo IV, el narrador hace alusión a los contratiempos que se derivaron para Juana la Larga de no haber descubierto y exhibido todas estas cualidades a tiempo, es decir, en su más tierna juventud: “...como entonces era muy pobre y no había descubierto ni mostrado sus grandes habilidades, no encontró, a pesar de su mérito, novio que le acomodase y tuvo que permanecer soltera”. [25]

Intrínsecamente están aquí explicitadas las sensatas razones que se esgrimían en la época, para que las doncellas encontraran acomodo familiar o doméstico, antes de verse acosadas por los más diversos peligros inherentes a su vulnerable condición de seres débiles y desvalidos.

Estas razones podían ser expuestas, atendiendo a los más legítimos o depravados propósitos, según las intenciones de su emisor. Por ejemplo, los más bajos fines guiarán a Rafaela, cuando trate de convencer a Juanita para que se convierta en la amante de don Andrés Rubio:

-Ay, niña, qué pena me da de verte tan afanada trabajando siempre! Tu madre también trabaja mucho. ¿Y qué ganan ustedes con esto? Muy poco. El trabajo de las mujeres está muy mal pagado. Es casi imposible el ahorro. Lo comido por lo servido. Vienen las enfermedades y la vejez y traen consigo la miseria. Entonces solemos arrepentirnos de no haber sabido aprovechar la juventud y de haber desperdiciado las buenas ocasiones. [72]

Ante semejantes invectivas, el orgullo de la joven no puede por menos que sentirse espoleado, al encontrarse sometida, por la humildad –y aun bajeza- de sus orígenes, a las humillaciones de las criaturas moralmente más envilecidas.

Aquella noche estuvo Juanita inquieta y desvelada. Su orgullo, en su sentir humillado, le hería el corazón y no la dejaba dormir. ¿Con que no podría ella, por sí misma y libre, hacerse respetar?

¿Sería menester acudir a don Paco para que la defendiera comprometiéndose? ¿Tendría razón doña Inés en aconsejarle que fuese monja?

¿Eran tan viles sus antecedentes que no podría ella ser estimada y acatada sino bajo la protección y tutela de un hombre generoso que le tendiese la mano y la sacase del fango en que al parecer había vivido? [74]

Según quedará demostrado más adelante, Juanita acertará a desmontar la generalidad de este tópico, al manifestarse ante sus adversarios como la más aguerrida Amazonas.

Sin embargo, a Juanita, al igual que a toda mujer de la Restauración, no le queda más remedio que vivir temerosa o cuitada por la preservación de su honra a todas horas, sobre todo, hasta que no encuentre un fiel y amante esposo que vele por ella.

Mientras tanto, tendrá que buscar en los preceptos y enseñanzas de la religión “inspiración y consuelo”, para arrostrar los embates de sus enemigos.

Dos años antes de los acontecimientos descritos, Juanita, a los diecisiete de edad, aún estaba exenta de las contiendas amorosas:

“La misma libertad en que se había criado, y el constante ejercicio corporal, ya en útiles faenas, ya en juegos más de muchacho que de niña, habían hecho que Juanita, aunque no tenía la santa ignorancia, ni había vivido con el recogimiento que recomiendan y procuran otras madres celosas, no había pensado todavía en cosas de amor.

Era buscada, requebrada y solicitada por no pocos mozos, pero, brava y arisca, sabía despedir huéspedes, imponer respeto y tener a raya a los más atrevidos”. [76]

Por otra parte, la pulcritud moral de don Paco queda fuera de toda duda, debido a un argumento irrefutable: el estrecho seguimiento que es usual en los pueblos sobre las personas de alguna relevancia.

... en aquel lugar apenas había persona, y menos aún si era de tanta importancia y viso como don Paco, que pudiera hacer o decir cosa alguna que no se supiese. Hasta los mismos pensamientos se adivinaban allí, se divulgaban y se comentaban, como el pensador no pensase con mucho disimulo y muy para dentro.

Debemos, pues, creer que don Paco no había tenido amoríos, a no ser muy efímeros y livianos, y que ni siquiera, durante su larga viudez, había pensado en semejante cosa. [98]

De este modo, Valera sublima o saca lustre al tópico literario del viejo y la niña:

... casi sin reparar en ello y muy involuntariamente [...] sus ojos se fijaban con morosa deleitación en Juanita la Larga, que aún solía venir a llenar su cántaro y a estar allí de charla con las otras muchachas mientras que le llegaba su turno.

Si recordamos, también el Comendador Mendoza miraba a Lucía, primero con curiosidad, por parecerle diferente a las demás bellezas del lugar, y después con admiración, a pesar de que pocas cosas se la causaban ya, debido a su carácter jocosos y a la larga e intensa vida que había disfrutado.

Además el autodomínio es posible y deseable para los héroes valerianos, aun en las grandes pasiones, y a ciertas edades.

Fue memorable, verbi gracia, el del Comendador Mendoza, el del padre Enrique y don Luis de Vargas, el del Condesito e Inés... a pesar de los pocos años de los dos últimos...

Así, aunque don Paco había empezado a sentir hacia Juanita viva inclinación, que era difícil de dominar, “se le pasó bastante tiempo sin dar muestra exterior de que la sentía, anhelando acaso ocultársela a sí mismo por razones que él se daba”. [105]

Pero las razones de don Paco son de índole eminentemente práctica, frente a las melancólicas disquisiciones que hacían vacilar al Comendador, tan impropias de su carácter:

La idea de casamiento aterrorizaba a don Paco, y no porque en absoluto le repugnase el estar casado, sino porque su hija, la señora doña Inés, le inspiraba un entrañable cariño, mezclado de terror, y porque ella era tan imperiosa como brava, y sin duda se pondría hecha una furia del Averno si su padre le diese madrastra, sobre todo de tan ruin posición, y si a los siete nietos que ella le había dado, y a los que calculaba que podrían venir todavía, persistiendo ella en su actividad productora, quitase él la esperanza de heredar el majuelo, el olivar y la casa, y de gozar, en vida suya, de no poco de lo que él fuese granjeando con sus variadas artes.

El padre Anselmo la tenía por una santa, y por una doctora, y cuanto ella decía era para él, sin poderlo remediar, un legítimo corolario de los Evangelios y de las Epístolas.

El padre Anselmo sería capaz de excomulgar a quien ella le mandase. Y en lo tocante al brazo secular, era evidentísimo que doña Inés le tenía sujeto a sus caprichos y que aplastaría con todo su peso a quien ella quisiese. [137]

(El lector no puede dejar de observar que las heroínas llamadas Inés de don Juan Valera no tienen nada de inocentes desvalidas. Pues, como dejamos apuntado, no fue pequeña la sorpresa que a todos causó la maña con que Inesita conquistó al Conde de Alhedín. Al fin y al cabo, tal vez sea Valera uno de esos románticos trasnochados o decepcionados, que se burlan de sí mismos).

Don Paco, como don Braulio y don Valentín “era dulce, pacífico y algo débil de carácter”. Por lo que su amor por Juanita lo somete a una continua lucha entre “su voluntad razonable y su inclinación”, como jocosamente nos refiere Valera:

Aquel día don Paco había estado haciendo esfuerzos, o como si dijéramos, gimnasia con su voluntad para no ir a la tertulia y ver a Juanita. La lucha entre su voluntad razonable y su inclinación había durado bastante. Al fin, la voluntad sometida llevó, aunque tarde, a la tertulia de los poyetes a toda la persona de don Paco. [129]

En el diálogo que seguidamente entablan don Paco y Juanita se dejan entrever algunos aspectos característicos de la narrativa valeriana, y, en concreto, ciertas concomitancias expresas con la *Sotileza* perediana, como la irresistible –para don Paco inexplicable- atracción de ella por la rústica belleza de Antoñuelo; la debilidad del señorito o del hombre refinado –en este caso don Paco- para vencer los prejuicios de clase –de su hija-; el admirable despejo y valor de la lugareña...

Tras él empezarán las cavilaciones y los cálculos de amor por parte de don Paco, no exentos de razonamientos pícaros y vulgares, en el mismo tono en que se había desenvuelto el diálogo con Juanita.

Si los argumentos puestos en boca de la joven resultan extraños en una lugareña, no menos llamativo es el giro que han tomado los inicios de las relaciones amorosas descritas por Valera.

En cierto sentido se diría que se ha reforzado su aquiescencia con la llana observación y expresión de los hechos que propugna el realismo estético.

Desde luego, el idilio amoroso ya no se encuentra en el discurso afanado y purísimo de los amantes, sino que, por momentos, queda relegado exclusivamente a la belleza del paisaje y a las habilidades y detalles culinarios, o de cualquier otro género, con que se obsequian los enamorados.

Después de las muestras de afecto de don Paco, describe el narrador la reacción de Juana la Larga, la futura suegra:

Juana la Larga, que era muy golosa y muy aficionada a que la obsequiasen, aceptó el presente con gratitud y complacencia, pero como no era larga solamente de cuerpo, sino que lo era también de previsión, y si vale decirlo así, de olfato mental, al punto olió y caló las intenciones que don Paco traía y sobre las cuales había ya sospechado algo. [174]

(El secretario del ayuntamiento se enfrenta con una futura suegra experta en negocios de amor).

En aquel tiempo, hacer un casamiento ventajoso era un negocio para toda la vida. Juanita La Larga cuenta con el apoyo de su amantísima madre, quien, según hemos referido, no supo jugar bien sus cartas; no sabemos si por caprichos del destino o por no tener quien la instruyera.

Por eso discurre el pensamiento de Juana, a través del estilo indirecto libre, con una sinceridad tan contundente como implacable:

... si Juanita acertaba a ser rígida sin disgustar y ahuyentar al pretendiente, pero sin otorgarle tampoco el menor favor de importancia antes de que el cura diese en la iglesia el pasaporte para los favores, convirtiéndolos en actos de deber y cargas de justicia, harto posible era que don Paco se emberrenchinase hasta tal punto, que entrase por el aro rompiendo todo el tejido de dificultades que al aro pusiesen doña Inés y otras personas, y

elevando a Juanita a ser legítimamente la señora del personaje más importante del lugar, después de don Andrés Rubio, el cacique. [176]

De modo que la vanidad, la avaricia, el interés, el materialismo... a fin de cuentas, y el enardecimiento de los más primarios instintos, propician, presiden o gobiernan las relaciones entre don Paco y Juanita, bajo los auspicios de Juana, en esta fase inicial de su noviazgo.

Incluso las descripciones se cargan de claras alusiones referentes al tipo de interés que mueve a cada uno de los implicados.

Sirva la siguiente cita para abordar, también, el modo, más o menos verosímil, que tiene el narrador de sortear los escollos que se derivarían de sus argumentos. Pues el lector no podía dejar de plantearse cómo era posible preservar la buena fama de Juanita, dando pábulo a las tertulias nocturnas en casa de Juana la Larga:

... la gente murmuradora lo explicó todo suponiendo que Antoñuelo era novio de Juanita y que don Paco tenía o trataba de tener relaciones amorosas con la madre, la cual, a pesar de sus cuarenta y cinco años y de los muchos trabajos y disgustos que había pasado en esta vida, apenas tenía canas, y estaba ágil, esbelta, y aunque de pocas, de bien puestas, frescas, apretadas y al parecer jugosas carnes. [182]

La función de Antoñuelo en estas tertulias es la del tercero en discordia, que enardece los ánimos del pretendiente, es decir, la misma que desempeñó Tomasuelo con respecto a los amores de Nicolasa con don Casimiro, en *El Comendador Mendoza*.

Los celos de don Paco no se hacen esperar, trocando la lógica de su discurso en incoherentes exigencias, lo que le haría insinuar que, “aunque todo fuese moral e inocentísimo, convenía, a fin de evitar el qué dirán, no recibir a Antoñuelo con tanta frecuencia”. Que las críticas fueran motivadas por sus

visitas diarias a la tertulia de las Juanas, parecía no importarle tanto. Incluso, en ese caso, casi le hubiera halagado que hicieran suposiciones.

Lo realmente asombroso (sobre todo si tenemos en cuenta la posterior confesión de Juanita de que “aún no le ama de amor”) es que, a pesar de ser tan aparentemente indómita y bravía, Juanita ceda a la petición de don Paco, no sabemos con qué grado de sacrificio.

Viendo don Paco que se atendía a sus consejos, se atrevió a aventurar una nueva petición: que dejara de ir por agua a la fuente.

El lector sí está informado de lo que puede suponer esta nueva renuncia para el indómito espíritu de Juanita. Instigada por el afectuoso consejo de su madre y de don Paco, Juanita dejará de ir a al fuente.

Pues bien, frente a todas estas muestras de noble obediencia, Valera sitúa el retrato de doña Inés López de Roldán, ya en el capítulo XI de su novela.

Al describirla como una mujer engreída, de gustos opuestos a los del lector de novelas, fomenta la antipatía por esta dama distinguida y aristocrática, que carece, no obstante, de verdadera cultura (con lo que el buen juicio del párroco don Anselmo, quien la considera sabia amén de santa, no queda muy bien parado).

Pero también carece de honor y dignidad personales, debido a las relaciones extramatrimoniales de su respetable marido: jugador, pendenciero y dilapidador de fortunas.

Sobre doña Inés afirmará el narrador:

Rara vez perdía su tiempo en leer novelas, condenándolas por insípidas o inmorales y libidinosas. De la poesía no era muy partidaria tampoco, y sin plagiar a Platón, porque no sabía que Platón lo hubiese preceptuado, desterraba de su casa y familia a casi todos los poetas, como corruptores de las buenas costumbres y enemigos de la verdadera religión y de la paz que debe reinar en las bien concertadas repúblicas; pero en cambio doña Inés leía historia de España y de otros países, y sobre todo muchos libros de devoción.

El cura la admiraba tanto, al oírla hablar de teología, que mentalmente adornaba sus espaldas con la muceta y su cabeza con el bonete y la borla. [203]

La apostura del nuevo aristócrata tampoco encaja en los gustos de don Juan Valera. Tan poco afecto manifiesta por los inadaptados sociales (don Faustino); como por los "gurruminos" (don Valentín, el marido de doña Rosita...); los caballeros de poco mérito (don Casimiro) o los personajes que se pasan de listos (doña Constanza, Inesita -la amante del Condesito-)...

Con más lógica complacencia describe a los hombres y mujeres capaces de luchar contra los efectos de los extravíos o adversidades que hayan hecho asiento en su vida, sobreponiéndose a ellos y consiguiendo hacerse de querer y de respetar, a través de una ardua maduración de su valía, y del cultivo de sus habilidades y virtudes. En este sentido, no se puede defender que don Juan Valera (al igual que don Benito Pérez Galdós) tenga más pretensiones aristocráticas que las del espíritu.

Por arte de esta magia del amor de Valera hacia este tipo de personajes hechos a sí mismos, se nos presentarán agradables a la vista y al entendimiento, así como afortunados en amores, aquellos que hayan sido capaces de aprender de sus errores. Entre ellos:

1. El Comendador Mendoza, quien legitima su título con la enmienda de su irresponsabilidad paternal hacia Clarita, mediante lo que consigue, además, el acercamiento y posterior cariño de su sobrina Lucía.

2. Pepita Jiménez tampoco es descrita con particular encono, a pesar de ser, en parte, afectada o hipócritamente aficionada a la lectura de libros piadosos y de historia –al igual que doña Inés-.

Hay que tener en cuenta que ésta afronta el reto que la vida le impone para salir de su miseria, casándose con un viejecito tan avaro como achacoso.

Después consigue desbaratar los argumentos del instruido seminarista para conseguir su mano, recurriendo, para ello, a todas las estrategias que pudo idear y estaban a su alcance. Y, si la entrega amorosa de Pepita Jiménez, no constituye un acto de sublimidad como al que don Luis de Vargas aspiraba, sí que resulta bastante efectiva en lo que a la conquista de los deseos de ambos se refiere.

3. Juana la Larga, a pesar de la avaricia y el cálculo con que organiza su vida, es presentada como una trabajadora de múltiples y apreciadas habilidades de cocina, alta costura y obstetricia, sin más maestro que las necesidades propias de una madre soltera de la época. ...

De todo lo cual se desprende que un desarrollo personal satisfactorio es la mejor garantía que, en la opinión de Valera, hace aptos y merecedores a los seres humanos de las promesas de felicidad que el verdadero amor (con todas sus incertidumbres y contradicciones), ofrece a los luchadores.

Así, no es pequeña la batalla que se entabla entre don Paco y Juanita, a pesar de calificarse la niña a sí misma de “ignorante y cerril”.

Según le confiesa al pretendiente, ésta sería la causa de que pondere sobremanera la sabiduría de don Paco, y la merced que le hace con su trato y compañía.

Pero la supuesta inferioridad cognoscitiva de Juanita no exime al lector del disfrute de muy bien compuestos coloquios furtivos entre los recientes amigos, plagados de ironía y una doble intención perfectamente orientada a ganarse la voluntad de don Paco, a través de su desprendido desenfado.

(Aunque siempre le falte información al lector sobre el tono y los gestos que acompañan estas conversaciones, para poder juzgar, en justicia, su discreción y hermosura).

Citamos, ahora, algunos de los graciosos y bien compuestos argumentos que esgrime Juanita para aplacar los ánimos de su pretendiente:

-Podrán decir que usted no viene a rezar el rosario conmigo: podrán creer que yo interesadamente alboroto a usted y le levanto de cascos; y podrán censurar que pudiendo ser yo nietecita de usted tire a ser su novia y tal vez su amiga.

Con esta suposición me sacarán todos el pellejo a túrdigas; y si llega a oídos de su hija de usted, mi señora doña Inés López de Roldán y otras hierbas, que usted y yo estamos aquí pelando la pava, será capaz de venir, aunque se halla delicada y convaleciente, y nos pelará o nos desollará a ambos, ya que no envíe por aquí al señor cura acompañado del monaguillo, con el caldero y el hisopo del agua bendita, no para que nos case, sino para que nos rocíe y refresque con ella, sacándonos los demonios del cuerpo. [248]

La tenaz negativa de Juanita suscita en don Paco respuestas con gracejo e ingenio. Como la que le ensarta después de que ella haya ponderado y aceptado los beneficios de su trato e instrucción continuados:

“-Pero, traidora Juanita, tú me lisonjeas y me matas a la vez. Yo no quiero instruirte, sino enamorarte. No aspiro a ser tu libro, sino tu novio”. [287]

Por otro lado, el amor es caprichoso, y del mismo modo que aviva el ingenio puede malograrlo: en más de una ocasión, tras las rotundas y honradas razones de Juanita, don Paco tuvo que marcharse resignado y triste, sin acertar a responder a Juanita con ninguna frase bien concertada.

La vivencia del amor de don Paco también viene a confirmar algunas de las apreciaciones de Ibn Hazm: “Es el amor una dolencia rebelde, cuya medicina está en sí misma, si sabemos tratarla; pero es una dolencia deliciosa y un mal apetecible, al extremo de que quien se ve libre de él reniega de su salud y el que lo padece no quiere sanar”²⁰⁸.

La dulzura que inspiran las heridas de amor es un motivo recurrente en la poesía de los Siglos de Oro: el amante prefiere el sufrimiento que le causan las llagas de amor vivo, a olvidar a la amada, porque penar por ella es una forma de estar con ella, de recordarla vivamente en su corazón.

El poeta del Renacimiento y del Barroco considera la imposibilidad de ser correspondido mucho menos atroz y espantosa que la tiniebla y el hastío irrevocables que habitan en un corazón vacío.

Descrito de un modo un tanto más positivista, así percibe don Paco los dulces desdenes de Juanita:

Pensaba en sus dulces desdenes, recapacitaba sobre ellos, hacía doloroso examen de conciencia y miraba y cataba la herida de su corazón, como un enfermo contempla con amargo deleite la llaga o el cáncer que le lastima y en el que prevé la causa de su muerte. [254]

Además, según el tratadista muladí, el amor tiene la facultad de trastornar el carácter innato y la naturaleza congénita de los enamorados.

El talante de don Paco se trastoca con el amor de Juanita hasta el punto de que no se reconoce a sí mismo:

Toda la vida había sido don Paco el hombre más positivo y menos romántico que puede imaginarse. Aquel imprevisto sentimentalismo que se le

²⁰⁸ Op. cit., p. 110

había metido en las entrañas y se las abrasaba, le parecía tan ridículo, que, a par que le afectaba dolorosamente, le hacía reír, cuando estaba a solas, con risa descompuesta y que solía terminar en algo a modo de ataque de nervios. [300]

Si recordamos, lo mismo le ocurre al Comendador Mendoza, a quien la preocupación por el futuro de su hija y la duda sobre la posibilidad de inspirar algo más que filial afecto en su sobrina, lo sumen en un tétrico estado anímico, nada propio de su socarrona y muy positiva concepción del mundo.

El amor sume a estos galanes trasnochados en una dulce, aunque dolorosa, melancolía por haber aspirado a algo que nunca podía ser suyo, sin que la conciencia de ello les impida seguir amándolo. Porque, como afirmara la Lucrecia galdosiana, la razón poco o nada puede contra los afectos.

... no acertaba [don Paco] a sustraerse a la obsesión que Juanita le causaba de continuo, presente siempre a los perspicaces ojos de su espíritu, así en la vigilia como en el sueño. [293]

Otro componente de la tópica amorosa que plasma fielmente el narrador valeriano, a través de la figura de don Paco, es el del amor como magnífica obsesión. El espíritu del ser amado está presente en cada uno de los momentos de la vida del amante, ya sea en su pensamiento, en el desarrollo de sus actos o en el sueño; en la alegría, en el dolor o en la pena...

La presencia y la figura de lo amado invaden su existencia y si, por cualquier motivo, se ausentan, el amante rápidamente las convoca. La toma de posesión de otra existencia es una *conditio sine qua non* de la pasión amorosa.

La pregunta sería hasta qué punto se trata de un efecto irremediable que el amor causa en sus elegidos o de un acto voluntario de la conciencia o del

deseo, de la inteligencia o del espíritu, destinado a combatir los tormentos de una vida despojada de ilusiones.

Pero ya vimos que don Paco no era hosco, ni triste, sino que hacía gala de un espíritu inquieto y revoltoso. Y tal vez estribe ahí el empeño y la perseverancia amorosa de este personaje, que no desistió de acudir, por las noches, de tertulia a casa de ambas Juanas, a pesar de las dulces calabazas que había recibido de Juanita, en un principio, supuestamente, bajo el patrocinio de Juana la Larga.

Más tarde veremos que la autonomía con que deja, y procura, Juana la Larga que se desenvuelva la hija, a la hora de afrontar sus dilemas amorosos es total. Esto es algo poco esperable de una mujer que había marcado su vida por un desliz pasional que la convirtió en madre soltera.

Aunque, desde otra perspectiva, resulta perfectamente justificable si observamos el hecho de lo mucho que trabaja Juana para mantener su hacienda, y atendemos a su acerado talante liberal y osado.

Este tipo de ambigüedades en la personalidad de sus personajes es el rasgo característico de la novela psicológica valeriana, del que hablaremos más adelante.

Retomando el hilo de la situación en que hemos dejado a don Paco, habría que apuntar que, en otros amantes, el amor suele causar tan desiguales efectos que la más leve contrariedad o contratiempo sirve para herir irreparablemente el exacerbado orgullo, atentando también de muerte contra sus delicados sentimientos.

Esta actitud es algo propio de los caracteres irascibles y un tanto desequilibrados que tan bien compendia don José María de Pereda, en la figura de Juan de Prezanes, en *El sabor de la tierruca*.

El narrador valeriano, sin embargo, en consonancia con la saludable alegría y buen tono común en el ánimo de don Paco, observa y describe las cosas con la dulzura propia de un alma enamorada, sosegadamente enamorada,

y complacida, por la felicidad de sus personajes; manifestando asimilar y conservar algo del clásico talante epicúreo, entremezclado con el estoico, que compendian y destilan magistralmente algunos de sus personajes.

Dicho estado emocional se trasluce, entre otras muchas ocasiones, en la plácida sencillez, la complacencia y la dulce esperanza que transmiten numerosas descripciones de *Juanita la Larga*, pues son tres de las más deleitosas prendas con que Amor obsequia a sus elegidos:

Cuando aquella noche vino don Paco de tertulia le dieron la sorpresa de enseñarle la levita. Él casi se enojó y hasta se le saltaron las lágrimas de puro agradecido. En el patio mismo se probó la levita; le hicieron dar con ella cuatro o cinco paseos y ambas mujeres encontraron que con la levita estaba don Paco muy airoso... [302]

Pero no sólo se contagia (y transmite) don Juan Valera de las emociones que experimentan sus personajes, sino que también ahorra numerosas horas de trabajo a los comentaristas interesados por cuestiones relacionadas con la intertextualidad literaria.

Son muchas las referencias que contienen sus novelas sobre las fuentes literarias de inspiración o de evocación en sus propias obras, como la que elabora a propósito de la presentación en sociedad de *Juanita la Larga*, poniéndola en boca de un personaje instruido:

El asombro que causó su entrada en la iglesia bien se puede decir que durante tres o cuatro minutos turbó el orden y la tranquilidad que allí reinaban.

El maestro de escuela, hombre leído y que sabía de memoria el romancero, recordó a este propósito, hablando a la oreja a un concejal, el efecto que hizo entrada semejante, en la ermita de San Simón, de cierta niña sevillana, alborotando hasta a los monagos y a los sacristanes, quienes,

en vez de decir amén,

decían, amor, amor. [328]

La entrada triunfal de Juanita la Larga en la iglesia suscita la envidia en doña Inés, la reina destronada, y trastoca todos los cánones del orden social: honor, belleza, distinción, majestuosidad, esplendor y elegancia, no son patrimonio exclusivo de una determinada clase, sino de cualquier predilecto por la divinidad o la fortuna.

Es el mismo tema que está presente en *El abuelo*: el amor y la belleza del alma son lo que realmente colma de excelencia al ser humano, más allá de milenarios prejuicios o preceptos.

Por otro lado, de la misma manera que el amor es el agente que mueve el mundo, los autores decimonónicos finiseculares lo han constituido abiertamente en el motor que estructura, vertebra y da vida a sus novelas.

Fue, precisamente, su amor a la verdad de los hechos (incluidos los peligros del deleite que supone el amor propio satisfecho), lo que les llevó a proclamar a gritos esta única gran certeza, después de la que nos anuncia la llegada inexorable y palpable de la muerte. El honor, la duda, la pena, el terror... nada pueden contra la llama impertérrita del amor verdadero.

Estas grandes cuestiones palpitantes que rigen los destinos de los hombres están presentes en la novela de la Restauración, y el lector que se sienta urgido por la necesidad de conocer algo de su propia naturaleza y del mundo, se sentirá atraído por estos autores.

En sus discursos amorosos verá expuestas las razones del corazón y la noble independencia del pensamiento, frente a las mundanas razones del vulgo o de injustificados prejuicios inveterados.

Según la opinión generalizada del vulgo: “Juana la Larga fue declarada una lagartona de primera fuerza; Juanita, una moza extraviada que estaba ya pervirtiendo y corrompiendo las buenas costumbres; y don Paco, un viejo

chifladísimo, a quien hija y madre ponían en ridículo e iban a chupar cuanto poseía”. [340]

Por otro lado, Juanita, gracias a su virtud y sabiduría, es capaz de ejercer sobre Antoñuelo la influencia benéfica de la amada angelical.

El narrador lo explica del siguiente modo:

Todos o casi todos los hombres tienen sed, tienen necesidad de venerar y de adorar algo. El espiritual, el sabio, el discreto, comprende con facilidad y adora a una entidad metafísica: a Dios, a la virtud o a la ciencia.

Pero el rudo, que apenas sabe sino confusamente lo que es ciencia, lo que es virtud y lo que es Dios, consagra sin reflexionar ese afecto, en él casi instintivo, a un ídolo visible, corpóreo, de bulto. [326]

El fin de los amores platónicos suele acabar dejando un profundo sentimiento de fraude y desesperanza.

Tras reconocer el irremediable fracaso que había supuesto el cultivo de su amistad con don Paco y la aceptación de sus obsequios, Juanita, lejos de amilanarse, decide recuperar la honra perdida.

Pero la dificultad de la tarea emprendida supone un *lapsus* temporal sencillamente indicado por el narrador: Juanita se sigue cultivando arduamente, después de año y medio de penitencias; ahora en las relaciones sociales, tras haber alcanzado el dominio sobre sí misma.

Recordemos que, gracias a su tesón y esfuerzo personales, tanto Juanita como su madre consiguieron ser, en su tiempo, mujeres fuera de lo común: trabajadoras e independientes, alcanzando la excelencia en sus respectivas ocupaciones culinarias y de costura.

Esta nueva reforma moral representa, por tanto, un paso más en la escala de ascenso que aproxima a Juanita a la optimización de sus talentos, en lo que al juego de las relaciones sociales se refiere.

El tipo de contactos que establece con doña Inés la elevan, además, a la condición de persona paciente y sensata por antonomasia. Pero la rudeza y crueldad de la prueba hicieron que el robusto espíritu de nuestra heroína se tambaleara en más de una ocasión:

A cada momento sentía el conato de echarlo todo a rodar y de declarar a doña Inés que Dios no la llamaba por el camino por donde ella quería que fuese. Se contenía, no obstante a fin de no armar la de Dios es Cristo, de no perder en un minuto cuanto había conseguido trabajando más de un año y de no verse de nuevo en guerra con los poderes constituidos y con toda la población que respetaba y obedecía a dichos poderes. [378]

El primero de esos poderes es, claro está, don Andrés Rubio, el cacique local.

Tal era el cacique don Andrés Rubio, inclinado a admirar todo lo bello y candoroso. ¿Cómo, pues, no había de admirar también a Juanita, dejándose llevar de su irreflexiva admiración a modo de quien se desliza y cae sin sentir por un suave declive? [346]

A estas alturas de la novela, anula Valera, por completo, a don Paco, y rescata a un personaje, hasta el momento, anodino.

Don Andrés Rubio, denostado en la mente del atento lector, por ser considerado el supuesto amante de la insufrible doña Inés, se presenta, de improviso, como el mejor de los caciques posibles: culto, tolerante, finísimo, educado, no tan viejo como la mencionada inercia podía haber llevado a pensar...

Todo ello nos podría hacer pensar que, o don Juan Valera crea sus novelas de forma espontánea, según el estado anímico o de inspiración del día; o bien le gusta jugar con el lector, sometiéndolo a desconcertantes vueltas de tuerca, para acabar produciendo, en su imaginación, una especie de "nebulosa"; o, tal vez, el rumbo de sus novelas es tan imprevisto como el acaso que decide la mayor parte de las vidas de sus personajes.

Por otro lado, el lector no puede dejar de preguntarse para quién se cuida Juanita "por dentro", con tanto primor, después de la traumática ruptura con don Paco.

En el capítulo anterior, nos confesaba el narrador que don Andrés Rubio conservaba "una agradable impresión" de la ligereza con que se había lucido Juanita en la iglesia, hacía más de un año.

Se omite el dato que nos hubiera podido desvelar a quién miró ésta, en tan memorable ocasión, con mayor deleite.

Con posterioridad sabremos que don Andrés y la costurera casi se rozan, por los pasillos de doña Inés, instintivamente y con agrado. Lo que nos puede hacer pensar que se ha estado fraguando, en alas de la imaginación de ambos, un sonado romance.

El autor deja que los sentimientos más jugosos de sus personajes evolucionen en la más discreta intimidad; salvaguarda con tanto respeto sus secretos de amor, que parece que estuviera en manos de éstos el poder de decisión.

Así, el escrupuloso celo con que preservan su intimidad los discretos enamorados es respetado meticulosamente por Valera en el trato que da a sus personajes. Este caballeroso autor guarda sus secretos de corazón y de alcoba con refinado sigilo.

Puede ser esta la causa de que no asistamos al crecimiento del amor que siente el Comendador Mendoza por su sobrina Lucía; escasamente se nos deja entrever el nacimiento de su extraña curiosidad por ella ("extraña" por provenir

de un hombre que todo lo había visto y de nada se admiraba), y la final y poco apasionada, aunque emotiva, declaración de intenciones.

Tampoco está el lector presente en los amores entre el Condesito e Inés. En este caso se limita a quedarse boquiabierto con la postrera confesión de sus relaciones y el desenlace matrimonial, absolutamente imprevisto, y con el que éste puede “sentirse traicionado”, después de haber consumido la lectura de la novela en falsas especulaciones.

Como venimos observando, seguir las pistas que va dejando el autor no siempre es una garantía de acierto con las historias de Valera, porque el desarrollo y desenlace de las mismas suele resultar bastante sorprendente.

Juanita contestaba al saludo [de don Paco] con fingida indiferencia, pero a hurtadillas miraba a su antiguo pretendiente, y cada vez que le miraba le encontraba mejor.

El tinte de melancolía que se mostraba en su semblante le hacía parecer más digno y más hermoso. Juanita imaginaba, ufanándose, que el amor de él, aunque mal pagado, había ennoblecido y heroseado su alma y sus facciones, desterrando de ellas aquella vulgar expresión que solían tener antes, cuando él, exento de amor sublime y poco venturoso lucía su ingenio diciendo chuscadas a menudo chocarreras. [411]

¿A qué debe atenerse el lector, entonces? ¿Quiere Juanita a don Paco? ¿Coquetea con don Andrés? ¿Ambas cosas son compatibles?

Quizá el autor nos está hablando, continuamente, de lo volubles que son los sentimientos y lo extrañas que resultan las pasiones y reacciones de carácter amoroso, susceptibles de afectar tanto a hombres como a mujeres.

Por otra parte, Juanita era tan orgullosa, que por más que le doliese el recelo de que doña Agustina le quitase a don Paco, no quería, llamándole a sí,

acudir al punto a evitarlo y quedarse con la duda de que él, no llamado, hubiese podido ceder y entregarse a otro dueño. [415]

De lo que se deduce que la única satisfacción posible de amor para los espíritus orgullosos es la que nace íntegramente de la voluntad de quien es objeto de sus afectos. Cualquier insinuación contraria del amante es interpretada como una imperdonable tibieza de sentimientos por parte del otro.

En cualquier caso, los hechos indican que el enamoramiento de Juanita por don Paco no ha sido programado o interesado, sino que parece haber surgido después del desdén, y digo "parece", porque con don Juan Valera resulta difícil defender, con determinación, una hipótesis.

Lo que sí queda claro es que los miramientos de don Andrés y los de don Paco halagan la vanidad de Juanita. Pero quizá todo amor que merezca ser así llamado multiplica el concepto que el amado tiene de sí mismo.

Por eso enamorar constituye, también, un acto de amor propio. Hasta el punto de que, por momentos, parece que Juanita sólo desea poseer a don Paco, como dice el narrador, para ofrecerlo como holocausto a su vanidad.

A cada requiebro, a cada proposición que don Andrés le hacía Juanita contestaba con un chiste o con un tan incoherente disparate, que don Andrés, aunque mortificado y chafado, no podía tomarlo a mal y tenía que reírse. [415]

Juanita se ha convertido en una mujer listísima. La necesidad le ha hecho desarrollar por sí misma, y sin más ayuda que su buen juicio, el autodomínio, el ingenio, una aguda picardía y un excelente atractivo.

Soporta a la insoportable doña Inés con el fin de ganarse la voluntad de un galán que sea merecedor de sus encantos. Mientras ésta, con el afán de gobernarla y mortificarla, favorece que pueda realizar su propósito.

Juanita ha llegado a ser tan “hipócrita” como se prometió a sí misma para conseguir el beneplácito de los poderosos, de quienes deciden sobre la honra ajena o impiden su preservación, haciéndola incompatible con la supervivencia. De este modo, el arrogante caballero sucumbe a las calculadas artes de la fémina que se ha propuesto conquistar.

Vimos, en esta tesitura, a don Paco (que llegó a proponerle matrimonio a Juanita, aunque casi le agradeció que lo rechazara, por el bien de todos); así como al General que rivalizaba con don Faustino por conseguir los favores de Constanza, y cuyo segundo oficio reconocido por todos era el de “seductor de mujeres” de alta posición; al Condesito le ocurrió lo mismo con la taimada Inesita...

Fuerza es confesar, aunque no redunde en alabanza de Juanita, que ésta no desengañaba ni zapeaba a don Andrés por completo y que se deleitaba en retenerle y en provocarle con sus retrecherías. [471]

Se puede apreciar que el plantel de veleidades de este narrador no puede ser más ameno, ni más desconcertante: sigue jugando con el lector de la misma manera que hombres y mujeres lo hacen en sus relaciones, guiados de intereses y afectos varios.

Los lectores se percatan de los hechos *a posteriori*, al mismo tiempo que los descubren los personajes a quienes afectan de forma más directa, y sólo cuando ellos caen en la cuenta de lo ocurrido; cuando quienes actúan mal sufren las consecuencias de su errado comportamiento. Así siente el lector el arrepentimiento y la pena que sienten estos personajes tras sus irreversibles acciones, con lo que la lección o vivencia que pueden transmitir las historias de don Juan Valera resultan más impactantes.

Ya dijimos que Valera gusta de aquellos personajes que son capaces de sobreponerse a las circunstancias adversas y aprender de sus errores.

La misma importancia que da a la sabiduría de los curtidos protagonistas masculinos de sus novelas y a la de las avispadas jovencitas que saben ganarse

su corazón, es buena prueba del afán didáctico o autodidáctico (aunque convengamos con él que no se trate de un afán puramente docente), que a este autor le inspiraban las experiencias vitales y la lucha por la consecución de la mayor felicidad posible.

Las enseñanzas que se desprenden de sus escritos son de extremado buen gusto, no aluden ni comprometen directamente al lector; no se le imponen; ni le acusan ni amenazan con grandes males las trasgresiones de determinados preceptos.

Valera expone. El lector, si quiere o puede, saca conclusiones; de lo contrario, se queda con la diversión y el entretenimiento que le pueden procurar sus historias.

El lector permanece envuelto, en su discurso, por medio de una dulce e irresistible atracción. Le enamora una poderosísima sensación de libertad, apenas definible. Don Juan Valera despliega su discurso amoroso desde la serenidad que aporta el paso de los años en un espíritu cultivado, tolerante y sobrio.

Valera emplea el poder de la palabra para enseñar, convencer y seducir. En ocasiones, lo que don Juan quiere sugerir, sus personajes lo expresan con franca crudeza.

-¿Y qué decoro es ese al que me recomiendas que no falte? ¿Quién reconoce ese decoro en la mal nacida como yo, en la hija de una mujer que lava mondongos y hace morcillas para ganar su sustento? Todos me menosprecian, me tratan mal y piensan peor de mí. Hasta ahora lo he sufrido, pero ya se me agotó el sufrimiento... [447]

El distanciamiento del narrador (fruto de su fina ironía y las frescas pinceladas de humor con que nos deleita), así como la continua crítica, implícita en la descripción del voluble (y a veces incomprensible)

comportamiento de los personajes, nos hacen olvidar, por momentos, su sufrimiento, y contemplarlos también desde la distancia.

Es la desencantada risa que, según Valera, provocan las confusas penas de amor. Valera observa, indulgente y comprensivo, la debilidad humana, por la que parece sentir jocosa conmiseración. Los miserables pensamientos que hace nacer en el hombre el ineludible instinto de supervivencia, son retratados por Valera con toda su amarga ridiculez.

La personalidad de sus personajes a menudo es tan realista y verosímil que desagrada, por el contraste que establece, por ejemplo, con la estilización que caracteriza, generalmente, el lenguaje de otros muchos, que es el fiel reflejo de sus admirables virtudes.

Pero, aunque Valera la describa con comicidad, no puede dejar de emocionarnos la tragedia que, para el ser humano, supone su irrenunciable parcela de miseria.

Era, sin embargo, muy duro matarse sin gana, y sólo para que la gente tome a uno en serio, le compadezca y no le embrome. [397]

La vergüenza del qué dirán conduce, en ocasiones, a sus personajes a hacer cosas que no desean, a sancionar reacciones que, de otro modo, les parecerían de lo más natural.

En resolución, don Paco vino a creer que la aparición tardía de lo ideal, casi muerta ya su juventud, y el nacimiento póstumo de aspiraciones que sólo por ella deben ser fomentadas, era lo que le traía tan desatinado, tan infeliz y tan loco. [401]

En medio de este *maremagnum* de sentimientos desatados, el tono del narrador se presenta imperturbable, de una armonía y perfección asombrosas.

Asimismo, el gusto de don Juan Valera por "el candoroso hechizo de la rudeza campesina", explica su predilección por las heroínas provincianas para enamorar a los caballeros más distinguidos de sus novelas y, por tanto, de la época.

Toda aspiración suya había sido hasta entonces modesta, prosaica y pacíficamente asequible; pero Juanita había venido en mal hora a turbar su calma y a aguijonear su fantasía para que remontase el vuelo a muy altas regiones, donde, si bien había más luz, había también tempestades que su alma pacífica y sólo acostumbrada al sosiego apenas podía sufrir. [417]

Pero, en detrimento de la satisfacción de sus deseos, en este personaje, amor y respeto van íntimamente unidos. Don Paco supo respetar el rechazo de Juanita durante más de un año.

A pesar de la franqueza y el desenfado con que la requebró en su primer "encontronazo" a solas y de la insistencia con que porfió para que ambos se hicieran confidencias en voz baja en la tertulia de Juana la Larga, nunca abusó de la confianza de sus amigas. Las visitas y regalos que de él recibieron siempre fueron a la luz del día. Y, finalmente, su fidelidad fue recompensada.

-El compromiso -exclamó Juanita enojada- no es ni absurdo ni repentino. Hace ya cerca de dos años que él me ama de amor; que me respeta cuando todos me desdeñaban; que me trata como a una señora y como a una santa cuando todos me juzgaban una perdida; que no ha sentido vergüenza ni ha vacilado en ofrecerme su mano y en darme su nombre; que aun viéndose desdeñado por mí, ha seguido amándome y que me ha celado, y, creyéndome pocos días ha prendada de otro hombre o harto liviana para concederle favores, ha faltado poco para que se muera de pena.

¿Qué hay, pues, de absurdo ni de repentino en este compromiso? Yo le quiero y sería la más ingrata de las mujeres si no le quisiese. Yo le amo desde

hace tiempo aunque hasta ayer no se lo he declarado y no le he dicho que soy suya.

Suya soy ahora, y lo seré siempre, y sería yo muy vil si sólo con el pensamiento y si sólo por un leve instante quebrantase la fe que le tengo prometida. [435]

Pepita Jiménez (1874)

Otras mil cosas, y todas de amor, contemplé allí [bosque de Lesbos] con tanto pasmo, que me entró deseo de ponerlas por escrito; y habiendo buscado a alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatro libros, que consagro al Amor, a las Ninfas y a Pan, esperando que mi trabajo ha de ser grato a todos los hombres, porque sanará al enfermo, mitigará las penas del triste, recordará de amor al que ya amó y enseñará el amor al que no ha amado nunca; pues nadie se libertó hasta ahora de amar, ni ha de libertarse en lo futuro, mientras hubiere beldad y ojos que la miren.

Dafnis y Cloe²⁰⁹

²⁰⁹ Como es sabido, la fábula de Longo fue traducida por don Juan Valera, quien, en el prólogo, afirmará lo siguiente:

“*Dafnis y Cloe*, más bien que de novela bucólica, puede calificarse de novela campesina, de novela idílica o de idilio en prosa; y en este sentido, lejos de pasar de moda, da la moda y sirve de modelo aún, *mutatis mutandi*, no sólo a *Pablo y Virginia*, sino a muchas preciosas novelas de Jorge Sand, y hasta a una que compuso en español, pocos años ha, cierto amigo mío, con el título de *Pepita Jiménez*”.

LONGO, *Dafnis y Cloe*, Edición digital a partir de Obras de D. Juan Valera, *Cuentos, diálogos y fantasías*, Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, 1887, vol. II, pp. 365- 522. Ejemp. de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla.

La publicación de *Pepita Jiménez*, según su compilador y editor, responde al propósito del mismo de aliarse con el destino o con “los milagros que obra el destino para conseguir la inmortalidad de las grandes historias de amor”. [5]

Nos refiere, por tanto, que se trata de la transcripción de “verdaderas cartas” que destacan por la “natural sencillez de su estilo”.

En la breve presentación del testimonio que nos muestra, también se aventura a describir a don Luis de Vargas del modo que sigue:

Las cartas que la primera parte contiene parecen escritas por *un joven de pocos años, con algún conocimiento teórico, pero con ninguna práctica de las cosas del mundo*, educado al lado del señor Deán, su tío, y en el Seminario, y con gran fervor religioso y empeño decidido de ser sacerdote. [7]

Es la inexperiencia y el desconocimiento sobre “las cosas del mundo” lo que marcará los pasos de la vida sentimental del joven seminarista.

En la primera carta de éste al Deán, su “querido tío y venerado maestro”, le describe la tierra natal a la que ha regresado, tras muchos años de internamiento en el Seminario, como un idílico *locus amoenus*. Pero, además de la belleza del paisaje, el joven disfruta de las comodidades de la hacienda de su padre, la que califica como “una gran casa de un rico labrador”. La inocencia y la sencillez de sus observaciones hacen comprensible que todos le llamen Luisito o “el niño de don Pedro”.

En un inocente estilo confesional, le declara a su tío que su padre es “el cacique del lugar”. Con lo cual ya disponemos de los elementos fundamentales y del escenario en que se vertebrará el relato sentimental de la novela: la vivencia de un amor primaveral, en un marco idílico, que compagina la belleza natural con el poder y la riqueza que ostentan los caciques de provincias.

A todo esto se suma la opulencia sensual y sensorial que se respira en los ambientes valerianos: las exquisiteces culinarias con que “tratan de cebar” al enclenque estudiante; los resplandores de “la famosa Pepita Jiménez”, a quien su padre pretende, así como las sonadas conquistas amorosas de don Pedro Vargas, hombre maduro y robusto que, en palabras de su hijo, “tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de *don Juan Tenorio*”.

Desde un primer momento, Luis duda de la rectitud moral de Pepita: “Por lo que de ella se cuenta, no acierto a decidir si es buena o mala moralmente; pero sí que es de gran despejo natural” [14]. Poco después justifica el matrimonio de Pepita con su tío don Gumersindo de la siguiente manera: “Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella a cumplir los diez y seis. Él era poderoso; ella pobre y desvalida” [16]. Con lo cual no sólo rompe una lanza a su favor, sino que también pone en duda la legitimidad del matrimonio por la no consumación, en cuerpo y alma, del dudoso amor conyugal.

Pero, a pesar de las numerosas y variadas explicaciones y análisis psicológicos que don Luis de Vargas procura aducir, a lo largo de todo el relato, el joven mancebo no puede dejar de vislumbrar y de expresar, más o menos soterradamente, la condición moral de Pepita.

Al igual que la inmensa mayoría de los personajes femeninos valerianos, los grandes distintivos de la personalidad de Pepita son el orgullo desmedido y la soberbia, o, lo que es lo mismo, la carencia de una verdadera resignación cristiana para asumir sus errores:

Pepita lleva aún luto de viuda. Su compostura, su vivir retirado y su melancolía son tales, que cualquiera pensaría que llora la muerte del marido como si hubiera sido un hermoso mancebo.

Tal vez alguien presume o sospecha que la soberbia de Pepita y el conocimiento cierto que tiene hoy de los poco poéticos medios con que se ha hecho rica, traen su conciencia alterada y más que escrupulosa; y que, avergonzada a sus propios ojos y a los de los hombres, busca en la austeridad y en el retiro el consuelo y reparo a la herida de su corazón. [23]

De todo lo cual se deduce que otros aspectos que la equipararían, sin lugar a dudas, a la figura de doña Luz son el modo y las causas que la llevan a eludir cortésmente los requerimientos amorosos de los jóvenes pretendientes de las poblaciones vecinas.

Si Pepita Jiménez es presentada por el seminarista como un producto de sus malhadadas circunstancias, él mismo se congratula ante su tío de ser un producto de la excelente educación recibida en el seminario, que, sin duda, difiere sobremanera de la que hubiera recibido a través del ejemplo de vida de su padre, ya mencionado.

Todas las aspiraciones e ideales de Luis son fruto del amor y el esmero con que le han sido inculcadas las creencias religiosas:

El poder de mi fe, la constancia de que me siento capaz, todo, después del favor y de la gracia de Dios, se lo debo a la atinada educación, a la santa enseñanza y al buen ejemplo de usted, mi querido tío. [42]

Sin embargo, el amor, la lealtad y la gratitud que siente hacia su tío le llevan a confesarle sus más íntimos escrúpulos de conciencia:

... yo me pregunto a veces: este propósito mío, ¿tendrá por fundamento, en parte al menos, el carácter de mis relaciones con mi padre? En el fondo de mi corazón, ¿he sabido perdonarle su conducta con mi pobre madre, víctima de sus liviandades?

[...] mi propósito de ser clérigo o fraile, de no aceptar, o de aceptar sólo una pequeña parte de los cuantiosos bienes que han de tocarme por herencia, y de los cuales puedo disfrutar ya en vida de mi padre, ¿proviene sólo de mi menosprecio de las cosas del mundo, de una verdadera vocación a la vida religiosa, o proviene también de orgullo, de rencor escondido, de queja,

de algo que hay en mí que no perdona lo que mi madre perdonó con generosidad sublime? [74]

Valera nos da, por tanto, la clave de interpretación de esta novela psicológica desde el principio. El desenlace sería el resultado de un determinado desarrollo de los acontecimientos que tiene, como punto de partida, la conformación emotiva que han adquirido los temperamentos de sus protagonistas.

Éstos, a su vez, responderían al modo en que cada uno de ellos ha procurado superar o sublimar “las quejas” hacia los seres, los hechos o las culpas, involucrados en su particular devenir biográfico.

En Luis se aprecia una clara tendencia a la idealización (enamoramiento “de oídas”), a la escrupulosidad de conciencia y al escapismo (desea ir de misionero al remoto Oriente), que van preparando el terreno y disponiendo el ánimo del lector a favor de las argumentaciones valerianas.

Todas estas características hacen de Luis de Vargas un enamorado potencial: un ser incomprendido e inadaptado a su entorno social; con más elevadas aspiraciones, y deseoso de cambiar el mundo o, al menos, de hacer habitable la parcela de él que no tiene más remedio que ocupar.

Tres días después de conocer a Pepita surgió el hastío en la vida de Luis, lo cual se manifiesta claramente en carta fechada el 28 de marzo. En ella expresa a su tío el insoportable fastidio y el aborrecimiento que le produce lo vulgar y lo grosero. Conocer a Pepita lo ha hecho más consciente de su melancolía y de su tedio.

Pero, al mismo tiempo, es capaz de mostrarse muy crítico, y hasta cruel, en sus apreciaciones sobre Pepita, a quien ya presiente como una amenaza: “Al

ver todo esto no sé qué pensar; pero más a menudo me inclino a creer que la viuda se ama a sí misma sobre todo, y que para recreo y para efusión de este amor tiene los gatos, los canarios, las flores y al propio niño Jesús, que en el fondo de su alma tal vez no esté muy por encima de los canarios y de los gatos”. [63]

Luis comienza a tomar conciencia, por primera vez a sus veintidós años, del poder vivificante y rejuvenecedor del amor; pero no por propia experiencia, sino a través de la participación en los efectos que causa en su padre.

Simultáneamente, Luis se convierte en el guía espiritual de su futura madrastra, pues a él le consulta el Vicario sobre los problemas de conciencia que le plantea la joven viuda.

De modo que se van solapando los distintos afectos lícitos que puede sentir por la joven: amor filial (como hijo del pretendiente) y amor paternal (como guía indirecta de su alma).

Por otro lado, Luis no deja de verse imbuido en los hermosos escenarios naturales que deleitaron su infancia, de modo que la sensualidad y la contemplación extática, se funden en un canto de alabanza a Dios.

Al modo de los teólogos dieciochescos, Luis experimenta con gran intensidad cómo cada uno de los seres y elementos que constituyen el gran entramado del mundo, son un signo de la cosmogonía universal que nos une en armónica comunión. El problema radica en el progresivo predominio que va adquiriendo el goce sensual sobre el místico.

El seminarista presente que en cada pensamiento deleitoso, inspirado por la belleza de las cosas que le rodean, subyace el recuerdo del ser que le ha infundido una nueva forma de mirar la creación divina.

Luis describe, con absoluta precisión, los efectos de este amor incipiente y, hasta cierto punto, indeterminado:

Siento una dejadez, un quebranto, un abandono de la voluntad, una facilidad tan grande para las lágrimas, lloro tan fácilmente de ternura al ver una florecilla bonita o al contemplar el rayo misterioso, tenue y ligerísimo de una remota estrella, que casi tengo miedo. [93]

En cierto modo, se podrían aplicar al estado del joven las palabras que don Juan Valera empleara para describir los anhelos amorosos de *Dafnis y Cloe*, en el prólogo de su traducción:

Dafnis y Cloe, en completo estado de naturaleza, aunque sublimado e idealizado por el favor divino, pero por el favor divino de dioses poco severos, se aman antes de saber que se aman, son bellos e ignorantes, contemplan y comprenden su hermosura, y de esta contemplación y admiración nace un afecto bastante delicado para dos que viven casi vida selvática: él, sin colegio ni estudio de moral, y ella sin madre vigilante y cristiana, sin aya inglesa que la advierta lo que es *shocking*, y sin nada por el estilo.

Si el autor, dado ya el asunto, hubiera puesto en los amores de sus dos personajes algo de más sutil, etéreo y espiritual, hubiera sido completamente falso, tonto e insufrible.

No en vano, Luis, hijo ilegítimo reconocido, fue internado en el seminario por su padre, don Pedro Vargas, a los diez años de edad. En esta novela idílica de Valera asistimos, como vamos apuntando, al despertar amoroso de un joven cándido con agudo sentido crítico.

Paulatinamente, sus censuras hacia Pepita se irán matizando, mientras se produce una progresiva identificación del mismo con los sentimientos y actuaciones de la viuda.

Por ejemplo, criticará, para después alabar, la duda, las aprensiones y la defensa que despliega Pepita contra los efectos devastadores del amor pasional.

Pero, paradójicamente, Luis empieza a considerar que el lenguaje amoroso sólo es comprendido, en todas sus dimensiones, por aquellos que están enamorados.

Con el transcurso de los días, es testigo directo de cómo las palabras y las imágenes de amor penetran como puñales cargados de emoción en las almas de quienes aman, mientras que para el resto de los mortales son, más bien, manifestaciones ñoñas y ridículas de un pueril estado de congoja y turbación enajenantes y transitorias: “Una compasión loca, insana, me aqueja a veces”, le confiesa a su tío.

Las virtudes de Pepita adquirirán relevancia:

...está dotada de un espíritu inquieto e investigador, donde se ofrecen infinitas cuestiones y problemas que anhela dilucidar y resolver, presentándolos para ello al señor Vicario, a quien deja agradablemente confuso. [87]

Pero Luis, también desea ardientemente convertirse en un buen sacerdote, por tanto, la natural predisposición favorable hacia los encantos de “su futura madrastra” no puede por menos que oscilar continuamente.

En su obsesión, Luis llega a atribuir a encantamientos malévolos la influencia que el amor ejerce en su padre.

La ironía valeriana adquiere cuerpo cuando descubrimos, seguidamente, a Luis requebrando a la amada como perfecto trovador; precisamente con la intención de demostrarle a su tío, el Deán, lo lejos que está de amarla.

Pero la verdad es que Luis ya duda del amor sincero que parecía manifestarle su padre a la joven, y declara el deseo de compartir con ella los lances y aventuras de su próxima vida de misionero.

Luis disfraz de conveniencias y respetos humanos el amor contenido y silencioso que emana de su conciencia, huyendo de toda posibilidad remota de evidenciar algún rasgo de ridiculez que pueda ir en detrimento de la beldad de sus sentimientos.

El seminarista empieza a degustar los goces y contrastes que le ofrece la vida rústica que antaño le mortificaba.

Mira a su alrededor con complacencia, descubriendo que la rutina diaria se ha recubierto de un encanto perceptible en cualquier detalle, antes insignificante.

En *Pepita Jiménez*, dilucida Valera sobre las dos grandes caras del amor, representadas, respectivamente, en el discurso y en la vivencia de la pasión, tal y como es concebida y experimentada por Luis de Vargas:

1. “Pasiones de mujeres”, que comprenderían las características del amor humano.
2. “Pasiones de ángeles”, con los atributos y las gracias del amor divino.

Pero, a pesar de esta escisión aparentemente manierista, ambas formas de amor participarían de los aspectos positivos y negativos de la doble naturaleza del sentimiento amoroso.

Si la perfección del amor sobrenatural se alcanza sólo tras desaforadas luchas intestinales con los más angulosos recovecos del alma y del pensamiento, el más intenso de los amores interpersonales es fruto de una embriaguez del ánimo difícilmente comparable a cualquier otro estado de dicha.

El amor humano penetra suavemente y sin esfuerzo en la psique, ofreciendo una dulzura y una paz con el mundo, hasta ese momento, insospechadas.

No es de extrañar, entonces, que estos eremíticos religiosos de Juan Valera se mientan a sí mismos atrocemente, antes de verse obligados a renunciar a las oscuras promesas de felicidad que en ellos inspiran estos ángeles pastoriles que la vida les pone en su camino.

Su religión les inculca que sólo por caminos de aspereza se puede llegar hasta las estrellas. Pero la candidez que es capaz de preservar el ser humano, según sus distintas posibilidades y capacidades, les invita a soñar con una morada espiritual, en la que la sublime belleza no nazca del terror ni de la pena, de la superación de "ilegítimas debilidades", o del tormento de los respectivos remordimientos; sino de una suave y connatural inercia vital.

Aunque no por esto se deba obviar la belleza sobrenatural del sentimiento religioso vivido en pureza, para cuya conquista se requeriría, en palabras del seminarista, de las siguientes virtudes:

1. Una energía verdaderamente varonil.
2. Una inteligencia briosa.
3. Un carácter firme y decidido, que logre conocer, por iluminación sobrenatural, la gracia divina.

En contrapartida, el amor humano vendría representado por “esa languidez, ese quebranto de la voluntad, esa ternura enfermiza, [que] nada tienen que hacer con la caridad, con la devoción y con el amor divino. Aquello es atributo de menos que mujeres; éstas son pasiones, si pasiones pueden llamarse, de más que hombres, de ángeles”. [93]

Sin embargo, no es ese el modo en que, paradójicamente, las heroínas valerianas manifiestan su pasión.

Tanto Pepita Jiménez como doña Luz montan caballos muy vivos y fogosos, vestidas de amazonas y manejando al equino “con destreza y primor notables” –lo que conturba sobremanera a sus imposibles amantes-.

Esta habilidad de las heroínas de Valera impresionó y compungió notablemente, tanto a Luis de Vargas como al padre Enrique, quienes instaron a sus amadas hijas espirituales a preservar su decoro absteniéndose de dar tales muestras de desenfadada gallardía y libertad en sus ejercicios.

Más propios de la virilidad masculina son, por tanto, los ángeles devotos y las mulitas de paso manso; para las mujeres queda el sentimiento amoroso y la osadía de la experta amazona.

Muy a propósito se percibe la observación que hace Luisito Vargas acerca de su postura: “Al punto se me antojó que Pepita me miraba compasiva, al ver la facha lastimosa que sobre la mula debía yo de tener”. [98]

Esta exuberante visión de la joven invita a Luis a “fantasear y soñar”, así como “admirar a mis solas la belleza del terreno que recorriamos” [129]. Ya empieza, por tanto, a ejercer las actividades propias de un enamorado.

La belleza y el amor se acrecientan con la pureza del escenario. Y esto es algo que también confesará a su tío: “En aquellos sitios agrestes se me apareció más hermosa”. Nada más lejos que los consejos ascéticos, pensados para combatir el pecado de adorar la hermosura que rodea al futuro clérigo: “La cautela que recomiendan los ascetas de pensar en ella afeada por los años y por las enfermedades; de figurármela muerta, llena de hedor y podredumbre, y cubierta de gusanos, vino, a pesar mío, a mi imaginación; y digo *a pesar mío*, porque no entiendo que tan terrible cautela fuese indispensable”. [145]

Pero, quizá, esta exacerbada preservación de la pureza de sus sentimientos constituya el caldo de cultivo más eficaz para que se desarrolle en su espíritu el tierno amor que llega a sentir por Pepita Jiménez.

El mismo Luisito confiesa la naturaleza de sus afectos, en las comprometidas situaciones de amena soledad que surgen en los huertos repletos de vida en que departen los nuevos amantes: “Ninguna idea mala en lo material, ninguna sugestión del espíritu maligno turbó entonces mi razón ni logró inficionar mi voluntad y mis sentidos”. [201]

Las contradicciones y cuitas de amor del joven seminarista se ven potenciadas por la astucia de Pepita Jiménez.

Veamos un significativo ejemplo:

-¡Qué callado y qué triste está usted, señor don Luis! Me apesadumbra el pensar que tal vez por culpa mía, en parte al menos, da a usted hoy un mal rato su padre trayéndole a estas soledades, y sacándole de otras más apartadas, donde no tendrá usted nada que le distraiga de sus oraciones y piadosas lecturas. [231]

Nos imaginamos que estas palabras, dirigidas por doña Pepita a don Luis, debieron efectuar en el apesadumbrado seminarista el impacto de un dardo. Que la causa de sus melancolías le hablase de sus tristezas sería para cualquiera una experiencia harto emotiva, tanto más para un ser de tan sutiles y elevados afectos.

En el plano de la interacción social, es llegado el momento de las complicidades y los silencios. En el plano de la íntima afectividad, la imagen de Pepita se convierte, para Luis, en cifra y argumento de todos sus pensamientos, saberes y recuerdos.

Cada aspecto de la vida es visto ahora bajo el prisma de los ojos del otro, cuya presencia embarga hasta los últimos motivos y detalles del existir enamorado.

Los momentos del encuentro con el ser amado vienen marcados, en muchas descripciones, por fenómenos extraños, tales como la sensación de que el tiempo se ha detenido en un lugar que queda suspenso por la ingravidez de un aura mágica, o la impresión sofocante de un aturdimiento inexplicable y paralizador.

Luis Vargas es consciente de que su primer encuentro a solas con Pepita Jiménez transcurrió de forma natural, exenta de artificio, pero este claro razonamiento no impide que la figura de esta mujer ideal vaya creciendo, por momentos, en su meticulosa y adiestrada fantasía.

Por su parte, don Pedro Vargas constituye el símbolo de la irreverencia profana, sutilmente vengada a través de los amores sacrílegos de su hijo.

Aunque el mismo don Pedro haya estado también muy cerca de “salvarse” a través del amor. Así lo testimonia Luis: “Lo singular y plausible es que mi padre es otro hombre cuando está en casa de Pepita. Ni por casualidad se le escapa una sola frase, un solo chiste de estos que prodiga tanto en otros lugares. En casa de Pepita es mi padre el propio comedimiento. Cada día parece, además, más prendado de ella y con mayores esperanzas del triunfo”. [326]

Ya en el ámbito de las pasiones menos sublimes, asistimos al nacimiento del amor propio del enamorado, que se siente ninguneado como rival, debido a la plena confianza que le manifiesta su padre:

Pues qué, me digo, ¿soy tan adefesio para que mi padre no tema que, a pesar de mi supuesta santidad, o por mi misma supuesta santidad, no pueda yo enamorar, sin querer, a Pepita? [367]

Paradójicamente, los juicios autocríticos de Luis se van haciendo más incisivos cuanto más cerca se encuentra del pecado y de su pena.

La gradación descendente ya no deja lugar a dudas: “...pero un abismo llama a otro abismo, y mis pies se han clavado en el cieno que está en el fondo”. [380]

Sin embargo, todavía podemos percibir una sustancial diferencia entre la teoría de los espíritus que se infiltran por los ojos de los enamorados²¹⁰ de don Luis de Vargas y la de don Pedro. La del primero queda formulada como sigue:

²¹⁰ Véase SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes (Imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro)*, Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996.

Al mirarnos así, hasta de Dios me olvido. La imagen de ella se levanta en el fondo de mi espíritu, vencedora de todo. Su hermosura resplandece sobre toda hermosura; los deleites del cielo me parecen inferiores a su cariño; una eternidad de penas creo que no paga la bienaventuranza infinita que vierte sobre mí en un momento con una de estas miradas que pasan cual relámpago.

[...] Cada vez que se encuentran nuestras miradas se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan se me figura que se unen y compenentran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarían a saberse, y se recitan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no hay voz que exprese ni acordada cítara que module. [329]

Ante estas confesiones, su tío, el Deán, debe quedar absolutamente horrorizado, porque está siendo testigo de cómo se desmorona la obra de creación espiritual de toda una vida: los doce años consagrados al Seminario de su sobrino.

Tan acorralado se encuentra por las fuerzas del enemigo que, tras agotar la vía ascética, opta por las propuestas existencialistas para combatir la llama de amor humano que tan vehementemente abrasa el alma de Luis.

Esto es lo que da pie al seminarista para exponer la más fúnebre visión de la pasión humana, cuando es consecuencia de un gustoso deleite en la tentación, antaño furibundamente combatida.

Una vivencia culpable de la pasión hará sentir al enamorado que el amor es más frío que la muerte. Sólo la conciencia y la presencia de un amor más sublime podrán enfrentarse a la locura de su sentimiento. Luis se sigue aferrando al amor divino cuando trata de combatir su pasión amorosa.

En su discurso amoroso, no carente de los síntomas del enajenado, se alternan la enumeración y descripción de las ventajas del amor a Dios, en contraposición al egoísmo del amor humano.

En su desesperación, Luis apuesta por la conversión del ser amado en puro símbolo del amor platónico. Pero confiesa que, para ello, no tendría más remedio que imaginar a Pepita muerta, como lo estaba la Beatriz de Dante.

Ya no le puede quedar al lector la menor duda de que una desahogada pasión, envuelta de resentimiento, se ha enseñoreado en su espíritu. Un enamorado en estado de gracia y de pureza no podría concebir la idea de la desaparición del ser amado sin que una amarga pena le embargase.

Al igual que en el famoso juicio bíblico del Rey Salomón, la prueba irrefutable de un entrañable amor sería la capacidad de renunciar al ser en cuestión, en favor de otra persona, antes que permitir que desapareciera, por siempre, de la faz de la tierra.

El grito característico de un ser enamorado contra el poder devastador de la muerte es "¡no!". El amor de Luis no muestra aquí ser tan generoso y desprendido como para desear la felicidad de la amada. Ni siquiera cuenta con la capacidad de saberla viva y lejos de sí, sin quebranto para su espíritu.

Si la dejo entre los vivos, no acierto a convertirla en idea pura, y para convertirla en idea pura, la asesino en mi mente. [312]

Pero, según su conformación espiritual y amorosa, Luis no puede dejar de creer que el gran milagro del amor humano consistiría, sin embargo, en que este proceso de idealización siga su curso inagotable, a través de las más adversas circunstancias: un amor que aspire a ser eterno persistirá viendo en el amado al mejor de los seres, a pesar de las múltiples oportunidades y motivos que se le presenten, al contemplarlo, de pensar lo contrario.

Son abundantes los ejemplos vistos hasta ahora de personajes enamorados que disculpan todos los defectos que los demás acusan en los objetos de su amor. Es tal su grado de fidelidad a la imagen del ente que han

construido, para ser idolatrado, que perciben sus posibles deficiencias como virtudes que realzan su originalidad y su belleza personal e intransferible.

Acto seguido confesará:

Luego la lloro, luego me horrorizo de mi crimen, y me acerco a ella en espíritu, y con el calor de mi corazón le vuelvo la vida, y la veo [...] como Galatea, animada ya por el afecto de Pígmalión, y bajando llena de vida, respirando amor, lozana de juventud y de hermosura, de su pedestal de mármol. [378]

Esta referencia al anhelo de dar vida a una creación adornada de sublimes perfecciones, según el propio gusto, está más en consonancia con los hechos de talante genuinamente amatorio que acabamos de mencionar.

El amante es el gran escultor-descubridor de las excelencias del prójimo; del mismo modo que el verdadero escultor sería el artista capaz de ver la forma que quiere representar en la piedra que le insta para ser tallada, de manera que su labor no es sino la de quitar lo que a ésta le sobra, para que, el común de los mortales, pueda apreciar la belleza oculta que habita en ella.

Haciendo un paralelismo con esta hermosa metáfora escultórica, podríamos decir que, para Luis de Vargas, la persona enamorada es aquella capaz de ver lo mejor que es susceptible de desarrollarse en el ser elegido; todas las potencialidades veladas al resto de los que pasan por el mundo sin mirarlo con este, quizá engañoso, poder de penetración.

El enamorado hace suyo y graba, a fuego, en su espíritu el proyecto que Dios ha soñado para cada una de los componentes de su Creación. Y, para el joven seminarista, Pepita se presenta como el ser más codiciado de la misma.

Para el padre Vicario el amor de pareja sólo es un sentimiento pasajero e inconsistente que, debido a esta contingencia, está supeditado al amor del religioso consagrado. La pureza y la eternidad del amor divino combaten, desigualmente, con este pálido reflejo suyo que constituye el amor hacia Pepita.

Por el contrario, el amor es visto por Pepita como una fuerza superior a todas las leyes y valores del cielo y de la tierra. Todos los sutiles argumentos eclesiásticos y del deber que le piden que renuncie a él, se le presentan a Pepita como "mentiras, enredos y argucias". Y si ella daría hasta la salvación eterna por don Luis, ¿por qué no la ama así él? Sin duda debe ser -se figura nuestra heroína- que él no la ama lo suficiente.

Se podría deducir que el joven seminarista, aunque aspire, en primera instancia, a un amor eterno y universal, cae, con este intento, en un excelso amor a la gloria, las galas y la fama del mundo, defendiendo *contra natura*, el amor propio.

Sueña con ser equiparado, en la posteridad, a los Santos Padres, quienes supieron vencer todo tipo de amorosas tentaciones, en beneficio de la humanidad entera. Luchar contra los propios deseos parece ser una condición necesaria para conseguir una caridad global, verdaderamente ecuménica.

El desprecio por las vanidades del mundo que nos viene impuesto, sus inconstancias, sus juegos entre la realidad y la apariencia, sus caprichos y modas efímeras, sus inseguridades, imperfecciones y complejos... llevan a Luis (y a muchas almas castigadas por éstas y otras plagas humanas), a buscar consolador refugio en lo divino.

Pero, ¿cómo saber, en cada caso, dónde hallar la paz del alma? Es más, ¿debe ser ésta la aspiración última del hombre?

La concepción que cada cual tenga del amor conformará su vida entera, y en un sentido aún más amplio, tratándose de un amador o amante católico.

Así, aparece este sentimiento en la novela de la Restauración como un verdadero labrador de destinos, dirigiendo la vida de personajes y tramas, haciendo que se planteen, de forma más o menos simbólica o encubierta, las grandes cuestiones vitales latentes en cada espíritu humano: el sentido de la existencia; el rumbo que deben seguir las decisiones-clave de nuestro vivir; la relación establecida entre Dios y los hombres (en el caso de quienes crean en un Creador Supremo); la aceptación y vivencia de la muerte; la concepción de

lo moral o lo inmoral, de lo puro o lo pecaminoso; en fin, la jerarquía de valores y afectos que rige cada concreción personal de las múltiples formas de la vida.

Todas estas cuestiones trata de resolverlas el seminarista atendiendo a los preceptos de su fe:

El que va a ser sacerdote, ha de ser humilde, pacífico, manso de corazón. No como la encina, que se levanta orgullosa hasta que el rayo la hiere sino como las hierbecillas fragantes de las selvas y las modestas flores de los prados, que dan más suave y grato aroma cuando el villano las pisa. [415]

Esta es, también, una disposición de ánimo muy propia de los enamorados. El auténtico sacerdote es el mayor de los amantes, si bien su amor ha sido inspirado por Dios. Pero, no por eso deja de necesitar y poseer los atributos propios de las almas fieles: sólo éstas están capacitadas, por la fuerza y el vigor de su amorosa felicidad, para cumplir los más exigentes preceptos o consejos cristianos. No cabe el perdón completo en las almas que no se sienten profundamente enamoradas y en paz con la vida.

Sin embargo, estas virtualidades del espíritu pueden ocasionar, cuando se desvían o siendo erróneamente aplicadas, deplorables trastornos en la dignidad y la experiencia del ser humano. Porque, como nos recordaba Pedro Salinas:

“Hay que vivir. Y hay que vivir en actividad, en actos, en buenas acciones. Porque el hombre sólo puede estar seguro de su capacidad de obrar bien, de su dominio sobre sus propios actos, aunque esos actos tengan lugar en el vacío de un sueño”²¹¹

²¹¹ Salinas, P., *Ensayos completos*, Madrid, Taurus, 1983. Apud. *La voz a ti debida. Razón de amor. Largo lamento*, Madrid, Cátedra, 2001.

Como apunta Montserrat Escartín, al analizar el primer verso del primer poema de *La voz a ti debida*, estas palabras denotan una actitud existencialista, que ve al hombre como el conjunto de sus acciones.

En este sentido, y siguiendo el razonamiento de Pedro Salinas: “Un acto compromete a la persona entera [...] Todo lo mío, bueno o malo, es mío y por eso debo afirmarlo como señal de mi vida. El hombre entero está allí donde actúa, donde está su acto. No es inconsciencia”. (Salinas, P., *El hombre y los valores humanos en la literatura clásica española*, ibídem)

En el caso de Luis de Vargas, tanto remordimiento por "haber caído en la tentación de las viles trampas de la carne" convierte los actos de amor en algo sucio y depravado, dispuesto perversamente por las Leyes de la Naturaleza para perpetuar la especie, y cuyo castigo a la debilidad del hombre que lo encuentra apetecible más allá de esta finalidad, fuese caer en la cuenta de que, una vez saciado el deseo correspondiente, estas misma Leyes se burlan de él, y dejan de velar por la preservación de la pureza y autenticidad de su pasión.

Luis es consciente de que, por muy bien que le vayan las cosas, no sólo ha naufragado su ideal de santidad, sino también la pureza del sentimiento pasional de las acciones y efectos de la vez primera, única e irrepetible.

En consonancia con las nefastas teorías antes apuntadas, su gran reto, a partir de ahora, (si quiere conservar la nueva fe que da sentido a su vida), es vencer los obstáculos que pugnarán por sumirle en un abismo de honda tristeza y desencanto, a raíz de una posible desintegración, y consecuente hastío, de las relaciones con Pepita.

La experiencia nos dice que no son muchos los casos en los que el amor de las parejas de enamorados ahonda sus raíces con el transcurrir del tiempo.

Afirman los matrimonios que se siguen amando tiernamente al cabo de los años, que el secreto de su felicidad radica en el hecho de poder sentir, día a día, cómo sus sentimientos evolucionan, de la pasión a una embriagadora sensación de sereno y profundísimo cariño por la persona que comparte su vida,

donpreciado que ya les resulta imposible de imaginar sin la presencia y la figura de su imponderable compañero.

Don Luis no parece, sin embargo, ser consciente de la magnitud e importancia de esta empresa, si pretende luchar por conseguir este ideal matrimonial, cuando afirma el recopilador de esta historia: “Don Luis pensó desde luego en sustituir el antiguo y encumbrado ideal con otro más humilde y fácil”. [415]

Don Juan Valera es un experto en romper de un plumazo con las más firmes expectativas de sus lectores, con frecuencia por él mismo elaboradas minuciosa y sutilmente.

Nadie auguraba, por ejemplo, nada bueno tras la patética imagen que muestran los amantes tras consumir su pasión, y el lector implicado con esta historia tiembla por don Luis, después de escuchar lo que parece ser una terrible premonición del Conde de Genazahar, al hacer referencia a la suerte de los iniciados; porque si afirma que "Dios protege la inocencia", acto seguido sentencia, para referirse a la envidiada fortuna de don Luis: “-Vamos, me alegro -interrumpió el Conde-; pero cuidado, niño, que si la flor es delicada, puede marchitarse y deshojarse temprano”. [417]

El epílogo de esta historia se convierte en una ácida crítica hacia las costumbres burguesas, rápida y fielmente adoptadas por don Luis.

El que iba a convertirse en mártir, sacrificando su vida en bien de la humanidad, acaba sacrificando la tranquilidad de la robusta Antoñoña, para acabar con el recuerdo de la parte oscura de su relación con Pepita.

Si bien esta actitud es algo fácilmente comprensible para el ciudadano medio, no está a la altura de un elevado galán, que sin duda hubiera encontrado un remedio menos peligroso para Antoñoña que volverla a reunir con su descarriado esposo. No hay que olvidar, de todos modos, que estos sucesos vienen relatados a través del jocoso prisma de don Pedro. Incluso los más avisados lectores pueden llegar a sospechar que se trata de una estrategia de don Pedro para ridiculizar a su hijo.

Quizá pueda pretender, por otro lado, desquitarse airoosamente de la ofensa infligida a su amor por Pepita. Consciente de estas intrigas, don Juan Valera afirma al comienzo de su justificado epílogo:

A nadie debe quedar la menor duda en que don Luis y Pepita, enlazados por un amor irresistible, casi de la misma edad, hermosa ella, él gallardo y agraciado, y discretos y llenos de bondad los dos, vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra; pero esto, que para la generalidad de las gentes es una consecuencia dialéctica bien deducida, se convierte en certidumbre para quien lee el epílogo.

A pesar de que, según relata el narrador:

Luis no olvida nunca, en medio de su dicha presente, el rebajamiento del ideal con que había soñado.

Hay ocasiones en que su vida de ahora le parece vulgar, egoísta y prosaica, comparada con la vida de sacrificio, con la existencia espiritual a que se creyó llamado en los primeros años de su juventud; pero Pepita acude solícita a disipar estas melancolías... [471]

Serán los bustos de Psiquis, Cloe y Venus los que presidan el hogar de los Vargas.

Sin embargo, la dulce ternura que siente Juan Valera por la vida, triunfa sobre las sombras de las dificultades, y queda plasmada en la personalidad y los graciosos lances de sus personajes.

El testigo imaginario de sus narraciones no puede sino mirar con alegre empatía el candoroso amor del padre Vicario por Doña Pepita; la bravía fidelidad del fuego maternal que arde en las venas de Antoñona por su niña (a pesar de los pesares); la caballerosa y triunfante osadía de las temerarias

acciones de don Luis; y, cómo no, la chispeante desenvoltura del incombustible don Juan de marras, es decir, don Pedro de Vargas.

Al igual que don Juan Valera, **don Benito Pérez Galdós**, a pesar de verse impregnado de esa nostalgia de la pureza y las hazañas propias del sentimiento romántico, se desenvuelve, como pez en el agua, en el ámbito de la ambigüedad.

No podemos dejar de sospechar, como nos ocurriera con don Juan Valera, de la doble intención de sus palabras. ¿Elogia, realmente, la pureza del idealismo (aun siendo consciente de su necesaria superación) o la firme realidad del positivismo?

¿Cuál es la verdad galdosiana? Galdós se mueve entre la añoranza del pasado y la fascinación por lo futuro, por su creencia en el progreso, que se irá acentuando con el paso de los años. Entre ambos estados de su ánimo fluctúa, en muchas ocasiones, la incertidumbre y el malestar del presente.

Otro aspecto común con la narrativa valeriana es la incongruencia que se percibe entre las descripciones y las acciones que caracterizan a algunos de sus personajes, sólo resoluble en el tan recurrido juego barroco entre apariencia y esencia.

Es en este sentido en el que Galdós antepone la verdad de la experiencia a la verosimilitud de algunos relatos. Si tuviera que definirme, diría, por tanto, que en la obra de Galdós, como defendiera Aristóteles, los personajes deben ser juzgados por sus acciones.

Si don Teodoro, por ejemplo, es presentado, desde los primeros párrafos de *Marianela*, como un personaje bastante “vulgarote” e insensible, sus buenos sentimientos se verán reflejados en la bondad de sus acciones y en el sentido de la justicia que subyace en algunas de sus ideas. Aunque, por otro lado, la credibilidad y honestidad de sus juicios y sentencias finales (presentadas estratégicamente por el narrador) no está exenta de caer bajo sospecha. Pues las más encendidas palabras de incondicional elogio sobre la personalidad y la

conducta de Pablo son proclamadas por él (fuera, claro está, de las manifestaciones del inmenso amor que por su amo siente Marianela).

Algo nos dice entonces que, muy pronto, su conducta pondrá en entredicho estas aseveraciones, si no lo han hecho ya las continuas reconvenciones que le dirige a la incultivada Marianela, las cuales culminarán en su discutible apología final.

La supuesta bondad inicial que alabó el narrador en don Francisco Penáguilas, también será puesta en entredicho... Y en estas fluctuaciones habrá que tratar de apresar la verdad última de cada personaje, en consonancia con la desigual evolución a que someten al ser humano los avatares y las experiencias vividas.

Un análisis pormenorizado de este tipo de datos y detalles constituye buena parte de la tarea de la ética de la literatura, en su tentativa de desentrañar las lecciones que la literatura puede darnos sobre la validez de la experiencia en la configuración moral del individuo.

Una concepción ingenua del amor hizo pensar, durante siglos, a las almas inexpertas (aunque quizá un alma enamorada siempre es ingenua hasta cierto punto), que el cariz divino en el que suele presentarse imbuido este sentimiento, ocasiona, indefectiblemente, en quien ama, una consustancial e inevitable felicidad; ya que el amante gozoso y correspondido se vería inspirado, de forma constante, para que sus actos y pensamientos fueran siempre dignos de ser amados por el ser que los infundió o provocó.

La misma pureza e idealidad de estos sentimientos no podía menos que conducirlo por el camino adecuado, y la intachable manifestación de su ternura y el sentimiento y expresión de la grandeza de que quedaría revestida su alma serían, entonces, consecuencias naturales de ese mismo estado de gracia.

Tal vez por este motivo, muchas narraciones de temática amorosa terminan, antes y ahora, en el mismo instante en que los ansiosos amantes

inician su vida en común, tras largas y valerosas peripecias y sacrificios que los harían merecedores de una incorruptible y armoniosa felicidad conyugal, sustentada en la esencial pureza de sus protagonistas.

En innumerables descripciones que nos aporta el saber colectivo, se hace referencia al estado de levitación y ensueño que suele ser propio de los más fervientes enamorados.

¿Cómo es posible suponer que seres con tan absoluta certeza de su dicha no se vean inducidos a actuar guiados por un Aura o Espíritu Superior que los salve de las contingencias de la vida diaria; del mismo modo o con la misma fuerza que los ha apartado de la intrínseca infecundidad de su previo hastío?

Desgraciadamente, esta “inspiración” no suele ir, en el mejor de los casos, más allá de los estadios iniciales del proceso de regeneración del alma enamorada, tan agobiada, poco antes, por el enorme peso de una existencia limitada e incompleta.

Héroes y heroínas novelescas vegetan entre la vida física y la muerte espiritual antes de encontrar sus amores. Pero, si es cierto que estos ideales regeneradores, que dan lugar a un ser humano pleno, adquieren o adoptan, antes o después, una forma (real o imaginaria, terrestre o divina, duradera o efímera...), no es menos cierto que el desvalido amante tiene que seguir luchando, en todo caso, contra la ignominia de su imperfección. ¿Cómo conciliar la altura de sus sueños y deseos con la llana y evidente realidad?

El ser amado tiene, en el concepto de su adorador, una incalculable valía, generalmente bastante alejada de poder ser correspondida, en excelencias, por el idólatra. Y la mala fortuna, el castigo divino por el extravío en la jerarquización del sano culto a la Belleza Ideal de lo Absoluto, o la simple locura de amor, provocada por una desatada pasión, le lleva a cometer errores que su excitada y desorbitada percepción de las cosas (¡quién sabe si con la extremada razón y lucidez últimas del enajenado!), le hace sufrir como irreparables.

El insaciable deseo de perfección del ser humano se recrudece y se transforma en obsesión, ahoga al enamorado en una angustia que le insta a cometer mayores insensateces, paradójicamente, por miedo a perder al ser que adora.

Un instante después, las esperanzas del enamorado mueren, y él muere también un poco con ellas, a manos del letal arrepentimiento, de la sensación de ridículo y, lo que es peor, del desvanecimiento atroz de lo más querido. Porque, al igual que el amor es un contumaz maestro en el arte de sanar los devastadores efectos de la soledad de los páramos del alma, también lo es en el de labrar abismos de martirio, en quienes creen perderlo tras haberlo tenido.

Afirma Katherine Whitmore, en “La amada de Pedro Salinas”, que este excelso poeta del amor del siglo XX no parecía el mismo después de años de ausencia²¹². Y no es la única amada o amado que ha percibido con sorpresa o turbación (tal vez con cierto halago inconfesable, incluso para uno mismo), en el rostro, en los amados rasgos del hombre o la mujer que los adoró, la transida tristeza provocada por la separación, y por el íntimo sentimiento de culpa ante la ruptura.

Otro tópico ampliamente extendido por la sabiduría popular que, como suele ocurrir, tiene origen o fundamento intuitivos en los estudios psiquiátricos más avanzados, consiste en afirmar que tan hondo como sea capaz de llegar la tristeza en el alma humana, llegará también la alegría.

Pero este “precepto” tan esperanzador para quienes sufren terriblemente, puede convertirse en un enemigo funesto en el desamor, porque esos surcos abiertos de sentimiento se truecan, drásticamente, en una dolorosa pasión.

²¹² SALINAS, Pedro, *Cartas a Katherine Whitmore. (El epistolario secreto del gran poeta del amor)*, Tusquets, Barcelona, 2002, p. 383.

Las cotas de dolor alcanzan extremos insospechados cuando es el desesperado paciente el causante involuntario de la desintegración o corrupción de su tesoro máspreciado.

Automáticamente, tras la toma de conciencia de este hecho, una sensación de irreparable y amarguísima pérdida embarga su ánimo y experimenta, en vivo, con descarnada desolación, la veracidad inapelable de la advertencia de San Mateo, en su dimensión más aterradora: “Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón²¹³”.

Transcurrido un tiempo, será de nuevo el pánico y la esterilidad de la soledad lo que le empuje al “otro”. Pues el ser humano no puede resistir, incansablemente, el peso de provocar indiferencia e incompreensión en quienes deberían amarlo, es decir, en sus “semejantes”.

Es ingenuo, asimismo, pensar que el discurso amoroso de cada época, con el que tarde o temprano se tiene que enfrentar todo individuo, no requiere de un proceso de maduración, con sus correspondientes tentativas, aciertos... y fracasos.

En cada experiencia frustrada, el amante tendrá esa terrible sensación de incalculable pérdida, y se lamentará de haberse visto obligado a aprender a través de la infinita amargura, y de la consecuente reflexión y establecimiento del “estado de la cuestión”, derivadas de la ausencia de la persona que más quería.

Incluso puede llegar a pensar, en los momentos de mayor aflicción, que jamás querrá a nadie con tanta intensidad. La práctica habitual y el imparables curso de la naturaleza, suele desmentirlos. Puede que, en verdad, nunca vuelva a amar el individuo del mismo modo, pero por razones de supervivencia

²¹³ Evangelio según San Mateo, 6, 21.

elemental, le guste o no, el antiguo amor tendrá que ser relegado a los vastos jardines sin aurora donde habita (o intenta habitar) el olvido; bajo pena de locura o de muerte, si se persiste en la negación del imparables transcurrir de las cosas.

Así, como en el proverbio alemán, el amor y la ira entran a formar parte de la misma batalla: “No hay amor –se dice en los pueblos germanos- sin miedo ni odio”.

Esta “impureza” de los movimientos emocionales también ha sido demostrada empíricamente por la psiquiatría actual²¹⁴; después de ser magistralmente descrita (como suele ocurrir también) por nuestros más ilustres poetas del Siglo de Oro.

El alma se percibe, con frecuencia, en la literatura más inspirada –esto es, más cercana a nuestra íntima naturaleza-, como un cúmulo de todos aquellos afectos, potencias, estados y virtudes que constituyen la parte más inefable y contradictoria –aunque, no necesariamente por ello, menos real ni menos característica- del ser humano.

Pues bien, todos estos aspectos negativos de la experiencia amorosa son los que aborda de lleno y valientemente la novela de la Restauración, con una dosis importante de afán aleccionador.

Los autores realistas de todos los tiempos y lugares, y muy especialmente los de las últimas décadas del siglo XIX, suelen creer en el valor

²¹⁴ Véase CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, Tusquets, colección “Fabula”, Barcelona, 2002.

También GOLEMAN, Daniel, *Inteligencia emocional*, tr. de David González Raga y Fernando Mora, Editorial Kairós, Barcelona, 1997, 15ª ed.

de la experiencia, y ponen sus obras al servicio de una educación constructiva y, hasta cierto punto, esperanzadora o consoladora, tanto propia como ajena.

Sin embargo, heredan de sus predecesores altas dosis de idealismo, de espiritualismo trascendente, que reaparece con fuerza (aunque matizado) en las etapas finales de creación de los autores del Realismo y el Naturalismo español; espiritualismo que les confiere una fe irreductible en la importancia fundamental del espíritu como agente último en la vida y la evolución del individuo.

Sus personajes, como no podía ser de otro modo, dan cumplida cuenta de dicho convencimiento íntimo²¹⁵. Pero no por eso dejan de invitar al lector a enfrentarse con la realidad, pues ahí radica la única posibilidad que tiene el hombre de conquistar una existencia razonable, constructiva y apacible, sin miedo ni esperanza, es decir, sin las grandes pasiones de la incertidumbre²¹⁶.

Así que, en la novela galdosiana, muchas de las relaciones matrimoniales se acaban desgastando, mientras uno o ambos cónyuges se

²¹⁵ Cf. Introducción de LISSORGES, Yvan y SOBEJANO, Gonzalo, (coordinadores), *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, Positivismo, Espiritualismo*, preparación del texto a cargo de Sylvie Baulo, Presses Universitaires du Mirail, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998, pp. 9 y 10.

²¹⁶ Véase BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, tr. de José Ramón Monreal, Muchnik Editores, Barcelona, 1995, pp. 102-116.

Concretamente, en la página 107 podemos leer: “Mientras duran, el miedo y la esperanza dominan no sólo el cuerpo sino también la imaginación, dejándolos a merced de la incertidumbre y predisponiéndolos a la renuncia y a la pasividad. Apenas cesan, vuelven a ser libres”.

desencantan, por momentos o a pasos forzados, del hechizo de perfección que ejercía sobre ellos el otro en sus años, o meses, o semanas de noviazgo.

Progresivamente se empiezan a valorar con mayor diligencia las faltas o defectos del compañero de fatigas: manías, obsesiones, puntos débiles, puerilidades, incongruencias, despropósitos, frivolidades... Y, como las valoraciones negativas suelen tener un mayor peso en la convivencia o en cualquier otro tipo de relaciones interpersonales²¹⁷, pronto empieza a desequilibrarse la balanza de la equidad, y los miembros de la pareja se ven abrumados o consternados ante la imposibilidad de restablecer la armonía de sus relaciones.

Robert J. Sternberg se queja, no sin razón, de que "La mayoría de las historias de amor no describen la evolución del amor en el tiempo.

Los cuentos de hadas no tratan la cuestión de *Y viveron felices por siempre jamás* en la senilidad o incluso en la madurez o mediana edad.

No dan ningún consejo para conseguir que el amor perdure o para conservarlo día a día. La persecución es más espectacular que el matrimonio o el mantenimiento del amor, y los detalles de la vida doméstica no suelen considerarse merecedores del trato literario, especialmente en la tradición occidental²¹⁸.

Sin embargo, la novelística de Pérez Galdós representa, con frecuencia, una llamativa excepción, dentro de estas tendencias generalizadas. Porque, además, si bien no está en su mano dar la receta del amor inmortal e inalterable, sí que ejemplifica, con sus historias, lo que podrían ser sabrosos ingredientes de un amor duradero, sólido y fructífero. Y lo personifica extraordinariamente a

²¹⁷ Véase Robert J. Sternberg, *La experiencia del amor*, trad. de Joan Carles Guix Vilaplana, Paidós, Barcelona, 2000, pp. 161-170.

²¹⁸ Op. cit., pp. 120-121.

través de la descripción de las ingeniosas mañas de Camila, empezando por sus atributos personales.

Mujer vital, sanísima, alegre y de genio, ya tiene buena parte del camino recorrido para hacer las delicias de la vida doméstica de su amante esposo (con quien comparte, claro está, tales virtudes)...

Estos anclajes de realidad, así como las desastrosas consecuencias a que llevan las locas fantasías, configuran, en gran medida, la vivencia *realista* del amor, a través de la lectura de la novela galdosiana.

Son las mismas tesis que defiende don Juan Valera en su novelística, de forma más expresa y palpable en *Las ilusiones del doctor Faustino*: la imaginación y las fantasías incontroladas llevan al fracaso, a la frustración del ideal, si no a la más absoluta de las miserias.

El desenfreno amoroso es fuente de catástrofes psíquicas, económicas y morales, contra las que sólo cabe la búsqueda obstinada de la dorada medianía, donde reina el autocontrol, la armonía y el equilibrio. Así, el amor, hijo legítimo de la imaginación y las fantasías, puede (y suele) convertirse en una enfermedad altamente dañina e incluso mortal.

Pero todo exceso es desaconsejable, y un autodomínio desmesurado de los impulsos puede llevar a la pérdida del ser amado y, como le ocurrió a Máximo Manso, a la muerte, por una profusión de amor tardío.

Sin embargo, la responsabilidad en el fracaso de este eximio profesor de filosofía se ve paliada por su propia interpretación de los hechos: la ambición de su amada la lleva a elegir un esposo más en consonancia con sus ambiciones de ascenso social y bienestar económico.

Las carencias en las que transcurrió la niñez y la adolescencia de su amada, la impulsarían a buscar, en su juventud, el resarcimiento, a través de los méritos y la herencia de Manolito Peñas, caballero de nombre tan poco ilustre,

como prometedor en manos de la política. Es otro ejemplo de cómo las circunstancias vitales condicionarían, según Manso, el carácter de los seres humanos.

Son muchas las heroínas galdosianas que tratan de resarcirse de sus frustraciones a través de la lucha por el poder, la posición social y el dinero suficiente para adquirir todo tipo de objetos de lujo: Rosalía Bringas compra vestidos compulsivamente y no duda en poner en venta la fidelidad conyugal para costearse sus caprichos; lo mismo hace la desheredada y Eloísa Bueno de Guzmán, aunque en éstas se entremezclen los vicios con el amor apasionado hacia Joaquinito Pez y José María Bueno, respectivamente.

En cualquier caso, un factor común en todas ellas es el anhelo insaciable por la adquisición de objetos muy costosos que en absoluto necesitan, sino para satisfacer un ansia irracional de posesión.

Necesitan, además, rodearse de belleza. La vanidad satisfecha a través de la ostentación y la distinción dentro de su ámbito social, se manifiesta mediante reacciones fisiológicas que se constituyen en inequívocos signos externos de sus patologías.

Rosalía Bringas, por ejemplo, dilata ostensiblemente las aletas de su nariz, tanto si se ve contrariada como complacida en sus deseos, según repetidas indicaciones del narrador de su patética historia. Eloísa Bueno de Guzmán sufre fiebres ante la imposibilidad de adquirir preciados objetos; por no mencionar las numerosas neurosis heredadas de familia, que, en su caso, también se traducen en curiosos síntomas que no vienen al caso, pero cuyo estudio haría las delicias de cualquier seguidor de la escuela psicoanalítica.

Las exaltaciones de júbilo y el ahondamiento en profundas depresiones (esa depresión bipolar, a decir de los especialistas) es otro rasgo que la desheredada comparte con sus compañeras de miserias...

He aquí algunos ejemplos *realistas* de los numerosísimos estragos y vicios personales que ponen al descubierto la urgente necesidad de guiar a la sociedad de la época por el camino del progreso, a través de una educación integral satisfactoria que nadie parecía estar en condiciones de poder transmitir.

Esta carencia provocaba algunas de sus más dañinas consecuencias en lo que se refiere a las relaciones sentimentales abordadas por don Benito Pérez Galdós, como trasunto psíquico de la situación y los acontecimientos políticos e históricos por los que atravesaba el país.

Según señalábamos en la Introducción, Galdós trataría de inculcar a sus lectores, sobre todo durante la primera etapa de su creación, el amor por la dorada medianía burguesa, por el ideal del liberalismo burgués, tal y como lo concibieron Jeremiah Bentham y John Stuart Mill:

La sencillez y el justo tributo que debe vincular al hombre con sus recursos materiales; la búsqueda legítima y moderada de los hábitos higiénicos necesarios para aportar al ser humano la serena dignidad que demandan su espíritu y su naturaleza, a través de una armoniosa fusión estoico-epicúrea adecuada a sus afinidades electivas y costumbres diarias²¹⁹; el placer del trabajo diario bien hecho; la paz de una vida familiar o comunitaria, depurada de vanas pretensiones y absurdos ideales... Trata de inculcarnos el predominio de la razón y el comedimiento frente al delirio de la loca pasión.

Galdós parece rendir tributo al equilibrio y las dulzuras que son patrimonio del trabajador honrado y canta obstinadamente su particular elogio

²¹⁹ En este sentido, se puede rastrear, en las novelas de Pérez Galdós, toda una metafísica de las costumbres de inspiración kantiana, que tendría su origen en la descripción distintiva que establece el racionalista alemán, entre la escisión nouménica y fenomenológica del ser, como fuente inagotable de conflictos para el hombre.

La lucha del sujeto sintiente y/ o pensante nace de la constante tensión entre el hombre interior y su confrontación con la realidad externa, con frecuencia, tan hostil como inapelable.

de la cordura, al modo aristotélico, es decir, poniendo en escena las consecuencias de los hechos, valores y sentimientos opuestos a los que desea provocar como reacción natural a la angustia de los conflictos que plantean.

Pérez Galdós quiere poner en evidencia al enemigo y desenmascararlo en su propio terreno, desde una valerosa tentativa de acercamiento a la verdad y a la historia contemporáneas.

Pero, si bien es cierto que este primigenio ideal del liberalismo burgués también sería atenuado o puesto en tela de juicio en la obra galdosiana²²⁰ (sometido a la implacable crítica y la revisión continuada de los hechos, la evolución y las necesidades humanas por parte del autor canario), con posterioridad ha sido tan sistemática como hipócritamente denostado, atendiendo a los perniciosos efectos de una práctica desvirtuada del mismo; a la vez que es perpetuado, con fruición, a través de los hábitos, carencias y actitudes de quienes se presentan como sus furibundos detractores.

Con las convenientes salvedades, es nuestro deber reconocer que ese ideario vital que fue padre de las sociedades modernas entraña el valor de haberse instituido, en su momento, como un eslabón necesario para las mejoras a las que aún tiene que aspirar, con fuerza, la humanidad; poniendo especial interés en su dimensión espiritual o de crecimiento formativo integral –una vez cubiertas las demandas básicas de todo individuo-, como ya anunciaron, a través de la palabra creadora de sus últimos años, nuestros escritores de la Restauración.

Qué mejor manera de demostrar la creencia en la importancia y las bondades del espíritu humano, sobre condicionamientos sociales, culturales, religiosos o materiales, que mediante la defensa y la lucha incansables por la

²²⁰ Véase OLEZA, Joan, “Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la crisis”. Publicación: Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed.: *La novela del XIX : del parto a la crisis de una ideología*, Valencia, Bello, 1976, pp. 89-137.

legítima búsqueda de la libertad, la dignidad y la formación de todos y cada uno de los individuos de buena voluntad.

Ya sugeríamos, al hilo de nuestros comentarios sobre *Gloria*, que esta tenaz postura galdosiana lo aproximaría a los postulados éticos del personalismo cristiano o comunitario, también presente, como quedó demostrado, en el ideario plasmado en las novelas de doña Emilia Pardo Bazán.

En palabras de Iris M. Zabala, Pérez Galdós “afirma su buena fe en una nueva clase de ser humano, que tendrá el valor y la imaginación para crear nuevos valores, necesarios para que todos se abran camino a través de los peligros infinitos de las paradojas de la modernidad.

Es una voz que conoce la disonancia, y los graves peligros que están en todas partes, y pueden atacar en cualquier momento. En sus novelas hay esperanza, a menudo contra toda esperanza, [en] que las modernidades de mañana curarán las heridas.

La suya es una visión abierta a la vida moderna, modernidad y progreso capaz de ser configurado y cambiado por la humanidad moderna²²¹”.

“Pero –en palabras de Henry Adams- la educación tendría que intentar reducir los obstáculos, disminuir la fricción, fortalecer la energía, y debería enseñar a la inteligencia a reaccionar, no al azar sino por elección, ante las líneas de fuerza que contraen su mundo.

Lo que se sabe de joven es de poca importancia; sabe lo suficiente quien sabe cómo aprender²²²”.

²²¹ “El legado del siglo XIX”, en *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, Positivismo, Espiritualismo*, LISSORGES, Yvan y SOBEJANO, Gonzalo, (coordinadores), Presses Universitaires du Mirail, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998, p. 355.

No quedaba más salida, por todo lo dicho hasta ahora, que recurrir al autodidactismo que lleva implícito la sabiduría de la experiencia, asimilada, meditada y aprehendida; bien provisto de las armas del espíritu y de la razón. Pero don Benito no quiso dejar a su amada humanidad totalmente sola ante semejante hazaña. Y acudió en su ayuda con el arma que mejor aprendió a dominar: la palabra.

Su divisa bien pudo ser la que sigue:

Per aspera ad stelas... o, tal vez mejor,

Por caminos de aspereza [también] se llega hasta las estrellas.

²²² ADAMS, Henry, *La educación de Henry Adams*, tr. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 2001, p. 333.

IV. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. Corpus analizado²²³

PÉREZ GALDÓS, Benito

Novelas contemporáneas, ed. de Domingo Ynduráin, Biblioteca Castro, Madrid, 1994.

Doña Perfecta: novela original, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imp. de J. Noguera, a cargo de M. Martínez, 1876. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

Gloria, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta de José María Pérez, 1877. Ejemp. de la Biblioteca del Museo Canario.

La familia de León Roch, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1878. Edición digital realizada por Francisca Vázquez bajo la supervisión del Dr. Enrique Rubio. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

²²³ Todo el corpus de obras analizado está disponible en World Wide Web: <http://www.cervantesvirtual.com>. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; años de publicación: 2001, 2002 y 2003.

Para facilitar la citación por el sistema de referencias habitual, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes ha creado un archivo numerado (en versión pdf) de cada una de las secciones de las novelas publicadas. De esta manera, es posible su citación de una forma muy semejante al sistema que se utilizaría para una edición en papel. Así, los números entre corchetes remiten a la correspondiente sección o división establecida para cada novela.

Marianela, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1878. Ejemp. de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo.

La desheredada, Edición digital basada en la edición de Madrid, Librería de Perlado, Páez y C^a, 1909. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

El amigo Manso, Edición digital basada en la edición de Madrid, Administración de La Guirnalda y Episodios Nacionales, [1882]. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

El doctor Centeno, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1883, 1^a ed. Edición digital realizada por Francisca Vázquez bajo la supervisión del Dr. Enrique Rubio. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

Tormento, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1884. Edición digital realizada por Francisca Vázquez bajo la supervisión del Dr. Enrique Rubio. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

La de Bringas, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1884. Edición digital realizada por Francisca Vázquez bajo la supervisión del Dr. Enrique Rubio. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

Lo prohibido, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1885. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

Fortunata y Jacinta, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta de La Guirnalda, 1887. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

La incógnita, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta La Guirnalda, 1889. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

Tristana, Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta de La Guirnalda, 1892. Edición digital realizada por Francisca Vázquez bajo la supervisión del Dr. Enrique Rubio. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).

VALERA, Juan

Doña Luz, Edición de Enrique Rubio. Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1990. Otra edición: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 1999. Edición digital basada en la de Madrid; París, Biblioteca Perojo, [1879].

El Comendador Mendoza, Edición digital basada en la edición de Madrid, Librería Enrique Prieto, 1906.

Juanita la Larga, Edición digital a partir de la edición de Enrique Rubio, Madrid, Castalia, 1986.

Pasarse de listo, edición digital basada en la edición de Madrid, Biblioteca Nueva, 1925.

Pepita Jiménez, Edición digital a partir de la edición de Madrid, Librería de Fernando Fe, 1904, cotejada con la edición crítica de Leonardo Romero, Madrid, Cátedra, 1989.

PARDO BAZÁN, Emilia

Un viaje de novios, Edición digital a partir de *Obras completas*, 6ª ed., Madrid, Pueyo, 1919, t. XXX, pp. 5-300.

La Tribuna, Edición digital basada en la 1ª ed. de Madrid, Alfredo de Carlos, [1883]. Otra ed. en Emilia Pardo Bazán. *Obras completas I: (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 405-640.

El cisne de Vilamorta, Edición digital basada en la 1ª ed. de Madrid, Ricardo Fe, 1885. Otra ed.: Emilia Pardo Bazán. *Obras completas, I (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 641-826.

Los Pazos de Ulloa, Edición digital a partir de la de Barcelona, Daniel Cortezo y Cía. Editores, 1886, cotejada con las ediciones críticas de Mª Ángeles Ayala Aracil (Madrid, Cátedra, 1997), Marina Mayoral (Madrid, Castalia, 1986) y Nelly Clèmessy (Madrid, Espasa-Calpe), 1987).

La Madre Naturaleza, Edición digital a partir de la edición de Barcelona, Daniel Cortezo y Cía., 1887, 2 vols.

Insolación, Edición digital basada en la 1ª ed. de Barcelona, Sucesores de N. Ramírez y Cía, 1889. Otra ed. en Emilia Pardo Bazán. *Obras completas, II (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 615-764.

Una cristiana, Edición digital basada en la 1ª ed. de Madrid, La España Editorial, [1890]. Otra ed. en Emilia Pardo Bazán. *Obras completas, III (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 1-197.

La piedra angular, Edición digital basada en la 1ª ed. de Madrid, 1891 (Imprenta de A. Pérez Dubrull) (*Obras completas, II*). Otra ed. en Emilia Pardo Bazán. *Obras completas, III (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 403-570.

Doña Milagros, Edición digital basada en la 1ª ed. de Madrid, La España Moderna, 1894. Otra ed.: Emilia Pardo Bazán. *Obras completas, III (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 571-776.

El tesoro de Gastón, Edición digital basada en la de Barcelona, Gili, 1897. Otra ed.: Emilia Pardo Bazán. *Obras completas, IV (novelas)*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 1-114.

La Quimera, Edición digital a partir de *Obras completas*, t. XXIX, Madrid, Impr. J. Moreno, 1905.

La sirena negra, Edición digital basada en la edición de Madrid, Espasa-Calpe, 1981, 5ª ed.

Dulce dueño, Otra ed.: Emilia Pardo Bazán. *Obras completas. Tomo V: novelas*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 543-744.

PEREDA, José María

El buey suelto: cuadros edificantes de la vida de un solterón, Edición digital a partir de *Obras completas. Tomo II*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1884.

De tal palo, tal astilla, Edición digital a partir de *Obras Completas. Tomo III*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1885.

Don Gonzalo González de la Gonzalera, Edición digital de la edición de Madrid, Imprenta y Fundación de M. Tello, 1879.

La Montáñez, Edición digital a partir de *Obras Completas, t. XII* Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1926, 5ª ed.

Los hombres de pro, Edición digital a partir de *Obras completas. Tomo I*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1888.

Pedro Sánchez, Edición digital a partir de *Obras Completas. Tomo XIII*, Madrid, Imprenta y Fundación de Tello, 1891.

El sabor de la tierra, Edición digital a partir de *Obras completas. Tomo X*, Madrid, Imprenta y Fundición de Tello, 1889.

La puchera, Edición digital basada en la de Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1889.

Nubes de estío, Edición digital a partir de *Obras completas. Tomo XIV*, Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Tello, 1894.

Sotileza, Edición digital basada en la de Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1885.

Peñas arriba, Edición digital a partir de *Obras Completas. Tomo XV*, Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Tello, 1895.

Al primer vuelo, Edición digital a partir de *Obras completas. Tomo XVI*, Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Tello, 1896.

2. Libros de creación y estudios críticos

ABRAMS, M. H., *El espejo y la lámpara. Teoría romántica y tradición crítica*, tr. de Meliton Bustamante, Barral Editores, Barcelona, 1975.

ADAMS, Henry, *La educación de Henry Adams*, tr. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 2001.

ADRADOS, F., GALIANO, M. y J. S. LASSO DE LA VEGA, *El descubrimiento del amor en Grecia*, Editorial Coloquio, Madrid, 1985.

ALBERONI, Francesco, *Enamoramiento y Amor*, Gedisa, Barcelona, 1993, 3ª ed.

ALCOFORADO, Mariana, *Cartas de la monja portuguesa*, tr. de Francisco Castaño, Hiparión, Madrid, 2000.

ALIGHIERI, Dante, *Divina Comedia*, ed. de Ángel Chiclana, Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 2002, 22ª ed.

ANDREU, Alicia G., *Modelos dialógicos en la narrativa de Benito Pérez Galdós*, John Benjamins Publishing Company, Ámsterdam/Piladle phia, 1989.

ARENAL, Concepción, *La mujer del porvenir*, 1ª ed., Madrid, 1869. Edición digital a partir de la 2ª ed. corr. y aum., Madrid, Ricardo Fe, 1848.

ARENDT, Hannah, *El concepto de amor en san Agustín*, tr. de Agustín Serrano de Haro, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001.

ARISTÓTELES, *Moral a Nicómaco*, Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 2000, 12ª ed.

ARNALDO, Javier, (Antología y edición), *Fragmentos para una teoría romántica del arte (Novalis, F. Schiller, F. y A. M. Schlegel, H. von Kleist, F. Hölderlin)*, Tecnos, Madrid, 1987.

AUSTEN, Jane, *Orgullo y prejuicio*, tr. de María Antonia Ibáñez, Cátedra, Madrid, 2000, 5ª ed.

-, *Amor y Amistad*, tr. de Menchu Gutiérrez, Alba Editorial, Barcelona, 1998.

-, *Persuasión / Sanditon*, tr. de Francisco Torres Oliver, Alba Editorial, Barcelona, 1996.

BALLESTER, Manuel, *La búsqueda de sí mismo. Reflexiones sobre El Principito*, Biblioteca de la SFRM, Murcia, 2002.

BANFI, Antonio, *Filosofía y literatura*, Selección de José Jiménez, tr. de Rocío de la Villa, Tecnos, Madrid, 1991.

BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa, *Cervantes y cuatro autores del siglo XIX (Alarcón, Pereda, Valera y "Clarín")*, Colección Mayor-15, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Murcia, 1989.

BAQUERO GOYANES, Mariano, *Qué es la novela, qué es el cuento*, estudio preliminar de Francisco Javier Díez de Revenga, Universidad de Murcia, Murcia, 1998, 3ª ed.

- , *La novela naturalista española: Emilia Pardo Bazán*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1986.

- , Introducción a *La Regenta*, Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 1995.

BAROJA, Pío, *Los amores tardíos*, 6ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1975.

BARTHES, Roland, *Fragmentos de un discurso amoroso*, tr. de Eduardo Molina, editorial Siglo Veintiuno, Madrid, 1999.

BAYLEY, John, *Elegía a Iris*, tr. de Fernando Borrajo, Alianza Literaria, Madrid, 1999.

BECK, Ulrik y Elisabeth, *El normal caos del amor*, tr. de Dorothee Schmitz, El Roure, Barcelona, 1998.

BERMEJO, J. M., *La vida amorosa en la época de los trovadores*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1996.

BESER, Sergio, *Leopoldo Alas, Crítico literario*, Gredos, Madrid, 1988.

-, *Clarín y La Regenta*, Ariel, Barcelona, 1982.

BEHIELS, Lieve, y STEEENMEIJER, Maarten (eds.), *Asimilaciones y rechazos. Presencias del romanticismo en el realismo español del siglo XIX*, Rodopi, Ámsterdam-Atlanta, 1999

BODEI, Remo, *Una geometría de las pasiones (Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político)*, tr. de José Ramón Monreal, Muchnik Editores, Barcelona, 1995.

-, *Las lógicas del delirio. Razón, afectos, locura*, tr. de Pepa Linares, colección Teorema, Cátedra, Madrid, 2002.

BRONTË, Emily, *Cumbres borrascosas*, tr. de Rosa Castillo, Cátedra, Madrid, 2000, 6ªed.

CASARIEGO, Martín, *Campos enteros llenos de flores*, Muchnik Editores, Barcelona, 2001.

CASTIGLIONE, Baldassare, *El cortesano*, tr. de Juan Boscán, ed. de Mario Pozzi, Cátedra, Madrid, 1994.

CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, Tusquets, colección "Fabula", Bcelona, 2002.

CERVERA, Vicente y LASTRA, Antonio (eds.), *Los Reinos de Santayana*, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Universitat de València, 2002.

CERVERA SALINAS, Vicente, *La palabra en el espejo*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1996.

CHESTERTON, G. K., *El amor o la fuerza del sino*, tr. de Álvaro de Silva, Ediciones Rialp, Madrid, 2000.

DÍAZ PLAJA, Fernando, *La vida amorosa en el Siglo de Oro*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1996.

DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier, *Tres poetas ante el amor, el mundo y la muerte (Salinas, Guillén, Lorca)*, Prensa Universitaria, Palma de Mallorca, 1989.

- , Introducción a la edición de *Miau*, Cátedra, Madrid, 2000.

DILTHEY, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu*, (Prólogo de José Ortega y Gasset), Alianza Universidad, Madrid, 1986.

DONNE, John, *Paradojas y devociones*, tr. de Andrea Rubín, Ediciones Cuatro, Madrid, 1997.

DOSTOIEVSKI, Fiódor M., *Memorias del subsuelo*, ed. de Bela Martinova, Cátedra, Madrid, 2003.

ECO, Humberto, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Harvard University, Norton Lectures 1992-1993, tr. de Elena Lozano Miralles, Editorial Lumen, Barcelona, 1996.

ELSTER, Jon, *Sobre las pasiones. Emoción, adicción y conducta humana*, tr. de J. Francisco Álvarez y Adriana Kiczkowski, Paidós, Barcelona, 2001.

EMERSON, Ralph Waldo, *Ensayos*, tr. de Ricardo Miguel Alfonso, Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 2001.

FERRERAS, Juan Ignacio, *La novela española en el siglo XIX (hasta 1868)*, Taurus, Madrid, 1987.

-, *La novela española en el siglo XIX (desde 1868)*, Taurus, Madrid, 1988.

FICINO, Marsilio, *De Amore*, tr. de Rocío de la Villa Ardura, Editorial Tecnos, Madrid, 1986.

FINKIELKRAUT, Alain, *La Sabiduría del amor (Generosidad y posesión)*, tr. de Alfredo Báez, Gedisa editorial, Barcelona, 1999, 3ª ed.

FONTANE, Theodor, *Errores y extravíos*, tr. de Ana Pérez, Cátedra, Madrid, 1984.

FROMM, Erich, *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*, tr. de Noemí Rosenblatt, Paidós, Barcelona, 2001.

GEISLER, Eberhard y POVEDANO, Francisco, *Benito Pérez Galdós. Aportaciones con ocasión de su 150 aniversario*, Vervuert, Frankfurt, 1996.

GIDE, André, *Teseo*, tr. de Ferrán Esteve, Debolsillo, Barcelona, 2001.

-, *La sinfonía pastoral*, tr. de Javier Alcoriza, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1996.

GOETHE, J. W. Von, *Fausto*, ed. de Manuel José González y Miguel Ángel Vega, Cátedra, Madrid, 2001.

- *Werther*, tr. de Manuel José González, Cátedra, Madrid, 1997.

GOLEMAN, Daniel, *Inteligencia emocional*, tr. de David González Raga y Fernando Mora, Editorial Kairós, Barcelona, 1997, 15ª ed.

GRUBE, G. M. A., *El pensamiento de Platón*, tr. de Tomás Calvo Martínez, Gredos, Madrid, 1984.

GURMÉNDEZ, Carlos, *Ontología de la pasión*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1996.

-*Crítica de la pasión pura*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993.

-*Teoría de los sentimientos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981.

-*Estudios sobre el amor*, prefacio de José Bergamín, Anthropos, Barcelona, 1994.

GURPEGUI, José Antonio, (Ed.), *Amor, odio y violencia en la literatura norteamericana*, VI Jornadas de Literatura Norteamericana, Alcalá de Henares, 1993. Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 1994.

HAZLITT, William, *El espíritu de las obligaciones y otros ensayos*, Alba Editorial, Barcelona, 1999.

HAZM, Ibn, *El collar de la paloma*, versión de Emilio García Gómez, Madrid, Alianza editorial, 2000.

HEBREO, León, *Diálogos de amor*, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, tr. de David Romano, Tecnos, Madrid, 1986.

HESSE, Herman, *Cuentos de amor*, tr. de Ester Capdevila, Muchnik Editores, Barcelona, 1999.

Von HILDEBRAND, Dietrich, *La esencia del amor*, Instituto de Ciencias para la Familia, Eunsa, Navarra, 1998.

HOFMANNSTHAL, Hugo von, *Carta de lord Chandos y otros textos*, tr. de Antón Dieterich, Alba editorial, Barcelona, 2001.

-, *Cartas del que regresa*, tr. de Carlos Ortega, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2001.

-, *El libro de los amigos*, Madrid, Cátedra, 1991.

JAMES, Henry, *Relatos*, selección y prólogo de Luis Magrinyà, Editorial Debate, Madrid, 2001.

-, *La imaginación literaria de Henry James*, selección, introducción y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 2000.

-, *Retrato de una dama*, tr. de Noemí Sánchez, Suma de Letras, Madrid, 2001.

-, *Los europeos*, tr. de José Luis López Muñoz, Bruguera, Barcelona, 1981.

-, *Las alas de la paloma*, tr. de Alberto Vanasco, Alcor, Barcelona, 1998.

-, *El futuro de la novela*, tr. de Roberto Yahni, Taurus, Madrid, 1975.

-, *Washington Square*, disponible en <http://www.librodot.com>.

JIMÉNEZ, Juan Ramón y CAMPRUBÍ, Zenobia, *Poemas y cartas de amor*, Sur, Ediciones, Publicaciones La Isla de los Ratones, Santander, 1986.

KANT, Immanuel, *Crítica del juicio seguida de las observaciones sobre el asentimiento de Lo bello y lo sublime*, Edición digital basada en la edición de Madrid, Librería de Iruedra [etc], 1876.

-, *En defensa de la Ilustración*, tr. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba Editorial, Barcelona, 1999.

KAST, Verena, *La naturaleza del amor*, tr. de Iris Folch Martínez, Paidós, Barcelona, 2000.

LEDESMA PEDRAZ, Manuela, *Erotismo y literatura*, Universidad de Jaén, Jaén, 1999.

LEWIS, Clive Staples, *Los cuatro amores*, Madrid, Rialp, 1991.

-, *La alegoría del amor. Estudio sobre la tradición medieval*, versión de Delia Sampietro, Editorial universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1969.

-, *Cautivado por la alegría*, tr. de M^a Mercedes Lucini, Madrid, Ediciones Encuentro, 2002.

-, *Una pena en observación*, tr. de Carmen Martín Gaité, Anagrama, Barcelona, 1998, 7^a ed.

LISSORGES, Yvan (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.

LISSORGES, Yvan y SOBEJANO, Gonzalo, (coordinadores), *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, Positivismo, Espiritualismo*, preparación del texto a cargo de Sylvie Baulo, Presses Universitaires du Mirail, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998.

LONGO, *Dafnis y Cloe*, Edición digital a partir de Obras de D. Juan Valera, *Cuentos, diálogos y fantasías*, Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, 1887, vol. II, pp. 365- 522. Ejemp. de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla.

LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso, *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid, 1994, 2^a ed.

LUZURIAGA, Lorenzo, *Sobre educación: Kant, Pestalozzi y Goethe*, composición y traducción de Lorenzo Luzuriaga. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital basada en la edición de Madrid, Daniel Jorro, 1911.

MANSFIELD, Katherine, *Cuentos completos*, Debolsillo, Barcelona, 2002.

MARÍAS, Julián, *La educación sentimental*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.

MARINA, J.A y LÓPEZ PENAS, M., *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama, 2000³.

MARTÍN GAITE, Carmen, *El cuento de nunca acabar (Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)*, Destinolibro, Barcelona, 1989, 2ª ed.

-, *Usos amorosos del XVIII en España*, Anagrama “colección Argumentos”, Barcelona, 1994, 5ª ed.

-, *Desde la ventana. Enfoque femenino de la literatura española*, Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1993, 2ª ed.

-, *Usos amorosos de la posguerra española*, editorial Anagrama, Barcelona, 1991, 10ª ed.

MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús, *Nueva visión del amor cortés*, Servicio de Publicaciones Universidad de Oviedo, 1970.

MONTESINOS, José F., *Valera o la ficción libre*, Editorial Castalia, Madrid, 1969.

De MONTHERLANT, Henri, *La reina muerta*, versión de F. Díaz-Plaja, Círculo de Lectores, Barcelona, 1973.

MORA GARCÍA, José Luis, *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana (1888-1905)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1981.

MORENO SANZ, Jesús, *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, Siruela, Barcelona, 1993.

MORIN, Edgar, *Amor, poesía, sabiduría*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 2001.

NERVAL, Gérard de, *Las hijas del fuego*, Cátedra, Madrid, 1990, edición de Fátima Gutiérrez.

De la NUEZ, Sebastián, *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1905-1915)*, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander, Colección Pronillo, Santander, 1993.

O'CONNOR, D. J., *Historia crítica de la filosofía occidental. T. VI: La filosofía en la segunda mitad del siglo XIX. Empirismo, idealismo, pragmatismo y filosofía de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX*, Paidós, Barcelona, 1983.

ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones sobre el Quijote e ideas sobre la novela*, Revista de Occidente, Madrid, 1975, 9ª ed.

-, *Para la cultura del amor*, ed. de Soledad Ortega, Ediciones el Arquero, Madrid, 1988.

ORTIZ-ARMENGOL, Pedro, *Vida de Galdós*, Editorial Crítica "Biblioteca de bolsillo", Barcelona, 2000.

ORTIZ, Lourdes, *El sueño de la pasión*, Planeta, Barcelona, 1997.

OTIS-CUOR, Leah, *Historia de la pareja en la Edad media*, Editorial Siglo XXI, Madrid, 2000.

OVIDIO, *Arte de amar. Remedios contra el amor*, Akal, Madrid, 1997, 3ª ed.

-, *Metamorfosis*, Espasa Calpe, Madrid, 1994

PARKER, Alexander, *La filosofía del amor en la literatura española (1480-1680)*, tr. de Javier Franco, Cátedra, Madrid, 1986.

PAZ, Octavio, *La llama doble*, Seix Barral, Barcelona, 2001, 6ª ed.

-*Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe*, Fondo de cultura económica, México, 1987.

PILUSO, Robert, *Amor, matrimonio y honra en Cervantes*, Las Américas Publishing Company, New York, 1967.

PLATÓN, *Diálogos: Critón, Fedón, El banquete, Parménides*, tr. de Patricio Azcárate, Editorial EDAF, Madrid, 1991.

POZUELO YVANCOS, J. M., *El lenguaje poético de la lírica amorosa de Quevedo*, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Murcia, 1979.

RICHMOND, Carolyn, (ed.), *Leopoldo Alas "Clarín", Obras selectas*, Espasa Calpe, Madrid, 2001.

RILKE, Rainer María, *Poesía amorosa*, tr. de Federico Bermúdez-Cañete, Hiparión, Madrid, 2000.

-, *Cartas a un joven poeta*, <http://CiudadSeva.com>

ROMÁN, Isabel, *La creatividad en el estilo de Galdós*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1993.

ROUGEMONT, Denis de, *Los mitos del amor*, tr. de Manuel Serrat Crespo, editorial Kairós, Barcelona, 1999.

-, *El amor y Occidente*, tr. de Antoni Vicens, editorial Kairós, Barcelona, 1997, 7^a ed.

RUBIO CREMADES, Enrique, *Biografía de Juan Valera*, Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: Madrid, Castalia, 1992, pp. 9-23.

SAINT-PIERRE, Bernardin De, *Pablo y Virginia*, ed. de María Luisa Guerrero, Cátedra, Madrid, 1989.

SAN PEDRO, Diego de, *Cárcel de amor*, ed. de Carmen Parrilla, Crítica, Biblioteca Clásica, Barcelona, 1995.

SALINAS, Pedro, *Cartas a Katherine Whitmore. (El epistolario secreto del gran poeta del amor)*, Tusquets, Barcelona, 2002.

SANTAYANA, George, *El último puritano*, Tomos I y II, tr. de Ricardo Baeza, Edhasa, Barcelona, 1981.

-, *Interpretaciones de poesía y religión*, tr. de Carmen García Trevijano, Madrid, Cátedra, 1993.

-, *Tres poetas filósofos (Lucrecio, Dante, Goethe)*, tr. de José Ferrater Mora, Tecnos, Madrid, 1995.

-, *Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía*, Editorial Trotta, Madrid, 2002.

SCHELER, Max, *Ordo amoris*, tr. de Xavier Zubiri, Colección Esprit, Caparrós Editores, Madrid, 1998, 2ª ed.

SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes (Imágenes del amor de la antigüedad al Siglo de Oro)*, Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996.

SPINOZA, Baruch de, *Ética demostrada según el orden geométrico*, tr. de Vidal Peña, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

STEINER, George, *Errata. El examen de una vida*, tr. de Catalina Martínez Muñoz, Ediciones Siruela, 1998.

STENDHAL, Henri Beyle, *Del amor*, traducción, prólogo y notas de Consuelo Berges, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

STERNBERG, Robert J. *La experiencia del amor*, tr. de Joan Carles Guix Vilaplana, Paidós "Contextos", Barcelona, 2000.

SUÁREZ CORTINA, Manuel, *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999.

TOLSTOI, León, *La novela del matrimonio*, tr. de Irene y Laura Andresco, Ediciones del Bronce, Barcelona, 2001.

UNAMUNO, M., *Amor y Pedagogía*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.

USANDIZAGA, Aránzazu, *Amor y Literatura: la búsqueda literaria de la identidad femenina*, PPU, Barcelona, 1993.

ZAMBRANO, María, *La España de Galdós*, Ediciones Endimiión "Ensayos", Madrid, 1989.

De ZAYAS, María, *Novelas Completas*, edición y estudio preliminar de María Martínez del Portal, Colección Libro Clásico, Editorial Bruguera, Barcelona, 1973.

ZOLA, Èmile, *Una página de amor*, tr. de J. F. Vidal Jové, Salvat editores, 1971.

3. Publicaciones periódicas

Anales galdosianos (1966-1995). Edición digital basada en la edición de Pittsburg, Pennsylvania, University of Pittsburg; Las Palmas de Gran Canaria, Amigos de Galdós, 1966-1995.

Disponible en World Wide Web: <http://www.cervantesvirtual.com>.

Por su cercanía o relación con nuestro tema, hemos tenido especialmente en cuenta los siguientes trabajos:

Año I, Núm. 1, 1966:

-GILLESPIE, Gerald, “Reality and fiction in the novels of Galdós”.

-RODGERS, E. J., “Religious conflict and didacticism in *Gloria*”.

-SOBEJANO, Gonzalo, “Galdós y el vocabulario de los amantes”.

-DURÁN, Manuel y REGALADO, Antonio, “Harry Levin y su exploración de la novela realista”.

Año II, Núm. 2, 1967:

-LIDA, Denah, “Sobre el *krausismo* de Galdós”.

-GREEN, Otis H., “Two Deaths: Don Quijote and Marianela”.

-PATTISON, Walter T., “El amigo Manso and el amigo Galdós”.

-BOSCH, Rafael, “Galdós y la teoría de la novela de Lukács”.

Año III, Núm. 3, 1968:

-ZAHAREAS, Anthony N., “El sentido de la tragedia en *Fortunata y Jacinta*”.

-RAPHAËL, Suzanne, “Un extraño viaje de novios”.

-LLORENS, Vicente, “Galdós y la burguesía”.

-LIDA, Clara E., “Galdos y los *Episodios nacionales*: una historia del liberalismo español”.

-RICARD, Robert, “Tolosa Latour, el P. Lerchundi y *La loca de la casa*”.

-SCHMIDT, Ruth, “Manuel Tolosa Latour: prototype of Augusto Miquis”.

-BLANQUAT, Josette, “Documentos galdosianos: 1912”.

-CARDONA, R., "Un texto olvidado de Galdós".

-PÉREZ GALDÓS, Benito, "Ciudades viejas: *El Toboso*".

Año IV, Núm. 4, 1969:

-SOBEJANO, Gonzalo, "Aburrimiento y erotismo en algunas novelas de Galdós".

-LOWE, Jennifer, "Theme, imagery and dramatic irony in *Doña Perfecta*".

-GOLDMAN, Peter B., "Galdós and the politics of conciliation".

-BESER, S., "J. F. Montesinos crítico de Pérez Galdós".

Año V, Núm. 5, 1970:

-AYALA, Francisco, "Galdós entre el lector y los personajes".

-CASALDUERO, Joaquín, "El tren como símbolo: el progreso, la clase social, la cibernética en Galdós".

-GULLÓN, Ricardo, "La historia como materia novelable".

-SOBEJANO, Gonzalo, "Razón y suceso de la dramática galdosiana".

-GILMAN, Stephen, "The consciousness of Fortunata".

-GULLÓN, Germán, "Tres narradores en busca de un lector".

-SAYERS, Kathleen M., "El sentido de la tragedia en *Ángel Guerra*".

-BELTRÁN DE HEREDIA, Pablo, "Documento: España en la muerte de Galdós".

Año VII, Núm. 7, 1972:

-CORREA, Gustavo, "Galdós y el platonismo".

-CASALDUERO, Joaquín, "La caracterización plástica del personaje en la obra de Pérez Galdós: del tipo al individuo".

-CARDWELL, Richard, A., "Galdos' *Doña Perfecta*: Art or argument?".

-BLY, Peter A., "Egotism and charity in *Marianela*".

-LIVINGSTONE, Leon, "The law of nature and women's liberation in *Tristana*".

-RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, "Galdós y *El caballero encantado*".

Año VIII, Núm. 8, 1973:

-SHOEMAKER, W.H., "¿Cómo era Galdós?"

-PATTISON, Walter, T., "Two women in the life of Galdós".

-LAMBERT, A.F., "Galdós and Concha-Ruth Morell".

Año XI, Núm. 11, 1976:

-FEAL, Gisele, “El doble fracaso de León Roch a la luz de sus sueños”.

Año XV, Núm. 15, 1980:

-CHAMBERLIN, Vernon A., “*Doña Perfecta*: Galdós' reply to *Pepita Jiménez*”.

Espinosa. Revista de filosofía, SFRM, Año I, número 1. Murcia, Otoño / Invierno de 2001; y Año II, número 2. Murcia, Primavera / Verano de 2002.

Revista de Filosofía. Un siglo de Filosofía, núm. 22, Enero-Abril 2001, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia.

4. Artículos

AGUINAGA ALFONSO, Magdalena, “Esbozo de la poética de Menéndez Pelayo y sus juicios sobre el canon galdosiano y perediano”, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2002. Otra ed.: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (2º. 1999. Barcelona), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Universitat, Promociones y Publicaciones Universitarias, 2002, pp. 1-9.

-, “Valera y Galdós: dos concepciones del modo de novelar”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Congreso Internacional sobre Don Juan Valera* (1º. 1995. Cabra), Cabra, Ayuntamiento; Córdoba, Diputación Provincial, 1997, pp. 459-46

ALAS, Leopoldo, “Un prólogo de Valera”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Reseña de Leopoldo Alas sobre el prólogo de Juan Valera "Algo sobre el Fausto de Goethe" a la traducción de Fausto de Goethe, por Guillermo English, Madrid, English y Gras, 1878. Edición digital a partir de Alas, Leopoldo *Solos de Clarín*, Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, 1881, pp. 215-224.

-, “Valera”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: Enrique Rubio Cremades, *Juan Valera*, Madrid, Altea, Taurus, Alfaguara, 1990, pp. 19-24. Edición original: *La Opinión*, Madrid (26 de junio de 1886).

AYALA, María de los Ángeles, “Valera y la novela de la segunda mitad del siglo XIX”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, año LXXII (Enero-Diciembre 1996). Santander, pp. 87-98.

CALDERA, Ermanno, “Los románticos se burlan de sí mismos. Algunos apuntes sobre el Romanticismo existencial”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Los románticos teorizan sobre sí mismos: Actas del VIII Congreso (Saluzzo, 21-23 de Marzo de 2002)*, Bologna, Il Capitello del Sole, 2002, pp. 63-75.

EOFF, Shermann H., «La deificación del proceso inconsciente: Emile Zola, Emilia Pardo Bazán, Vicente Blasco Ibáñez», en *Pensamiento moderno y la novela española: la repercusión filosófica de la ciencia sobre la novela*, Barcelona, Seix Barral, 1965, pp. 339-378.

FREIRE LÓPEZ, Ana María, “La primera redacción, autógrafa e inédita de los "apuntes autobiográficos" de Emilia Pardo Bazán”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, núm.26 (2001), pp. 305-336.

GARCÍA BARRÓN, Carlos, “América en Galdós”, *Anales de Literatura Española*, Edición digital basada en la edición de Alicante, Universidad de Alicante, Departamento de Literatura española, 1982-1999 (1982). Disponible en World Wide Web: <http://www.cervantesvirtual.com>

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, «Idealismo, positivismo, espiritualismo en la obra de Emilia Pardo Bazán», en *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX*. Y. Lissorgues y G. Sobejano, Coordinadores, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 141-148.

McDERMOTT, Patricia, “Doña Perfecta: ¿El caso de un tío inocente?”. Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (1º. 1996. Barcelona), *Del Romanticismo al Realismo*, Barcelona, Universitat, 1998, pp. 547-557.

OLEZA, Joan, “Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la crisis”. Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed.: *La novela del XIX: del parto a la crisis de una ideología*, Valencia, Bello, 1976, pp. 89-137.

-, “Espiritualismo y fin de siglo: convergencia y divergencia de respuestas”, en F. Lafarga (ed.) *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, PPU, 1990, pp. 77-83.

-, “El movimiento espiritualista y la novela finisecular”, en L. Romero Tobar (ed.), *El siglo XIX, II*, en V. García de la Concha, director, *Historia de la literatura española*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pp. 776-794.

-, “Un realismo postmoderno”, en *El espejo fragmentario*, 1996, pp. 39-42.

-, “La génesis del realismo y la novela de tesis”, en L. Romero Tobar (ed.), *El siglo XIX, II*, en V. García de la Concha, director, *Historia de la literatura española*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pp. 410-435.

-, “Clarín y la tradición literaria”, Actas del Simposio Internacional “Leopoldo Alas *Clarín*”, celebrado en la Universidad de Barcelona del 23 al 26 de abril de 2001.

-, “Don Juan Valera: Entre el diálogo filosófico y el cuento maravilloso”, En C. Cuevas (Ed.), *Juan Valera. Creación y crítica*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura española contemporánea, 1995, pp. 111-146.

- “Las afinidades electivas de un liberal. Clarín y la tradición literaria”, en *Leopoldo Alas “Clarín”. Actas del Simposio Internacional (Barcelona, abril de 2001)*, Antonio Vilanova y Adolfo Sotelo Vázquez (Eds.), Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, pp. 61-79

- “*La Regenta* y el mundo del joven “Clarín”. Edición digital a partir de *Clarín y su obra en el Centenario de La Regenta*, Barcelona, Universidad, Departamento de Literatura Española, 1985, pp. 163-180.

PAOLINI, Gilberto, “Inquietudes éticas de los escritores de fin del siglo diecinueve”. Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (1º. 1996. Barcelona), *Del Romanticismo al Realismo*, Barcelona, Universitat, 1998, pp. 109-119.

RIBBANS, Geoffrey, “Los altibajos de la crítica galdosiana”. Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed. : Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (2º. 1999. Barcelona), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Universitat, Promociones y Publicaciones Universitarias, 2002, pp. 355-362.

-, “*La Dama de las Camelias en las novelas de Galdós*”. Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (1º. 1996. Barcelona), *Del Romanticismo al Realismo*, Barcelona, Universitat, 1998, pp. 529-537.

ROMERO TOBAR, Leonardo, “Recursos de la ficción en los relatos de Valera”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Congreso Internacional sobre Don Juan Valera* (1º. 1995. Cabra), Cabra, Ayuntamiento; Córdoba, Diputación Provincial, 1997, pp. 75-88.

-, “La novela regeneracionista en la última década del siglo”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1977, pp. 133-209.

SCHRAIBMAN, José, “Alpha y Omega de la novela: Galdós”. Disponible en World Wide Web: <http://www.cervantesvirtual.com>. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (1º. 1996. Barcelona), *Del Romanticismo al Realismo*, Barcelona, Universitat, 1998, pp. 537-547.

SEBOLD, Russell P., «Una lágrima, pero una lágrima sola». Sobre el llanto romántico». Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Otra ed.: *Trayectoria del Romanticismo español desde la Ilustración hasta Bécquer*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 185-194.

-, “Sobre el nombre español del dolor romántico”, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital a partir de *Ínsula*, núm. 264 (Noviembre, 1968), pp. 1-5.

VARELA IGLESIAS, M. Fernando, “El escepticismo filosófico de don Juan Valera”, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Otra ed.: *Anales de Literatura Española*, núm. 5 (1986-1987)

